

*Un invierno
para creer*



Irene Axelia

*Un invierno
para creer*
Irene Axelia

Título: Un invierno para creer.
© 2019, Irene Axelia-
De la cubierta y maquetación: 2019, Roma García.
De la corrección: Raquel Antúnez.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para mi madre, tu eres la historia más bonita que el destino escribió en mi vida, te quiero.

CAPÍTULO 1

Borja

Cruzo la puerta, los nervios se apoderan de mí: mi nueva vida empieza ahora. Observo a mi alrededor, estoy en Ámsterdam, en el aeropuerto de Schiphol, respiro hondo mientras las palabras de toda mi familia y amigos resuenan en mi cabeza de nuevo, pero ya no hay marcha atrás. Busco entre la gente a mi amigo Dani, no me cuesta localizarlo con ese estilo clásico, pero moderno, que tiene. Me saluda desde lejos y se acerca para abrazarme.

—¡Cuánto tiempo, Borja! —dice emocionado en cuanto se separa—. Estás tan guapo como siempre, pero con las greñas más largas.

Me hace reír ante su comentario, recuerdo las horas en el estudio de grabación a su lado, las charlas, las letras profundas y las melodías que quedaron en el aire.

—Tú tienes el pelo todavía más afro —le respondo tocando su melena oscura, rizada.

Somos más o menos de la misma estatura, pero él tiene unos profundos ojos azules que resaltan sobre su piel mulata. Su *look*, al más puro estilo *grunge*, es llamativo a la par que único. Me ayuda cogiendo la maleta más grande y me indica cómo llegar hasta el aparcamiento. Intento controlar los nervios, agarro con más fuerza la guitarra, observo a mi alrededor; mediados de noviembre y la gente viene y va como loca, bajando por las escaleras hacia las vías del tren, saliendo al exterior a por algún bus o taxi o, como nosotros, a punto de entrar hacia un túnel que va directo a la zona de estacionamiento.

—Es Borja Martínez —escuchamos que dicen unas chicas pasando a nuestro lado.

—Perdona, ¿te importa hacerte una foto con nosotras? —Me para una de ellas.

Dani sonrío a mi lado, y asiento mirando a las chicas, le paso la guitarra mientras intercambio un par de palabras con ellas, y nos hacemos la foto, un instante después se marchan dándonos las gracias.

—Qué suerte, colega —añade Dani en cuanto ponemos rumbo de nuevo al aparcamiento.

—De verdad que pensaba que al venir aquí nadie me reconocería, pero qué bien que no me ha hecho falta ni salir del aeropuerto —contesto irónicamente.

Me da un golpe mientras me pasa la guitarra de nuevo. Sabe tan bien como yo que en realidad es una queja superficial, porque he tenido la suerte de dedicarme a hacer siempre lo que más me apasiona: la música. He podido realizar el sueño de muchos, convertir mi *hobby* en mi trabajo. Soy un cantautor procedente de Barcelona, en España, me he criado entre músicos y he tenido la fortuna de estar rodeado de gente que me ha apoyado siempre. Empecé practicando con el piano cada tarde con mi padre, disfrutando de todo tipo de música con mi madre, tocaba las mejores canciones para mis hermanos y, con el tiempo, para toda la familia. Mi carrera empezó en lo más bajo de la pirámide, nunca quise aprovechar los contactos que mi padre me dejó, compuse para varios autores conocidos y, poco a poco, fui ganándome un sitio en las listas de éxitos.

Unos ojos azules me distraen de mis pensamientos, me quedo mirando fijamente a esa mujer que llega de frente, rubia, de pelo liso y tan parecida a ella que un pinchazo se instala en mi pecho, de nuevo el nudo en la garganta y tengo que obligarme a apartar la vista. Su recuerdo me persigue, su presencia está conmigo a cada segundo que pasa.

—Ya hemos llegado —interrumpe mis pensamientos Dani.

—Perfecto. —Y entre los dos lo colocamos todo en el maletero.

—¿Listo para ver tu casa durante el tiempo que estés por estas tierras? —Me da un golpe amistoso mientras asiento.

Sí, claro que estoy listo, yo elegí esto para poder escapar de mi vida, de los recuerdos, los olores y todas las sensaciones que me llevan una y otra vez a ella. Cuando salimos del aparcamiento, ponemos rumbo a la ciudad observándolo todo con detenimiento. Poco a poco nos vamos adentrando en el centro, pasando por puentes que cruzan los canales, gente en bicicleta o paseando, pero, eso sí, todos muy abrigados. Miro la temperatura en el panel del coche, apenas llegamos a los cinco grados y por la ventanilla veo lo cubierto que está el cielo, no me extrañaría que se pusiera a llover en cualquier momento. Dani no deja de explicarme cosas sobre la ciudad, pero yo apenas lo escucho, atento como estoy a todo lo que me rodea. Cuando menos me lo espero, frena y aparca junto a uno de los canales, aunque he de decir que le cuesta lo suyo, porque el hueco que ha encontrado es más bien pequeño.

—¡¡Vaya aparcamiento más justo!! —le digo cuando salgo y veo que estamos al límite del canal.

—Todo es acostumbrarse —me contesta—. Lo cierto es que al principio me asustaba un poco, pero uno acaba adaptándose a todo, ahora parezco uno más. Personalmente soy más de moverme en bicicleta, ya te conseguiremos una —añade sonriendo.

Miro a mi alrededor curioseando el que será mi nuevo vecindario; me fijo en la inclinación de los edificios; las bicicletas por todos lados, atadas en los árboles y en las farolas; las esquinas de los puentes llenas de macetas con flores; coches aparcados a ras del canal, el cual está bastante sucio, la verdad.

—Vamos, amigo, aquí está tu casa. —Me indica un edificio con la cabeza.

Pintura oscura, ventanas blancas y de fachada estrecha, aunque todos y cada uno de los edificios de alrededor son así. Entramos por el portal número cuatro, y me cuenta que tenemos que subir, pues viviré arriba. En cuanto veo las escaleras sí que me quedo anonadado: estrechas y empinadas, de esas que parece que te vayas a caer solo con poner un pie en ellas.

—Lo sé, impactan, pero tenemos que subir todo y sin ascensor —me informa Dani.

—Joder, tío, un bajo no hubiera estado mal —bromeo.

—Recuérdame cuando veas las vistas de este sitio. —Me guiña un ojo y pone rumbo arriba.

Lo sigo agarrando mi maleta de mano y la guitarra, mochila en la espalda, y el moreno lleva la más grande. Cuando llegamos a la tercera planta, se frena y saca las llaves de su bolsillo, lo observo cuando abre la puerta y me invita a entrar primero. Me quedo flipado con el piso, estrecho, pero largo, y muy bien situado. A mi derecha veo un salón-comedor enorme, con un sofá en forma de L mirando hacia la pared y marcando la diferencia con el comedor, justo detrás hay una mesa con ocho sillas y una terraza que da a los canales. Me adentro dejándolo todo en donde puedo y, justo al lado de la mesa, hay una barra americana y la cocina completamente equipada detrás y con acceso directo a un cuarto con lavadora, secadora y una despensa.

—Borja, ¡ven! —grita desde el otro lado de la casa.

Me dirijo hacia él y, al pasar por una escalera que hay junto a la puerta de entrada, me percató de que hay otra estancia. Esta tiene la puerta entreabierta y no puedo verla con claridad, pero, por lo poco que tengo visible, creo que se trata del baño. Cuando llego a donde está mi amigo, sonrío de oreja a oreja.

—Lo has pedido tú, ¿verdad? —Este asiente feliz. Observo un pequeño estudio con un piano,

una mesa de mezclas, micrófonos y otros utensilios que pienso utilizar para mis futuras creaciones. Me acerco al piano y lo acaricio suavemente, toco una de las teclas y, sin poder evitarlo, me siento y dejo que mis manos tomen vida propia para, en solo unos segundos, comenzar a hacer sonar una suave melodía—. Gracias, colega —le digo a Dani.

—Me tengo que ir, pero volveré contigo en un par de horas cuando te sitúes. Dúchate y te llevo a comer a un restaurante genial —me informa—. Por cierto, la casa está completamente equipada; tienes sábanas, toallas, mantas, secador de pelo, plancha, etc. —Asiento asombrado.

Lo acompaño hasta la puerta, antes de irse me da las llaves de mi nueva casa, y nos despedimos. En cuanto cierro, me dispongo a curiosearlo todo de nuevo y decido buscar el control de la calefacción para calentar un poco la estancia porque hace frío. Cuando tengo ese tema controlado, cojo mis maletas y me voy directo escaleras arriba para descubrir qué me espera por allí. Al acceder a la planta superior, me quedo de nuevo sin palabras, hay cuatro puertas cerradas y una mini sala de estar al lado de las escaleras con una puerta de cristal transparente que da a una terraza cerrada. Necesito investigar, por lo que sin perder un segundo abro uno de los accesos de la izquierda. Descubro que tanto esa, como la que está justo a su derecha, son habitaciones para invitados. Al lado se encuentra otro baño, este tiene ducha. La última puerta es el dormitorio principal, es enorme. Una cama gigante, tamaño *king size* por lo menos, vestidor y baño con una bañera tan grande que podría montar mi propio estanque. Sonríe al saber que me toca vivir en un dúplex. Coloco las maletas en la cama y dejo esa estancia atrás con un rumbo fijo, descubrir esas vistas maravillosas que tanto me ha recalado Dani, por lo que, sin perder un segundo, voy hasta el acceso a la terraza que hay en la pequeña salita.

De pronto encuentro mi parte favorita de esta área de la casa, abro la puerta de cristal que da a una terraza cerrada de grandes ventanales, tanto en el techo como al fondo de la estancia, me asomo directamente por la ventana: vistas a los canales, con sus casas flotantes, los árboles altísimos, bicicletas por todos lados y desde aquí tengo una clara visión del cielo. Me giro para observarlo todo, decorado de una manera preciosa, con unas chimeneas eléctricas y mantas en los sofás, la barandilla de la terraza está formada por unas cristaleras gigantes.

Conecto el móvil al sistema de sonido del piso y, mientras Leiva suena de fondo, empiezo a dejar las cosas en el armario. Saco algunas fotos y las coloco por la casa, hasta que llego a esa que tengo guardada al final de la maleta, respiro hondo mientras la tomo poco a poco y, cuando la tengo delante, nos observo. Recuerdo ese día, con su pelo rubio suelto al viento, su sonrisa infinita y esos ojos azules que rebosaban una felicidad eterna. El corazón se me encoge y, antes de hacer algo de lo que me pueda arrepentir, decido dejarla de nuevo en la maleta, cerrándola y guardándola debajo de la cama.

Entro de nuevo en casa. Creo que lo mejor será darme una ducha bien caliente para relajarme del viaje. El móvil suena en ese momento, lo busco por la habitación hasta que doy con él, miro la pantalla donde aparece la foto de mi madre. Contesto a la videollamada.

—Hola, mamá —la saludo en cuanto la veo al otro lado.

—Hola, niño, ¿cómo estás? ¿Todo bien en el viaje? —pregunta enseguida.

—Lo cierto es que un poco movido y hace un frío que te pelas, pero por lo demás todo bien —la informo—. La vuelta a casa desde el aeropuerto bien, ¿no?

—Sí, cariño, hoy vienen tu hermano y los pequeños a comer, y tu hermana está en la habitación —empieza a explicarme.

Y la observo desde el otro lado, esa mujer que se convirtió en mi súper heroína y fue mi mejor apoyo cuando parecía que el mundo se acababa para mí, la que lloraba en mis conciertos del

colegio y me acompañó la primera vez que actúe en el Palau Sant Jordi.

Porque, cuando mi padre murió por culpa de esa enfermedad por las que muchas personas luchan injustamente, yo apenas era un crío de diez años, y mi hermana, una renacuaja de cuatro, por lo que mi madre se quedó al cargo de un adolescente de quince años, de mí y del pequeño terremoto. Con los años la familia creció y ahora es una superabuela, la «yaya terremoto».

—Para cualquier cosa que necesites, me llamas, ¿sí? —me recuerda antes de colgar.

Asiento con la cabeza, le envié un besazo a ella y a África, mi hermana, que se asoma al final, con su largo pelo negro y sus ojos oscuros, en la pantalla. Cuando cuelgo miro la foto de los cuatro juntos que he colocado en la mesita, tan diferentes, pero parecidos. Pienso en los ojos de preocupación que tiene mi madre, sé que, después de todo, lo que menos quiere es que esté solo en otro país, pero entiende que lo necesito para poder renacer y encontrar esa parte de mí mismo que perdí hace meses.

Voy al baño para lavarme la cara, ver a mi madre al otro lado de la pantalla con esa expresión aturdida me ha dejado bastante nervioso, me miro en el espejo y niego mientras intento recomponerme un poco, cuando me tranquilizo salgo y, cogiendo mi móvil, decido despejarme haciendo una lista de cosas que preciso. Rebusco en los armarios para encontrar que tengo todo lo necesario sin estrenar para la casa, por lo que solo me quedan mis cosas personales y comida. Le envié un mensaje a Dani para avisarlo de que estaré listo en una hora, me ducho, me cambio y lo espero en el salón, viendo canales de la televisión holandesa de los que no entiendo ni una palabra.

El timbre suena y, agarrando de nuevo mi chaqueta, el gorro y la cartera; corro escaleras abajo para encontrarme con mi amigo. En cuanto salgo, lo veo sonreír.

—Te he traído un regalito —me dice y señala con su mirada a mi lado, donde descansa, apoyada en la pared, una bicicleta de color azul marino, nueva.

—¿Es en serio? —le pregunto sonriendo y acercándome a mi nuevo medio de transporte.

—Toda para ti, regalito de bienvenida —afirma—. Si quiero que llegues pronto al estudio todos los días, necesitarás esto.

—¡Gracias, Dani! —Me acerco para darle un pequeño abrazo.

—Es un placer, aquí me tienes para ayudarte a convertirte de nuevo en el genio que ocupe las listas de éxitos —añade.

—Gracias, significa mucho para mí que me ayudes y me acompañes durante este camino de locura —confieso.

—Venga, que nos ponemos sentimentales y ni siquiera hemos empezado a trabajar, vamos a comer que tengo ganas de que conozcas la ciudad.

Asiento, pero antes meto la bicicleta en un cuartito junto a las escaleras que él me indica, después ponemos rumbo a una pequeña cafetería que hay cerca. Allí nos ponemos un poco al día, me informa de su nueva vida por estas tierras, los contactos que ha hecho y la gran diferencia de crear música aquí o allí. Pago la comida, y salimos abrigándonos para dirigirnos hacia la Albert Heijn que, por lo que me explica, es una especie de Mercadona en los Países Bajos.

—Y recuerda, para cuando vayas en la bici, siempre tendrás preferencia con las dos ruedas, por encima de los pea...

Pero no escucho acabar la frase porque siento que me doy un tremendo golpe y caigo al suelo con alguien encima.

CAPÍTULO 2

Tessa

Ver a Travis caer de esa manera tan torpe nos provoca la risa floja a Ethan y a mí, hasta que comprobamos que lo ha hecho encima de otra persona e intentamos ocultar la risa mientras notamos que su acompañante hace lo mismo que nosotros.

—¡¡Perdona!! —grita levantándose de golpe mi hermano, le tiende la mano.

El hombre la acepta y se pone de pie.

—No pasa nada, tranquilo —dice con un leve acento español—. Los dos íbamos despistados.

—Mi hermano es un torpe nato; de los dos, él se llevó todo lo peor —suelta Ethan a mi lado.

Él se gira para ver de dónde procede esa voz, sonrío de oreja a oreja ante las tonterías que tienen los gemelos. Pero, cuando sus ojos se conectan con los míos, noto la necesidad de agarrarme a algún sitio sólido, así que lo hago a una de las bicicletas que encuentro detrás de mí. Esos ojos oscuros me estudian por unos momentos, mi corazón acaba de dar un vuelco que no he sentido nunca y palpita tan rápido que tengo la sensación de que va a escaparse de mi pecho, no veo nada más, solo ese brillo que me atrapa por momento. Percibo que el rubor de mis mejillas aumenta y, aunque intento dejar de estudiarlo, no puedo conseguirlo; además de esa intensa mirada, tiene la cara en forma rectangular y un pelo alborotado negro, melena un poco larga, que le llega justo hasta los ojos, me fijo en las marcadas ojeras, pero enseguida vuelvo a sus ojos.

—Bueno, yo tampoco estaba muy atento, así que puedo perdonar a tu hermano —dice apartando la vista de mí y mirando al gemelo que sigue a mi lado.

—¿Ethan? —pregunta de repente el amigo.

—¿Dani? —contesta y se acerca para chocar sus manos.

Lo cual nos pillan a todos por sorpresa. Travis se coloca de nuevo a mi lado mientras ellos dos se saludan. El moreno se mueve incómodo, y examinándolo bien siento que he visto su cara antes, pero no sabría decir dónde o cuándo.

Mi mente intenta estudiarlo de nuevo, pero no puedo concentrarme cuando lo llaman y me da la espalda.

—Este es mi amigo, Borja, un... —dice y se pausa un momento antes de continuar— compositor español.

—Encantado, perdona de nuevo por la torpeza de mi hermano, estábamos molestándolo y se ha distraído. —Y esta vez lo hace en serio—. Os presento a mi hermano, Travis, el torpe —indica señalándolo, y luego todas las miradas se dirigen a mí—. Y ella es Tessa, nuestra hermana pequeña.

Me señala, y se acercan para darme dos besos.

—Encantado, yo soy Borja —añade el moreno en cuanto se acerca, rodea mi cintura y me da dos besos.

Se separa un poco de mí para examinarme durante unos segundos, ahora advierto que tiene la cara llena de pecas y siento un cosquilleo que empieza en mi corazón y sigue hasta mi estómago, creando un revuelo que me descoloca por completo. Me separo de él, que sigue escrutándome durante unos segundos y me pone tan nerviosa que doy un paso atrás, con tan mala suerte que doy

un traspie y estoy a punto de caer, pero siento cómo su mano agarra la mía y me devuelve al sitio donde estaba hace apenas unos segundos, muy cerca de él.

—Como podéis observar, soy el único normal de la familia —suelta guasón Ethan.

Me aparto de Borja para intentar que no vuelva a desconcentrarme y, acercándome a mi hermano, le doy una colleja.

—No le hagáis caso —añado.

—Bueno, lo cierto es que nosotros nos tenemos que ir —le recuerda Travis.

Y así es, Ethan lleva insistiendo semanas en que lo acompañemos a un concierto de una banda de amigos suyos que hacen en un bar donde suelen ir mucho. Nos convenció de que lo acompañáramos porque no quería ir solo, como siempre Travis aceptó, y yo, bueno, con insistencia de mamá, accedí a acompañarlos.

—Cierto, ¿tenéis planes? —pregunta de repente mi hermano.

—Borja se ha mudado hoy y necesita comprar algunas cosas. Pero ¿qué tienes en mente? —cuestiona Dani.

—Nosotros vamos a ir a un concierto, no sé si os gustaría pasaros, es en el garito de James —le explica—. Si queréis ir, estaremos allí.

Ambos asienten y después de este torpe, pero curioso, encuentro nuestros caminos se separan. Cuando empezamos a avanzar, sin poder evitarlo, me giro disimuladamente para observar al español de nuevo, que justo se vuelve en ese momento y, cuando sus ojos encuentran los míos, me hace sentir un escalofrío. Negando con la cabeza, me volteo de nuevo para escuchar cómo mis hermanos hablan.

—¿De qué lo conoces? —me intereso preguntando a Ethan.

—Pues Dani y yo hemos colaborado alguna vez en algunos temas —me informa.

Asiento mientras avanzamos por la calle, pienso en la vida tan diferente que llevan mis hermanos para ser tan parecidos, lo cierto es que ambos son los típicos graciositos que están en todo y siempre quieren hacer sonreír a los demás. Cada uno a su manera, con profesiones diferentes, se encargan de hacer feliz a la gente, aunque unidos son demasiado. Travis es cómico, hace monólogos y se gana la vida bastante bien con ello, y Ethan es productor musical, ayuda a grandes músicos de la industria.

Nacimos y nos criamos en Ámsterdam, y yo he tenido la suerte de vivir, casi siempre, de algo que me apasiona como es el baile, aunque, como bien se dice, todo aquello que amas puede llegar a matarte.

—¿Has llamado a Ashley? —pregunta mi hermano, sacándome de mis pensamientos.

—Sí, vendrá más tarde. —Asiento confirmando.

Llegamos al centro en pocos minutos, y yo no dejo de pensar en las ganas que tengo de tomarme un chocolate caliente y quitarme el frío que tengo en el cuerpo. Adoro las Navidades y las tradiciones tan curiosas que tenemos en este país, además de las típicas americanas que ya tenemos implantadas como nuestras, soy de esas personas que incluso el frío les parece otra manera de sentir la vida.

Mientras espero a que me entregue la bebida, no puedo evitar acordarme del nuevo forastero que vivirá ahora entre nosotros, ese chico de mirada cansada y aura misteriosa.

—Aquí está tu chocolate, Tessa. —Me sirve Donna, la camarera y amiga íntima de Travis.

—Gracias. ¿Preparada para el ajetreo de hoy? —le pregunto sonriendo.

—Pues como siempre. ¿Cómo te has dejado convencer? —se interesa.

—Ya los conoces; que si tengo que vivir de nuevo, que si ganar nuevos momentos... —Pongo

los ojos en blanco, y ella se ríe.

Pasamos unas horas observando cómo la banda lo monta todo, poco a poco la gente empieza a llenar el local, y yo saludo a algunos conocidos, hasta que unos brazos me rodean, y sonrío al sentir su contacto.

—Ash —le digo al momento.

Y, cuando me vuelvo para mirarla, me abraza. Mi amiga con su pelo rubio, largo, suelto; sus ojos intensos, de color oscuro, y esa sonrisa eterna que derrite a cualquier persona.

—Te dije que vendría, no me pierdo ni una a tu lado —contesta sonriendo.

Vuelvo a achucharla. Después de tantos años, aquí seguimos, siendo de esas amigas que se tiran las cosas a la cabeza, que lloran juntas, que se odian y se quieren, pero que siempre, a pesar de todo, están la una para la otra.

—¿Qué quieres para beber? Sabes que tengo pase VIP en la barra —le recuerdo sonriendo—. Lo de siempre —contesto por ella mientras se ríe y asiente.

Me voy directa a Donna y le pido la bebida para mi amiga y algo suave para mí. Cuando vuelvo, ella y Ethan están hablando y riendo, me hacen sonreír, porque lo cierto es que nunca los he visto besarse o ni siquiera rozarse, pero entre mi amiga y él tienen una magia especial, cada vez que están cerca saltan las chispas. Sin embargo, como ninguno me lo ha confesado jamás, yo no los fuerzo para que lo hagan. Cuando me ven acercarme, se apartan, y mi amiga acepta la bebida encantada.

Estamos cantando a pleno pulmón cuando notamos que alguien llega hasta nosotros, al girarme me encuentro de nuevo con esa oscura mirada intensa y me hace sonreír. ¿Por qué? No lo sé, pero tiene algo que los demás chicos de aquí no tienen.

—¡Habéis venido! —grita emocionado Ethan por encima de la música.

—Es su primera noche en Ámsterdam, y no me ha costado mucho convencerlo —le contesta su amigo.

El chico levanta los brazos, como diciendo «qué vamos a hacer» con su cuerpo y ese gesto hace que se me escape la risa, y me mira curioso.

—Pues os explico; estos son The Night Storm, son buenísimos y hacen unas versiones brutales —y así empieza a contarles cosas de la banda captando la atención de ambos.

—¡Tía! ¿Y estos? —pregunta de repente Ashley sacándome de mis pensamientos.

—Pues el bajito es amigo de mi hermano, y el otro, un compositor español que ha llegado hoy para pasar una época aquí —le explico.

—No es nada del otro mundo, pero tiene un *Je ne sais quoi*^[1] que le da un punto de misterio. —Y tiene razón, asiento mientras absorbo un poco del líquido con la cañita de mi vaso.

La noche sigue avanzando, estudio a Borja de reajo, parece bastante más mayor de lo que yo pensaba al verlo de primeras, tendrá alrededor de treinta y largos, cosa que me pone aún más nerviosa, pero me dan unas ganas tremendas de aventurarme a descubrir más.

—¿Todo bien? —llama mi atención la rubia.

—Sí, perdona. ¿Qué decías?

—¿Yo? ¿Qué te pasa a ti que no dejas de observar al nuevo? —pregunta burletera.

—No lo sé, la verdad, despierta mucha curiosidad en mí.

—Pues acércate y háblale. —Niego con la cabeza.

Me lo pienso, lo observo de lejos, la diferencia de edad creo que es algo notable y su aura misteriosa me llama a gritos. Así que, empujada un poco por mi amiga que me hace señales

extrañas que solo yo puedo entender para que me acerque y le hable —recordándome que hace meses, después de la operación, me prometí vivir la vida sin freno, por mí y por los que me rodean y afrontar cada día como si fuera el último, disfrutando de todo sin importar el mañana—, al fin me decido a actuar.

—Vale, dame un momento —finalizo y me voy directa al baño.

En cuanto entro me refresco un poco la cara, respiro hondo, me retoco el pelo, el pintalabios y salgo disparada de nuevo hacia donde están todos. Finjo tropezar al llegar y chocarme con él, que está de espaldas, me caza al vuelo.

—¡Perdona! —me disculpo.

Niega con la cabeza quitando importancia.

—No pasa nada, culpa mía que estaba en medio de tu camino hacia el suelo —añade.

Su frase me hace sonreír.

—¿Has estado por Ámsterdam antes? —me intereso.

—Hace años, ahora mi viaje es más por trabajo —contesta.

Y, sin más, sigue mirando hacia el escenario, noto que está poco receptivo para seguir hablando, pero no pienso perder la oportunidad ahora que estoy a su lado.

—Yo soy bailarina, de las buenas, además. ¿Eras compositor, me dijiste? —sigo.

He vuelto a llamar su atención.

—Sí, me dedico al mundo de la música. —Asiente mirándome.

—Suerte entonces que te has venido a la capital de la música para trabajar en futuros proyectos. —Esta vez me acerco un poco más a él para hablarle.

Asiente de nuevo.

—Por eso elegí Ámsterdam, por todas las opciones que puede ofrecerme en esta industria —añade girándose un poco y observándome a los ojos directamente.

—Yo es que para nada soy buena cantante, pero el baile es algo que me ha dado la vida. —Me callo unos segundos para pensar las siguientes frases que voy a decir—. Y, bueno, ha estado conmigo desde que tengo uso de razón.

—La música une almas —contesta, orgulloso.

—¿Puedo preguntarte de qué parte de España eres? —pregunto para que la conversación no acabe.

—Puedes —dice mirándome—. Soy de Barcelona, aunque suelo moverme por más ciudades —añade al final.

—Yo estuve a principios de año en Barcelona por trabajo, aunque mi estancia se alargó un poco, tuve algunos problemillas allí, pero nada que no se haya arreglado. —Sin embargo, mi frase de alguna forma cambia su estado de ánimo, veo cómo su brillo desaparece.

Siento como si algo en mi interior se encogiese, pero no entiendo por qué mi respuesta le provoca este cambio de humor. Sin embargo, antes de que pueda decir nada, alguien nos interrumpe.

CAPÍTULO 3

Borja

—¿Todo bien, colega? —pregunta Dani de repente, mirándome, la chica se aparta de nosotros.

Pero mi mente se ha ido, esa frase, esa simple y tonta información me ha trasladado a otra parte de mi mente, a un momento en especial de mi vida.

—Sí, pero creo que necesito irme a descansar —me disculpo fingiendo que todo va bien—. El cansancio del viaje y todo el ajetreo. No te preocupes, tú puedes quedarte.

—Ni hablar, ¿tu primera noche y voy a dejar que te vayas solo a casa? No —pregunta y se responde solo.

Niego, intentando sonreír, pero es algo que no puedo fingir.

—No te preocupes, necesito acostumbrarme a moverme solo por aquí, así que, cuanto antes empiece, mejor —le respondo quitándole importancia—. Además, te lo estás pasando de la leche, y necesito alguien que cubra mi desaparición.

Cabecea de arriba abajo, aunque no está convencido, miro hacia un lado para comprobar si ella sigue cerca, pero veo que no. La observo desde lejos, está quieta al lado de su amiga, que le está hablando, es una jovencita preciosa, y estaría ciego si dijera que no. Sus profundos ojos se posan en mí, y vuelve a hacerme sentir esa sensación de desconcierto, respiro hondo y giro la cabeza. Parece la típica muñeca de porcelana: pelo castaño claro brillante, largo y recogido en una coleta desordenada; tiene una cara fina y de tez blanca, por eso sus ojos azules resaltan tanto; nariz nubia, y labios carnosos.

—¿Qué edad tiene la hermana de Ethan? —me encuentro preguntando de repente, Dani me mira curioso.

—Pues ni idea, tío. ¿Por qué? —se interesa.

—Ah, no, por nada, curiosidad, porque veo que hay diferencia de edad entre ellos.

—Bueno, los gemelos tienen creo que unos veintilargos; unos chavales, la verdad, y son mayores que ella por unos cuantos años —añade—. ¿Alguna curiosidad que deba preocuparme?

—No, nada, me voy ya, necesito descansar —le digo—. Mañana ya hablamos, y me llevas al estudio a ver qué me depara esta nueva aventura. —Intento fingir entusiasmo, aunque, en realidad, no tengo demasiado.

—Avísame cuando llegues a casa. —Asiento.

Pero ambos sabemos que eso nunca pasará; como siempre, llegaré y me olvidaré, como a toda persona del mundo.

Y así, sin despedirme de nadie y agarrando mi chaqueta, desaparezco entre la gente, en cuanto salgo me pongo el gorro, la pequeña bufanda y los guantes. En esta ciudad hace un frío que es demasiado, me muevo por las calles sin saber muy bien mi rumbo, pero dejo que el ambiente me rodee. Me odio a mí mismo por haber dejado que una niña haya ennegrecido mi noche, ni siquiera sé por qué y recordar la incertidumbre en su mirada me deja algo fuera de juego. Sé que ella no tiene nada que ver con lo que pasó, de hecho, la pobrecita seguramente no estaría ni remotamente cerca, pero este principio de año fue muy duro para mí y toda mi familia. Que Tessa mencionara Barcelona y el principio de año en una misma frase me ha dejado fuera de mí, tirando el dardo

correcto, cuando ni siquiera estábamos jugando.

Camino observando todas esas decoraciones que están a medio colocar, las calles me parecen oscuras y el viento me da suavemente en la cara, como si quisiera mantenerme despierto, haciéndome observar cada pequeño detalle. Bicicletas, gente en las calles principales, adornos navideños en algunos balcones. Escucho alguna risa lejana y, poco a poco, me adentro entre callejuelas para perderme en un mundo que nada tiene que ver con mi vida habitual. Gracias a la ayuda del móvil, llego a casa. Cuando entro, el contacto directo del aire caliente con mis mejillas heladas me hace dar de bruces con la realidad.

—Madre mía, lo que me espera —susurro cuando me quito las capas de ropa que llevo.

Y pienso en lo raro que ha tenido que ser para la pobre chica cuando me he marchado sin más. Recapacito sobre la vuelta a mi vida de Dani, ese compañero loco de aventuras musicales, la decisión de alejarme de todo para empezar de nuevo algo diferente, intentar recuperar esa esencia «Borja Martínez» que perdí a principios de año. Entonces es cuando siento ese calor en mis manos, un vuelco en el corazón y mil palabras dando vueltas en mi cabeza. Por primera vez en meses, siento el hormigueo en mis venas, las ganas de dejar escapar y descubrir una nueva melodía, esa que se ha estado construyendo durante toda la noche sin yo saberlo, la que ha dado vueltas en mi cabeza, simples notas que quieren formar parte de un conjunto. Así que, sin esperar más, voy directo a mi nuevo estudio personal y me siento frente al piano.

—Buenas noches, viejo amigo —susurro tocando dos notas diferentes.

*

Cuando el timbre suena de nuevo, quizás por quinta vez, me despierto de un salto de la cama.

—¿Qué hora es...? —mascullo mirando el reloj de la mesita. Las diez y media de la mañana, apenas llevo en la cama unas cuatro horas. Ayer se me fue de las manos cuando me encerré en el estudio, el timbre resuena de nuevo por toda la casa—. ¡¡Ya voy!! —grito mientras bajo por las escaleras.

Al abrir la puerta me encuentro a Dani al otro lado, mirándome con una bolsa del Starbucks en la mano.

—Ya era hora, joder, iba a llamar a la policía —protesta entrando como si fuera su casa—. He llamado por lo menos diez veces a la puerta. ¿Todo bien?

—Tú, como en tu casa —digo fingiendo que lo dejo entrar.

—Venga, que traigo refuerzos. —Y lo sigo hasta la cocina después de cerrar la puerta. Saca dos cafés de la bolsa y unas magdalenas gigantes—. Desayuno a domicilio. ¿Qué más puedes pedir? —Sonríe feliz—. Repito, ¿cómo estás?

—Bien, ayer... tuve un momento de bajón, pero, olvidando eso —le informo—, he dormido una mierda y...

—¿Cómo que me olvide? Tío, que el plan no era que te hundieras en nuestra primera noche fuera, per...

—No me interrumpas, tengo que enseñarte algo. —Y, sin avisar, me voy directo al estudio.

Me sigue de cerca y, cuando entra, se da cuenta de las tazas de café, los papeles y los instrumentos fuera de sitio.

—¿Has estado trabajado toda la noche? —pregunta sorprendido—. Pensaba que...

—Lo sé y yo también, pero el agobio de ayer, la frase de la pobre chica, el viento, las luces de Navidad en las casas... me hicieron sentir de nuevo las ganas de escribir algo y he estado currando en esto. —Le paso una hoja.

La estudia, mientras yo me siento nervioso en el taburete del piano, mordiéndome las uñas y

observando su cara. Le encanta, lo leo en su expresión, sé que tendremos que trabajar más a fondo en todo esto, pero apuesto a que le agrada la idea base.

—¿Qué? —le pregunto en cuanto levanta la cabeza.

—Puede funcionar y quedar algo precioso —contesta animado—. ¿Has trabajado en alguna melodía? —Asiento feliz, sonriendo sinceramente por primera vez en varios meses. Me giro y poso los dedos en las teclas, haciéndolas sonar, dejándome llevar por ese hormigueo que recorre las yemas de mis dedos, enseñándome el camino sin necesidad de pensarlo demasiado—. Vale, bien, sí —añade a mi espalda.

Cuando acabo, veo que se está quitando la chaqueta y, sentándose en el pequeño sofá que hay a un lado, agarra la guitarra.

—Me gusta, aunque creo que necesitamos algo en esa parte... —canturrea la melodía que acabo de tocar, lo sigo con el piano y, en pocos segundos, añade la guitarra.

De nuevo, con el cosquilleo en la boca el estómago, me encuentro trabajando en el primer proyecto de canción que he escrito en mucho tiempo.

Las horas pasan entre papeles, café, música y ganas de dejar que esta nueva versión de mí fluya. Dani, como bien recordaba, es un excelente compañero y, cuando estamos medio satisfechos con el resultado, vemos que es hora de comer.

—Venga, que te llevo a comer un buen plato de pasta y por la tarde vamos a que conozcas el estudio grande donde podremos seguir trabajando en esto. —Señala los papeles.

—Me voy a ir a duchar primero, siéntete como en casa —le digo, aunque no dudo de que ya lo hace sin que se lo recuerde, y salgo disparado escaleras arriba.

En cuanto el agua caliente toca mi piel me relajo, no sabía que estaba tan en tensión hasta que he sentido el calor en mi cuerpo. Me apoyo en la pared mientras repaso los acontecimientos que me llevaron ayer a volver a escribir, y unos ojos azules, nuevos y desconocidos se asoman en mi mente. Porque la chica activó algo en mí que no sabría definir, que movió lo suficiente para sacar a flote de nuevo algo que dormía en mi interior desde el día en que todo cambió. Esa realidad me asusta.

Me tengo que recordar para qué vine aquí, precisamente para esto: encontrar mi nuevo yo, el nuevo camino que quiero seguir y mejorar, ser capaz de hacer feliz a los que me rodean de nuevo, hacer que dejen de preocuparse por mí.

Cuando ya estoy listo, me pongo ropa calentita porque tengo intención de moverme con la bicicleta por la ciudad hoy. Al bajar, me encuentro a mi amigo sentado en el sofá, sintonizando la parabólica con los canales españoles en la televisión.

—Para que luego digas que estás desconectado de lo que pasa en tu país, que sí, tú querrás desaparecer de él por un tiempo, pero siempre tienes que mantenerte atento para saber qué ocurre —comenta cuando ve que lo observo desde el otro lado de la sala.

Asiento, porque tiene razón. El recuerdo de mi despedida al mundo vuelve a mí.

Flashback

Me encuentro en el salón de casa de mi madre, donde llevo durmiendo un par de semanas. Mi representante, Carlos, está con nosotros. El pobre ha tenido que aguantar carros y carretas a mi lado, desde lo ocurrido todo ha ido cuesta abajo y, aunque entre todos intentan reponerme, he tenido que tomar la decisión de desaparecer durante una época para encontrarme a mí mismo.

El mánager mueve todos los hilos que puede para conseguir que mi destino, Ámsterdam, esté preparado a mi llegada. Le pido específicamente que quiero irme a vivir a la capital de la música, esa en la cual vayas donde vayas suena algún tipo de melodía; aprender de nuevas personas,

nuevos ambientes. Es un sitio que he disfrutado en anteriores visitas y donde creo que puedo pasar muy desapercibido. Cuando lo hablo con la discográfica y lo vendo como un retiro espiritual para componer y escribir mi siguiente álbum, ellos me ponen en contacto con Dani, un antiguo productor que trabajó conmigo en algunos discos antes de mudarse, y él se encarga de todo.

Así que, semanas después, con todo atado, solo me falta despedirme de los fans, la gente que me importa y poner rumbo a mi nueva vida.

—Cariño, ¿estás preparado? —pregunta mi madre a mi lado.

—Sí, mamá, solo necesito verlo otra vez para asegurarme de que es exactamente lo que quiero comunicar —contesto.

Volvemos a darle al *play* al vídeo, uno donde explico que necesito desconectar de las redes sociales, explicando que me tomaré un tiempo sabático para mí y mi música, fuera de los focos y las cámaras. Les agradezco el apoyo durante estos difíciles meses y prometo una vuelta con más fuerzas que nunca.

—Yo lo veo perfecto, cariño —añade mi madre entrelazando su mano con la mía.

—Estamos contigo, hermano —dice Joel apretando mi hombro.

Lo miro, a su lado esta África, que me guiña un ojo. Escucho a mis sobrinos corretear por la casa, mi cuñada mirándome desde el sofá.

—¿Listo, chaval? —pregunta Carlos.

Asiento y publico el vídeo en Instagram, añadiéndolo de manera automática a Facebook y también en Twitter. Cuando sale cargado al completo, suelto el aire que no sabía que estaba reteniendo, mamá sigue sin soltarme la mano, y cuando veo que las notificaciones empiezan a llegar es cuando decido borrar todas las aplicaciones de mi móvil.

—Adiós, redes sociales —mascullo mirando al aparato.

Bloqueo el móvil, en el que solo queda WhatsApp, Spotify y cuatro aplicaciones más, sin redes sociales, sin manera alguna de comunicarme con la gente que no es de mi entorno.

—Ahora queda lo más difícil, empezar de cero —recuerda la pequeña de la casa.

—¡Vamos! Tengo ganas de estrenar la bicicleta —digo para quitarme ese pensamiento de la cabeza.

—Venga, que yo sí que tengo ganas de verte por los suelos —suelta, tranquilo, mientras se pone el abrigo.

Le tiro el gorro a modo de venganza, y le da la risa. Haciéndome el valiente, cojo la bicicleta, y salimos los dos a la vez. Tengo que admitir que a pesar del frío ir por las calles de esta ciudad es facilísimo, al ser tan llana es sencillo y apenas me canso. Aparcamos delante de un restaurante italiano, comemos juntos y después ponemos rumbo al estudio. Al entrar hay gente que se acerca para saludarme, estamos en el edificio de Jungle Records, un sello discográfico creado por el *dj* holandés Matt Geen, un número uno en la industria electrónica, el cual nos cede parte de su estudio para que podamos seguir creando.

Pasadas las horas, después de una tarde intensa de trabajo, decido poner rumbo de vuelta a casa, aunque intento seguir mi instinto, creo que me he perdido. Cuando freno la bicicleta para sacar el móvil, miro al frente. Qué curioso es el destino.

CAPÍTULO 4

Tessa

Jace, el pequeño terremoto de la familia —un american stanford—, y yo estamos en nuestro paseo de la tarde cuando pasamos al lado de un escaparate que llama mi atención. Es una escuela de baile infantil, donde puedo ver a los pequeños siguiendo las indicaciones de la profesora, que con mucha paciencia los lleva de un lado a otro guiándolos. Mi mano se mueve de manera inconsciente a mi pecho, la dejo allí apoyada mientras el perro se sienta pacientemente a mi lado, esperando a que decida seguir de nuevo la marcha. Respiro hondo, recordando cómo empezó mi carrera como bailarina, las tardes de paciencia de mi madre, los ensayos con los gemelos que aun sin entender mucho de movimientos de baile se unían a mí para ayudarme.

Los estoy observando cuando noto que el perro tira de mí, devolviéndome a la realidad y, cuando me volteo hacia donde se mueve, una bicicleta para a nuestro lado, encontrándome de repente a la última persona que pensaba que vería hoy. En realidad, ni hoy ni nunca más, después de su desaparición repentina de ayer, justo al acabar la conversación más surrealista que he tenido nunca.

—Buenas tardes —me saluda algo serio.

—Hola —contesto confundida, mirando de un lado a otro de la calle.

—Te he visto mientras intentaba ubicarme y bueno... —Noto lo raro que se siente, como queriendo decir algo, pero sin encontrar las palabras—. Quería pedirte perdón por la manera tan extraña en la que me comporté ayer.

Y, si ya me parecía insólito habérmelo encontrado, además de que se acercara para saludarme; esta frase pidiéndome perdón me deja fuera de juego. Pero Jace, contra todo pronóstico, se acerca para saludarlo moviendo la cola muy emocionado.

—Supongo que todos tenemos nuestros motivos para comportarnos de manera insólita, y que algo de lo que dije no fue de tu agrado —digo quitándole importancia.

—Lo cierto es que fue exactamente eso, tu frase me recordó a una parte de mi vida que no quería tener en mente en ese preciso momento —contesta serio.

Y toda esa aura misteriosa hace que mi interés por él aumente más que ayer. «¿Qué te ha pasado en la vida para que te cueste tanto sonreír?», pienso. Ese lado más curioso de mi personalidad sale a flote. De repente me apetece verlo sonreír y feliz. Lo estudio de nuevo y confirmo lo que sospechaba ayer, hay una brecha importante de edad entre nosotros, cosa que todavía me mueve más a sentirme atraída por él.

—Pues te pido perdón, no era mi intención hacerte sentir mal —me disculpo—. ¿Ahora todo mejor? —Asiente, se siente incómodo a mi lado, y lo puedo notar en cómo se mueve—. ¿Tu primer paseo? —Me mira perplejo, pero asiente—. Ya veo. ¿Y cómo ha ido?

—Bueno, creo que bien, de momento esta ciudad está a la altura de mis expectativas —habla por fin.

Sonríó abiertamente al escuchar su voz de nuevo, su acento me hace sentir un cosquilleo, aunque es cierto que no lo tiene muy marcado, además, su inglés es perfecto.

—Puedo preguntarte, si no te molesta —empiezo desconfiada—, ¿si hay algún motivo en especial que te ha traído hasta aquí?

Mis palabras vuelven a dejarlo en silencio, uno que se me hace eterno.

—Lo cierto es que sí, hay un motivo, pero no creo que sea el momento de explicarlo —contesta firme.

Qué complicado y misterioso es este hombre.

—Vaya, esta aura de misterio que estás creando a tu alrededor, ¿es normal? ¿Así es como consigues hacer nuevos amigos? —suelto. Veo que sus labios se curvan, enseñando una pequeña sonrisa que me hace corresponder con el mismo gesto—. ¡Has sonreído! —Lo señalo mientras me río—. ¡Lo he visto!! —Y su sonrisa se amplía un poco más—. Bueno, no voy a tirar mucho más del hilo —añado enseguida—. Voy a guardarme esa sonrisa, por si tardo mucho en volver a verla. —Me estudia curioso, así que enseñándole mi mejor cara sigo hablando, porque puede que le parezca pesada, pero por el momento no se ha despedido y se ha ido de mi lado, y eso me llama tanto la atención como su misterio—. Ahora, que parece que te he liado lo suficiente como para que me hagas caso, ¿te gustó el ambiente que había ayer en el garito? Quitando mi metedura de pata, por supuesto.

Lo duda unos segundos.

—Sí, lo cierto es que sí. Dani me empujó un poco a ir, pero la banda era muy buena, tenían una esencia de esas que no se ven muchas veces —contesta.

—Así que por lo menos eso era cierto, eres compositor, músico o como quieras llamarlo, ¿no?

—¿Por qué debería mentirte sobre mí? —Me encojo de hombros—. Otra cosa es que no quiera explicártelo todo.

—Interesante —respondo, él parece no saberlo, pero me está lanzando un reto silencioso—. ¿Cómo has acabado por aquí? ¿Vives cerca?

—Sí, iba de vuelta a casa —contesta rápido, lo cual me parece sospechoso.

—Perfecto, te dejo seguir con tu camino entonces. —Pero sin que se lo espere me lanzo a sus mejillas y le doy dos besos—. Nos volveremos a ver pronto. Y, sin más, lo dejo allí plantado, Jace y yo ponemos rumbo a casa. Ni siquiera sé por qué le he dado esos dos besos, pero me apetecía volver a dejarlo sin palabras. Cuando avanzo un poco por la calle, me giro para observarlo de reojo, sigue en el mismo punto, con el móvil en la mano y mirando de un lado a otro —. Algo me dice que está usted perdido, señor Borja —susurro para mí misma. Y retrocedo el camino hasta llegar junto a él. Cuando me ve aparecer su entrecejo se arruga extrañado—. ¿Todo bien?

—Sí, creo... —Y esto último lo deja en el aire.

—Lo cierto es que te veo un poco perdido. ¿Quieres que te ayude a llegar a tu casa? —Me contempla unos segundos, achinando un poco los ojos y estudiándome, al final resopla resignado y acepta moviendo la cabeza—. ¿Ves?, no era tan difícil pedirme ayuda. —Le doy un golpe amistoso hombro con hombro—. Dime, ¿dónde vives?

—¿De verdad esperas que te diga el nombre de la calle? —pregunta con los ojos abiertos.

Y me río ante su gesto, es cierto que para la gente que no habla nuestro idioma decir depende de qué nombres es un poco complicado.

—Vale, punto a tu favor —respondo sonriendo—. ¿Alguna pista?

—Podría decir que vivo al lado de un canal, en una casa de color oscura y con ventanas blancas, pero eso no vale, ¿no? —contesta, y se me escapa la risa. Y, por segunda vez en una misma tarde, consigo que a él también.

—No, esas indicaciones son un poco justas.

—Toma, espera —dice entregándome el móvil.

Veo que tiene una dirección marcada como «casa» en el Citymapper, una de esas aplicaciones que utilizamos muchas personas para ubicarnos en las grandes ciudades.

—No estamos tan lejos, podemos acabar el paseo con Jace desviando un poco el camino hacia tu casa —contesto resuelta.

—Gracias —añade y se baja de la bicicleta.

Parece ponerla de barrera entre su cuerpo y el mío, pero andamos uno al lado del otro y con mi fiel acompañante a mi otro lado. Lo hacemos en silencio durante un rato, sin mirarnos, con el sonido del agua y el viento moviéndose entre las ramas de los árboles.

—¿Cómo llevas el frío? —le pregunto, no para romper el silencio, porque sinceramente hacía tiempo que no estaba tan cómoda al lado de alguien sin hablar.

—En Barcelona hacía mucho menos frío, también es diferente, aquí es más húmedo — responde—. Tú ya estarás acostumbrada, ¿no?

Y me sorprende que siga la conversación sin un corte de por medio, sonrío.

—Lo cierto es que sí, además el invierno de aquí es más especial, siempre vivimos con la duda, ¿nevará o no nevará? —le explico sin perder la sonrisa—. La verdad es que la ciudad teñida de blanco es preciosa; eso sí, olvídate de ir con la bicicleta esos días.

Y le señalo la que lleva entre nosotros, asiente pensativo.

—Bueno, tampoco la he usado mucho con anterioridad, supongo que Dani me la consiguió para hacerme sentir un ciudadano más.

—Pues bien hecho. Yo, en verano, a la fiera la saco en ella, y corremos por el Vondelpark juntos, un deporte que no me cansa en exceso, y que disfrutamos mucho. —Me sorprendo a mí misma añadiendo este último detalle.

Me observa extrañado, pero no dice nada al respecto. Sigue sin estar muy hablador, así que continuamos caminando uno al lado del otro en completo mutismo. Cuando nos acercamos a su portal su semblante se ilumina, hemos llegado por el buen camino y lo que él no sabe es que vivo apenas a dos minutos de aquí, pero es una carta que me guardo para jugarla más adelante, eso sí consigo seguir encontrármelo de nuevo.

—¡Gracias por acompañarme! —comenta de repente frenándose delante de su portal.

—De nada, ahora ya me debes dos momentos de mi vida —le contesto y sonrío feliz. Me mira sin entender qué le estoy diciendo—. Claro, una por dejarme ayer preocupada por lo que te había pasado y qué habría dicho mal para que huyeras de esta manera y, otra, todo este rato que hemos perdido de nuestra ruta habitual para asegurarnos de que llegaras seguro a casa —le explico.

Sus ojos se iluminan por un momento y aquí llega la tercera sonrisa de la tarde.

—Muchas gracias entonces por malgastar tu tiempo conmigo —contesta.

—Creo que no lo has entendido, me debes minutos de mi vida, unos que me cobraré cuando menos te lo esperes —replico, veo que abre ligeramente los ojos.

—Per...

—Buenas tardes, volveremos a vernos pronto —añado segura, de nuevo me acerco para darle dos besos y me alejo con Jace.

Lo dejo en su portal, sé que me está observando mientras camino, me giro para despedirme con la mano. Cuando se da cuenta de que lo he pillado, responde a mi gesto rápido y entra enseguida en el portal número cuatro. Pongo rumbo a casa, cavilando en que ese chico tiene algo especial, tiene algo diferente, algo que se empeña en enterrar y que pienso descubrir.

—¡Theresa! —grita mi madre desde la cocina y aparece justo en el momento que suelto al perro.

—Mamá —la saludo acercándome a ella para darle un beso en la mejilla.

—Cariño, hace una hora y media que te fuiste, normalmente no tardas tanto —me regaña un poco enfadada.

—Estoy bien, mamá, todo va bien, así que no te preocupes —afirmo dándole un achuchón.

Tantos años conviviendo con su preocupación hace que ya esté acostumbrada. Aunque sabe que ahora, varios meses después de la operación, todo va viento en popa, pero imagino que una madre nunca deja de preocuparse. Así que dándola por imposible me dirijo a la sala de estar, donde encuentro a mi padre con Travis, ambos jugando al ajedrez, sonrío al verlos. Voy hasta ellos y les doy un beso en la mejilla a cada uno, paso de nuevo por la cocina para abrazar a mamá y subo directa a mi planta de la casa.

Tengo la suerte de tener una familia bastante bien posicionada, papá es dueño de una empresa muy importante de productos de importación; mamá, por su lado, es la dueña de una galería de arte, una franquicia muy importante americana. Por lo que tenemos un edificio entero solo para nosotros, lo que la gente normal dividiría en dos o tres viviendas. Planta baja con las zonas comunes: cocina, salón, comedor, terraza trasera. Después, la primera planta para mis padres, con sus despachos por separado. La segunda planta para mí, una pequeña sala de baile donde entreno, una habitación de invitados, un vestidor, un baño y mi habitación. Y, la tercera planta, donde tienen sus cosas los gemelos: cada uno con su propia habitación, un estudio de producción para Ethan, un despacho para Travis y una habitación extra. Lo que decía, una gran casa. Así que con Jace pisándome los talones, subo directa arriba del todo para ver a mi hermano, que está trabajando en algún tema nuevo.

—¿La tarde bien? —pregunta interesado.

—Sí, me he encontrado al chico este que iba con tu amigo ayer, el español. —Me mira achinando los ojos—. Tranquilo, solo lo he ayudado a llegar a su casa, estaba muy perdido.

Asiente desconfiado, pero enseguida le cambio el tema de conversación. Cuando se cansa de hablarme, me pide a su manera que me vaya, así que bajo a mi habitación y sentándome en mi cama pienso en Borja y sobre la verdad que tiene que esconder detrás de esos ojos oscuros, decido que voy a descubrirlo cueste lo que cueste.

CAPÍTULO 5

Borja.

En cuanto cierro la puerta detrás de mí, apoyo mi espalda en ella y niego con la cabeza. ¿Qué le pasa a esa chica? Es algo que me desconcierta, sigue intentando ser simpática conmigo, además de soltar todo lo que piensa sin filtrar, y eso, eso me ha dejado fuera de juego.

Soy una persona que piensa siempre en todo lo que va a hacer, tengo la vida programada al milímetro, todas mis respuestas, mis movimientos, por eso adoro escribir y crear música, porque son esos los únicos momentos de mi vida en los que me dejo llevar sin importar nada más. Pero Tessa, con su manera tan despreocupada de ver la vida, esa sonrisa que nace a cada palabra que dice, esa mirada de profundos ojos azules, su espontaneidad; es completamente diferente a mí.

—No, Borja, quítatela de la cabeza —me digo a mí mismo negando con la cabeza.

Porque ahora mismo en lo que menos tengo ganas de pensar es en líos de faldas. ¿Líos de qué...? Oh, Dios, no puedo dejar que mi mente vaya por esos caminos, es una cría que no creo que tenga ni veinte años, y yo estoy pensando en ella más de lo debido, que mi hermana seguro que es mayor que ella. Quitando ideas absurdas de mi mente, me dirijo a la nevera y miro qué puedo hacerme de cenar, me preparo lo que más me apetece en ese momento y agradezco a Dani por dejarlo todo configurado, aunque al final me decanto por una película de Marvel en Netflix. Y, por primera vez en meses, los últimos ojos azules que veo antes de irme no son los suyos, en mi mente aparece la cara de Tessa sonriendo de esa manera tan espontánea.

*

Salgo de casa, después de una ducha de agua fría para hacer desaparecer algunos pensamientos de mi cabeza, me voy caminando a una cafetería cercana y de allí paso a por Dani, todo siguiendo las indicaciones de mi mágica aplicación. Cuando me abre la puerta, sonrío y me invita dentro de su apartamento. Poco rato después, ponemos rumbo al estudio de Jungle Records en su coche. El frío es demasiado para los dos. En cuanto llegamos, saludamos a la chica que hay en la entrada, por el camino nos encontramos a un hombre alto de pelo despeinado, con pinta de serio, pero a la vez mirada de buenazo.

—Buenos días, Dani —saluda.

—Buenas, Taylor. —Se chocan la mano—. Este es Borja, ayer cuando llegamos ya os habíais ido, y no tuve la oportunidad de presentároslo.

Y, en cuanto dice el nombre, lo ubico; es el *mánager* de Matt, el *dj*. Lo saludo encantado.

—Muchas gracias por cedernos el espacio para trabajar —le agradezco.

—Solo faltaría, hemos escuchado cosas tuyas y la verdad es que eres todo un genio de la música. —Me ruborizo un poco mientras le doy las gracias—. Cuando Carlos se puso en contacto con nosotros a través de Dani, no dudamos en que este era tu sitio para trabajar en *Ámsterdam*.

—Gracias, de verdad —le digo sonriendo.

—No las merecen, espero que todo lo tengáis a vuestro gusto y cualquier cosa que necesitéis ya sabéis dónde encontrarnos —añade.

Asentimos los dos y, justo cuando nos vamos a poner en marcha, un chico sale de una de las salas, lo observo y me quedo quieto al ver al famoso *dj*. La verdad es que es más bajito de lo que

había imaginado, una estatura media, pelo corto de punta, con unos ojos verdes que hablan por sí solos y una sonrisa pegadiza.

—Buenos días —saluda—. ¡Cuánto tiempo sin verte por aquí, Dani! —comenta acercándose y dándole un pequeño achuchón—. Tú debes de ser Borja, ¿no? —Asiento sin poder creer que sepa mi nombre.

Porque sí, yo puedo ser famoso a nivel nacional en España y digamos que también en Latinoamérica, pero que me conozca un *dj* internacional...

—Sí, encantado —saludo estirando la mano, y la acepta enseguida, dándome un apretón firme.

—¡Yo sí que estoy encantado!, fui a verte el año pasado a un concierto con mi madre cuando pasamos una larga época en Barcelona. —Su voz se apaga, pero enseguida vuelve a sonreír, recuerdo haber visto noticias sobre él y alguna movida a su alrededor—. Ella es una gran fan —suelta, y me emociono al escucharlo, ¿La madre de Matt Geen fan de mi música? ¡Madre mía!—. Es española —me aclara.

—Muchísima gracias, de verdad, viniendo de un músico internacional como tú, me alagas muchísimo —le confieso.

—Ahora me están esperando, pero no dudes de que volveremos a vernos y seguramente me pase para echarte una visita algún día, a ver si se nos ocurre algo juntos. —Y, tal como había aparecido, desaparece.

En cuanto nos quedamos solos miro a Dani flipando de lo lindo.

—¿Qué coño acaba de pasar, tío? —le cuestiono sin entender nada, pero feliz—. ¿Colaborar con Matt Geen? ¡Brutal!

—Recuerda, además, que su madre es súper fan tuya, qué genio. —Sonríe—. Eres conocido por uno de los mejores *djs* del panorama musical —contesta dándome una palmada en la espalda.

Y juntos seguimos nuestro camino hacia la sala que tenemos reservada para nosotros, lo cierto es que el edificio es una pasada. Tiene una entrada con recepcionista, planta baja con una sala gigante de estar, donde hay una cocina, un baño, algunas áreas de descanso. Por lo que me explicó Dani, la primera planta son todo oficinas de gente que trabajan para Matt y el sello discográfico y, de la segunda hasta la cuarta, todo son salas de diferentes tamaños y equipamientos destinadas para la producción musical.

—Pensaba que él tenía una zona privada o algo. —Me intereso.

—Sí, tiene una más pequeña en otro edificio que es exclusiva para él, la oficina Geen, donde trabajan su equipo más directo y el *dj*, aunque pasa mucho tiempo por aquí —me informa.

Asintiendo decido dar por zanjada mi parte más curiosa, y nos ponemos a trabajar en el tema esperando poder acabarlo hoy.

*

Y así, sin apenas pensarlo, a mi vida vuelve la tranquilidad, hace casi tres semanas que aterricé en Ámsterdam y no hay día en que no piense en mi familia, amigos y la vida que solía tener en Barcelona, pero por otro lado no dejo de aprender cosas, he conocido a varias personas de la industria musical de todo el mundo. Ya hemos conseguido sacar dos temas completamente nuevos de la nada, cosa que me hace tremendamente feliz, porque hacía meses que no era capaz de poner dos notas seguidas sin desmoronarme.

Ethan, el amigo de Dani, se une a nosotros a jornada completa, tras la recomendación de mi amigo, para ayudar con la producción de esa nueva canción. Aun teniendo un nivel medio de español nos ayuda mucho con las melodías. El problema llega cuando al tercer día aparece Tessa para recogerlo junto a Jace, como si nada; un visto y no visto con dos palabras y tres pestaños,

que me dejaron descolocado. Y, junto a su hermano, desaparece de la misma manera que llegó, y eso, eso me desconcierta de una manera increíble porque una parte de mí no deja de pensar que esa chica, que acaba de salir del instituto y que aún estará decidiendo qué hacer con su vida, pueda meterse de esta manera en mi mente.

Desde ese primer día, viene todos los siguientes, saluda, y se van, pero la quinta tarde nos propone ir a tomar un café todos juntos y así entrar en calor, y Dani, que nunca se pierde una, acepta sin dudar. Y así es como pasan los días, cogiendo una nueva rutina donde Tessa aparece, y los cuatro juntos —a veces los cinco, contando a Travis— nos vamos a tomar algo caliente. Su risa, ese modo diferente de ver la vida, su manera espontánea de decir las cosas y su dulce forma de preocuparse por todo hacen que me fije cada día un poco más en ella, no sé cómo lo hace, pero siempre se sienta a mi lado y, de una manera u otra, termina absorbiendo mi atención y, aunque intento hacerme el fuerte, el serio, siempre me roba alguna sonrisa, algo que de alguna extraña manera acaba complaciéndola, pequeños roces de nuestros cuerpos, la forma desinteresada que parece usar para poner su mano en mi hombro o en mi espalda.

Me siento estúpido porque una parte de mí espera verla cada día al salir de una jornada intensa de trabajo y, cuando una tarde de miércoles eso no pasa, me quedo completamente descolocado.

—¿Hoy no viene tu hermana? —le pregunto a Ethan como si nada.

—No, creo que ha quedado con Ashley para ir al cine con no sé qué amigos —contesta, e intento no darle importancia.

Pero en mi interior de repente me molesta que haya cambiado nuestras tardes de café por ir a ver una película con cualquier otro chico, y eso me preocupa porque no he venido aquí para acabar fijándome en una niña de dieciocho años.

Al día siguiente, cuando aparece con esa sonrisa infinita, mi corazón de manera involuntaria se acelera. ¿Me acabo de emocionar? Creo que sí y eso hace que una parte de mí se sienta mal, intento apartar esos pensamientos cuando llega hasta nosotros.

—¿Cómo ha ido vuestra jornada de hoy? —pregunta mirándonos.

Los demás le contestan, pero yo, en cambio, me quedo callado, al margen, fingiendo que todo va bien, aunque me muero de ganas de preguntarle qué estuvo haciendo ayer. Cuando llegamos a la cafetería, la camarera nos sirve lo de siempre, mientras Jace se estira, como cada día, debajo de la mesa, esperando por si al final sobra algo de nuestra merienda. Ethan y Dani se ponen a hablar emocionados sobre un tema que hemos estado acabando, yo mientras leo los mensajes pendientes que tengo de esta tarde en el móvil. Estoy contestando algunos de ellos cuando unos suaves dedos rodean mi muñeca llamando mi atención. Cuando levanto la cabeza, sus ojos intensos me contemplan con curiosidad.

—¿Todo bien, Borja? —De repente me parece jodidamente *sexy* escuchar mi nombre en su boca.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —le cuestiono fingiendo que todo va bien, que soy el mismo borde de siempre.

—Porque estás más callado de lo habitual, que ya es decir —contesta—. ¿Ha ido bien el día? —pregunta sonriendo de esa manera tan encantadora.

—Sí, claro que sí, ¿Fue ayer bien tu cita en el cine? —Cuando me doy cuenta de la pregunta y el tono en el que la he hecho, ya es demasiado tarde.

Me mira curiosa, sonriendo y estudiando cada uno de mis movimientos. Mierda.

—Noto un tono extraño en tu forma de hablar. ¿Te molestó que no viniera ayer? —susurra para

que solo yo pueda escucharla.

Enseguida niego con la cabeza.

—Eres mayor de edad y puedes decidir qué hacer y con quién sin que nadie te diga nada — espeto intentando sonar como siempre.

Asiente sin decir nada más, cosa que me extraña todavía más. Tessa nunca se queda sin palabras. Así que sintiéndome raro decido disculparme, con la excusa de que tienen que venir a arreglar una cosa en casa y desaparezco lo más rápido que puedo del bar.

En cuanto llego al piso, me quito las cosas de abrigo y me voy directo al baño para echarme agua en la cara, al mirarme en el espejo, algo en mi interior se encoje.

—¿Cómo puedo estar haciendo esto? —susurro y mi corazón retumba con fuerza al recordarla. Me siento mal, como si una parte de mí le estuviera siendo infiel y sin poder evitarlo pego un puñetazo en la pared, justo al lado del espejo. Un calambre me recorre toda la mano y cruza la muñeca—. ¡¡Joder!! —grito enfadado.

Y dejo que las lágrimas rueden libres por mis mejillas. Zaira vuelve a mis pensamientos, con sus profundos ojos azules y su pelo rubio, casi la puedo notar a mi lado, agarrándome la mano con cariño para ver si me he hecho daño y susurrándome que todo irá bien, que tengo que dejar de preocuparme y fruncir tanto el ceño, que me van a salir arrugas antes de tiempo. Me apoyo en la pared y me deslizo hasta el suelo, donde me acurruco y suelto toda la tensión que estoy aguantando.

CAPÍTULO 6

Tessa

Cuando Borja deja la cafetería, ya no soy capaz de concentrarme en lo que los demás están hablando, pero me he dado cuenta de que algo en él ha vuelto a aparecer. Desde la noche en que lo conocí en la cafetería, no había visto esa mirada, algo no va bien y estoy dispuesta a adivinarlo.

Llevo dos semanas pasando rato con ellos solo para estar a su lado, para saber si de verdad merece toda la intriga que generaba en mí al principio y me ha servido para darme cuenta de que merece eso y más, que parecía que mi corazón no había aprendido a latir hasta que él llegó, cosa que me resulta de lo más irónico sabiendo mi historial médico. He descubierto que tiene un tic nervioso que le hace mover el pelo cada poco rato para liberar a sus ojos, que le apasiona hablar de la música, que cuando deja de darle vueltas a lo que sea que tiene dentro de su cabeza y se suelta tiene una risa hipnótica, que hace que escucharlo sea una delicia, me he dado cuenta de que le encanta aprender cosas nuevas y habla de su familia con un cariño que me ablanda el corazón.

Por eso esta huida, después de lo que parecían celos por su parte, me extraña y mentalmente no puedo dejar de pensar si serán cosas mías o no. Ethan se encarga de sacarme de mis pensamientos, y juntos, con el perro, volvemos a casa, donde cenamos con la familia, los cuales me hacen olvidarme por un rato de ese hombre que me está robando los pensamientos.

El viernes amanece gris, y yo me desperezo pensando en el día que me espera. Ashley pasará a recogerme para acompañarme a la academia, donde he quedado con mi profesora para bailar con ella por primera vez desde que todo ocurrió. Me emociona y aterra de la misma manera, porque desde el susto y la operación he ido bailando a cuentagotas y siempre en casa, porque, cada vez que quiero darme prisa y empezar a dar el doscientos por cien de mí, mis padres me recuerdan qué ocurrió la última vez que me presioné tanto. Mi amiga, que es como mi ojo derecho, me acompaña para apaciguar mis nervios en mi primer día de vuelta.

Mi familia se empeña en acompañarme a la salida, cuando abrimos la puerta allí, encontramos a la rubia.

—Buenos días, Tessa —me saluda apoyada en el coche, y me acerco para darle un pequeño abrazo.

—Ashley, recuerda que eres nuestra enviada especial, tienes que cuidar de ella —le dice mi madre abrazándola.

—¡Mamá! —me quejo.

—Tranquila, sabes que conmigo nunca correría ningún peligro, pienso vigilarla a cada paso que dé —le contesta guiñándole un ojo.

—Así me gusta, que mi pequeña hija adoptiva cuide de mi niña. —Se acerca a abrazarla mi padre—. Gracias por acompañarla —le susurra, pero lo suficiente alto como para que llegue hasta mis oídos.

—Enana, lo vas a bordar, que se prepare esa academia porque la reina de la pista vuelve —suelta Travis estrechándome en sus brazos.

Ethan se une enseguida a nosotros, ellos insistieron e intentaron que les dejara acompañarme, pero me negué en rotundo. Necesito hacer esto sola o, en su defecto, con la compañía de Ashley,

tal como está pasando, porque sé que ella me dará la fuerza que necesito.

Ambas nos subimos al coche y ponemos rumbo a la academia, justo cuando llegamos todos me reciben con abrazos y besos, me emociono y mi alma se llena de felicidad al verme de nuevo allí, en mi casa.

La gente me saluda, me pregunta cómo estoy y se interesan por mi recuperación, pero cuando Halsey aparece, con su pelo corto teñido de azul, me conmueve y la estrecho en mis brazos.

—Eres toda una guerrera, y estoy muy feliz de tenerte de vuelta —susurra en mi oído. Asiento mientras intento tragarme las lágrimas—. ¿Empezamos tú y yo solas a ver cómo se nos da? —añade sonriendo.

Me estremezco solo al pensarlo y afirmo, Halsey sabe que mi amiga entrará donde yo vaya, es la única condición que le puse el día que anuncié mi vuelta a su escuela.

Las tres accedemos en la sala, y dejo las cosas junto la rubia, que se sienta en el suelo, al lado del reproductor de música.

—¿Alguna preferencia de canción? ¿Qué coreografía tienes ganas de hacer? —me pregunta la profesora.

Lo medito un rato, cierro los ojos y me dejo llevar por lo que siento.

—Bruno Mars —le pido sonriendo de oreja a oreja.

En cuanto la miro, ya sabe qué canción quiero. Pero antes de eso me hace calentar un poco, sabe que tenemos que tomárnoslo todo con calma, aunque yo me vea más que preparada para lanzarme a la aventura.

—Venga, vamos a ello, leona —dice dándome una palmada en el culo y dirigiéndose hasta el reproductor de música.

Uptown Funk empieza a sonar, y ese hormigueo que tanto adoro empieza a subir por todo mi cuerpo, llegando hasta lo más profundo de mi cuerpo y haciéndome mover al ritmo de la música en lo que mi profesora llega hasta donde yo estoy.

—¿Lista? —Cabeceo de arriba abajo feliz.

Mi cuerpo empieza a moverse, la melodía me atraviesa el corazón y se instala allí, haciéndome vibrar de nuevo.

Desaparece el mundo a mi alrededor, solo percibo la vibración, esa que me llena y hace que recuerde cada movimiento como si lo hubiera bailado ayer. Descubro que las preocupaciones, las horas de espera, los ratos en el hospital, el sufrimiento, todo desaparece para dejar paso a la sensación de libertad, como si mi cuerpo ya no fuera mío y perteneciera a la música.

Me siento un alma libre, que se mueve sin pensar, adueñándose de esa electricidad que hace que mi cuerpo se mueva, que palpite y se incendie como un fuego interior esperando estallar. La dureza de mis movimientos, la elegancia, la chulería, todo parece volver y mostrarse como hacía meses que no me pasaba.

Cuando la música para, me quedo quieta.

—¡¡¡Impresionante!!! —grita de repente mi amiga levantándose del suelo de un salto, aplaudiendo como una loca.

Juraría que la veo hasta llorar de la emoción.

—Nunca pierdes ese encanto personal que tienes —suelta mi profesora emocionada y abrazándome.

Y me rompo, las lágrimas de felicidad corren por mis mejillas, sin dejar de sonreír. Por fin he podido ser yo de nuevo por unos minutos, olvidando el pasado, el sufrimiento y dejándome guiar por la música, dejo escapar un grito de la emoción, y esas dos personas que me acompañan en ese

momento se lanzan encima para abrazarme.

—Joder, ¡qué bien sienta volver! —sentencio cuando nos separamos.

Ambas se echan a reír.

—Pues ahora no vayamos a parar, decido la siguiente canción a ver cómo llevas este estilo — dice sonriendo de medio lado.

Acepto afirmando con la cabeza y así empiezan a sonar una detrás de otra, haciéndome recordar mis estilos favoritos, bailando al rey con sus mágicas coreografías. Cuando quiero darme cuenta, tenemos público en la sala, alumnos de todas las edades se van asomando para vernos bailar, porque si algo sé es que Halsey es la reina del baile y poder volver de manera oficial a su lado es un privilegio.

Una hora después, estamos acabando la clase y, aunque yo seguiría durante diez horas más, tengo que frenarme y no forzar más mi cuerpo. Estoy sudando, pero feliz, siento que podría comerme el mundo de un bocado si me lo propusieran ahora. Después de abrazarme con media escuela, y de adorar a mi profesora por todo lo que me ha dado de vuelta hoy, ponemos rumbo a casa. Ashley come con nosotros, enseñando los vídeos que ha grabado de mí a toda la familia, todos se emocionan, y tengo que abrazar a mi madre para que no se preocupe, estoy bien y me siento más viva que nunca.

Durante la tarde decido retomar una tradición que aprendí en mis meses viviendo en España y me echo una siesta rehabilitadora, ya que hemos quedado con un grupo de amigos para celebrar que en dos días será diciembre, por lo tanto, Navidades y todas esas maravillas que tanto me gustan. Cuando suena la alarma pego un salto de la cama y decido demostrar al mundo lo feliz que estoy vistiéndome de la manera que más me apetece y con lo que más guapa me siento.

Porque no hay nada como quererse por dentro, sentirse plena para demostrarle al mundo lo guapa que eres, da igual si el resto lo ve así o no, porque si hay algo que todas las personas deberíamos de llevar puesto siempre es la felicidad. Ser capaces de querernos a nosotros mismos para que el resto puedan hacerlo también.

Busco en mi armario hasta dar con lo que quiero, una camisa de seda rosa pastel sin mucho escote, pero con un borde de encaje precioso; mi falda de cuero, y a juego me pongo unos zapatos de tacón rosas. Me dejo el pelo suelto, haciendo unas hondas, y con un maquillaje de ojos felinos, pero pintalabios suave. Justo cuando llego abajo, suena el timbre y al abrir la puerta me encuentro a mi despampanante amiga con un vestido negro impresionante. Ethan, que casualmente —nótese la ironía— se asoma en ese momento para ir a llevar un vaso a la cocina, se queda tan impresionado al verla que se tropieza con unos zapatos que hay en la entrada y está a punto de caerse. A nosotras nos da la risa floja.

—¿Vais a salir así? —pregunta de repente cuando se recupera.

—Por supuesto, hermanito. —Asiento mientras agarro la chaqueta.

—No, ni hablar. —Le saco la lengua mientras cierro la puerta y salgo con mi amiga, con el abrigo en mi mano.

Estamos avanzando hacia el Uber que la ha traído y que nos llevará al centro, cuando mi hermano abre la puerta.

—Tessa, envíame un mensaje y me dices dónde estaréis, lo mismo nos pasamos un rato, he quedado con los chicos —grita.

Afirmo conforme lo he entendido y me meto en el coche con la rubia, que mira a mi hermano de reojo. Estos dos me siguen haciendo mucha gracia, fingen no gustarse, y ni se te ocurra sacar el tema porque te comen con patatas. Cuando llegamos a la cena, todos nuestros amigos nos saludan,

y nos sentamos en los sitios libres. Las horas pasan y el vino no falta nunca en la mesa.

Por un momento, mientras miro a nuestros acompañantes, me doy cuenta de la diferencia entre ellos y Borja, de nuevo esa sensación en el pecho. Porque apenas he pensado en él durante todo el día, pero ahora, con dos copas de vino de más y una manada de niños de mi edad, siento la necesidad de escucharlo hablar de nuevo, de esa mirada que fija en mí. Porque sí, puede que haga poco tiempo que ha aparecido en mi vida, pero tengo la impresión de que lo conozco desde antes o, por lo menos, mi corazón tiene esa sensación.

Así que, guiada un poco por el vino, mis amigos y la pesada de Ashley preguntando si le he dicho ya a mi hermano dónde iremos de fiesta; envió un mensaje al grupo que tengo solo con los gemelos. A lo que Ethan contesta preguntando cuántos somos y me ofrece la oportunidad de ir hasta la discoteca donde están ellos, en la cual ahora mismo está pinchando el mismo Matt Geen.

En cuanto lo ofrezco, todos acceden, y yo le rezo a todos los dioses que conozco porque Borja haya decidido salir hoy. Cuando los taxis nos dejan en la entrada, le doy mi nombre al portero que nos indica cómo llegar hasta la zona VIP, donde ya nos estarán esperando, somos ocho personas en total y entramos del tirón. Los gemelos nos reciben felices, saludan a todos nuestros acompañantes y, sin poder evitarlo, miro a mi alrededor buscando al moreno, pero allí no hay ni rastro del español. Así que decido ir a por un poco más de bebida, pero sin pasar mis límites marcados, acompañada por Justin; mi primer novio y, bueno, mi primera vez en todo.

—Estás preciosa hoy, Tessa —susurra en mi cuello.

Sonrío, pero me aparto un poco de él. Estoy algo decepcionada porque Borja no esté aquí, si tuviera su número de móvil ahora mismo le enviaría un mensaje para obligarlo a salir de su casa y que dejara de amargarse allí encerrado, que viviera sin preocupaciones, sin ese ceño fruncido que le sale cuando algo lo atormenta.

Agarro mi copa en cuanto me la sirven, me alejo de mi ex para ver si lo pierdo de vista y me quedo mirando fijamente hacia la cabina, donde se encuentra en ese momento Matt, haciendo que la gente vibre con la música que se encarga de poner. Avanzo decidida hacia el grupo de mis amigos cuando me choco con alguien que está de espaldas.

—Perdona —dice y ese acento hace que se me acelere el alma.

—Borja —lo saludo en cuanto se gira y me ve, por primera vez desde que lo conozco sonrío sin necesidad de que le diga nada.

Me observa detenidamente, aunque intenta disimular, cosa que no le acaba de salir bien, y eso me hace darme cuenta de que ha bebido un poco más de la cuenta.

—Buenas noches, Tessa. —Esta vez es él quien se acerca para darme dos besos.

Siento cómo sus labios rozan mi piel, y todo mi cuerpo tiembla ante ese contacto.

—No te he visto cuando he llegado —añado.

—Yo sí, te he observado irte a la barra con ese chico que nos está mirando ahora —susurra en mi oído, ese gesto me hace sonrojarme.

Me estaba espiando, y me pongo algo nerviosa.

—¿Celoso? —pregunto sin más.

—¿Yo? No, para nada —niega, pero sus ojos me dicen otra cosa.

—Estás muy guapo hoy. —Cambio el tema, observándolo; pantalón oscuro y camisa granate con un par de botones abiertos.

—Gracias, tú también estás preciosa —contesta, me guiña un ojo, rozando mi mejilla con sus dedos y, sin decir nada más, desaparece de mi lado.

Intento centrarme, pero esa simple frase, ese roce, me hace sonreír como una niña pequeña,

feliz. ¿Dónde queda el Borja serio? Ese que lo estudia todo al milímetro. Pienso en que, la última vez que lo vi, salió corriendo de mi lado, de nuevo, mientras yo me quedaba otra vez a la espera por saber qué le pasaba.

Lo observo de lejos, bailando con Dani, y tengo que reconocer que no lo hace nada mal. Ashley, que también va algo perjudicada, no para de hacerme señales hacia él, sabiendo que me encanta y que hay algo de él que me llama a gritos. Le sacó la lengua y le pido por favor que se corte un poco. Pero, cuando vuelvo a observarlo mientras bebo de mi copa, me quedo nuevamente embobada, mueve la cadera de una manera increíble y, sí, quizás no es tan bueno como los chicos de mi escuela, pero con un poco de práctica sería de esos que cortan el aliento con sus movimientos.

Me acabo la copa de un tirón y agarro a una de mis acompañantes, una chica que también bailaba conmigo en la escuela, aprovechamos que Geen empieza a poner algunas canciones de reguetón, muevo a mi amiga de manera estratégica para quedar en la línea de vista del español.

Las notas de *China*, de Anuel AA y compañía, empiezan a sonar, y sonrío. Mi amiga parece coger el ritmo de mis pasos enseguida, dejo que la música me llegue al alma y tome el control. Nos movemos, pegadas y exagerando cada vaivén, sensuales. Lo miro de reojo para encontrarme con su vista clavada en mí, fijamente y sin parpadear apenas.

—Tienes que distraer a la gente, necesito acercarme a alguien —le susurro a mi amiga sin dejar de movernos.

Asiente, le indico con la cabeza hacia dónde necesito ir y de una manera magistral nos separamos, y empieza a bailar con más gente que enseguida se entretienen con ella. Me deja muy cerca de Borja, que está solo en ese momento, puesto que Dani está en el sofá con una chica. Me sonrío, y extendiendo mi mano para invitarlo a bailar conmigo sin dejar de moverme, la acepta sin rechistar, contoneándose de una manera increíble. Lo acerco a mí, llevándolo al centro entre la gente que baila en el reservado que por suerte son bastantes. Nos movemos, parece que he conseguido mi objetivo embelesándolo de alguna manera, así que aprovecho el tirón para pegarlo a mí y bailamos al compás. Me doy cuenta de que lo hace realmente bien, nuestros cuerpos se entienden a la perfección, sus manos se posan en mi cintura y acompañan mis movimientos, de un lado a otro, pegados, pasándonos la vibración de un cuerpo al otro, convirtiéndonos en una corriente que me eriza la piel.

Está concentrado en mí cuando de repente se frena en seco y parece escuchar algo que yo no logro saber qué es, su cara se transforma y, cuando intento acariciarle la mejilla para hacerlo volver a mí, me aparta agarrándome suavemente, sus ojos están llenos de lágrimas y me quedo en *shock*.

—Borj... —Pero no puedo acabar de decir su nombre.

—Lo siento, Tessa —susurra y desaparece entre la gente, lo veo acercarse a Dani y luego, cogiendo sus cosas, se marcha.

Me quedo allí, parada, sin saber qué decir o hacer.

CAPÍTULO 7

Borja.

Salgo corriendo como un cobarde, la letra de esa canción que habla sobre una mujer quedándose en casa mientras hay otra, junto a las cosas que esa chica me hace sentir, me asustan, porque no estoy preparado y mucho menos para hacer que ella sufra cuando se dé cuenta de que yo no soy lo que busca, soy un fraude que perdió lo que más quería sin poder hacer nada. Paseo por las calles observándolo todo, intentando despejar mi mente, contemplo las luces que cuelgan de un lado a otro.

La Navidad ya está aquí, de hecho, ya son pasadas las doce, por lo que oficialmente quedan solo unas horas para entrar en el mes de diciembre. Se me encoje el corazón, la primera vez que voy a celebrarlo sin ella después de tantos años y de nuevo sus ojos aparecen en mi mente. Aprieto el paso y en cuanto cruzo la puerta del piso suelto el aire, respirando profundamente, como si hubiera entrado en zona segura.

Por tercera vez en tres semanas, he vuelto a dejar a Tessa tirada, sin que ella hiciera nada malo, simplemente provocándome algo que me asusta, algo que me hace sentir mal y bien a la vez. Niego al pensar de esta manera sobre una chica de dieciocho años más joven que yo, pero lo que me asusta de verdad es que, si mi situación fuera diferente, si el motivo de mi mudanza fuera otro y mi vida fuera otra; esa chica no se me escaparía. Subo directo a mi habitación, me quito la ropa y me meto en la ducha bajo un chorro de agua ardiendo que quema mi piel lo justo para hacerme volver al mundo real. En cuanto salgo, voy directo al vestidor para buscar un pijama.

Y, cuando estoy vestido, vuelvo al baño para limpiarme los dientes.

—Eres un cobarde, Borja, eres un cobarde incapaz de afrontar la realidad, dar un paso adelante y asimilar lo sucedido, dejar de frenarte y sonreír sin miedo al qué dirán o al qué pasará —me digo a mí mismo.

Intento que de verdad esas palabras me ayuden, pero en cuanto entro a la habitación me siento tentado de sacar ese marco de fotos que reposa en mi maleta. Sin embargo, niego con la cabeza, acostándome he intentado que el sueño se lleve todos mis pensamientos.

No me hace falta alarma, porque cuando el sol me da en la cara me despierto, apenas han pasado unas horas desde que he vuelto de la discoteca. Me siento en la cama, apoyo los codos en las piernas para hundir la cabeza entre mis brazos, cojo aire profundamente y, cuando estoy listo, me levanto.

Bajo directo a la cocina y conecto la música para dejar que la voz especial de Rosana resuene por todo el piso. Me preparo un café y decido dedicar el día a mí, haciendo lo que me gusta más sin tener a nadie cerca, desconectando del mundo. Por lo que subo y, vistiéndome con un chándal, me dirijo al estudio, donde enciendo el portátil y saco una libreta.

El primer descanso lo hago hacia el mediodía, me asomo a la terraza de la primera planta para ver lo gris que está el día, el cual parece acompañar mi estado de ánimo. Preparo un poco de pasta con pesto para comer y cuando estoy listo vuelvo al pequeño estudio. La lluvia empieza a apretar y decido salir al comedor, mezclo mis ideas con el toque de las gotas de agua en la ventana. Sonríe ante el resultado que estoy obteniendo, cuando de repente llaman al interfono del piso.

—Qué raro —susurro, porque nadie sabe dónde vivo además de Dani, que tiene llaves del portal y siempre toca directamente al timbre del piso.

Cuando descuelgo el telefonillo, y su rostro aparece en la pantalla, me quedo a cuadros.

—Por favor, Borja, dime que eres tú, nos estamos mojando, además de congelando —habla Tessa al otro lado de la cámara.

No le contesto, simplemente le doy al botón para que entre. Solo a alguien como ella se le ocurriría ir a pasear al perro con este temporal. Abro la puerta y la escucho subir, en cuanto la veo aparecer mi corazón se acelera y me siento un imbécil por lo mal que la he estado tratando estos días.

—Joder, estáis chorreando —digo al verla llegar con Jace—. Anda, entrad.

Y me aparto para que ambos accedan, el sonido de la lluvia sigue resonando en la ventana.

—Lo siento, no quería interrumpir, pero nos ha pillado el chaparrón aquí al lado y no sabía dónde ir, apenas podíamos ver ni por el lugar que pisábamos —se disculpa ella agachando un poco la cabeza.

—Tranquila, deja que vaya a por algo para que os sequéis —comento cerrando—. Esa puerta es el lavabo, entrad y ahora vuelvo.

Salgo disparado escaleras arriba, donde busco toallas para ambos, como no tengo viejas cojo una cualquiera para el perro y de paso cojo un pantalón de chándal y una sudadera para que ella se cambie de ropa.

En cuanto vuelvo, la encuentro con Jace sentada a su lado.

—Lo siento, pequeño, sabes que no era mi intención que nos pillara la lluvia —le explica al perro, cosa que me hace sonreír.

—Es que, ¿a quién se le ocurre salir con este temporal? —añado a su espalda, hago que se asuste, y se gira para mirarme fijamente.

—Pues a mí —confirma—. Pero el pobre no había salido en todo el día y parecía que el tiempo daba una pequeña tregua, hemos decidido dar un paseo corto, pero no hemos llegado demasiado lejos —repone.

—Tranquila —le digo intentando sonreír, pero estoy bastante sorprendido, porque lo cierto es que su presencia llena la estancia de una manera que me da algo de miedo—. Si quieres súbete al baño de arriba, y yo me encargo de secar a este grandullón.

Asiente sin decir nada y sube las escaleras, mientras yo me quedo con el perro, lo seco pacientemente con la toalla y al final le doy un toque con el secador que ya había en el armario cuando me mudé. Cuando salimos juntos del baño, es justo el momento en el que Tessa baja por las escaleras, vestida con mi ropa que le va varias tallas grandes, el pelo recogido en una coleta y sus prendas mojada en la mano. Y, sin saber por qué, al verla con esa cara de no saber dónde esconderse me da la risa, una risa a carcajadas, de esas que no sabes por qué nacen, pero que no puedes parar.

—Pero ¿de qué te ríes tú? —me pregunta intentando esconder una sonrisa.

—No..., no... lo... —Pero no puedo ni seguir.

Al final le contagio la risa, y acabamos los dos a carcajada limpia al ver el panorama que se ha formado en un momento. Cuando nos calmamos, le indico que me siga para que ponga su ropa en la secadora, Jace parece haber encontrado un buen sitio en un rincón del sofá y, aunque la chica intenta hacerlo bajar, le digo que no me importa que esté allí.

—¿Quieres algo calentito para beber? —pregunto.

—Sí, por favor, un chocolate caliente —pide, y asiento.

Se sienta en uno de los taburetes de la barra americana y me observa mientras le preparo la bebida. Coge la taza cuando se la entrego, colocando sus manos alrededor para calentarlas.

La miro fijamente unos minutos, observando sus facciones, tan perfectas como el primer día que las vi hace unas semanas, sus ojos se encuentran con los míos y mantenemos una conversación silenciosa, al final los aparto, asustado por lo que pueda descubrir.

—¿Estás bien, Borja? —pregunta de repente, unas palabras que no esperaba, pero que significan un mundo para mí.

Estoy apoyado en el mármol de la cocina, respiro profundamente pensando en qué contestarle y, sin meditarlo más, hago que ella sea la que decida la respuesta que quiere escuchar.

—Depende, Tessa. ¿Quieres saber la verdad o no?

—La verdad —contesta escrutándome con atención—. Quiero saber si te he hecho algo malo, si mi presencia te molesta o si simplemente no te caigo bien y por eso te comportas así conmigo —confiesa, al final, agachando la cabeza.

Sus palabras me encogen el corazón y sin pensarlo me acerco a ella, quedado de frente. Alargo mi mano para llevarla a su barbilla, la levanto para conectar de nuevo nuestras miradas.

—No, de verdad que no has hecho nada malo, todo lo contrario —le confieso—. Después de muchos meses malos por fin he sonreído, he empezado a ser yo mismo de nuevo, y eso en parte es gracias a ti y a tu insistencia por lograrlo, tu manía de hablar sin filtro y de vivir cada día como si fuera el último.

Me contempla con los ojos brillantes.

—Entonces... Entonces, ¿por qué me tratas como si quemara? Se que... —Se queda callada un momento, pensando en cómo seguir la conversación sin usar las palabras erróneas, así que espero a que prosiga antes de yo decir nada—. Se que sientes algo, por supuesto, no diré que es amor o algo así, pero sí una atracción, porque yo también la percibo. Sin embargo..., parece que cada vez que me acerco a ti...

—Joder, Tess. —Y sin quererlo es la primera vez que acorto su nombre, creando un diminutivo para ella—. Es cierto que me corto, que intento no dejar salir nada de mí, pero no es algo que tenga en contra de ti, es algo que tengo en contra del mundo en general.

Soy consciente de que no entiende muy bien por dónde va la conversación. Pero sin pensarlo le agarro de la mano y tiro de ella, antes de arrepentirme, de hacerla sentir mal una cuarta vez, decido soltar por un rato las riendas de mi controlada vida y enseñarle el motivo por el que soy así.

—Acompáñame un momento. —Vamos directos a mi habitación. Cuando llegamos arriba le pido que se sienta en la cama, me mira de reojo y noto que se mueve sintiéndose rara, pero al final lo hace—. Tranquila, solo quiero enseñarte algo. —Le acaricio la mejilla, y parece tranquilizarse por un momento. Saco un estuche de la mesita y cojo una bocanada de aire antes de abrirlo, ella me estudia detenidamente—. Tess, hace diez meses... —Me callo un momento, respiro hondo.

—Borja, no hace falta que me ex... —Empieza, pero la interrumpo.

—No, necesito explicártelo para que entiendas por qué soy así —le digo—. Hace diez meses perdí a la persona más importante de mi vida por culpa de un accidente de tráfico. —Saco la pequeña joya, acto seguido cierro el estuche. Me siento al lado de Tessa, que se ha quedado sin palabras—. Se llamaba Zaira. —Le enseño el anillo que guardo en la mano, con la fecha de la boda y nuestros nombres grabados en él—. Mi esposa —finalizo.

Y se gira para mirarme con los ojos muy abiertos, mientras se le llenan de lágrimas, entrelaza su mano con la mía libre que reposa entre nosotros.

—Lo siento —susurra apretando mi mano.

—Murió a principios de año, un coche invadió nuestro carril cuando volvíamos de un evento. —No le explico que ese evento era un concierto donde yo acababa de tocar—. Nos conocimos hace diez años y desde entonces no nos habíamos separado, nos casamos hace cuatro y con ella se suponía que iba a pasar el resto de mi vida.

Pienso en mi mujer, rubia, de profundos ojos azules, la mujer que me falta a cada minuto de mi vida.

—Siento haber insin... —intenta vocalizar, pero dejo el anillo en la mesita y me giro para enfrentarla directamente a los ojos interrumpiéndola de nuevo.

—No tienes que sentir nada, simplemente quería que entendieras que mi forma de ser, el que sea tan hermético con mi vida y que me dé miedo acercarme a alguien como tú, es porque no quiero hacerte sufrir —le cuento—. Y, por otro lado, porque no puedo evitar sentir que estoy haciendo algo mal —confieso al final, soltando las lágrimas que estaba reteniendo.

—No es culpa tuya, Borja, lo que pasó tenía que pasar —susurra acercando su mano a mi mejilla y limpiando mis lágrimas.

—Lo sé, pero vivir con ello cada día es difícil —declaro—. Nunca pude despedirme de ella, sufrió una lesión interna que nadie fue capaz de detectar hasta que fue demasiado tarde, yo estaba ingresado en otra habitación y, cuando conseguí el alta, ya había... —le explico con la voz rota—. Porque, aunque el accidente fue muy fuerte, yo apenas salí herido, y en cambio ella se llevó todo el golpe, murió varios días después en el hospital, consciente de que su luz se apagaba poco a poco.

—¿Por eso te mudaste a Ámsterdam?

—Sí, necesitaba un cambio completo de mi vida, necesitaba encontrarme de nuevo tranquilo para empezar a crear. —La miro fijamente—. Y... tú, indirectamente, fuiste la que me diste fuerzas para empezar a componer.

Me observa sorprendida, con los ojos muy abiertos.

—¿Yo? —pregunta sin entender.

—La primera noche, cuando te acercaste, y te dejé plantada allí, me hiciste pensar en ella, no sabría explicarlo, fue un encontronazo de mi nueva vida con la anterior y abriste un camino —revelo.

Asiente, asombrada por lo que acabo de decirle, porque no es una declaración de amor ni mucho menos, ni siquiera habla de unos sentimientos a nivel románticos, sino simplemente de que ella llegó para ayudarme a abrir una puerta que tenía cerrada.

Pero, justo en el momento en que va a decirme algo, su móvil empieza a sonar en la planta baja.

CAPÍTULO 8

Tessa

Me disculpo para ir a por el móvil con un nudo gigante en la garganta. No sé muy bien qué decirle para que se sienta mejor. Cuando llego abajo, veo que la que llama es mi madre, Jace me mira desde el sofá.

—Mamá —contesto.

—Theressa, ¿dónde estás? —pregunta preocupada.

Ni se me había ocurrido avisarla una vez he estado resguardada del agua, pero entre una cosa y otra me he visto en este torbellino de confesiones.

—Lo siento, estoy en casa de una amiga que me ha resguardado de la lluvia hasta que pase la tormenta —miento para tranquilizarla.

—Vale, pero por favor vente en cuanto acabe, no quiero que te refríes, te pongas mala o, en fin, que molestes a alguien con el perro por no haberte esperado —me medio regaña, pero noto que su voz está más tranquila que cuando me ha contestado antes.

—Sí, te quiero —le digo colgando la llamada, me quedo con el teléfono en la mano mirando de frente por la ventana.

—Eres un poco mentirosilla —suelta Borja a mi espalda. Como no lo esperaba doy un pequeño grito.

—Me has asustado —le reprendo poniéndome frente a él.

—Lo siento. —Sonríe tímido—. Pero es que me ha hecho gracia escuchar que le decías «con una amiga».

—Si quieres le explico que estoy con un chico de treinta y seis años en su casa. ¿Quieres que le dé un infarto a la pobre mujer? —Niega con la cabeza levantando las manos, como aceptando mis palabras.

—Escucha, no quiero que cambies tu manera de ser conmigo, es decir... —empieza a decirme —, lo que me ha pasado, pasado está, tengo que aprender a vivir con ello, aunque eso me haga estar de un humor muy irregular, solo quiero que sepas que no es nada personal en tu contra. Y que... seguramente, si te hubiera conocido con diez años menos y sin ser viudo, no hubiera dudado en tirarme a tu cuello —confiesa.

Me pongo roja ante sus palabras, no es lo que esperaba escuchar, pero por lo menos reconoce que tenemos química.

—Bueno, algo es algo. —Sonrío.

Lo estudio unos segundos, ahora entiendo las ojeras, el cansancio de su mirada, los cambios de humor y lo derrotado que parece a veces con la vida. Mi corazón da un pequeño vuelco y de repente tengo la necesidad de explicarle que la vida puede ser dura, pero feliz a la vez, demostrar que lo que parece malo siempre puede traer momentos increíbles, que al otro lado de la oscuridad siempre está la luz y que, con el paso del tiempo, todo mejora. Quiero explicarle mi historia, enseñarle que todo en la vida puede tener nuevos principios, que el camino malo siempre vale la pena cuando se llega a la meta.

—Creo que ha llegado el momento de que te explique algo, has sido sincero conmigo, y creo

que escuchando mi historia podrías ver la vida de otra manera, que entiendas por qué mis hermanos son tan protectores o por qué mi madre me llama cada diez minutos para saber si estoy bien. —Le enseño el móvil—. O por qué dejé de bailar hace meses, cuando estábamos de gira por España, a principios de año.

Me mira fijamente.

—Tessa, no tienes por qué contármelo; es decir, no estás obligada a hacerlo por el hecho de que yo te haya confesado mi secreto —me dice.

—Lo sé, pero creo que es algo que alguien va a acabar explicándote tarde o temprano, y sé que en este momento puede enseñarte que la vida también te regala cosas buenas —contesto segura—. ¿Podemos sentarnos?

—Sí, claro. —Y juntos nos colocamos en el sofá.

Respiro hondo y procedo a explicarle por qué la gente me trata como a una muñeca que puede romperse en cualquier momento.

—No te asustes, ¿vale? —Asiente, veo la intriga que he generado en sus ojos—. Cuando era pequeña, más o menos al año y medio de nacer, me detectaron una enfermedad congénita en el corazón. —Pauso un momento para ver su cara, pero sigue expectante para que continúe—. Desde pequeña he sufrido bastante, tenía una malformación en el corazón y, aunque los doctores decidieron no operarme entonces, sí que sufrí de muchos controles, además de limitaciones en mi vida. —Me detengo transmitiéndole toda mi fortaleza y continuó antes de que pueda decir nada—. Con un control semanal, y mucho cuidado por parte de mis padres, tuve una infancia feliz. Empecé a bailar, lo cual me ayudó a sentirme una más con el resto de niños, pero al final esa pasión se convirtió en mi profesión —sigo relatando—. Mis padres al principio se opusieron en rotundo, sabían que el estrés era mucho mayor y que eso podía causarme algún problema, pero después de consultarlo con los doctores accedieron a dejarme practicarlos a tiempo completo, sometiéndome a controles más a menudo y cuidando de mi salud a todos los niveles.

—Es decir que nada de desfases, ¿no? —concluye, y asiento.

—El año pasado nos ofrecieron la oportunidad de ir a hacer una gira por Europa, la primera parada era en tu país, España —le digo sonriendo de medio lado—. Pero no contaba con la presión y el estrés, yo fingí que el cansancio era poco y que me encontraba bien cuando no era cierto, pero no quería que nadie cortara mis alas —confieso—. Así que di el doscientos por cien de mí y durante un ensayo me desplomé en el suelo.

—Tess... —susurra, llamándome de nuevo de esa manera, mi corazón vuelve a acelerarse un poco.

—No pasa nada, no te lo cuento para darte pena, sino para que entiendas que en la vida no todo es tristeza —contesto—. La cosa es que, después de un viaje a urgencias, los doctores del hospital informaron a mis padres de que había que operar, que mi corazón estaba muy débil y así fue como empezaron una serie de intervenciones que me dejaron estas cicatrices. —Me levanto la sudadera para enseñárselas. Observo su mirada y, contra todo pronóstico, se acerca para tocarlas con suavidad, siento su contacto en mi piel, sus manos frías en contraste con mi piel caliente provocan un escalofrío que recorre mi espalda—. Lo cierto es que fueron semanas bastante intensas, pero al final todo salió a la perfección y ahora estoy aquí, con mi nueva vida, empezando mis rutinas de baile de nuevo —le explico.

Aparta su mano de mi cuerpo y bajo de nuevo la sudadera. Me mira de una manera diferente, no es con pena, como el resto de las personas, no es esa mirada que me dedica la gente dándome la sensación de que podría romperme enseguida, no, Borja me mira como si yo fuera una

superheroína, una superviviente, una luchadora. Eso hace que las mariposas de mi corazón vuelvan a viajar por mi cuerpo.

Escucho cómo el agua cae en la ventana con la misma intensidad que cuando llegué a su casa.

—Pues quiero que sepas que para mí no eres una víctima, para mí eres una valiente —afirma confirmando lo que sus ojos ya me habían dicho.

Sonríó feliz. Por lo que veo, cada uno tiene sus propias heridas que curar, sus miedos que superar y esta charla que acabamos de tener nos ha ayudado a los dos a entendernos un poco mejor.

—Bueno, ahora que sabemos que la vida del otro nunca ha sido fácil, hay que alegrarse, porque por fin mañana empieza el último mes del año y con él las Nav... —Pero me callo observando a mi alrededor. Hasta ahora no me había dado cuenta de que no tiene ni un objeto de decoración en toda la casa ni una simple bola de Navidad, nada—. ¿Pero tú no celebras la Navidad o qué te pasa? —lo acuso de repente.

Mi frase lo pilló por sorpresa.

—¿Perdona? —cuestiona sin acabar de entender lo que le he dicho.

—Que llega la festividad más bonita de todo el año y en este piso no hay ni un solo adorno. ¿Acaso eres el Grinch? —mi pregunta lo hace reír.

Pero lo que no sabe es que lo digo completamente en serio.

—Sinceramente, no tengo ganas de celebrar nada, es el primer año que estaré solo para estas fechas —me explica.

—¿Solo? Pero si tienes a tus padres, y me imagino que esos son tus hermanos con sus hijos, ¿no? —añado levantándome de mi sitio y acercándome a las fotos que decoran sus muebles.

Asiente escrutándome con intensidad.

—Pues entonces no estás solo —sentencio.

—Me refiero a que, este año, por primera vez en diez años...

—Lo entiendo, por primera vez en diez años Zaira no está contigo —acabo su frase, y me observa con los ojos muy abiertos, como si acabara de lanzarle una piedra—. Y lo entiendo, duele, has perdido a la persona que más has querido de tu vida y no sabes cómo hacerlo sin ella, pero para eso estás en otro país, ¿no? —Creo que sigue sin entender qué quiero decirle—. ¿No lo ves? Estás en otro lugar, empezando una nueva vida, que puede o no durar, pero aquí estás, con nuevas personas, costumbres, comidas... —le aclaro.

—¿Dónde quieres llegar con esto, Tess? —pregunta.

—Pues que tienes que darte una oportunidad, que tu mujer te pidió que fueras feliz, que sintieras y vivieras por los dos —le recuerdo—. Sé que es difícil, que empezar de nuevo asusta. —Lo miro—. Dímelo a mí. —Sonríe al escucharme decir eso—. Pero por eso creo que deberías celebrar algo tan bonito como la Navidad, y no lo digo en el sentido comercial, lo digo en el de las tradiciones, los momentos con la familia y amigos, las comidas eternas, los juegos de mesa, los paseos por los mercadillos.

Su gesto se torna sorprendido.

—Parece sencillo, pero no creo que...

—¿Que qué? No te retengas a ti mismo, disfruta de la vida, de cada día como si fuera el último —le recuerdo—. Nadie mejor que tú y que yo sabemos lo complicada y cabrona que es, por eso mismo creo que no deberías boicotearte a ti mismo.

—Ya, pero ahora mismo yo tengo cero ganas de celebrar nada —contesta.

Resoplo mientras me levanto del sofá, me paseo por el piso pensando en un plan. Me duele

ver a ese hombre de preciosos ojos oscuros con tan pocas ganas de vivir o de celebrar algo tan bonito como la Navidad.

—¿Tienes planes con tu familia? —inquiero de repente.

Se gira para mirarme sorprendido.

—Lo cierto es que... —empieza, pero lo corto, sé cómo va a acabar esa frase antes de que me diga nada.

—No me contestes, deja que siga pensando en un plan para que todo este —continúo señalándolo haciendo caras raras— mal karma que tienes se convierta en algo positivo. —Borja me observa sin entender a qué me refiero, yo doy vueltas por el salón, recapacitando sobre qué hacer para cambiar la mentalidad de este hombre—. ¡¡Lo tengo!! —exclamo de repente, pero él sigue con esa expresión atontada sin entender nada.

Así que vuelvo a sentarme de nuevo a su lado, lo agarro de la mano, siento una vibración especial cuando lo toco, esa que sentí cuando bailamos juntos la noche anterior. Como una conexión especial que me indica que estoy en el momento indicado, justo cuando más se me necesita, de que todo lo que he pasado en la vida tiene más sentido que nunca.

—Sorpréndeme —susurra clavando sus ojos en los míos.

—Voy a demostrarte que la Navidad sí merece la pena —sentencio feliz.

Se queda callado unos momentos, sin entender hacia dónde quiero ir.

—Perfecto —contesta sin más, dándome la razón como a los tontos.

—No tienes ni puñetera idea de a qué me refiero, ¿verdad?

—Verdad, no sé a dónde quieres llegar con todo esto.

—Pues que voy a hacer que vuelvas a creer en la magia de la Navidad —digo más segura que nunca de mis propias palabras.

Se aleja un poco de mí y se sienta mirando de frente a la televisión, que está apagada. Pasa las manos por su pelo, masajeándose la cabeza unos segundos.

—No lo entiendes, Tessa, no quiero celebrarla —responde—. Para mí el año pasado fue muy especial, vivimos unas fiestas increíbles junto a nuestras familias y, ahora..., ahora...

—Ahora Zaira no está —acabo su frase, asiente con la mirada triste—. Y lo entiendo, pero ¿crees que ella hubiera querido que te vieras a otro país a estar solo en unas fechas que eran tan especiales para vosotros? No, ¿verdad? —Mi reflexión lo hace pensar por un momento, al final niega con la cabeza—. A eso me refiero, ¿qué mejor excusa para recuperar el espíritu navideño que disfrutando de nuevas costumbres? —añado sonriendo,

—Pero...

—No sigas por ese camino, estás aprendiendo a vivir sin ella, redescubriendo esas primeras veces de nuevo; primera noche sin dormir a su lado, primer verano solo, primer viaje sin que ella esté esperando a la vuelta y, sí, primeras Navidades —lo interrumpo—. Y yo, por mi lado, estoy celebrando mis primeras veces; mi primer paseo por el parque, mi primer baño en la piscina después de la operación, primer baile —añado—. ¿Qué mejor que redescubrir las Navidades juntos?

—No sé... —Aunque noto que su negativa es menos firme, que se está planteando mis palabras.

—Te propongo un juego, mañana empieza el mes y hasta Nochebuena quedan veinticuatro días —empiezo a explicarle mientras todas esas cosas van llegando a mi mente sobre la marcha.

—¿Y qué quieres decirme con eso? —Al menos suena interesado en lo que le estoy explicando.

—Que vamos a tener veinticuatro citas, haciendo veinticuatro cosas típicas navideñas —sentencio—. ¡¡Voy a hacer que el espíritu de la Navidad vuelva a tu vida!! —Aplaudo feliz.

—¿De verdad crees que esto puede salir bien? —me mira dudando.

—Por supuesto, voy a poner todo mi ser en que, cuando acaben nuestras veinticuatro citas, seas una persona nueva que confíe de nuevo en estas fechas y el encanto especial que se vive —contesto.

—Seguro que te cansas antes de llegar al día cinco —dice sonriendo, aunque veo un brillo diferente en sus ojos.

Entonces es cuando entiendo que necesita tanto como yo sentirse especial, sentir que su estancia en este mundo tiene un porqué, que lo sucedido tiene un motivo de peso y que la vida sigue, que es maravillosa y que si le ha arrebatado algo especial es porque pronto llegará algo mejor. En mi caso, ya lo recibí a principio de año, por eso quiero disfrutar de mi primera Navidad con el corazón latiendo a toda velocidad sin importar nada más, sin pensar en que puede pararse o causarme algún tipo de dolor.

—Hazlo por ella —le pido en un susurro—. Hazlo por mí, por todas estas primeras veces que tengo que volver a vivir.

Se gira de nuevo apartando su mirada de mí, pensando, inspirando y espirando con profundidad, me quedo a su lado con paciencia, dejando que tome su decisión, cuando de repente se gira enfrentándose a mí.

—Está bien, jugaré contigo —accede al final. Me levanto emocionada del sofá y me acerco a él, abrazándolo. Y, cuando siento sus brazos rodear mi cuerpo, me quedo quieta, disfrutando de su contacto—. Gracias —murmura en mi oído.

Su voz recorre cada nervio de mi cuerpo, haciendo que mi piel se erice.

Asiento sin decir nada más y cuando me separo de él le digo:

—Déjame tu teléfono, por favor.

Me mira sin entender por qué, pero se levanta sin decir nada y, cuando lo coge de la encimera de la cocina, me lo acerca. Me tomo la libertad de marcar mi propio número y hacerme una llamada perdida.

—Ahora no tienes escapatoria, empieza la operación: Un Invierno Para Creer —sentencio sonriendo de oreja a oreja.

—¿Un invierno para creer? —cuestiona sin entender.

—Claro, tenemos veinticuatro días exactos para hacer que vuelvas a creer: en los paisajes nevados con guerras de bolas de nieve, las tardes de sofá y película, los paseos por los festivales de invierno, las luces de Navidad, la magia de Santa Claus, las galletas de jengibre y, sobre todo, en el chocolate caliente con nubes —le explico moviendo mis cejas de manera cómica.

Y de nuevo vuelve a reírse, como hace un rato, a carcajadas, sin peros o frenos que le impidan hacerlo.

CAPÍTULO 9

Borja

Cuando se marchan me quedo con la mano en el pomo de la puerta sin entender demasiado cómo he acabado en esta situación. Pero sin poder evitarlo una sonrisa se asoma a mi boca. De repente, la locura de tener encuentros navideños me apetece mucho, por primera vez desde el accidente me permito recordar esos momentos felices que vivía junto a Zaira, el despertar la mañana de Navidad con una taza grande de chocolate, la locura de abrir los regalos juntos, para después ir a comer con toda la familia. Y, cuando quiero darme cuenta, mis piernas me han llevado hasta la mesita del salón, donde reposa mi móvil, marco el número de mi madre y sonrío cuando aparece al otro lado del teléfono.

—Cariño, ¡qué alegría que me llames! —contesta feliz—. ¿Cómo estás, tesoro? ¿Cómo va por tierras holandesas?

—Pues lo cierto es que hace un frío que pela, pero, tranquila, estoy bien abrigado —añado antes de que pueda decir nada—. ¿Vosotros cómo estáis? África se porta bien en casa, ¿no?

—¡Te estoy escuchado! —escucho que se queja mi hermana apareciendo justo al lado de mi madre.

—Buenas tardes a ti también, hermanita —le digo sonriendo.

—¿Y esas canciones? —me pregunta ella.

—Pues viento en popa, tenemos varios temas, aunque hay que acabar de pulirlos, como siempre. ¿Queréis que os enseñe algo?

Ambas sonrían al otro lado del teléfono y, como si nada, agarro la guitarra que se ha quedado reposando en el lateral de la estancia. Pongo la cámara en algún ángulo seguro y les enseño trozos de las canciones que ya hemos compuesto.

—¡La primera es una preciosidad! Nos la tienes que enseñar entera —añade mi hermana aplaudiendo.

Así, como si realmente no estuviéramos a miles de kilómetros, empezamos hablar de música, de cotilleos de los vecinos que mi madre me explica, las travesuras de mis sobrinos... y las ganas de abrazarlos a todos aumentan. Cuando cuelgo ya es de noche, la lluvia sigue cayendo, pero no me molesta. Decido acabar con la pasta que me ha sobrado de la comida e irme a dormir.

Voy directo a asearme y, cuando vuelvo a la cama con el pijama puesto, me encuentro con el anillo en la mesita. Lo cojo con las manos un poco temblorosas, lo toco y lo miro fijamente y, por primera vez en meses, abro la galería del móvil y busco la imagen de Zaira, junto a un Borja que nada tiene que ver con el de ahora. Hablar de ella en voz alta, con una persona que no formaba parte de nuestro mundo, me hace sentir extraño, como si estuviera contándole un gran secreto. Pero Tessa, contra todo pronóstico, no se ha asustado o me ha mirado con pena, lo cierto es que ha girado la tortilla, haciéndome ver que quizás sí tiene razón, que me vine aquí por un motivo, pero luego la veo a ella, sonriendo en esta foto, y el alma me duele un poco, porque ya no estará aquí para disfrutar de nuevo de estas fiestas. Apago el móvil y guardo el anillo de nuevo en su cajita.

Apagando la luz me despido de un día intenso de emociones.

*

Cuando la alarma suena pego un bote, estaba durmiendo profundamente, me siento en la cama

e intento normalizar mi respiración. Miro de frente para encontrarla allí, he soñado con ella.

—Tienes razón, tengo que empezar a vivir porque si todo fuera al revés yo te pediría, perdón, te suplicaría que siguieras tu vida, que me recordaras, pero que fueras feliz, que sonrieras de esa manera tan especial, que vivieras intensamente como solo tú sabías, iluminando la vida a todas las personas que te rodeábamos —susurro mirándola.

Cierro los ojos para volver a verla en mis sueños, sentados juntos a pie de playa, con el sonido del mar rompiendo frente a nosotros. Ella, feliz, recordándome que está bien, que viva, sienta y disfrute de la vida, por mí, por ella, por todo lo que está por llegar. Cuando suelto todas las emociones con las que me he despertado decido meterme en la ducha para despejarme. En cuanto salgo el timbre de casa suena y, cuando echo un vistazo por la mirilla, me encuentro a mi amigo enseñándome café.

—Buenos días —saluda en cuanto lo dejo entrar—. ¿Cómo fue ayer? Curraste mucho, seguro, ¿no? —dice señalando la guitarra.

Asiento mientras le robo el café de la mano, y desayunamos juntos, hablando de los cambios que he realizado en la canción. Inconscientemente pienso en Tessa, en su visita de ayer y en la locura de juego que me propuso, estoy seguro de que hoy se le habrá olvidado.

—Borja —llama mi atención.

—Sí, perdona. Dime

—¿Qué coño te pasa? —pregunta preocupado—. ¿Estás bien?

—Sí, estaba pensando en una cosa —contesto. Me mira intrigado—. Creo que hay algo que debería explicarte, pero no quiero que lo saques de contexto, suficiente difícil se me está haciendo solo, pero si no lo explico en voz alta no voy a poder parar de darle vueltas —le pido—. No me juzgues antes de tiempo, por favor, lo que tengo que decir no significa que ya me haya olvidado de Zaira o que no la siga queriendo.

—Vale, veo que el tema se va a poner serio. —Se mueve para mirarme directamente—. Sabes que nunca haría eso, soy tu amigo.

Asiento y, sin más, empiezo a explicarle las extrañas sensaciones que está despertando Tessa en mí, lo que eso me provoca referente a mi esposa y la locura que me propuso ayer.

—Y, bueno, eso es todo —finalizo, me quedo en silencio mientras él está pensando.

—¿Sinceramente? —pregunta sin dejar de observarme. Lo dudo unos segundos, pero asiento—. Creo que deberías soltarte. O sea, entiendo tus dudas, pero estoy seguro de que en tu situación Zaira nunca te lo echaría en cara. —Se calla unos segundos—. Es cierto que Tessa es bastantes años más joven que tú, pero ¿quién coño te está negando nada? Quiero decir, que mereces ser feliz, que si esa chica, por muy joven que sea, te está haciendo sentir y sonreír de nuevo, ¡pues adelante! —Lo miro sorprendido—. Claro que sí, Borja, que sientas, seas libre y feliz, te lo mereces —añade—. Esa chica es capaz de pensar y razonar por sí sola, la he conocido y he comprobado que es lo suficiente madura, además nadie te está diciendo que te acuestes con ella, ni siquiera que la beses, simplemente que descubras lo que tiene que enseñarte.

—Es que todo el tema me parece una locura, tengo cero ganas de celebrar nada, y aquí está ella haciéndome creer que enseñándome lo más típico de estas fechas volveré a creer en esa magia —suelto.

—¡Pues seguro que lo harás! Son unas fechas especiales, donde todo el mundo debería ser feliz, disfrutar de lo que tiene y añorar con cariño a los que no están, recordándolos como se merecen: con una sonrisa —acaba. Asiento y me acerco para darle un abrazo que responde con cariño—. Venga, ahora vayamos a comer, que tengo hambre, toda la mañana trabajando y de

palique —Y, poniéndose de pie, añade—: Tú invitás.

Le doy un golpe amistoso, y nos vamos a celebrar el primer día del último mes del año dos mil diecinueve, el año que mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. Nos dirigimos a un buen restaurante.

Cuando vuelvo a casa me quedo en el sofá descansado, miro el móvil antes de apartarlo en la mesita. Me pongo la última temporada de *La casa de papel* que aún la tengo pendiente y, mientras empieza a avanzar el primer capítulo, consigo desconectar del mundo por un rato.

No sé cuándo me quedo dormido, pero la vibración de mi móvil me despierta, lo busco a ciegas y al encontrarlo miro la pantalla. Tessa.

—¿Sí? —pregunto medio dormido.

—Buenas tardes, Borja —contesta al otro lado—. ¿Listo para empezar la primera cita de Navidad?

Me despierto de golpe.

—Pero ¿iba en serio? —le digo.

—Por supuesto, de hecho, estoy aquí fuera esperando a que salgas para empezar —anuncia.

—¿De verdad? —susurro.

—Asómate a la terraza —me pide. Me levanto de golpe del sofá. Con la manta a mi alrededor, salgo a la terraza y cuando miro hacia abajo la encuentro en el límite del canal, con un abrigo gordo y saludándome con la mano—. Date prisa, que tengo frío y tenemos una larga tarde por delante —explica mirándome desde abajo y cuelga el teléfono.

No me da opción, y yo prefiero no pensarlo dos veces, así que entro dentro y subo corriendo a la habitación. Me visto y me calzo unos botines cómodos. Bajo para enfundarme todas las capas de abrigo, cojo mi cartera, el móvil, las llaves y salgo sin pensarlo.

Porque sé que, como le dé muchas vueltas, le diré que se vaya, le pediré que olvide esta locura y deje que me quede en casa lamiéndome mis propias heridas. Por eso salgo sin pensarlo, sin frenarme y simplemente viviendo. Lo que necesito ahora es eso: sentir que todo lo pasado es por algo, que las lágrimas y el dolor pueden empezar a quedarse guardados en un rincón de mi corazón y convertirse en recuerdos buenos, en momentos felices.

Al llegar abajo, veo que me está esperando en la puerta y, en cuanto abro, su sonrisa me recibe.

—¡¡Ya era hora!! —saluda.

—Buenas tardes —contesto.

Observo que lleva una carretilla, la miro sin entender nada y, en el momento en que nuestras miradas conectan, me guiña un ojo.

—¿Cómo estás de fuerzas? Porque tenemos que caminar un poco y luego volver cargando cosas —informa.

—Pues espero que en forma, aunque miedo me das. —La miro indeciso—. ¿Alguna pista de qué vamos a hacer hoy?

—Bueno, ¿qué necesitamos para empezar con el espíritu navideño? —pregunta divertida. Lo pienso un momento mientras cierro la puerta y, en cuanto llego a ella, me da dos besos, esa costumbre que ha cogido desde que nos conocimos—. Venga, necesito una respuesta —apremia.

—Necesitamos... ¿decoración de Navidad? —le respondo mientras empezamos a caminar.

—Es una buena respuesta y, dime, ¿cuál es el elemento principal en una casa para estas fechas? —Me contempla de reojo mientras empuja la carretilla.

La observo en silencio, decoración de Navidad, carretilla, abrigado y fuerza...

—¿Un árbol de Navidad? —pregunto.

—¡¡Punto para el señorito Borja!! —exclama feliz y levanta la mano para chocarme los cinco, acepto enseguida.

—¿Y dónde vamos a ir? Aquí cerca hay pequeñas tiendas que tienen árboles de esos pequeños —sugiero.

—¡Oh, ni hablar! Vamos a elegir un árbol de los de verdad, de los que la gente cuida durante un año y los preparan para que puedan disfrutar de ellos, decorados con esas bolas de colores brillantes, muñequitos y todo lo que le apetezca a su dueño ponerle —finaliza.

La miro sin acabar de ver dónde me lleva, pero, si me he metido en este juego, lo haré bien, así que no pregunto nada más sobre eso y me ofrezco a llevar la carretilla.

CAPÍTULO 10

Tessa

Solo su cara de incertidumbre merece la pena, cómo va mirándome de reojo sin acabar de entender dónde vamos. Tengo que hacer que vuelva a creer, que sonría porque cuando lo hace está guapísimo. Además, me considero una fanática del invierno, soy de esas pocas personas que prefiere estar acurrucada debajo de una manta, con un chocolate caliente, a tostándome en una playa a cuarenta grados.

—¿No vas a hablar? —pregunta rompiendo el silencio.

—¿Quieres que hable? —contesto girándome para mirarlo directamente a los ojos.

—Y yo qué sé —dice indeciso—. Es raro verte callada, siempre tienes algo que decir y con la incertidumbre me estoy poniendo algo nervioso.

—Anda, pero sí que te pones nervioso, pensaba que nunca expresabas tus sentimientos —lo chincho.

—¡Ja! —Pausa—. ¡Ja! —Otra pausa—. ¡Ja!, pero qué graciosa te has levantado hoy, ¿no? —contesta, burlón.

—Venga, solo estaba creando un poco de intriga —respondo para calmarlo—. ¿Alguna vez has tenido un árbol de los de verdad? No el típico de plástico, no me malinterpretes, son preciosos igual.

—Bueno, cuando mi padre aún estaba vivo, recuerdo que solíamos ir a buscarlo todos juntos, pero cuando murió era un gran esfuerzo para mi madre —explica, me quedo sin saber qué decir, no tenía ni idea de que su padre estaba muerto, parece leerlo en mi cara—. Tranquila, hace muchos años, yo era un crío cuando pasó, por supuesto que lo echo de menos, pero creamos nuevas costumbres como; cada año encargarnos de hacer nuevas decoraciones para el árbol o cocinar galletas con mi abuela.

—¿Sabes hacer galletas? —cuestiono sorprendida.

—¡¡Por supuesto!! Soy un gran repostero —añade orgulloso.

—Venga ya, se suponía que era una de las tareas que retomar con la lista de citas navideñas —me quejo—. Ahora voy a quedar fatal, no tengo ni puñetera idea de cocinar, y tú sabes hacer galletas.

Suelta una pequeña carcajada y, así como si fuéramos amigos contándonos anécdotas pasadas, vamos avanzando hacia la Central Station, aunque una vez allí nos desviaremos, para llegar hasta el puesto más famoso de árboles de la ciudad.

Mientras sigue explicándome una curiosidad sobre su hermano, lo observo, sus facciones están más relajadas que días atrás, demostrando que el haberme explicado lo de su mujer le ha quitado un peso de encima. Mentiría si no dijera que ayer al volver a casa no me sentí mal por todo lo que él había pasado, llamé a Ashley para explicárselo, y entendió que él se escondiera bajo ese manto de seriedad y silencio, pero que mi propuesta le parecía una dulce locura que de seguro lo ayudaba a seguir adelante, además de darme la oportunidad de acercarme a él. Después de un intercambio de opiniones acerca de eso, acabamos riéndonos a carcajadas sobre el hecho de verme a mí con un tipo como Borja, después de haber salido casi toda mi adolescencia con un

niñato como Justin.

—Oye, creo que ya tenemos suficiente de hablar sobre mí, que parece que me hayas dado cuerda —dice.

—Lo cierto es que no nos queda mucho para llegar hasta nuestra meta —lo informo.

—¡Ya era hora! —se queja sonriendo—. No quería decir nada, pero me estoy muriendo de frío y apenas me siento las piernas.

—¿Tienes frío? —Lo miro sorprendida.

—¡Claro que tengo frío! Estamos a tres grados y yo soy un tipo de verano —contesta.

—¡¡No!! —Me freno en seco—. ¿Ves como no sabes nada de las maravillas del invierno? Por eso me necesitabas en tu vida —lo acuso.

—Eres de las que prefiere el frío, ¿verdad? —Se gira para mirarme directamente a los ojos.

—¡¡Por supuesto!! Viva el invierno, las Navidades, las mantas, los chocolates calientes, las películas chorras de Netflix un domingo por la tarde, la nieve y sus preciosos muñecos —suelto la carretilla y pongo mis manos en forma de jarra—. Y paro ya porque me vengo arriba.

—¡Me niego! —suelta de repente—. Vivan los atardeceres de verano, las playas de agua turquesa, los mojitos en un chiringuito, las cervezas en las terrazas, el sol hasta entradas horas de la tarde —contraataca él.

—¡¡No, no, no!! —niego—. Personas gritando a todas horas, sudando por el calor, playas abarrotadas, gente en general a montones y por todos lados —protesto.

—Bueno, en eso puede ser que tengas un poco de razón —acepta.

—Además, estamos aquí para hablar de las maravillas del invierno y la Navidad, no del verano y el sol —le recuerdo.

Miro a mi alrededor para situarme, estamos bastante cerca por lo que propongo un pequeño desvío.

—Aquí cerca hay una cafetería preciosa donde preparan un chocolate exquisito —comento, y me mira con interés—. Por lo que, si quieres y de verdad te estás muriendo de frío, podemos hacer una parada para coger fuerzas.

Sus ojos brillan con el simple hecho de imaginarse en un sitio más caliente que la calle.

—Por supuesto que quiero ir, no quiero quedarme como el Currucaca aquí fuera —suelta sin más.

Lo miro extrañada ante esa frase, la cual me parece graciosa y extraña a partes iguales.

—¿Cómo que el Currucaca? ¿Quién es ese y por qué se quedó, me da la impresión a mí, congelado? —Gana mi curiosidad.

—Por supuesto que se quedó congelado. —Sonríe mientras me contesta—. Llévame a esa cafetería, y te lo explicaré.

Acepto y, cogiendo de nuevo la carretilla, ponemos rumbo a tomarnos un buen chocolate caliente. Aparco el trasto que llevo en la puerta, y entramos juntos, el calor nos da enseguida en la cara, y veo que se relaja un poco.

—Qué bien... —susurra, y eso me hace sonreír.

—Siéntate, y ahora vengo con las bebidas —le pido. Asiente y se va a buscar una mesa alejada de la puerta. Cuando me entregan la bebida caliente, pago y me dirijo junto a Borja—. Ahora, por favor, explícame quién es el pobre Currucaca. —El nombre en mis labios queda horrible pronunciado, intuyo que ese es el motivo por el que le da la risa al escucharme.

—¿Curru... quién? —me pica para que lo repita.

—Españoles y su maldita «erre» —protesto marcando mucho la letra.

—¡Eh! —se queja dándome un golpe con el pie debajo de la mesa, le saco la lengua al momento.

—Venga, explícame la historia —insisto.

—Pues Currucaca —dice marcando mucho las «erres», y eso me hace sonreír— era el nombre de un pájaro que tenía mi abuelo, recuerdo que en invierno cada noche lo resguardaba en casa porque las temperaturas bajan mucho cuando el sol se pone. —Asiento para que sepa que lo estoy escuchando—. Pero al pobre se le olvidó un día que llegaron tarde de una cena familiar y, bueno, al día siguiente cuando salió se encontró al pobre animalito congelado en su jaula —me explica—. Lo sé, cruel muerte, pobrecito, además que todos lo adorábamos, pero desde entonces en mi familia siempre que alguien tiene frío o cree que va a congelarse por culpa de las temperaturas bajas dice: «Me voy a quedar como el Currucaca».

Me quedo callada ante su historia y me da la risa floja.

—¡Pobre Currucaca!

—¡Ya lo sé! Pero qué vamos a hacer, el yayo ya estaba mayor y se le olvidó, al pobre... —defiende a su abuelo.

Y, mientras seguimos hablando, me doy el lujo de observarlo, sus ojos brillan más y ahora su sonrisa se asoma más que antes. Cuando acabamos con las bebidas me da la gracias por invitarlo y ponemos rumbo a Westerdoksplein, la calle donde se encuentra el puesto de árboles.

Se ofrece a llevar la carretilla, y yo me niego, aunque bromeo con sentarme dentro y que me empuje el resto del camino. Me lleva unos metros con la tontería, pero luego bajo y me pego más a él.

—No quiero quedarme como el Currucaca —le digo cuando se gira para mirarme sorprendido por mi cercanía.

Sonríe de una manera muy tierna, una que aún no había descubierto en él. Asiente sin decir nada, y caminamos así, contemplando las luces colgadas en las calles y las decoraciones navideñas que hay en las ventanas y balcones.

Cuando estamos llegando a nuestro destino, veo un cartel gigante: «KERSTBOMEN AMSTERDAM», sonrío de medio lado y le doy un golpe con el hombro para que me mire.

—¡¡Ya hemos llegado!! —anuncio. Borja levanta la vista y mira hacia donde le indico, asiente conforme, y apretamos el paso para llegar hasta allí. La paradita que tienen montada es increíble, le hago dejar la carretilla en la entrada, donde hay una mujer sentada en una mesa, al lado de una pequeña hoguera, asiente en cuanto la dejamos, conforme en vigilarla por nosotros—. ¡¡Vamos!! —Cogiéndolo de la mano tiro hacia el interior.

Estoy segura de que todo el mundo ha visto algo así en las típicas películas de domingo por la tarde de Navidad, pues esta paradita es mil veces mejor. Los árboles de todos los tamaños se mezclan delante de nosotros, hay muchos pasillos entre ellos donde ya hay gente buscando el que quieren elegir para su casa.

—¿Pero has visto cuántos hay? —pregunta con cara de horror.

—¿Qué te asusta? —Lo miro sin entender.

—¡Pues cómo vamos a elegir uno! —Me sorprende con esa frase—. Lo mejor será que escojamos el primero que veamos... —Avanza—. Este, por ejemplo. —Señala uno pequeño que encuentra primero.

—¡Ni hablar! —me niego—. Hay que elegir el más bonito, el que quede perfecto en tu salón —sentencio.

Pone los ojos en blanco, y le doy un puñetazo cariñoso en el hombro, se mueve fingiendo que

le he hecho mucho daño.

—Venga. —Lo empujo hacia el interior de los pasillitos.

Empezamos a caminar, Borja intenta venderme cada árbol que ve para acabar cuanto antes con la búsqueda, pero le encuentro defectos a todos. Y, mientras está buscando otro, decido esconderme para asustarlo, cuando se gira veo que mira a todos lados.

—¿Tessa? —me llama en voz alta, me pongo la mano en la boca para que no escuche mi risa.

Susurra algo en español y avanza entre los árboles para localizarme, pasando de largo, y cuando estoy segura de que no me ve salgo y le doy un susto saltando encima de su espalda, soltando un pequeño grito.

—¡¡Te pillé!! —Aplaudo emocionada cuando me mira. Se le escapa la risa y negando con la cabeza me empieza a pinchar con el dedo por la barriga para chincharme—. ¡¡Para!! —le pido entre risas.

Pero se niega y sigue riéndose, así que cuando me escapo empiezo a correr para alejarme de él, volviéndome a esconder.

—¡¡Tessa!! —escucho que grita. Y, aguantándome de nuevo la risa, lo veo llegar y, cuando está cerca, salto justo delante de él, asustándolo de nuevo, cosa que le provoca otra carcajada—. ¡¡No vale!! —intenta hacerse el ofendido.

—¡¡Y tanto que vale!! —le digo emocionada, empezando a darle con el dedo por todos lados como hace apenas unos minutos hacía él.

Intenta pararme agarrándome los brazos, pero sigo siendo lo suficiente rápida como para esquivarlo, le da la risa de nuevo y, cuando freno para hacer que se confie y me agarre, vuelvo a salir huyendo.

—¡¡No te vas a escapar esta vez!! —Sale corriendo detrás de mí.

Así empezamos un juego donde él me pilla o yo lo asusto, paso entre la gente y los árboles, escondiéndome de Borja, algunas personas nos miran, pero no nos importa.

Consigo darle esquinazo y me asomo un poco para verlo, parece atisbar el pompón de mi gorro y, dando un pequeño grito, salgo por piernas sin poder aguantarme la risa, pero en cuanto doy un paso me freno de golpe al encontrarme de frente con alguien.

CAPÍTULO 11

Borja

Veo el pompón rosa de su gorro y salgo directo para buscarla, esta vez no pienso dejar que me asuste. Pero en cuanto giro la esquina la encuentro parada, de espaldas, hablando con un chico de su edad. La escucho quejarse mientras le pide que la deje sola.

—¡Basta ya, Justin! No sé qué parte no te ha quedado clara —le dice.

—Joder, Tessa, no puedes seguir negando que...

Pero la tensión de su cuerpo, la postura que tiene, el movimiento nervioso de su pierna me hace ir hacia allí para ver qué pasa.

—¿Algún problema por aquí? —pregunto en cuanto estoy a su lado, rodeando sus hombros con mi brazo.

Ella se gira para mirarme, veo la sorpresa en sus ojos azules, pero la cara del tal Justin es todavía peor.

—¿Y tú quién eres? —cuestiona el niño en tono despectivo.

—¿Te está molestando? —digo mirándola directamente, fingiendo que el chico no está.

—Tranquilo, ya se iba —contesta, agradeciéndome con los ojos que haya salido a su rescate—. ¿Verdad, Justin?

Miro hacia el chico, serio, demostrando que su presencia me sobra.

—Adiós, entonces. —Me dirijo esta vez a él.

La dureza de mi gesto parece acobardarlo.

—Adiós —susurra y desaparece entre los árboles.

Cuando ya no está al alcance de nuestra vista, quito mi brazo del hombro de Tessa.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, gracias —contesta—. Es mi ex, ya te contaré la historia en otro momento, ahora no quiero que rompa este espíritu navideño que está creciendo en ti. —Cambia de tema sonriendo—. Vamos por allí a ver.

Y la búsqueda sigue, los primeros minutos los vivo algo tenso, pero ella, con su particular manera de ver la vida y esa magia que siempre la rodea, me hace olvidarme del tal Justin. Intento por todos los medios que el árbol sea uno pequeño y que no ocupe mucho espacio en mi salón, pero ella se empeña en que sea todo lo contrario, así que al final cedo.

—No entiendo cómo has conseguido liarme —le susurro mientras estoy pagando un árbol de casi tres metros.

Ella se encoje de hombros y saca la lengua cómicamente. Uno de los empleados nos ayuda a atar el árbol en la carretilla, pero es pequeña y, a pesar de estar cubierto por una tela de color blanca de jardinería, sobresale por todos lados.

Ponemos rumbo de vuelta al piso y el camino es como poco interesante. Apenas hemos cruzado unas calles cuando el árbol parece ceder y casi se nos cae a un lado, Tessa corre para frenarlo y resbala con el hielo de la calzada precipitándose al suelo de culo, suelta un pequeño grito, intento contenerme, pero no puedo evitarlo y empiezo a reírme a carcajada limpia.

—¡¡No te rías!! —se queja, pero sonrío de medio lado, lanzándome unas pocas piedras que

hay en el suelo.

—¡¡Oye! No es culpa mía que seas torpe —me burlo.

—Estoy salvando nuestro árbol de Navidad —dice mientras se pone en pie.

—¿Nuestro? Pensaba que era solo mío. —La miro frenando la carretilla.

—Ni lo pienses, es nuestro. —Se acerca y se planta delante de mí, a pocos centímetros—. Tu árbol y el mío, nuestras primeras Navidades, ¿recuerdas? —añade dándome un golpe con el dedo índice en la nariz.

Y en otra situación esa frase me hubiera molestado, el simple hecho de que me recordara que es la primera vez que voy a celebrar estas fiestas sin Zaira me hubiera hundido, pero su mirada, la manera cómica en que me recuerda que ella también estuvo jodida a su manera me hacen sonreír, aunque intento aguantarla para que no se confíe. Siento que el espacio entre nosotros es demasiado poco, noto su respiración un poco acelerada muy cerca de mí, mis ojos viajan sin permiso hacia sus labios y de repente me parecen la golosina más apetecible del mundo. En cuanto ese pensamiento pasa por mi cabeza, me asusto.

—Vale, disculpa —me excuso apartándome de ella, volviendo a poner una distancia de seguridad entre nosotros.

—Eso pensaba —contesta ella—. Sigamos que aún nos queda un largo camino.

Y entre los dos volvemos a colocar el árbol bien en la carretilla, caminamos en silencio, uno al lado del otro, pero Tessa, que no sabe estar callada, empieza a hablarme de la primera vez que compró un árbol de Navidad con sus padres. Entre historias infantiles, un camino lleno de caídas y pausas para colocar nuestro primer elemento navideño, llegamos al piso.

Llevarlo hasta la tercera planta es otra historia.

—Tessa, por favor, ¿quieres seguir subiendo? —me quejo desde abajo.

—Borja, ¡¡esto no es tan fácil!! —me recrimina desde el otro lado, unas cuantas escaleras más arriba—. ¡Está siendo imposible girar este pedazo de tronco por el hueco tan pequeño de la escalera!

—¡Ya, pero yo estoy aquí aguantando todo el peso!! —le recuerdo. La escucho gritar algo en holandés, no la entiendo—. ¡Deja de quejarte y sigue subiendo! —insisto apretando un poco el árbol para que me haga caso.

—¡¡No empujes!! —me grita desde arriba.

Y pasamos casi el mismo tiempo subiendo el árbol que de camino hasta casa hace un rato. Cuando llegamos arriba y conseguimos estar los tres en el rellano —Tessa, el árbol y yo—, me apoyo a la barandilla cogiendo un poco de aire.

—¡Eres lo peor, que lo sepas! —la acuso mirándola, recostada en la pared al lado del enorme árbol.

—Puede ser, pero... ¡¡lo hemos conseguido!! —contesta feliz acercándose a mí y levantando su mano.

Finjo dudar, me lanza una mirada asesina, y acabo chocando los cinco.

—Vamos, necesito algo calentito. —Saco las llaves del bolsillo y abro la puerta.

Juntos entramos el árbol.

—¿Y el soporte? —pregunta de repente.

—¡¡Joder!! —digo y salgo de nuevo.

Llego a la carretilla y cojo el soporte que nos han entregado con el árbol. Vuelvo para encontrarla sentada en la mesa contemplando la estancia, y yo la miro a ella, parece tan inocente, con esa manera tan especial de ver la vida, pero luego es toda una guerrera, una luchadora que ha

pasado por una prueba de fuego y en vez de caer, de dejarse ganar, cogió más fuerzas. Me asusta ver lo natural que me parece su presencia en mi casa.

Al pensar en la tarde que hemos pasado una sonrisa se instala de nuevo en mi cara, su manera de hacerme ver que no es tan difícil, que no todo es negro o blanco, que puede tener más colores y, aunque sé que ahora no lo veo así, ella me ayudará a descubrir el arcoíris entero.

Parece notar mi presencia porque se gira y sonrío cuando me acerco, da un suave salto para bajar de la mesa y se acerca.

—Por aquí —comenta indicándome dónde ir con el soporte. Me hace dejarlo junto al gran ventanal, al lado del mueble de la televisión—. ¡¡Perfecto!! —Aplauda emocionada, su gesto me hace sonreír—. ¡Ahora colocamos el árbol! —dice y agarrándome del jersey tira de mí hacia él. Entre los dos lo cogemos y lo colocamos en su sitio. Le quitamos la tela blanca y movemos sus ramas para que se abra en todo su esplendor—. Precioso, ¿verdad? —susurra emocionada a mi lado.

Lo cierto es que una vez puesto impresiona, es enorme y ocupa buena parte de la estancia. Me siento orgulloso por nuestro trabajo y se lo hago saber a Tessa, que sonrío feliz.

—Vamos, que hago algo caliente para celebrar lo bien que lo hemos hecho. —Se sienta en su ya habitual silla en la barra americana. Le preparo un Cola Cao, y me mira curiosa—. Sé que te encanta el chocolate caliente y esto es parecido, pero a la vez diferente —le digo entregándole la taza—. Desayuno y merienda típica de España. —Mueve un poco la cuchara para observar el contenido, sonrío mientras lo huele, lo prueba y asiente. Me hago un café y me apoyo delante de ella en el mármol—. ¿Puedo preguntarte algo? —La miro esperando la respuesta.

—Claro. Dime.

—Ese tal Justin..., ¿qué fue lo que os pasó? —cuestiono, pillándome hasta a mí mismo por sorpresa.

Abre los ojos ligeramente, pero luego veo que se piensa la respuesta.

—Fue mi primer novio, pero nuestros caracteres no son compatibles. —Me mira directamente a los ojos—. Digamos que no es la persona que me gustaría tener a mi lado, era demasiado infantil y no pensaba en las cosas; solo en salir con los amigos y hacerse el chulo. Me he dado cuenta de que me gustan un poco más mayores.

En ese momento agradezco estar llevando la taza a mi boca para poder disimular mi cara, porque entiendo la indirecta. Bebo un sorbo y finjo como si nada sin quitarle la vista de encima.

—Es que parecía que manteníais una conversación algo intensa cuando he llegado —justifico mis palabras de antes—. Pero seguro que encuentras a la persona indicada.

—Eso espero —sentencia sonriendo y vuelve a beber.

Miro al árbol que esta al final de la estancia cuando caigo en algo.

—¿Y las decoraciones? ¿Las has traído en alguna bolsa...?

—No —niega con la cabeza—. No te adelantes a los planes.

—¿Qué quieres decir?

—Mañana lo verás, eres un impaciente, señor Borja —me acusa sonriendo y lanzándome una mirada divertida.

—¿Y el pobre se va a quedar así?

—Déjalo en mis manos —me pide.

Y esa frase me pone un poco nervioso, apenas hace unas semanas que la conozco y ya he confiado en ella más cosas que a personas que han pasado conmigo años.

Pero su manera de crear una intriga permanente en mí, haciendo nacer un cosquilleo extraño en

mi estómago, me hacen seguirle el juego, porque podría frenarla, recordarle que soy casi veinte años mayor que ella, y esto que estamos haciendo es peligroso y puede llevarnos a los dos por caminos que no queremos, pero por otra parte recuerdo que tengo que soltarme, que como ella dice la vida me ha traído aquí por algún motivo.

—¿Me estás escuchando? —reclama mi atención de nuevo.

—No, la verdad —confieso. Se acerca para pellizcarme el brazo, no muy fuerte, pero sí para notar un pequeño dolor—. ¡Oye! —me quejo.

—Te estaba explicando el plan de mañana, pero como has decidido ignorarme ahora no lo sabrás hasta que llegue el momento —espeta mirándome con los brazos en jarra. Un movimiento que le he visto hacer varias veces hoy y me parece de lo más cómico, cómo puede ser que siendo tan joven tenga gestos que veo hacer a mi madre constantemente—. Y ahora me voy porque mi familia me está esperando para cenar —suelta. Se acerca para darme un beso en la mejilla, uno simple y cercano que me deja quieto donde estoy, observándola, mientras coge la chaqueta y se aleja hacia la entrada—. Hasta mañana.

—Adiós —me despido, y guiñándome un ojo cierra la puerta.

CAPÍTULO 12

Tessa

Pego un salto de la cama en cuanto me despierto, apenas son las siete de la mañana y ya sé que me espera un día muy intenso. Para empezar, me ducho, preparo la mochila para ir a mi segunda clase y bajo a desayunar con mamá, que se encarga de acercarme a la escuela a las nueve.

—¿Nerviosa, cielo? —pregunta cuando aparcamos.

—No, la verdad es que estoy emocionada —le contesto feliz, ella me acaricia la mejilla y se acerca para darme un beso en la frente.

Bajo del coche, pero antes de cerrar la puerta me asomo de nuevo.

—Por cierto, hoy no como en casa —le digo y, antes de que pueda quejarse, cierro.

Entro en el edificio donde ya está Halsey esperando, a esta hora soy, con total seguridad, la primera del día en venir.

—Buenos días, Tessa —saluda dándome un pequeño achuchón—. ¿Has pasado el fin de semana bien? ¿Te has cansado? ¿Notaste algo?

—Todo súper mega correcto —contesto feliz—. Lista para seguir dándole caña hoy.

Asiente, y juntas vamos hasta la clase. Una hora después estoy saliendo con la sensación de estar flotando, mi segunda clase es todo un éxito, la profe se ha animado a subir un poco la intensidad y probar coreografías nuevas, para saber cómo va mi capacidad de retención, descubriendo que está perfecta.

Voy directa a la ducha, dos en un día, lo sé, pero después de lo trabajado y sudado necesito sentir el agua caliente por mi cuerpo, además, no sé cuánto tiempo tardaré en volver a casa para poder asearme. En cuanto salgo, me coloco los auriculares mientras pongo rumbo a mi siguiente cita navideña.

Queen empieza a sonar, *Don't stop me now*, y la música me posee, logrando que haga pequeños pasos de baile mientras avanzo por la calle.

—*Don't stop me, don't stop me*^[2], *hey, hey, hey* —canto susurrando mientras me muevo.

Apenas hay gente en la calle, pero los pocos que me cruzo me sonríen observándome. ¿A quién no le da un poco de energía esta banda? Sigo mi camino hasta el tranvía, para que me deje al lado de su casa. Cuando estoy abajo, toco el interfono, rezo para que esté dentro porque no sé muy bien a qué hora suele irse hacia el estudio con Dani.

—¿Qué haces aquí a las diez y media de la mañana? —contesta con voz ronca al otro lado.

Sonríó enseñándole la bolsa de una cafetería de aquí al lado, donde me he tomado la libertad de parar y comprar café y sándwiches. Sin decir nada más, escucho cómo la puerta se abre y entro, subiendo todas esas escaleras hasta llegar a su puerta que está entreabierta.

—Buenos días —saludo en cuanto cruzo y cierro a mi espalda. Lo veo sentado en el sofá, con el pelo completamente desordenado, un pijama básico, cuando se gira a mirarme aguanto la respiración por unos segundos, la garganta se me seca y siento que el corazón empieza a latirme más deprisa. Está guapísimo, con los ojos un poco rojos porque acaba de despertarse, cara de mala leche porque parece no agradarle la compañía matutina. Con el ceño fruncido sigue estudiándome en la lejanía, hasta que negando con la cabeza vuelve a esconder la cara entre sus

manos, apoyando su cabeza en el respaldo del sofá—. Buenos días a ti también, Tessa —me contesto yo misma.

Me vuelve a mirar y hace algo que no esperaba, me saca la lengua, y yo no puedo más que reírme, me acerco a él, me siento en el sofá a su lado y pongo el desayuno en la mesita.

—¿Qué haces de buena mañana aquí? —susurra.

—Pues seguir con nuestra segunda cita navideña —le recuerdo.

Se incorpora en el sofá y me mira, negando con la cabeza.

—Es lunes, ya sabes que tengo que ir al estudio —me recuerda.

—Lo sé, pero por experiencia sé que los músicos no tenéis horas fijas para trabajar, por lo que calculo que podrías ir por la tarde y tomarte la mañana libre —le informo—. Además, si te encargas de tu amigo Dani, yo puedo asegurarme de que Ethan no vaya a trabajar hoy —le insinúo.

Mantenemos una guerra silenciosa de miradas hasta que resopla, asintiendo con la cabeza.

—Tú ganas —confirma al final, veo que duda en coger una de las dos bebidas.

—Ambas son café con leche, así que tú mismo, elige la que quieras, ponte en marcha que tenemos cosas que hacer.

—Pues voy a ducharme y a volverme persona. —Se levanta, coge su café—. Estás en tu casa —dice antes de subir las escaleras—. Pero no rompas nada, por favor.

Le saco el dedo corazón mientras sube. Yo cojo mi café y me siento en el sofá, me acerco a observar las fotos, veo que su hermano y él son muy parecidos; en cambio, su hermana tiene los ojos más claritos. Escucho cómo se mueve por su habitación así que pongo la televisión, pero a esta hora no dan nada y enseguida me canso. Empiezo a caminar por la casa, observando y chafardeando un poco todo, hasta que llego a una habitación que tiene la puerta cerrada, dudo de si entrar o no y al final la abro, solo para mirar desde fuera.

Pero el perfecto caos que veo me obliga a acceder, es un estudio pequeño donde imagino que trabajará, entro y me acerco al piano, donde descansan algunos papeles, al igual que en el sofá que hay a un lado. La curiosidad sigue ganando terreno y toco suavemente las teclas del piano, cojo alguno de los papeles e intento leer por encima las letras, están todas en español, por lo que la entiendo a medias, ya que tengo un nivel medio del idioma, lo típico: lo entiendo bastante si lo hablan, pero escribirlo y leerlo lo justo. Me pierdo entre papeles, entiendo un poco de música y parecen melodías tranquilas, estoy sumida en mis pensamientos cuando me habla.

—¿Te has perdido? —pregunta Borja desde la puerta, y doy un pequeño grito por el susto.

—¡¡Perdona!! —me disculpo enseguida—. No quería invadir tu espacio personal.

—Tranquila —contesta mirándome, lo observo mientras entra en la estancia.

Está claramente más despierto, la mala leche matutina ha desaparecido un poco, el olor de su colonia me rodea enseguida, dejándome con los ojos cerrados por unos segundos disfrutándolo.

—¿Entiendes algo? —pregunta mirándome a mí y luego a los papeles que tengo en la mano.

—Bueno, no demasiado —confieso—. Entiendo más las melodías, pero tampoco te creas, yo soy más de sentirla y moverme a su compás —le digo. Asiente, y dejo los papeles en el piano de nuevo—. Los cantantes que reciban tus temas tienen que estar muy felices, porque trabajas mucho para hacer estas canciones —le comento porque sé que se ha pasado tres semanas trabajando de manera intensa y por lo que veo no solo en el estudio.

Su mirada cambia por un momento, pero me observa con una pequeña sonrisa en sus labios.

—Sí, lo cierto es que están muy contentos con mi trabajo —responde—. Me apasiona crear música, melodías que le lleguen a las personas al corazón y, si tengo la suerte de dar con alguien como tú que ayuda a enseñar la belleza de la música a través de la danza, ya ni te cuento.

Me pongo roja, noto cómo me arden las mejillas.

—Ni siquiera me has visto bailar —le contesto en un susurro.

—Bueno, discrepo —contesta y entonces viene a mi mente la imagen de ambos bailando en la discoteca.

—Eso no era bailar, sé hacerlo mejor. Aunque tú tampoco lo haces mal.

—Porque mi madre se empeñó en apuntarme a clases de baile cuando era pequeño. ¿Y si podía actuar en un musical o algo así y triunfaba? —explica—. Luego me di cuenta de que lo mío era exclusivamente crear la música.

—Pero si tienes un poco de ritmo eso se queda siempre guardado, empezando aquí —Me acerco y coloco mi mano en su corazón—. Y luego por todo el cuerpo.

Asiente tragando saliva, está nervioso y me pasa esa inquietud. Porque otra vez me encuentro a centímetros de su boca, con su aliento chocando levemente con mis labios.

—Venga, vamos —susurra apartándose, de nuevo.

Lo observo alejarse de mí y salir del estudio, llevo la mano a mi pecho para relajar mis latidos, porque de nuevo ha sido capaz de acelerarlos, como si Borja compusiera su melodía. Cuando salgo lo veo abrigándose, así que voy directa al sofá y hago lo mismo. Salimos y, en cuanto piso la calle, agradezco el aire frío, para quitarme ese sofoco que me ha provocado su cercanía.

—¿Y dónde vamos hoy? —pregunta mirándome.

—Bueno, ¿no es lógico?

—Contigo no —suelta sin más, le lanzo una mirada de odio, y sonrío.

—Pues tenemos un árbol, pero el pobre está bien desnudo —empiezo a decirle—. Vamos a dedicar la mañana a comprar adornos para todo tu piso, pero sobre todo para el árbol —le informo dando pequeños aplausos feliz.

Niega con la cabeza.

—¿Qué? Vamos a elegir los mejores adornos de todo Ámsterdam, pero, sobre todo... —Hago un silencio misterioso—. ¡¡La estrella más bonita!!

—Pues entonces te encargarás de elegirla tú, no vaya yo a elegir una que no esté a la altura —espeta.

Tiro suavemente de él para que se ponga en marcha.

—¿Has ido ya al mercado de las flores? —pregunto mientras sigue mis pasos.

—Cuando vine de viaje hace tiempo, pero no me digas que tengo que guiarnos hasta allí porque no sé llegar —dice de golpe con el semblante serio.

—¡¡Tranquilo!! Era por saber si recuerdas algo curioso de esa visita —insisto.

—Pues los típicos *souvenirs* de la ciudad; cebollas gigantes, que en realidad eran la raíz de las flores; flores falsas; algunas de verdad; un Starbucks cerca donde me tomé un café y poco más. ¿Por qué preguntas?

—Por nada, lo descubrirás en un rato entonces. —Sonrío feliz.

Ponemos rumbo al centro de la ciudad, hasta el mismísimo mercado de las flores. Voy enseñándole las construcciones e intento explicarle curiosidades de la ciudad, como por qué los edificios son tan inclinados.

—A ver, repítelo, ¿por qué son tan inclinados?

—De verdad que la edad te afecta al oído —lo chincho—. Porque aquí construían las casas muy estrechas, como ya te habrás dado cuenta, pero largas, el problema es que para ahorrar espacio pues las escaleras quedaban...

—Estrechas y empinadas, que da la sensación de que te vayas a caer en cualquier momento —acaba mi frase, asiento porque está entendiendo por dónde voy.

—La cuestión está en que para hacer las mudanzas tenían que entrar los muebles y las cosas por los grandes ventanales con cuerdas, por eso los ganchos de arriba del todo. Por tanto, si la fachada estaba recta, el problema radicaba en que, al subirlos, con el peso las cuerdas se movían y con ese balanceo las cosas se chocaban contra la pared. —Pongo mi mano recta y represento el gesto dándome golpes con la otra mano—. Pero, en cambio, si lo inclinas ya no hay golpes —le digo ladeándola.

—Vaya, pues qué listos sois. Tacaños en espacio, sí, pero listos —contesta sorprendido—. ¿Pero por qué están torcidos también? Es decir, hay muchos inclinados y torcidos.

—Te interesa saberlo todo, por lo que veo —replico—. Están torcidos porque esta ciudad está creada sobre cimientos de tierra y vigas de madera que llegan al agua, antiguamente casi todo era agua, construyeron unos diques, y aquí estamos. El problema es que las casas más torcidas tienen vigas muy viejas que ceden poco a poco —finalizo.

Me mira con los ojos brillantes y sonrío satisfecho.

—Vaya, me parece brutal —responde estupefacto.

Miro a mi alrededor y compruebo que ya hemos llegado a nuestro destino. Parece no haberse dado cuenta de que estamos en la entrada del mercado de las flores, que hay que reconocer que las páginas de turistas lo venden como algo espectacular y son apenas cuatro puestos en la orilla del canal.

—¡Ya hemos llegado! —le anuncio señalando hacia donde quiero ir.

CAPÍTULO 13

Borja.

Sigo su mano, que señala un edificio en especial entre tanta gente caminando y entrando sin cesar a las paraditas de las flores.

—¿Christmas Palace? —leo en voz alta mirándola.

—¿No te parece genial? —dice emocionada—. ¡¡Vamos!! —Tira de mí hacia el interior de la tienda.

Decir que la fachada roja, con una pizarra que cuenta los días que quedan para Navidad, te invita a cantar villancicos es quedarse corto, pero pierdo el hilo de mis pensamientos porque al acceder me quedo maravillado, ese espíritu navideño que parecía haber perdido de repente lo siento por todos lados en esa tienda.

No es muy grande, pero lo suficiente como para que cada rincón tenga un pequeño detalle lleno de magia, me giro para ver cómo Tessa me observa fijamente.

—Venga, vamos a elegir —dice emocionada—. Pero piensa que luego iremos al bazar a por cositas más típicas.

Y, tirando de mí, empezamos a curiosear estantería por estantería, cada pequeña figura, bolas de nieve.

—Borja, ¡mira! —llama mi atención poniéndose un traje de elfo por encima de la ropa.

—Oye, pues serías una elfita preciosa —afirmo guiñándole un ojo, se pone un poco roja y lo vuelve a dejar en el pequeño perchero de donde lo ha cogido.

Seguimos paseando y, en la parte final, hay toda una estantería de figuras gigantes, son representaciones de escenas con personas: coros de Navidad, gente tirando bolas de nieve, los más infantiles con Mickey Mouse y un sinfín más. Personalmente, me llama la atención uno con forma de libro abierto, no es muy grande, pero tiene encima representado un paisaje muy típico navideño y noto cómo Tessa se coloca a mi lado.

—¿Algo interesante? —pregunta.

—Este nos lo llevamos.

Asiente sonriendo y, después de que nos lo entreguen con una caja, seguimos a la caza de más objetos navideños, nos llevamos un poco de todo; pero, cuando en un rincón veo las estrellas que dan el toque maestro al árbol, decido ser yo quien le dé esta vez la sorpresa.

—¿Puedes esperarme fuera mientras pago? —le pido.

Me mira extrañada y desconfiada, intenta leerme la cara y parece entender que estoy tramando algo.

—¿Qué estás pensando hacer? Nos vamos a llevar todo esto, te pongas como te pongas —contesta seria.

—Lo sé, por eso no te preocupes. —Asiento—. ¿Confías en mí? —pregunto al más estilo *Aladdín*.

Se queda callada y luego asiente con la cabeza y sin decir nada más sale de la tienda, se queda observándome, y con las manos le indico que se vaya más lejos. Abre los brazos haciéndose la ofendida y casi le da a una señora que pasa por allí a la que empieza a pedirle perdón enseguida,

y a mí me da la risa floja. Pero aprovecho el tirón para elegir la estrella que me ha llamado más la atención. Le pido al cajero que la envuelva para regalo y la ponga al fondo de la bolsa, una preciosa bolsa navideña.

En cuanto salgo se acerca a mí.

—¡Casi le saco un ojo a esa señora por tu culpa! —me acusa.

—Eso es cosa tuya —contesto.

—Mira, porque tenemos el tiempo justo... —Comprueba la hora en el móvil—. Vamos.

Y, como si fuera lo más natural del mundo, agarra mi brazo con el suyo y ese gesto me acelera el corazón, algo tan inocente me hace sentirme raro, pero con un cosquilleo en el estómago. Nadie me agarra de esa manera, además de mi familia y Zaira, que la gente invada mi espacio personal ha sido algo que cambió completamente cuando la perdí. Pero con Tessa, con ella todo está siendo diferente, me hace vivir cada minuto del día como si fuera la aventura más emocionante.

Tira de mí por calles que ni reconozco. Me interroga durante todo el camino para saber por qué la he hecho salir de la tienda, pero aguanto el secreto como un campeón. Cuando quiero darme cuenta, frena justo delante de una fachada, en la cual leo el nombre «Biz Bazar» y por lo que veo es una tienda con todo tipo de artículos dentro.

—Venga, que aquí vamos a comprar más cosas. —Me arrastra hacia el interior. Y de nuevo estoy rodeado de gente, la tienda tiene un poco de todo, pero ella me lleva directa a la sección de adornos navideños. Empezamos a llenar el carrito con bolas, figuritas y en un momento que me distraigo, la busco a mi alrededor y la veo mirándome fijamente y sonriendo, de repente coge una de las típicas tiras navideñas de colores brillantes y se la pone a modo de boa, bailado al son de la melodía de la canción que empieza a sonar, *Rise*, de Jones Blue ft. Jack & Jack. La mueve de una manera muy cómica, pero a la vez sensual, no sé ni cómo lo hace y mucho menos cómo mezclar esas dos cosas puede quedar bien. Se acerca con otro de esos y lo pone en mi cuello—. Venga, que te la sabes —me sugiere sonriendo y cantando en voz alta. La poca gente que hay alrededor nos mira, me quedo quieto muerto de vergüenza.

—Tess —susurro, pero no puedo evitar sonreír.

Se acerca y agarra mis manos provocando que me mueva, sus ojos me atrapan al vuelo, y de forma progresiva dejo que el ritmo se meta en mi cuerpo, decido liberarme de lo que pensará la gente, y empieza a cantar de nuevo mientras me balancea con ella.

—«*They know it all. They don't speak our language. They say we're too savage. No, no we don't need them anymore*»^[3] —entona, y yo empiezo a soltarme al verla.

Me hipnotiza, como si me lanzara un hechizo al más estilo Hermione Granger.

—«*We're gonna ri-ri-ri-ri-rise 'til we fall. We're gonna ri-ri-ri-ri-rise 'til we fall. They don't speak our language. They say we're too savage, ya. No, no we don't need them anymore*»^[4] — canto con ella mientras danzamos al son de la música.

Parece sorprendida ante mi voz, pero sigue danzando a mi alrededor, y coreamos a la vez el resto de la canción. Escucho la letra, su significado y parece que nos hable directamente a nosotros. Nos empezamos a reír mientras seguimos bailando, como si solo existiéramos nosotros, hasta que de repente Tessa tropieza, y la agarro antes de que caiga al suelo.

Nos quedamos callados, cuando levanta la mirada somos conscientes de que estamos a pocos centímetros de distancia, noto un pinchazo en el pecho. Solo veo sus ojos, esos preciosos zafiros azules que me miran fijamente, que me invitan a perderme en ellos, a vivir la vida de una manera alocada y entonces mi corazón empieza a latir rápido. La garganta se me seca, las piernas me

flojean y mi cerebro parece desconectarse de mí, la razón desaparece y, en su lugar, un fuerte deseo de rozar sus labios, de sentirla más cerca todavía. Ella no se mueve, su respiración es cada vez más rápida, acompasándose con la mía y durante unas milésimas de segundo pienso en cometer la mayor de las locuras: besarla. Pero algo parece volver a conectarse en mí, otra imagen pasa por mi cabeza y aparto la vista de sus ojos, rompiendo el momento.

—Mira que eres torpe —le recrimino ayudándola a ponerse de pie.

Asiente sin decir nada, parece molesta o triste, no sabría descifrar esa mirada, pero enseguida se recompone.

—Ya lo sabes, no sé por qué te sorprendes —me contesta dándome un pequeño golpe.

Y así, como si no hubiéramos hecho el loco durante unos minutos, volvemos a la tarea de hoy: comprar los adornos de Navidad. Cuando tenemos el carro lleno, vamos a pagar y salimos con un montón de bolsas. Mira la hora en el móvil y sonríe cuando lee un mensaje pendiente.

—Ethan está completamente ocupado hoy, así que si trabajáis será por la noche.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunto intrigado.

—Lo dejaremos en que tengo la mejor amiga del planeta —contesta feliz—. ¿Te gusta el sushi? —Asiento—. Pues, vamos a comprarlo para llevar, tenemos mucho que hacer en tu casa.

Y, cargado con más bolsas, me encuentro de nuevo caminando al lado de Tessa. Llegamos al Jo-Sushi Japanese Sushi Bar, me deja a cargo de todo esperando en la puerta, entra, y la pierdo de vista por un rato. Decido hacer una llamada rápida a Dani, que me ha enviado un mensaje hace un rato.

—Colega —contesta al otro lado.

—Hoy no sé a qué hora voy a poder ir al estudio —le comento—. Tessa me tiene paseando por la ciudad con un montón de bolsas llenas de adornos navideños.

—¿Sigue empeñada en hacerte creer? —pregunta al otro lado, casi puedo verlo reírse por lo bajo.

—¿Sigue? Si empezó ayer, veremos hasta cuando aguanta —mascullo—. Pero por el momento me estoy divirtiendo bastante.

—¿Divirtiéndote...? —Y sé que se refiere a algo más.

—No de esa manera, Dani, de verdad que no, de momento solo estamos... siguiendo su locura —finalizo.

Está pagando, así que me despido quedando en llamarlo más tarde.

—Ya tenemos comida. —Me enseña la bolsa contenta y, cogiendo alguna más de mi mano, ponemos rumbo a mi piso.

En cuanto llegamos, me doy cuenta de que había dejado su mochila en mi casa, sabiendo que volveríamos. Colocamos los abrigos en el perchero y me voy directo a la cocina para coger cubiertos. Cuando salgo, me está esperando junto a la mesa pequeña del sofá.

—Comemos aquí, estaremos más cómodos —señala con su cabeza. Me hace dudar unos segundos, pero decido hacerle caso y le acerco las cosas para que vaya poniendo la mesa. Traigo agua en una jarra y los vasos, y ella ya tiene la variedad de comida que ha comprado servida. Cuando empezamos a comer parece que iniciamos otra guerra de risas. Aunque me encanta la comida japonesa, no tengo ni idea de cómo utilizar los palillos y eso parece convertirse en su nuevo motivo para meterse conmigo. Cuando acabamos me ayuda a recoger, y se acerca a la *smart tv*. ¿Puedo poner música? —pregunta volviéndose hacia mí.

—Si quieres tengo la *tablet* conectada al sistema de sonido del piso. —Asiente.

Pocos segundos después vuelvo del estudio con el aparato y se lo doy, pulsa en Spotify y

busca hasta dar con una lista, la cual abre y me enseña desde lejos. *Christmas is coming* y *Last Christmas* empieza a sonar por toda la casa.

—¡¡¡No!!! —grito, aunque se me escapa la risa.

Y, sin más, empieza a cantar, se mete por completo en el papel haciendo mímica en cada palabra, al final se acerca, y acabamos cantando los dos. Y lo que empieza con una simple canción se convierte en una y otra seguidas, mientras ponemos la decoración por toda la casa. En un momento que está distraída me encargo de sacar el paquete de la tienda de Navidad y lo guardo en un armario del comedor.

Nos desplazamos por la casa, observando cada rincón y transformándolo en uno más festivo, pero lo mejor llega con el árbol. Empezamos a movernos muy sincronizados, poniendo cada cosa en el lugar indicado.

—Ahora solo falta el detalle más importante de todos —dice y va a sacar de la bolsa una estrella que hemos comprado en el bazar.

—¿Esa tan simple vas a poner? —pregunto.

Se gira para mirarme con cara de odio.

—¿Ahora me dices que no te gusta? Hemos visto un montón, y no has puesto queja cuando la he metido en la cesta —me regaña.

—Pues no me gusta nada, la verdad. —Me lanza una mirada desconcertada.

Me muevo hacia el mueble y saco el paquete.

—¿Quieres ver si esta es mejor? —Se lo tiendo.

Sus ojos empiezan a brillar de golpe con más intensidad.

—¿Qué es esto? —susurra y me mira mordiéndose el labio inferior.

—Ábrelo, es para ti —le digo—, quiero que este árbol tenga un poco de ti en el lugar más visible de todos.

Lo desenvuelve enseguida y, cuando ve la estrella, da un salto de alegría y se lanza a abrazarme. Es brillante, con luces en el interior y alrededor tiene la forma habitual de la estrella con sus agujeritos para que se vea la luz, además rodeada en la parte exterior con unos alambres finos dibujando una estrella más grande, puesta de una manera preciosa y dándole una estética preciosa.

—Venga, ahora te toca ponerla en el árbol. —La empujo para dirigirla hasta él. Pero evidentemente no llega, se gira a mirarme con los brazos en jarra.

—Ayúdame, por favor —me pide. Sonríe ante su cara y me acerco hasta ella, la cargo y la hago llegar hasta arriba. Tenerla así me pone tenso, tengo su trasero unido a mi pecho y se mueve para poder colocar bien la estrella. Cuando lo tiene listo, la bajo lentamente y se queda de espaldas a mí, pegada a mi cuerpo para observar nuestra obra de arte—. Precioso —susurra.

Y, sin saber cómo o por qué, mis brazos se mueven sin permiso y la rodean, abrazándola por la espalda. Me los agarra con sus pequeñas manos y apoya su cabeza en ellos. La música navideña nos rodea mientras contemplamos el árbol.

Tenerla así me parece de lo más natural del mundo, sintiendo su calor pegado al mío. Por primera vez desde que me mudé a esta ciudad siento que estoy cómodo, como en casa.

Un sonido nos interrumpe y nos soltamos, mientras ella lo busca con la mirada.

CAPÍTULO 14

Tessa

El móvil suena rompiendo ese momento que se había creado entre nosotros, lo busco con la mirada hasta que doy con él en la barra de la cocina, me acerco y veo que es mi madre, pongo los ojos en blanco odiándola en silencio por interrumpir lo que podría haber acabado bien.

—Dime —respondo.

—Cariño, ¿dónde estás? Son las seis de la tarde y no sé nada de ti desde que te he dejado en la escuela de baile —dice preocupada.

Cojo aire en silencio y me pongo en su lugar, sabe que estoy bien, pero una parte de ella no puede dejar de preocuparse como meses atrás.

—Estoy bien, mamá —la informo.

—Vale, pero si no estás muy ocupada, necesito que vengas a casa, tu hermano está encerrado en su habitación y no quiere hablar conmigo, ha vuelto hace un rato, y no entiendo qué le pasa —me pide desde el otro lado del teléfono.

Mierda, la cita casual que Ashley a organizado habrá salido mal, y ahora mi hermano y mi mejor amiga estarán cabreados, adiós a las comidas familiares tranquilas donde ella era una más.

—¿Ethan? ¿Pero qué ha pasado? —pregunto preocupada.

—No, cariño, es Travis —dice.

Eso sí que me deja muerta, precisamente ese hermano es el que menos me esperaba y, que mi madre me pida preocupada que vaya a verlo, me hace pensar que es algo malo.

—Vale, ahora voy —sentencio. Cuelgo el teléfono y me giro para encontrarme con la mirada interrogativa de Borja—. Pues mi hermano, que está en su habitación encerrado, y mi madre está desesperada —le explico para excusarme.

—¿Ethan? —pregunta.

—No, Travis —contesto—. Como igualmente mi misión de hoy ha acabado, puedo dar por finalizada la cita número dos de la operación Un Invierno Para Creer. —Sonríe mirándome y asiente—. Mañana más y te aseguro que mejor. —Intento ponerlo nervioso.

—No fastidies, mañana tengo que trabajar —me dice de repente.

—Bueno, contaré con que trabajarás toda la mañana y parte del mediodía, apareceré en algún punto del día para robarte de donde estés. —Se altera, lo veo en cómo me mira—. Tranquilo, lo tengo todo controlado. —Y, como si nada, me acerco a él, le doy un suave beso en la mejilla y me voy hacia el perchero, me abrigo y, justo antes de cerrar la puerta, me giro hacia él, me está observando—. Gracias por la estrella —le digo sonriendo y cierro.

Me pido un Uber para llegar cuanto antes a casa; al entrar, mi madre aparece por la cocina.

—No entiendo qué le pasa. Además, Ethan no contesta al teléfono —titubea asustada.

Asiento mientras me dirijo hacia arriba, cuando llego a su habitación respiro hondo y es entonces cuando lo escucho llorar, mi alma se parte un poco, Travis es la persona más alegre que conozco. Toco la puerta suavemente.

—Mamá, déjame, por favor —escucho que se queja al otro lado.

—Soy yo —contesto.

Y, como no dice nada, me lo tomo como una invitación, entro y lo encuentro sentado en la cama, apoyado en la pared. Me mira y el corazón se me encoje. No entiendo qué está pasándole, pero es algo que tiene que preocuparlo y hacerle daño por la manera en que me observa. Ellos son tan guapos; con su pelo rubio oscuro, ojos oscuros profundos, altos y con una planta que puede dar envidia a cualquiera y siempre han sido muy mujeriegos, pero sin comprometerse de más con nadie, adoran gustar a la gente, pero no consienten que nadie se ponga en medio de su camino y tienen una debilidad que puedo asegurar sin duda alguna que soy yo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto acercándome a él, me siento en la cama y muevo mi cuerpo hasta sentarme a su lado.

—Pues que he roto con Donna —dice, la camarera del bar donde fuimos el otro día.

—¿Tú has roto con ella? —me intereso, y asiente—. ¿Y porque estás así? —Nunca lo he visto muy encariñado de ella, creo que ni siquiera los he visto besarse.

—Ahora no... —susurra y empieza a llorar—. No quiero hablar de ello, Tessa, por favor —me pide, y respeto su decisión.

Sin embargo, me quedo a su lado, apoyo mi cabeza en su hombro y allí nos quedamos, hasta que, poco rato después, aparece Ethan, corriendo como un loco, que en cuanto lo ve se queda quieto en la puerta. Noto que se pone nervioso, hasta que se acerca y sin preguntar nada lo abraza, tienen una conversación con la mirada, una que no acabo de entender, porque esa es la magia de los gemelos.

Nos quedamos los tres sentados en silencio, hasta que mamá llega para avisar de que la cena esta lista, y todos asentimos, bajamos, y poco a poco Travis va animándose, pero su gesto sigue triste.

*

Son las tres de la tarde cuando llego al estudio, Travis se ha negado en rotundo a venir conmigo, lo cual me ha parecido rarísimo porque ha estado acompañándome toda la última semana. Lo achaco a que sigue un poco decaído.

Entro, y la chica de la recepción me frena, evidentemente me pide que me identifique y llama por teléfono para confirmar mi historia, Borja aparece pocos segundos después para decirle que sí, que puedo entrar.

—¿Qué haces aquí? Sabes que está tu hermano, ¿no? —me recuerda, es evidente que está un poco tenso.

—No te preocupes, lo tengo todo controlado, porque oficialmente empieza nuestra tercera cita —digo acercándome y dándole mi beso rutinario en la mejilla.

Se queda parado en medio del pasillo, pero antes de que me diga nada o se queje lo agarro de la mano y tiro de él para que siga el camino. Avanzamos un poco antes de que me suelte, pero yo me quedo observando toda la decoración que vamos encontrando, está visto que Matt Geen se lo monta bien. En cuanto entramos en el estudio donde están trabajando, los dos chicos me miran.

—Buenas tardes —los saludo y voy a darle un pequeño achuchón a mi hermano.

—¿Qué haces aquí? —pregunta él en holandés, sorprendido—. ¿Y Travis?

—No ha querido acompañarme, prefería quedarse en casa —le contesto. Dani me mira desde la silla de al lado, con el ceño algo fruncido, pero me acerco para saludarlo con dos besos, los acepta encantado. Borja se ha sentado en el sofá con la guitarra en la mano—. Pues venía a pedirte algo —comento mirando fijamente a Borja, pero, justo cuando levanta la cabeza, asustado, me vuelvo hacia mi hermano—. Necesito ir a por el regalo de Ashley, pero Travis no me quiere llevar, y no sé si tú podrías. Pero, por otro lado, sé que te necesita ahora, y me sabe mal dejarlo

solo, he venido a ver si me dejabas el coche.

Mi hermano me contempla pasmado, porque tengo permiso de conducir y lo habré usado tres veces, no me gusta demasiado conducir. Pero mi plan no es ese precisamente.

—¿Vas a conducir con lo congeladas que están las carreteras? —pregunta asustado—¿Tú, que odias llevar el coche?

Asiento.

—Lo sé, pero necesito ir a por su regalo antes de que se agote y el tranvía no llega, y como será un viaje rápido no quiero pedir un Uber —contesto—. ¿Tenemos otra opción?

—Pues, no lo sé, ¿no puede llevarte alguien? —cuestiona de repente.

—Bueno, poder, podría llevarme, por ejemplo, hasta Dani o Borja —sugiero, noto la mirada del moreno en mi nuca.

—A mí no me miréis, paso de ir a un centro comercial ahora —escucho que rehúsa Dani a mi espalda.

Perfecto, porque si hubiera aceptado no sé cómo nos lo hubiéramos quitado de encima.

—¿Borja? —inquiero girándome para mirarlo, le guiño un ojo.

—Yo no tengo coche... —Duda unos segundos, le lanzo una mirada asesina.

—Por favor, tío, me harías un favor, ¿puedes llevarla en mi coche y ya me lo devuelves mañana? —le suplica mi hermano.

Perfecto, miro al español con la cabeza un poco inclinada y veo en sus ojos que ya ha aceptado antes siquiera de contestar.

—Vale, pero será la primera vez que lo haga por estas calles —dice—. No me hago responsable de lo que pueda pasar —añade.

Ethan asiente y se acerca para chocarle la mano.

—Pues en marcha, que el centro comercial cierra a las siete y tenemos muchas vueltas que dar —suelto emocionada.

Borja niega con la cabeza, se abriga, y salimos del estudio después de despedirnos de los dos chicos, Ethan le da las llaves del coche y le explica dónde está aparcado.

—¿Eres toda una lianta, señorita Tessa! —dice en cuanto estamos lo suficiente lejos.

—Pues claro, pero igualmente no es totalmente falso lo que le he dicho a mi hermano. —Me mira sin entender. Le saco la lengua mientras lo agarro de la mano y arrastro de él para meterle prisa, pero sorprendentemente una vez fuera del edificio no me suelta. Y yo tampoco aparto la mano, porque sentirlo así me gusta. En cuanto llegamos al coche, sí que me libera, nos subimos y entonces empieza el plan de hoy—. Tenemos que parar en tu casa antes.

—¿Puedo saber para qué? ¿Has entrado y has dejado algo allí? —pregunta asustado mientras arranca el coche.

Niego con la cabeza, conecto la radio y pongo la música que me apetece en ese momento. Cuando llegamos, tenemos la suerte de poder aparcar prácticamente en la puerta, al lado del canal y subimos a su piso.

—Prepara algo calentito porque vamos a necesitarlo ahora —le sugiero.

—¿Puedo saber qué estás tramando? —Es obvio que no entiende nada.

—Venga, que tenemos las horas contadas —apremio.

Asiente sin rechistar más y poco después llega de la cocina con dos tazas, una con café y la otra con chocolate, y lo miro dándole las gracias por acordarse de mi bebida favorita. Se fija en que ya tengo todo montado en la mesa.

—¿Qué es esto? —pregunta sin poder esconder una sonrisa.

—¿No lo ves? —digo señalando las cosas—. Papel, bolígrafos, sobres, sellos pequeños con cosas de Navidad.

—¿Y quieres que...? —cuestiona.

—Que escribamos la carta a Santa Claus —respondo tan tranquila.

Niega con la cabeza mientras le da la risa floja.

—No es broma, el espíritu navideño siempre empieza cuando se le entrega la carta a ese señor gordito que cumple nuestros deseos —explico.

Me estudia por un momento y ve que no estoy bromeando.

—Vale, ¿qué hay que pedirle? —resuelve mirándome—. Nunca he escrito una maldita carta a este señor, yo era más de Reyes Magos y hace años que no les escribo nada, además que en mi infancia no se celebraba el Papá Noel, yo era más del Caga Tió —me cuenta.

Y esto sí que me pilló por sorpresa, qué narices es el Caga Tió, porque suena raro de narices y quiero saber qué lo hace tan genial como para sustituir a Santa.

—No entiendo de quién o qué hablas —le contesto—. Y no lo digo por los Reyes Magos, a ellos sí los conozco.

—¿Ahora quieres que te explique que es el Caga Tió?

—No, ahora vamos a escribir la carta a Santa y en el coche me sacas de esa duda, espero que tenga un final feliz y no como el pobre Currucaca —sentencio. Se queda callado examinándome cuando acabo la frase y enseguida se empieza a reír—. Venga, manos a la obra. —Le entrego un bolígrafo.

Y allí estamos, escribiendo cartas como niños pequeños. Intento mirar la suya, y él intenta ver la mía, pero no lo dejo, empezando así una pelea de broma entre nosotros. Lo que pensaba que nos iba a llevar un rato, acaba convirtiéndose en unas horas y, cuando veo que casi son las seis de la tarde, tiro de Borja que no entiende dónde vamos ahora.

CAPÍTULO 15

Borja.

Cuando entramos en el coche sigo sin entender muy bien a dónde vamos, pero como siempre con Tessa me dejo llevar. Mientras me va indicando cómo llegar y me pregunta de nuevo sobre el Caga Tió.

—Es una tradición catalana, te la explico y cuando acabe te dará la sensación de que estamos locos, pero lo cierto es que no y que además es una tradición que a mí me hacía muy feliz —le explico.

—Vale, sorpréndeme. —Asiente y se apoya en la ventanilla para mirarme.

—Pues el Caga Tió es un tronco que aparece el día ocho de diciembre en las casas, es un tronco con una cara pintada, unas pequeñas patitas que son dos minitronquitos y una barretina, que es un gorro tradicional de Cataluña —empiezo a contarle, su mirada es más que graciosa—. Después de eso lo que hacemos es ponerlo debajo del árbol y alimentarlo durante semanas. —Asiente con la cabeza para que sepa que me escucha y susurra un «sigue»—. En realidad, no lo alimentamos, les ponemos más bien piel de naranja o plátano y la costumbre es que los niños le ponen de comer y lo van cebando, aunque, cuando duermen o no están, los adultos quitan la comida. La tradición manda que el día veinticuatro de diciembre que es cuando ya lo hemos puesto hasta los topes de comer... —Me indica que gire a la derecha.

—Por favor, no me dejes con la intriga, alimentáis un tronco de madera para luego...

—Luego lo tapamos parcialmente con una manta, todos los miembros del grupo lo rodean y le dan con un palo, al final caga regalos —sentenció—. Tengo que aclarar que lo importante de esta tradición es cantar la canción creada para ese preciso momento.

Siento su mirada fija mientras aparco el coche, en cuanto freno, me giro hacia ella que está estudiándome con una sonrisa en la cara.

—Me dices que cebáis al tronco para luego darle con un palo y el pobre os caga regalos —repite la historia en una versión muy corta.

—Exacto, pero te olvidas de que lo importante es cantarle, sin canción no hay regalos —le recuerdo.

Asiente, pero veo que en cualquier momento le va a dar la risa floja y, cuando la miro serio para que entienda que para nosotros es importante, la suelta.

—¡¡Es genial!! —dice sin más—. Una locura de tradición, pero he visto cosas peores, al menos lo mantenéis contento y comiendo felizmente durante días.

Y así, después de confesarle cómo celebraba yo realmente la Nochebuena en mi casa, entramos a un centro comercial llamado Kalvertoren.

—Ahora, no te pienses que has conseguido distraerme. —La miro fijamente.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunto.

Me agarra de nuevo de la mano y, como me ha pasado antes, la acepto sin rechistar y sin soltarla la sigo por todos lados, hasta que veo que llegamos a la zona infantil y freno de golpe.

—¡¡Ni de coña!! —digo leyéndole la idea.

—¿¿Qué?? —Se le escapa la risa.

—No pienso hacerlo —me niego en rotundo.

—Sí, es el trato, tienes que confiar en mí y creer de nuevo, así que un paso es dejarle la carta a Santa Claus.

—No, no, no —niego de nuevo—. Está lleno de gente, de madres y de personas que nos mirarán.

—¿Y? —pregunta divertida.

—Pues que tengo una edad —replico.

—Me da igual, la edad no es una limitación para creer en la magia —responde terca.

—No —vuelvo a decir.

—Ahora no puedes fallarme, prometiste confiar en lo que tocara, hemos escrito unas cartas preciosas y sinceras, solo tenemos que entregárselas. —Y pone pucheros.

—Joder, Tess... —Y con estas simples palabras ya sabe que caigo en su trampa de nuevo.

—¡¡Vamos!! —Me empuja hacia la cola que hay de niños esperando frente a Santa Claus. Algunos padres nos escrutan curiosos y buscan a los niños con la mirada.

—La gente nos mira —susurro.

—Me da igual, hemos venido como el resto de las personas a entregarle nuestra carta a Santa Claus —sentencia y se coloca a mi lado.

—Me vengaré por esto —mascullo, la tengo de nuevo muy cerca, pero esta vez no me incomoda.

Rodeado de niños, sé que los sentimientos que he tenido durante estos días por ella no pueden aflorar. Pero, cuando lleva su mano hacia la mía entrelazándola como si ese fuera su sitio y sonrío guiñándome un ojo, me arrepiento de lo que he pensado.

Claro que puede salir a flote ese sentimiento, claro que puedo volver a sentir ganas de besarla y sentirla cerca, abrazarla como la tarde anterior.

—¿Listo? —pregunta mirándome.

Me fijo en que somos los siguientes en la cola.

—Qué remedio —murmullo.

Y cuando el elfo nos va a dar paso nos observa.

—¿Los niños?

—Pues no hay, nosotros entregamos la carta a Papá Noel —le explica Tessa sonriendo.

El hombre pone los ojos en blanco y nos deja pasar. Decir que la situación es todavía más divertida al llegar hasta el hombre disfrazado de rojo es quedarse corto, vamos los dos hasta él y le entregamos nuestras cartas, el pobre señor se ríe de una manera tan tierna que me gana.

—¿Habéis sido buenos este año? —pregunta, simpático.

—Yo sí, él es un poco cabezón y además ha perdido la fe en la Navidad, pero es algo en lo que estamos trabajando —suelta Tessa.

El hombre me mira sonriendo.

—Chico, eso no puedes dejar que te ocurra, creer en la magia de la Navidad es algo especial —añade el tipo.

—Eso le digo yo —sentencia Tessa.

La cámara, vestida de elfa, nos hace una foto.

—Santa, ¿le apetece hacerse un *selfie*? —sugiere ella de golpe.

La miro desde el otro lado del hombre negando sutilmente, pero él acepta encantado diciendo que este año aún no se había hecho ni un *selfie*.

Posamos los tres juntos, hace varias, no sé cómo acabo poniendo caras graciosas, supongo que

es todo cosa de Tessa y su influencia en mi estado de ánimo.

Cuando acabamos, decidimos parar a tomar algo en una cafetería preciosa que hay por allí cerca.

—No sé aún cómo has podido liarme —vuelvo a reprocharle cuando nos sentamos en la mesa.

—Pues porque la Navidad es así de mágica —replica—. Veamos los *selfies* con Santa.

Empieza a pasar las fotos y tengo que admitir que son geniales y me dan ganas de enviárselas a mis sobrinos para enseñárselas. Por primera vez en meses, me apetece llamar a mi familia para explicarles una chorrada como esta y no centrar mi vida en el monotema de la música, todo para no tener que afrontar el asunto tabú de Zaira y su accidente.

—Envíam...

—Mira tu móvil, ya las tienes —me interrumpes.

Lo hago y evidentemente ya las tengo allí, cosa que me hace sonreír.

—¿Tu hermano está bien? —le pregunto recordando su conversación con Ethan y la marcha de ayer.

—Lo cierto es que no lo sé —responde—. No nos ha explicado nada, pero hay algo que creo que ellos saben, y yo no, tampoco voy a presionar para que lo hagan, solo sé que Travis no está bien.

Asiento, siempre es duro saber que a una persona importante de tu vida le pasa algo, pero no saber el qué.

—La verdad es que hoy hemos tenido un día extraño en el estudio —empiezo a explicarle—. Dani estaba más apagado de lo normal, tu hermano preocupado por tu otro hermano, y yo, bueno, por una vez que iba animado a trabajar —le cuento sonriendo de medio lado antes de dar un trago a mi chocolate.

Me mira con los ojos brillantes.

—Borja, Borja, Borja... —dice mi nombre—. Que la Navidad ya está empezando a correr por tus venas. —Su frase me hace sonreír.

—Por lo visto sí, parece que algo está cambiando y solo llevamos tres de las veinticuatro citas —afirmo.

Se acerca feliz para darme un pequeño abrazo, cosa que me pilla completamente desprevenido. Damos la tarde por finalizada una hora después, cuando realmente me ha hecho irme de tiendas con ella, cosa que al final disfruto y me hace desconectar del mundo por un rato.

La dejo en su casa, aparco el coche y le entrego las llaves para que se las devuelva a su hermano. Decido volver caminando un poco, para sentir el aire fresco en la cara.

Cuando llego a casa, hago algo que hace apenas unas semanas no me veía capaz. Marco el número de mi madre que contesta a la videollamada enseguida, después de los saludos y de que mi hermana aparezca por la pantalla las obligo a sentarse juntas.

—Quiero pedirlos algo importante —empiezo a decirles.

—Cariño, no me asustes, ¿estás bien? Porque no sé qué te está pasando, pero te noto extraño —comenta mi madre preocupada.

—Sí, todo va bien, mamá —la tranquilizo—. Quiero preguntaros algo.

—Venga, hermanito —apremia África.

—¿Os apetece venir a celebrar las Navidades conmigo? Sé que es una locura de última hora, pero yo me encargo de pagar los billetes de todos, además aquí tenemos espacio de sobra —pregunto nervioso.

Ambas me miran desde el otro lado, calladas, y veo cómo los ojos de mi madre se llenan de

lágrimas, mi hermana le agarra la mano para que respire.

—Cariño —susurra emocionada—. Estaremos más que encantados de ir contigo a pasar las Navidades, estoy segura de que tu hermano ni se lo pensará.

Asiento sonriendo.

—¡¡Madre mía, hermanito, eres la caña!! —suelta a su lado África.

—¿Eso es que sí? ¿Puedo contar con vosotras? —Ambas asienten felices—. ¡¡Genial!!

Y, con la broma, mi hermana se dedica a poner nerviosa a mi madre con que se va a escapar para irse a fumar por los *coffee shops*, cosa que la tensa y enfada a la vez al escucharla. Pasado un rato cuelgo la llamada y decido enviarle un mensaje a Dani, lo cierto es que no sé qué le pasa, pero hoy lo he visto más apagado de lo normal. Cuando me contesta me pregunta si me viene bien quedar mañana para comer juntos, y acepto sin dudar.

Me preparo algo de cenar, me lo como en la barra y, cuando voy a descansar al sofá, me quedo mirando fijamente la estrella que descansa en todo su esplendor arriba del todo del árbol. Pienso en lo que está haciendo Tessa conmigo, apenas hace cuatro días que acepté pasar tiempo con ella y ya estoy completamente descolocado.

Tiene mi mente patas arriba, hay momentos que siento el deseo incontrolable de besarla, sentirla y hacerle ver que por muy destrozado que pueda tener el corazón hay algo que sigue latiendo y sé que en parte es gracias a ella, pero en el otro lado de la balanza tengo que recordarme que apenas tiene dieciocho años y que es la hermana pequeña de mi compañero. Sin embargo, recapacito en lo que me diría Zaira en este momento si pudiera: disfruta, siente, sé feliz. Y esto, esta locura navideña, es lo más cerca que he estado de sentir de nuevo.

El móvil vibra en la mesa, leo el mensaje y sonrío ante lo irónico que es que la emisora sea Tessa, envía una dirección y me pide que la recoja a las cuatro de la tarde.

CAPÍTULO 16

Tessa.

Halsey me aprieta más durante la jornada de hoy, porque le he pedido que quería empezar a recuperar el ritmo de antes, por lo que he hecho doble clase: primera hora de la mañana y primera hora de la tarde. Mientras me ducho y hablo con alguna compañera, mi mente no puede dejar de pensar si Borja estará esperándome a la salida como le pedí o no, porque el muy simpático no se ha dignado a contestarme el mensaje. Hoy tengo ganas de empezar con nuestra cita navideña, aunque creo que las ganas de volver a verlo y pasar el rato con él son las que ganan.

Cada vez que lo veo mi cuerpo parece reaccionar de una manera diferente, sensaciones que no había sentido nunca por nadie y eso, eso me asusta y me agrada a partes iguales, porque la vida está para disfrutarla, vivirla sin límites porque para eso estamos aquí, para vivir. Cuando me visto, me seco un poco el pelo y controlo el reloj de mi muñeca, justo son las cuatro de la tarde por lo que ya debería de estar fuera esperándome. Acabo de arreglarme aún con el pelo un poco húmedo, me abrigo, cojo mi mochila y salgo despidiéndome de todos, chocando con alguien en el pasillo.

—Sí que tienes prisa hoy, Tessa —dice mi compañera.

—¡¡No lo sabes tú bien!! —contesto sonriéndole mientras sigo rápido mi camino.

En cuanto salgo por la puerta lo busco, miro si está sentado en el banco que hay justo delante de la escuela, pero no, me giro para buscar entre los coches, por la calle y mi corazón late muy deprisa. ¿De verdad me ha dejado tirada? Me vuelvo de nuevo para mirar de frente.

—¿Buscas a alguien? —dice a mi espalda.

Sonrío de oreja a oreja y me volteo quedando frente a él, tan guapo como siempre, con su gorro gris y bien abrigado.

—¡¡A ti, por supuesto!! —contesto y me acerco a darle un beso en la mejilla.

—¿Pensabas de verdad que no iba a venir?

—Sabía que lo harías —respondo segura.

Asiente sonriendo y me mira curioso.

—Así que esta es tu escuela de baile —afirma mirando la fachada.

—Sí, aquí aprendí y empecé a formar parte del mejor grupo de baile que existe en este país —le informo asintiendo.

Porque es cierto, formo parte de un grupo de baile que participa en competiciones internacionales y somos de lo mejor que hay; por desgracia, me encuentro en un periodo de baja, por eso quiero empezar a darle caña al asunto.

—Algún día te buscaré en Youtube, seguro que sales. —Lo observo con los ojos entrecerrados y al final me hace sonreír.

—Venga, que tenemos muchas cosas que hacer hoy. —Tiro de él, como es costumbre ya.

—¿Puedo saber dónde vamos hoy? —cuestiona curioso.

—Y, mi pregunta es, ¿por qué insistes en preguntar si sabes que no te voy a contestar hasta que sea el momento de que veas qué vamos a hacer?

Pone los ojos en blanco y se encoje de hombros, entrelazo nuestros brazos y me dirijo con él hacia un lado de la calle. Empezamos a caminar mientras me pregunta por mi hermano, y le

explico lo poco que sé: que sigue decaído y que tiene que ver con algo que desconozco.

—Pues a ver si poco a poco se anima, porque, si es la mitad de divertido que Ethan, tiene que ser un *shock* verlo así —contesta.

—Lo cierto es que de los dos el serio es Ethan, así que imagínate —le cuento.

Asiente mientras seguimos avanzando entre la gente, cuando llegamos delante del supermercado se gira para mirarme extrañado.

—¿Pasear dentro de un súper es típico navideño? —inquire confundido.

—No, eso es típico todo el año —respondo—. Pero entrar y comprar los ingredientes para que me enseñes tus dotes de repostero sí que es típico de estas fechas.

Se queda callado observándome, pensando, hasta que una pequeña sonrisa se asoma a sus labios.

—¿Vamos a hacer galletas de jengibre?

Asiento y tiro de él hacia el interior del supermercado, nuestra aventura empieza.

—Venga, coge un carrito. —Señalo uno de esos más pequeños.

Se acerca sin rechistar y se pone a caminar a mi lado.

—¿Qué necesitamos?

—Pues... —empiezo a decirle, saco el móvil para ver la lista que tengo preparada—. Harina, mantequilla, azúcar moreno, bicarbonato, canela en polvo, jengibre en polvo y huevo para empezar.

Así que nos ponemos a investigar pasillo a pasillo, con las bromitas de poner cosas innecesarias en el carrito para luego quitarlas. Cuando parece que lo tenemos todo, lo miro.

—Ahora necesitamos la decoración: azúcar glas, chocolate de cobertura, colorante alimentario —añado.

Asiente y empezamos a buscar de nuevo, nos separamos por un momento. Cuando lo encuentro está rodeado de tres personas que no me suenan de nada, lo observo desde lejos y me doy cuenta de que hablan en español, sonrío de una manera que no había visto antes: como forzado, pero a la vez feliz. Como es él quien lleva el carrito me acerco y, cuando me ve llegar, escucho que se despiden de él mientras ellos le dan las gracias.

—¿Quiénes era esos? —pregunto curiosa, dejo el chocolate y el azúcar con el resto de las cosas.

—Unos españoles que se habían perdido, necesitaban un poco de ayuda y recomendaciones —contesta quitándole importancia.

Asiento, y seguimos con nuestra ruta. Acabamos poniendo pequeñas nubes de azúcar para hacer un buen chocolate, y él pone café y alguna cosa más que dice que necesita para su uso personal. No me deja pagar y cuando salimos cargamos cada uno una bolsa reciclable.

—¿Está empezando a llover o soy yo que me lo imagino? —cuestiona mirando el cielo.

—Creo que vamos a tener que usar el tranvía para volver a casa —confirmo haciendo lo mismo que él.

La lluvia cae en forma de aguanieve, cosa que me hace feliz. Tengo ganas de pasar unas Navidades nevadas.

Ponemos rumbo hacia la parada y esperamos uno pegado al otro para poder resguardarnos un poco del frío. Cuando nos subimos el transporte va a petar, pero apenas son unas paradas.

El camino desde que bajamos hasta llegar a su piso es toda una aventura, corremos bajo la lluvia fina y, aunque parezca que no, llegamos empapados. Por lo que vuelve a dejarme ropa y una toalla para que me seque un poco las puntas del pelo que es lo único que no tapaba el gorro.

—Nuestra compra se ha salvado —dice mirando orgulloso el contenido de las bolsas mientras las vacía.

Me muevo por la casa en busca de la *tablet* y cuando la encuentro en la mesita del comedor la llevo hasta la cocina, busco en Youtube la receta de las galletas y pongo un vídeo tutorial, lo apoyo como puedo.

—¿Por qué parece tan sencillo? —susurro.

—¿No has intentado nunca hacer galletas? —pregunta mirándome. Niego con la cabeza—. Venga, quita esto que yo soy todo un experto, no necesitamos gente que nos explique cómo hacerlo —dice seguro de sí mismo.

Yo, que soy toda una confiada, lo hago, apago el vídeo y me coloco a su lado. Preparamos pequeños cuencos con harina, cada uno los huevos que necesita, la canela, jengibre y el azúcar.

—Necesitamos marcar espacios de trabajo porque veo que vas a querer quedarte con mis galletas que serán las mejores —me pincha. Coge un poco de la harina que tiene en su bol, le lanzo una mirada asesina y le saco la lengua—. A ver, un par de boles para hacer la masa. —Se mueve por la cocina ignorando mi mirada. Cuando está de espaldas me acerco y soplo la línea, borrándola, vuelvo a mi sitio como si no hubiera pasado nada. Al llegar y ver que no hay línea noto que me observa de reojo—. Tessa, ¿te acabas de saltar la primera norma y has quitado la raya que dividía los espacios? —suelta fingiendo estar enfadado.

—¿Yo? Jamás desobedecería tus órdenes.

—Pues qué raro porque tienes harina por tu cara —señala.

—No, eso es falso. —Niego con la cabeza. Mueve un poco su mano y de repente me lanza un puñado de harina, me quedo helada en el sitio con la boca abierta. Quito la que puedo de mis ojos y lo miro con cara de pocos amigos—. ¡¡Borja!! —grito.

—¡Te lo he dicho, tienes harina por toda la cara! —se defiende. Y antes de que pueda decir nada agarro mi bol y se lo tiro encima—. ¡¡No!! —vocifera esta vez él, apartándose de mí.

—¿Ahora quién tiene harina en la cara? —me burlo.

—No me provoques —susurra con una media sonrisa.

—¿O qué? Ahora no puedes demostrar si he quitado yo esa línea o no —le recuerdo. Pero cuando quiero darme cuenta veo que su mano llega hasta mi cabeza, siento cómo el huevo se rompe y el líquido empieza a caer por mi pelo y cara. Abro la boca, apartándome un poco de él y abriendo los brazos como pidiendo explicaciones—. ¡No me lo puedo creer! —grito.

—¿Te gusta mi nuevo recipiente para las galletas? —contesta riéndose a carcajadas.

—¡¡Ni de coña!! —respondo y, agarrando yo un huevo, voy directo a él. Intenta defenderse, pero no lo consigue porque acabo rompiéndolo en su frente. Su cara se transforma por la sorpresa y sin previo aviso agarra uno de los pequeños cuencos con el azúcar moreno y me lo lanza por encima, pegándolo con el huevo—. ¡¡Borja!! —grito de nuevo sin poder aguantarme la risa.

Me vengo, agarrando el bol completo de harina que queda y lanzándoselo por encima.

—¡¡No!! —chilla de golpe.

—¿Ahora qué, listo? —me burlo.

—Te vas a enterar. —Veo que agarra dos huevos y avanza hacia mí. Empiezo a apartarme todo lo que puedo hasta que acabo chocándome con el mármol del otro lado, se acerca peligrosamente a mí—. De esta no te escapas, señorita Tessa —amenaza. Mantenemos una pelea mientras intento frenarlo, pero acabo con los huevos estrellados en mi cara, y él riéndose a carcajadas. Yo, que soy un poco vengativa, miro alrededor para ver a mi lado un tetrabrik de leche sin empezar que ha comprado hoy y, mientras está distraído riéndose de mí, lo abro y le lanzo un poco—. ¡¡Para!! —

brama de golpe intentando frenarme.

—¡¡Ni de coña!! —Sigo tirándole.

Intenta pararme, y acabamos los dos llenos de leche, agarramos todo lo que encontramos a nuestro alrededor continuando la guerra de comida. Una de las veces que me va a sujetar para que me esté quieta, acabamos cayendo al suelo.

CAPÍTULO 17

Borja.

Cuando doy contra el suelo, ella acaba encima, y nos miramos a los ojos mientras nos da un ataque de risa. Veo que un puñado de harina en plan masa con el huevo y un poco de leche se mueve hacia su ojo y acerco mi mano instintivamente para apartarlo, pero cuando lo hago su mirada me hipnotiza y la dejo allí.

Bajo los dedos suavemente dibujando el contorno de su cara, hasta que llego a sus labios y, sin saber por qué, los limpio rozándolos de forma sutil. Me mira fijamente sin moverse, casi puedo notar su corazón latiendo igual o más rápido que el mío. Nuestras respiraciones están agitadas, pero acompasadas, cosa que todavía me pone más nervioso, sentirla tan cerca me desconcierta a la par que crea una necesidad de besarla increíble, olvidando la leche, los huevos o la harina.

Intento leer en sus ojos lo que piensa, si lo que estoy sintiendo es solo algo mío o es cosa de dos, pero no puedo apenas reaccionar porque se acerca lentamente hacia mí, cortando el poco espacio que hay entre nosotros y de repente lo noto, un pequeño roce de nuestros labios. Un beso suave, no la aparto, todo lo contrario, llevo mi mano a su nuca para acercarla más a mi boca, cierro los ojos dejándome llevar, percibo algo en mi pecho, no sabría decir si es miedo, por dejar por primera vez en meses que alguien cruce esta línea, pero noto que un extraño hormigueo recorre mi cuerpo.

Los labios de Tessa acarician los míos con ternura, hasta que un pensamiento cruza mi mente y me asusto, la aparto de mí con suavidad. Me mira perpleja sin entender por qué lo hago. Parece leer algo en mis ojos y me mira abatida, derrotada.

—¿Por qué me haces esto? —susurro cerrando los ojos y dejando que mi cabeza repose en el suelo.

Apenas han sido unos segundos de contacto, unos segundos que me han parecido un mundo. Se separa un poco de mí, quedando sentada en el suelo, pero sin acobardarse, decido incorporarme y quedo sentado delante de ella, la estudio intentando comprender qué está pasando por mi cabeza y qué está haciendo ella para que eso pase, porque sé que es ella el detonante de todo.

Tessa intenta descifrar mi mirada, ninguno dice nada, nadie se mueve. Ella parece estudiar mis pensamientos, lo que mis ojos intentan decirle y esconderle a partes iguales. Trago saliva mientras lo hace, consciente de que la locura se está apoderando de mí otra vez, porque verla así, con los ojos brillándole con intensidad, hace que todo mi cuerpo me pida que vuelva a acercarme a ella, que vuelva a sentir sus labios pegados a los míos. Por cómo se mueve entiendo que está a punto de levantarse para huir de esto, de mí, y mi mano se desliza sola hacia ella, para colocarla en su nuca impidiendo que se aparte más.

Me aproximo peligrosamente a ella de nuevo, no se acobarda ni se aparta, su respiración rápida, entrecortada, se une con la mía a medida que estoy más cerca de sus labios.

—Borja, creo que...

Pero no dejo que acabe la frase, le corto las palabras con un beso, de nuevo pegando nuestros labios. Con suavidad, con un simple roce, como la lluvia que sentíamos hacía un rato caer por nuestros cuerpos, pero algo diferente pasa en este momento; todo se frena, todo desaparece a

nuestro alrededor, congelando el tiempo. Ella abre la boca para invitarme a entrar, la invado sin miramientos saboreando cada rincón de su boca, sintiendo que es un manjar divino. Nuestras lenguas se enredan, lentas, húmedas, haciéndonos descubrir una parte del otro hasta ahora desconocida, íntima.

Tessa mueve sus manos hasta mi pelo, enredándolas allí. Intento acercarme más a ella, para sentir su cuerpo pegado al mío, al avanzar resbalo con algo de nuevo y caigo torpemente hacia un lado.

—Joder —susurro desde el suelo. La miro desde allí, que está quieta, y cuando nuestras miradas se enredan nos da un ataque de risa, solo de pensar en cómo hemos llegado a esta situación me parece el cliché más grande que he vivido en años—. ¿Seguro que no era tu plan de Navidad? —le digo mirándola desde el suelo.

Me da un suave golpe en la barriga con la mano, y me quejo cómicamente, mientras la agarro sin que se lo espere, suelta un pequeño grito y la coloco a mi lado en el suelo, estirados uno al lado del otro. Giro mi cuerpo para mirarla, y ella hace lo mismo.

—Creo que apenas nos quedarán ingredientes para hacer las galletas —murmura con sus ojos clavados en los míos.

—Podremos apanarnos con los restos —contesto frunciendo el ceño.

Lleva su mano hasta allí, acariciándolo, y la desliza con suavidad por mi cara, pero se para.

—Estás completamente asqueroso —dice.

—Vaya, muchas gracias, es lo que toda persona quiere escuchar después de un beso de película.

—No, imbécil —se queja.

Ambos nos reímos. Al final nos sentamos uno al lado del otro.

—Tessa... —empiezo a decirle.

—Lo sé, Borja, no tienes que disculparte —acaba ella la frase—. Esto es algo que ha pasado por parte de los dos y entiendo que para ti es difícil y, bueno, que ha sido quizás un impulso, nos hemos dejado llevar.

Me sorprende lo madura que puede llegar a ser, porque tiene razón, y una parte de mí se encoje al pensar en que es la primera vez que beso a una mujer desde que Zaira murió, pero, aunque es raro y en parte duele, no me siento del todo mal, porque por primera vez no creo estar haciendo algo malo, aun así es extraño porque no dejo de sentirme como si estuviera tentando a la suerte, enredando mi vida a la de una chica de dieciocho años con todo un futuro por delante. Porque aquí estoy, ocultándole una parte de mi vida, sabiendo que esa parte podría romper cualquier cosa que creáramos mientras yo viva aquí.

—No es tan sencillo como lo dices, pero tienes razón —susurro—. Mi vida fuera de Ámsterdam es un caos, además no me veo preparado para intentar nada con nadie —me sincero.

Me mira fijamente unos segundos, intenta estudiar mi cara.

—No te agobies —susurra con dulzura—. No quiero que me declares amor eterno, ni siquiera que te declares de ninguna manera, ha sido un beso que tenía que pasar, que tanto tú como yo hemos evitado durante estos días y que era cuestión de tiempo que pasara —comenta con sinceridad—. Pero es algo que puede quedarse solo en eso —finaliza, sonríe tristemente y se pone de pie. Tiende su mano hacia mí y me ayuda a levantarme, noto varios pinchazos por el cuerpo y recuerdo el golpe que me he llevado al caer en el suelo—. Venga, que tenemos unas galletas que cocinar antes de irnos a lavar —añade.

Asiento sin decir nada más, porque no creo que las palabras que tengo en mi mente puedan

ayudar de alguna manera a lo que ya ha dicho ella.

Así que de nuevo nos ponemos a cocinar esas galletas. Como nos queda poco de cada ingrediente, decidimos trabajar en equipo. Cuando amasamos, hacemos una bolsa, la guardamos en papel *film* y lo metemos en el frigorífico durante una hora.

—Vamos, te dejo otra muda y te digo dónde puedes ducharte. —Asiente siguiéndome escaleras arriba.

Le doy otros pantalones de chándal y otro jersey, una toalla y le indico que tiene de todo en uno de los baños de las habitaciones de invitados. Cuando salgo de allí para darle intimidad, cierro la puerta de la estancia y apoyo la frente en ella.

Respiro hondo intentando asimilar lo que ha pasado abajo. Ella, con su frescura y su manera desinteresada de ver la vida, ha llegado a la mía para desmontarla y demostrarme que las cosas que creemos tener resueltas pueden dar un giro de ciento ochenta grados, creando algo que parecía imposible, como el sentimiento de volver a ilusionarme, de empezar a sentir de nuevo esas mariposas en el estómago. Me aparto de la puerta y voy directo a mi baño, duchándome y dejando que el agua limpie todo lo que estoy sintiendo, además de todo lo que llevo pegado en el cuerpo.

Unos veinte minutos después, estoy completamente limpio, escucho que ella aún sigue en la ducha al pasar al lado de la habitación, antes de bajar por las escaleras. Cuando llego abajo, estudio el desastre de la cocina y sonrío como un bobo al recordarla a mi lado, pero negando con la cabeza me muevo para limpiarlo todo.

Cuando aparece contengo el aliento, con el pelo mojado y la mirada perdida encoge por momentos mi corazón. Hasta que conecta sus ojos con los míos y sonrío.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta.

Tengo que sacar fuerzas de mi interior para apartar la vista de ella y estudiar la estancia.

—La encimera —le pido—. Tienes cosas para limpiar debajo del lavamanos.

Asiente mientras se mueve hacia allí, pero veo que se para en la *tablet* para poner música. Me sorprende la variedad tan grande de estilos que pone siempre, *Take That* empieza a sonar por toda la casa, y se gira a mirarme.

Entre los dos dejamos la cocina perfecta y cuando nos sentamos a descansar en el sofá la alarma del temporizador suena, resoplamos a la vez, se gira quedando frente a mí.

—Venga, que aún tenemos que acabar con las galletas —repone.

Se levanta y tiende su mano hacia mí, la acepto, y ponemos rumbo a la cocina, sacamos la masa de la nevera y extendemos un poco de harina por la encimera. Y, aunque nos reímos y lo pasamos bien, mientras hacemos las galletas algo falla, ya no es como hace un rato. Cuando las ponemos en el horno para que se vayan cocinando se sienta en su silla, me quedo delante observándola.

—Tess... —empiezo a decirle, me mira asintiendo para que siga—. Sabes que no eres el problema, ¿verdad? —pregunto. Se queda callada unos segundos, y al final asiente, pero aun así veo que hay algo mal. Me acerco a ella, sentándome en el taburete libre de al lado—. ¿De verdad lo sabes? Pareces bastante distante —insisto.

—Bueno, comprendo todo lo que me has dicho. —Asiente de nuevo.

—Tessa, esto va a sonar a lo más típico que te han dicho nunca. —Cojo su mano entre las mías—. Pero no eres tú, soy yo, no he besado a nadie desde que me quedé viudo, no he estado con nadie y entiende que para mí es un poco *shock* verme en los labios de otra persona cuando pensaba que ya tenía la elección de mi vida hecha.

Me mira unos segundos, asiente e inesperadamente se levanta de su silla y se acerca a mí, me

quedo quieto por lo que pueda hacer, pero sorprendentemente solo me abraza. Rodea mi cuerpo con sus brazos y me acerca a ella, la correspondo sin pensarlo.

—Algún día llegará el momento en el que estarás completamente listo, para quien le toque vivir eso contigo —dice en mi oído.

—Gracias —contesto. Estamos así unos minutos y cuando nos separamos sonrío de esa manera tan suya, tan pura—. Desde luego, estás consiguiendo que la magia de creer vuelva a mi vida por todo lo alto —sentencio.

Asiente, pero antes de que pueda añadir nada más el temporizador vuelve a sonar, las galletas están listas y se separa de mí para ir directa al horno. Huele delicioso, saca la bandeja con las manoplas. Las dejamos enfriar observándolas, tienen un aspecto riquísimo.

Preparamos la decoración juntos, chocolate, intentamos montar nata para ponérsela con colorante, pero al final desistimos porque ninguno de los dos es capaz de conseguirlo.

Cuando las tenemos listas, cogemos una cada uno.

—Salud. —Chocamos la galleta y le damos un bocado.

Nos miramos en silencio mientras la degustamos, está perfecta con un gusto a canela que me encanta.

—Está riquísima —dice ella sonriendo.

—Somos los jefes de la cocina —añado y levanto la mano para chocarle los cinco, acepta enseguida.

Y decido preparar chocolate con nubes de azúcar para acompañar, sí, sobredosis de azúcar, pero parece que ahora lo necesitamos. Nos sentamos en la mesa para merendar cuando su móvil suena. Mira la pantalla y se aparta un poco para contestar.

CAPÍTULO 18

Tessa.

Travis, contesto sin dudar.

—Dime —saludo como respuesta.

—¿Dónde estás? ¿Te vienes a cenar con nosotros? —pregunta al otro lado—. Necesito salir de casa y hablar con vosotros dos.

Y sin pensarlo acepto, porque, aunque esté bien con Borja, no puedo dejar de sentir que algo falla a nuestro alrededor porque ese beso o, mejor dicho, esos besos me han desequilibrado las cosas. Porque sí deseaba sentirlo, sí quería, pero su reacción me ha dejado tan descuadrada, aunque entiendo que para él no tiene que ser fácil, una parte de mí ha salido herida.

Porque Borja está provocando un cambio que no logro entender en mi interior, parece haber llegado como un tornado: sin avisar y desmontándolo todo a su paso. Lo observo de reajo, está mirando su móvil mientras muerde otra de las galletas. Cierro los ojos pensando en el roce de sus labios con los míos, en la sensación de volar, de sentirme especial.

—¿Tessa? —dice mi hermano.

—Sí, perdona, sí que voy, sí. Ahora nos vemos, envíame la ubicación —respondo.

Cuelgo la llamada, y Borja se gira observándome con esa profunda mirada de color chocolate.

—¿Te tienes que ir?

—Sí —le contesto—. Mi hermano Travis ha organizado una cena para los tres, dice que necesita desconectar y hablar con nosotros.

Asiente, pero parece incómodo, de verdad que a cada segundo que pasa siento más que ese beso ha marcado un antes y un después, no podría confirmar si bueno o malo, pero lo ha hecho.

—Voy a por tu ropa, está en la secadora —dice. Se dirige a la cocina y entra hasta el cuartito que tiene detrás, me espero unos segundos, llega de vuelta con todo bien doblado y le doy las gracias—. En el lavabo de aquí abajo tienes un secador de pelo —me informa.

—Perfecto, gracias, porque salir con el pelo así ahora mismo es un poco locura.

Así que sin más me voy, cerrando la puerta a mis espaldas. Me cambio de nuevo, busco el apartado y me seco el pelo, dejándolo un poco a lo loco, pero bien. Cuando salgo, lo observo, está en el sofá mirando un canal español en la televisión y, en cuanto me escucha llegar, la apaga.

—¿Estamos bien? —pregunta al final.

La voz con la que formula la pregunta me emociona, porque no deja de ser el hombre de hielo que conocí hace unas semanas atrás, pero que poco a poco ha ido derritiéndose para enseñarme un corazón de oro, de esos que apenas quedan en el mundo.

—Sí, Borja, mañana será otro día, ¿vale? —Asiente.

Se acerca y hace algo que me pilla completamente por sorpresa, me abraza, estrechándose con cariño. Le correspondo, rodeando su cintura e inspiro hondo, empapándome de su olor.

—Perfecto, mañana será otro día —corrobora él.

Me acompaña a la puerta, me abrigo y, antes de irme, me tiende una de las galletas, sonriendo.

—Para que tengas fuerzas a la intemperie.

Se me escapa una sonrisa.

—Gracias, no sé qué hubiera sido de mí allí fuera sin súper *gingerman* —suelto riendo.

—Por supuesto, es todo un superhéroe, de lo mejor que tenemos por aquí —contesta siguiéndome la broma.

Nos despedimos, me dirijo escaleras abajo y, hasta que no me da el aire helado en la cara, no me doy cuenta de cuánto necesitaba ese contacto frío en mi cuerpo. Camino hacia el restaurante que me ha indicado Travis, uno de nuestros favoritos, cerca de casa y donde se come genial.

Al llegar los veo esperándome a los dos en la puerta, me acerco para abrazarlos a la vez, un bocadillo de Tessa, como lo llaman ellos. Entramos juntos, y el camarero, que ya nos conoce, nos hace pasar enseguida.

—Por aquí, familia. —Sonríe amablemente.

Lo seguimos hasta la mesa que nos indica, cuando ya estamos sentados, Travis pide un vino blanco, mi favorito, para que así podamos beber todos. Se lanzan miradas entre ellos y, aunque no sé entenderlo bien, sé que hay algo que ocultan.

—Vamos a ver, chicos, ¿qué está pasando?

Ethan se mueve intranquilo, y mi estómago se revuelve un poco, creo que ha llegado el momento de tener la conversación, esa donde me explica que está enamorado hasta las trancas de Ashley, pero que necesita de mi consentimiento para poder dar el paso.

—Cómo nos conoces, pequeña. —Asiente uno de ellos mirándome.

—Hay algo que queremos explicarte, pero como eres así de observadora e impaciente no has podido ni esperar al primer plato —contesta el otro.

—Ya me conocéis —reconozco. Ambos sonríen—. ¿Pero tan malo es? —Miro a uno y después al otro—. Sabéis que sea lo que sea os voy a querer siempre —añado.

—Lo sabemos —dice Ethan.

Quiero que tenga claro que sé que están hechos el uno para el otro y que los apoyaré siempre, da igual si ella es mi mejor amiga o no, porque conozco el amor que tiene por mi hermano desde hace años.

Justo en ese momento, el camarero llega con el vino, nos sirve las copas y deja la botella en una cubitera que coloca a nuestro lado, en cuanto desaparece, los apremio a continuar:

—Vale, ahora.

—Pues tengo que explicarte algo... —susurra Travis a mi lado.

Y que sea él quien empieza a hablar me deja helada, ¿Travis es el que tiene que decirme algo? Lógico, si pienso en la noche de ayer, pero como hoy lo he visto algo mejor he pensado que ya estaba más animado y que no sería algo tan triste.

—Adelante —digo cogiéndole la mano.

Ethan, a mi lado, lo anima con la mirada.

—Vamos a ver cómo empiezo con esto. —Coge aire profundamente y comprueba que nadie nos observa girando la cabeza de un lado a otro—. Bueno, a ver, hace un par de semanas pasó algo —empieza a decir, noto que su mano tiembla debajo de la mía.

—Tranquilo —agrego entrelazando nuestras manos, agarrándolo con fuerza para que entienda que puede decirme lo que quiera.

—Joder, es algo difícil de explicar, solo lo he hablado con Ethan —aclaro, y yo asiento. El susodicho lo agarra de la otra mano para darle fuerza—. Tessa, estas últimas semanas he estado viendo a alguien que no es Donna, por eso he roto con ella —me explica, asiento de nuevo, me está asustando con tanta intriga—. Esa persona es...

—Te voy a querer, aunque sea el mismo papa de Roma, lo sabes ¿no? —afirma sonriendo

levemente.

—El papa de Roma no es, pero sí un chico —acaba la frase y me observa para comprobar mi reacción.

—¡¡Pero eres imbécil o qué te pasa!! —lo regaño de golpe, qué susto ha metido en mi cuerpo para que al final sea esto. Me mira asustado—. ¡¡No me malinterpretes!! —digo rápido dándome cuenta de cómo ha sonado esto—. Me has asustado de verdad, joder, pensaba que te pasaba algo, yo que sé, que te veías con un capo de la mafia y le debíamos dinero a alguien o algo de eso —me explico. Ambos me miran, Ethan sonriendo al entender mi enfado—. Travis. —Lo agarro de nuevo de la mano—. Me dan igual tus gustos sexuales, a quién quieras o dejes de querer, siempre que te quiera y te cuide como te mereces, ¿lo entiendes? —responde con un movimiento de cabeza de arriba abajo y lágrimas en los ojos—. Que no me lo esperaba, cierto, pensaba que era Ethan quien tenía que confesarme otra cosa que no viene al caso, pero, aunque no lo imaginara, ¿por qué debería? Eres tú, sin más, con tu eterna sonrisa, esas ganas de hacer feliz a la gente, las peleas por quedarse con el mejor cruasán por las mañanas o los bailes patosos para ayudarme a practicar, tú eres tú, siempre.

—Gracias —susurra y se levanta para abrazarme, lo achucho fuerte.

Cuando vuelvo a sentarme es mi otro hermano el que me contempla.

—¿Qué debería de confesar yo que te lo esperas con más ganas? —dice de repente.

Mierda, ya he vuelto a hablar de más.

—Pues nada, porque ahora estoy aquí siendo comprensiva y buena hermana con él. —Señalo con la cabeza al otro gemelo.

—Ahora me lo dices —insiste, niego con la cabeza.

—Theresa, dímelo —repite.

—Cuando estés preparado para reconocerlo en voz alta lo hablamos, ¿sí? —le pido.

Parece entender lo que quiero decirle, y asiente, Travis se ríe por lo bajo porque él también sabe por dónde va el tema.

—Bueno, y este chico..., cuéntame —le pido, su sonrisa se desvanece.

—Ayer nos peleamos, esto es algo nuevo para ambos, tengo que admitir que yo hace tiempo empecé a darme cuenta de que mis bandadas entre faldas no me llenaban como a mí me hacía falta y, bueno, una noche choqué con él y una copa, otra copa, nos soltamos y... acabamos escondidos en un callejón y desde entonces nos hemos ido viendo —explica.

—¿Pero...? —porque es obvio que esta historia lo tiene.

—Pero él parece no aceptar que hay química y sentimientos entre nosotros —acaba de explicar.

—Bueno, pues él se lo pierde porque eres un pedazo de partidazo —suelta Ethan dándole un golpe en la espalda.

El camarero se acerca en ese momento y nos toma nota, la cena avanza sin más sorpresas, intentamos animar a Travis todo lo posible, porque ahora que tiene claro y ha dado un paso adelante con lo que realmente siente y con quién es, le da miedo cómo puedan reaccionar nuestros padres. Yo tengo claro que lo aceptarán, sí que son un poco a la vieja usanza, pero por otro lado sé que lo quieren con toda su alma y que no importa a quién quiera porque él sigue siendo el mismo.

Cuando llegamos a casa, ellos ya están en su habitación, por lo que me despido de los gemelos en la escalera y entro yo en la mía. Cuando dejo el bolso encima de la cajonera que tengo, veo que se asoma la galleta envuelta en un pañuelo que tenía en el bolso. La saco y me siento en la cama

con las piernas cruzadas, estilo indio, para observarla. Pienso en lo sencillo que ha sido para mi hermano aceptar sin más lo que sentía y deseo ser tan valiente como él.

Porque yo puedo sentir de una manera más libre, pero, como siempre dice mi tía, acabo con la persona que está más jodida a nivel emocional, con ese juguete roto que me empeño en arreglar, sé que tiene razón, sin embargo, también sé que ese podría ser mi muñeco favorito, ese al que vuelves siempre cuando estás feliz y necesitas jugar dándolo todo o al que abrazas cuando estás triste.

Borja tiene eso; es hielo y fuego, al más puro estilo *Juego de Tronos*, porque tiene ambos lados de la balanza. Muerdo suavemente la galleta y dejo que el sabor de la canela me rodee. Pienso en él, en sus sonrisas espontáneas, en la manera de preocuparse, de soltarse poco a poco y de demostrarme que la vida, por dura que sea, siempre tiene un nuevo camino al que ir, porque yo lo he vivido, pero no he visto de cerca cómo lo hacen otros, esos que pierden algo, pero deciden seguir luchando. Eso, ese espíritu tan especial que tiene, me hace acercarme poco a poco cada vez más a él, volviéndome adicta a esos pequeños momentos que estamos creando juntos y entonces es cuando me doy cuenta de algo: no importa cuánto tenga que esperar, pero él y yo lo conseguiremos, lo ayudaré a creer de nuevo en el amor, en que las segundas oportunidades existen y que la vida no se queda en ese «primer amor», sino que cada uno tiene algo especial, que yo merezco la pena.

Y así, con ese sentimiento de seguridad que me dice que pasará, me pongo el pijama y me estiro dentro de la cama, deseando con ganas que llegue mañana.

*

Cuando me abre la puerta veo que está completamente arreglado.

—¿Dónde vas? —pregunto en cuanto me lo encuentro de frente.

—¿Al estudio? —contesta algo inseguro ante mi presencia allí.

—¿Nadie te ha dicho que hoy y mañana es festivo aquí? —inquiero.

—Ah, ¿sí? Bueno yo sé de alguien que me dijo que los músicos trabajan cuando quieren —contratada con mis propias palabras.

—Anda, déjame pasar que quiero dejar esta caja —le pido haciendo que se aparte.

Llevo una caja en las manos, con una de las sorpresas navideñas dentro, me mira extrañado mientras se aparta para dejarme pasar.

—Buenos días a ti también, Tessa —dice a mi espalda cuando cierro la puerta.

—Buenos días, Borja —contesto sonriendo y para variar, en cuanto dejo la caja, me acerco a él para darle un beso en la mejilla.

—¿Se puede saber por qué es festivo hoy?

—Pues te lo enseñaré, porque nuestra cita navideña de hoy tiene que ver con esto.

—Creo que ya me estoy arrepintiendo de preguntar —Le lanzo una mirada asesina, y sonrío de medio lado.

Parece que hemos recuperado un poco nuestra rutina, esa manera que tenemos de ser el uno con el otro. Aunque pensar en sus labios pegados a los míos hace que se me acelere de nuevo todo.

—Venga, que hoy no podemos llegar tarde —apremio para que se dé prisa.

—Necesito café.

—Paramos a por uno para llevar —acepto.

Asiente con la cabeza, se abriga, y salimos juntos a la calle, destino a nuestra quinta cita

navideña.

CAPÍTULO 19

Borja.

Me recuerdo la conversación interna que mantuve ayer por la noche, diciéndome que empezar a sentir cosas por otra persona está bien, que dejarse llevar es correcto, igual que el dolor y la desconfianza. Porque cada vez que pienso en Tessa, en nuestras lenguas peleando y sus manos enredadas en mi pelo..., mi cuerpo reacciona de una manera bastante animada, haciéndome ver que la química, la atracción, seguirá aquí por un tiempo.

Es difícil soltar el freno después de tantos años con la misma persona, esa que no decides dejar sin más, sino que te la arrebatan, pero por otro lado esa sonrisa traviesa y la manera tan fácil de ver las cosas me ganan día a día, como por ejemplo ahora que no he dudado en creerme sus palabras de la festividad en Holanda y me he ido detrás de ella sin dudar.

—Venga, entramos aquí —dice señalando una cafetería.

Esperamos nuestro turno, pido dos cafés con leche y la invito, me lo agradece con otro beso en la mejilla, cosa que me provoca un hormigueo interno bastante revoltoso.

—No queremos llegar tarde y además necesitamos un buen sitio para lo que vas a ver hoy —explica emocionada.

—Ya estás haciéndolo otra vez —la acuso—. Dejándome con las ganas de saber qué vamos a hacer.

Suelta una pequeña carcajada y tira de mí hasta el tranvía, que nos deja en la biblioteca municipal de Ámsterdam.

—Voy a explicarte un cuento —dice de repente.

Prefiero no preguntar y la sigo hacia el interior del edificio. Me lleva a la zona infantil, concretamente a la zona de Navidad. A esta hora no hay nadie, por lo que hace que me siente en una de las mesas altas de alrededor, se va a buscar algo y vuelve enseguida con un cuento en la mano.

—Este es Sinterklass —explica enseñándome la portada, donde sale un hombre parecido a Santa Claus—. Es parecido a Santa, sí, tiene una función parecida, también, pero la diferencia es el día en el que se reciben sus regalos.

Y así es como empieza a explicarme la historia; un hombre vestido muy parecido a un obispo junto con un hombre negro, Zwarte Piet, su ayudante, llegan juntos en barco el diecisiete de noviembre, donde hacen un desfile para honrarlo, montando en caballos blancos. Pasados los días hasta el cinco de diciembre se le hacen diferentes festejos, pero el importante es esta noche, donde él deja sus regalos con un poema para cada niño o adulto y al día siguiente se disfruta de los regalos y comida en familia.

—Vamos, un Santa Claus versión neerlandesa —contesto cuando acaba.

—Pues sí, algo así, pero lo cierto es que ver todo lo que montan por él es genial —añade.

De repente, vemos que se acerca la bibliotecaria y nos pide silencio, a nosotros nos da la risa floja y al final decidimos salir de allí.

—Aunque no hemos llegado a tiempo para ver el desfile, te voy a llevar a hacer el recorrido y a enseñarte los puntos importantes, porque nuestra quinta cita navideña es aprender cosas

tradicionales de otros países —suelta—. Asiento sonriendo, me parece una gran idea. La ruta empieza bajando, caminando al lado del río Amstel—. Sinterklaas entra con un gran barco de vapor y va rodeado de muchísimos barquitos —dice señalando el río.

Caminamos un poco más hasta que me explica que llega en este punto, Scheepvaartmuseum donde el mismo alcalde lo recibe, así empieza una ruta en caballo blanco, sus pieten, que son una especie de pajes reales, lo acompañan montados en bicicletas, me explica que la fiesta es increíble y que todo el mundo sale a celebrarlo a la calle, tirando caramelos y galletas para todos. Cuando queremos darnos cuenta es prácticamente hora de comer por lo que decido cocinarle pasta, que me sale riquísima.

Juntos nos dirigimos de vuelta al piso y, cuando al entrar veo la caja, la miro de reojo.

—Aún no, primero comemos —dice tirando de mí hacia la cocina cuando se quita el abrigo. —Al llegar coge una de las galletas que aún reposan en un plato, preparo una rica pasta al pesto rosso, le ponemos parmesano por encima y nos sentamos en la mesita a comer, cuando acabamos lo llevamos todo a la cocina—. Venga, ahora sí, voy a por la caja —anuncia levantándose. Se acerca y la trae, la coloca delante de mí—. Ábrela.

Dudo unos segundos, pero al final lo hago y cuando veo lo que hay en su interior una sonrisa se instala en mi boca, una de oreja a oreja.

—¿Cómo...? —pregunto asombrado.

—Una tiene sus recursos, vamos, sácalo —responde feliz.

Y eso hago, saco un Caga Tió de dentro de la caja, perfectamente hecho, con su barretina catalana y la sonrisa pintada.

—Es igual que el que tenías tú de pequeño, ¿no? —Me mira.

—Por supuesto, es mucho mejor, la verdad. —Asiento feliz.

La miro fijamente unos segundos, sin comprender cómo una persona puede ser así, que recuerde todo lo que le digo, de captar lo que es o no importante para mí.

—Bueno, también he añadido una manta —dice cogiendo la caja y sacándola—. Y comprado unos palos, son cortos, pero espero que sirvan. —Me los enseña y asiento riendo.

—Son perfectos, gracias, Tessa —susurro.

Alargo la mano y le acaricio la mejilla suavemente, cierra los ojos al sentir mi contacto.

—La cuestión es que hoy teníamos que descubrir un poco de cada cultura y no voy a negarte lo divertido que ha sido encontrar uno de estos por aquí —responde cuando abre los ojos.

—Eso es que llegado el día tendremos que hacerlo cagar los regalos —la informo.

—¡Me lo apunto! —afirma asintiendo.

Cojo el tronco y la manta para colocarlo debajo del árbol, lo miro orgulloso, me sigue flipando tenerlo allí teniendo en cuenta que estoy a miles de kilómetros de casa, me imagino la cara de mis sobrinos cuando lo vean y entonces recuerdo algo.

—Por cierto. —Me giro para mirarla y cuando tengo toda su atención continúo—. Gracias a ti, y a tu empeño en hacerme creer en estas fechas, he hecho algo —me sincero, porque es algo que hace apenas unas semanas era imposible.

—¿Sí? —pregunta.

—Yo, cuando me mudé a vivir a esta ciudad, decidí que no iba a celebrar nada, porque no tenía ganas, a pesar de la insistencia de mi madre y de toda la familia, me negué en rotundo —empiezo a explicar—. Pero después de ti todo está siendo diferente, porque el otro día los llamé, y van a viajar todos hasta aquí para poder celebrar juntos las fiestas. —Se queda callada unos segundos, mientras una sonrisa empieza a dibujarse en su cara, de golpe se levanta del sofá y se

lanza a mis brazos emocionada para abrazarme, la acepto sin pensarlo—. Gracias —susurro cuando la tengo entre mis brazos.

—¿A mí? A ti por no dejar que el espíritu navideño desaparezca de tu corazón por mucho que te empeñaras en dejarlo fuera —contesta.

Nos separamos en ese momento, quedando de nuevo a pocos centímetros del otro, mis ojos viajan solos hasta sus labios, los observo: carnosos, deseables. La misma vibración que el día anterior, esa atmósfera se crea de nuevo a nuestro alrededor. ¿Debería frenarme o seguir? Porque ella lo tiene claro, lo veo en su mirada y en la manera en que está aferrada a mi cuerpo. Sin pensarlo más, pauso mi mente, freno esa velocidad que está tomando para lanzar pensamientos innecesarios, me quedo en ese momento, en el ahora, y me acerco a su boca, a esos labios.

Apoyo mi frente en la suya, con nuestras respiraciones acompasadas, rápidas, nerviosas y de repente el sonido del timbre nos interrumpe; alto, molesto. Y es ella la que me aleja, rompiendo la magia, y yo odio a mi amigo en silencio, porque solo puede ser él, que sigue insistiendo.

—¡¡Ya voy!! —le grito en español.

Tessa tiene las mejillas rojas, pero no dice nada mientras me alejo de ella y me acerco para abrir la puerta, tras la cual aparece Dani.

—Pero ¿qué estabas haciendo que has...? —Frena sus palabras en cuanto ve a Tessa, que se está acercando en ese momento hacia nosotros.

—Yo me voy ya, ahora que tienes compañía —dice sin más.

No la freno, me encantaría decirle que se quede, que Dani es puro amor y que disfrutar de la compañía de ambos a la vez seguro que me hará bien, pero no digo nada; por el contrario, me guardo ese sentimiento dentro.

Se pone el abrigo y se despide de los dos, cerrando la puerta.

—¿Os estabais enrollado? —pregunta mi amigo escrutándome.

—¡¡No!! —respondo enseguida.

—No sé, como estabais los dos rojos como un tomate y se respiraba tensión en el ambiente. — Sonríe de medio lado mientras me dice eso.

—Pues esta vez no —zanjo el tema.

—¿Esta vez? Ha habido una vez antes. —Ya he hablado de más antes de medir mis palabras.

—Mierda —susurro—. No se te escapa ni una, ¿eh?

—Venga, explícaselo al tito Dani —dice dándome un golpe amistoso.

—Pues yo qué sé, ayer... —y le explico la situación.

—¡¡Eres el rey!! —contesta—. Di que sí, disfruta y vive que es lo que te hace falta.

—Ya, pero...

—Ni pero ni pera, tienes que empezar a vivir sin pensar en las consecuencias, disfruta, que te lo mereces —añade—. No seas cobarde, ¿por qué retener los sentimientos? Te lo digo por experiencia —susurra esta última frase, y lo miró fijamente.

—¿Qué has dicho? —pregunto.

—Nada, nada, cosas mías. —Intenta quitarle importancia.

—Colega, llevas unos días muy raro. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, ¿no? —le recuerdo, asiente.

—Venga, arréglate, que tenemos una cena importante esta noche, creo que veo colaboración a la vista —dice cambiando de tema por completo.

—¿Qué quieres decir?

—Que el Santa Claus versión holandesa acaba de traernos un gran regalazo —me comenta

sonriendo.

Y me empuja para que suba a cambiarme de ropa. Me aseo un poco y elijo un conjunto bastante elegante para lo que parece que será una cena transcendental.

Cuando bajo observo cómo Dani está sentado en el sofá, con el móvil en una mano, resoplando hondo y con la otra mano rascándose la cabeza. Algo le pasa, no está igual que siempre y tengo que saber qué es para poder ayudarlo.

—¿Vamos? —pregunto en cuanto estoy junto a él.

—Míralo, que se ha perfumado y todo —bromea acercándose mientras se coloca el abrigo.

—¿Qué esperabas? Es una cena importante —añado riendo.

Dani pide un Uber que nos lleva directos a un restaurante de comida india y asiática, Tulse Indian Restaurant, al llegar Dani se dirige directamente a una pareja que hay en la puerta, no sé quiénes son, pero me parecen muy tiernos; una mujer de pelo corto, rubia, y un hombre pelirrojo con barba.

—¡¡Harry, Alice!! —saluda Dani aproximándose. Ellos le dan un pequeño abrazo y se giran para mirarme.

—¿Así que tú eres Borja? —pregunta ella, y asiento.

—Somos parte del equipo de Matt Geen, él está dentro pidiendo mesa —informa él.

Les estrecho la mano y miro a mi amigo sin entender nada.

—¿Qué coño has hecho? —le pregunto por lo bajo.

—Conseguirte la colaboración de tu vida —contesta dándome una palmada en la espalda.

Está loco, pero con estas cosas me demuestra lo grande que tiene el corazón. ¿Voy a grabar un tema con el mejor *dj* del panorama musical? Como sea así, mi carrera va a despegar a nivel internacional de un empujón muy grande. En cuanto entramos nos indican por dónde ir, hasta una de las mesas más alejadas. Allí veo al chico con la sonrisa en los labios, como siempre, desprendiendo una simpatía nata y, junto a él, Taylor, su *mánager*.

—Buenas noches, caballeros —dice mi amigo en cuanto llegamos.

Después de los saludos, nos sentamos y pedimos vino para beber. Nos ponemos a comentar cómo ha ido el día, se interesan por cómo van las nuevas canciones y enseguida una cosa lleva a la otra. Acabamos hablando de una colaboración, pero una de las grandes, mezclando lo mejor de la esencia acústica con la electrónica. Matt es un chico con las ideas muy claras en cuanto a la música, *dj* de EDM, me demuestra que domina de todos los estilos, toca varios instrumentos. Hablamos de qué queremos decir o cómo lo queremos hacer.

—Matt suele presentar temas nuevos para los grandes festivales, y hemos pensado en que si el tema fluye de verdad podrías estrenarla en Tomorrowland, que será en unos seis meses desde ahora —dice Harry, el pelirrojo.

¿Tomorrowland? ¿Está de coña? Me siento como flotando en una nube, intento mantener el hilo de la conversación, pero en mi mente solo veo cómo la gente grita y baila la canción en pleno festival, miles y miles de personas.

—Pues si os parece lo iremos hablando durante este mes, como venís casi cada día a trabajar al estudio de Jungle Records —dice Taylor.

—Sí, sin problema —afirmo—. Lo hablaré con mi equipo.

Y me recuerdo que es algo que tengo que negociar con mi *mánager* y mi propio equipo antes de lanzarme, pero sé que aceptarán sin dudar.

Cuando acabamos de cenar, Matt nos invita a que lo acompañemos a la discoteca donde fuimos el otro día, nos comenta que sus amigos ya están por allí y que nada le apetece más que ir a

celebrar este preacuerdo, a lo cual nos unimos sin reservas.

En cuanto llegamos al VIP, los gemelos están allí, me acerco enseguida a saludarlos.

—Buenas noches, caballeros —les digo dándoles la mano.

—Pero, bueno, ¿cómo tú por aquí? ¿Has venido solo? —pregunta Ethan en cuanto me ve.

—No, hemos veni... —Pero me giro para ver que Dani no está a mi lado—. Bueno ni idea de dónde se ha quedado Dani, pero hemos venido con Matt y algunos miembros de su equipo —les explico.

—¡¡Qué nivel!! —contesta Ethan de nuevo, Travis asiente, pero veo que busca a alguien entre la gente.

Y de repente me pongo nervioso, si ellos están aquí, puede que ella también, ¿habrán venido con Tessa? Una revolución de mariposas mezcladas con nervios se instala en mi estómago, y la busco entre la gente.

CAPÍTULO 20

Tessa.

Entrando en el reservado con Ashley y los demás es cuando me lo encuentro, no me hace falta ni buscarlo, no tenía ni idea de que venía ni que estaría aquí, pero mi cuerpo parece intuirlo porque mi corazón comienza a latir con fuerza incluso antes de verlo hablando con los gemelos, los nervios suben peligrosamente por mi estómago hasta secarme la garganta.

—Tessa, ¿qué quieres beber? ¿Lo de siempre? —pregunta la rubia a mi lado.

Asiento, la acompaño hasta la barra mientras lo sigo observando de reajo, está guapísimo con una camisa negra y unos pantalones vaqueros oscuros estrechos, el pelo a lo loco, como siempre, que le da un aire que me hace suspirar como una tonta.

—¿Estás o no estás? —llama la atención mi amiga.

—Está él —le contesto señalándose con la mirada.

Lo busca y, cuando lo ve, sonrío, pero más se amplía esa sonrisa al ver con quien esta.

—Pues ahora mismo vamos a saludarlo —dice sin más, tirando de mi mano y pidiéndole a una compañera que coja nuestras bebidas, que ahora volvemos.

Aunque intento evitarlo, me lleva hasta allí, es gracioso decir que al único que no se le abren los ojos al vernos llegar es a Travis, que parece estar ocupado en otras cosas, aunque nos saluda.

—Buenas noches, chicos —dice Ashley.

Los saluda a los tres, pero le regala dos segundos más de contacto a Ethan, a mis hermanos les doy un simple abrazo, y a Borja, para variar por una vez, le doy dos besos, me mira extrañado ante ese gesto.

—¿Qué hacéis aquí? Pensaba que no ibais a salir —pregunta mi hermano, mirando de reajo a la rubia.

—Pues al final los planes han cambiado, tu hermana ha llegado antes de la cita que tenía esta tarde —suelta sin más, Borja que está bebiendo en ese momento, se atraganta y tose, la frase lo pilló por sorpresa y sabe que se refiere a él, yo la miro con odio.

Travis le da un golpe en la espalda.

—He tragado mal —se disculpa el otro susurrando y observándome de reajo.

—¿Una cita? —contestan a la vez los gemelos.

—Sí, vuestra hermanita ha estado teniendo citas, y por lo visto el chico es una monada —explica, al final hoy con tanta indirecta la vamos a tener. La mato, yo juro que la mato.

Me giro hacia Borja disimuladamente, pidiéndole perdón con la mirada, pero su cara hace que se me escape una sonrisa.

—¿Con quién? Queremos conocerlo —suelta Ethan de golpe.

—Uh, no, eso no será posible —resuelvo y tiro de mi amiga para que deje de meterme en problemas. Cuando estamos lo suficientemente lejos, le aprieto la muñeca para hacerle daño, poco, pero lo justo para que se queje—. Eres idiota, pobre Borja, casi se atraganta —la regaño.

—Qué va, era para ver cómo reaccionaba —añade sin más.

—A la siguiente te retuerzo las orejas y me da igual quién nos mire, quedas advertida —la amenazo, me saca la lengua mientras nos vamos a la barra.

Y, aunque observo a Borja de lejos, hay momentos en que dejo de verlo, se pierde entre la gente, baila con personas que no conozco y, lo que más me flipa, es que se junta con el mismísimo Matt Geen, yo sé que mi hermano Ethan tiene contactos, pero cada vez tengo más claro que el español también se guarda sus cartas en la manga.

La noche va pasando, bebo, pero como siempre dentro de mi límite, decido disfrutar e intentar ignorar mi impulso de buscar al moreno y quedarme pegada a su cuello todo el rato, sin embargo, la cosa parece torcerse cuando Justin se acerca a mí.

—¿Dónde está tu amiguito hoy? —suelta colocándose a mi lado.

—Pues ahora mismo no está aquí —respondo apartándome de él.

—¿Quieres decir que te ha dejado sola? Por cierto, estás guapísima hoy, Tessa. —Se acerca peligrosamente a mí.

—No necesito un guardaespaldas para que no te acerques a mí, Justin. —Lo enfrento—. ¿Cuándo te quedará claro que lo nuestro ha muerto? —finalizo.

—Cariño, donde hubo fuego siempre quedan cenizas —insinúa.

—Sí y, donde está una operación de corazón, se quita el novio perfecto —le recuerdo.

—Eso fue un fallo garrafal, me asusté, Tessa. —Intenta acariciarme la cara.

—No me toques —le exijo apartándome de él, que va un poco bebido.

—¿Por qué no entiendes que estamos hechos el uno para el otro? Eres mi primer amor, mejor dicho, eres el amor de mi vida —sentencia.

Pongo los ojos en blanco, por qué se vuelve tan pensado y por qué no acepta de una vez que lo nuestro no tiene futuro.

—No digas chorradas. Hubo algo, me importabas, la cagaste y se acabó —resumo.

Me giro para mirar al final de la sala, me quedo quieta al descubrir cómo mi hermano Travis desaparece por un lateral con alguien. Me incorporo un poco para averiguar quién es, pero no me da tiempo porque Justin insiste.

—Bebé, por favor, escúchame —sigue.

—Que no me llames bebé y que dejes de insistir. —Mi gesto es firme y mi mirada dura—. Que te pires ya, me das asco, estoy cansada de tus juegos de niño, tus noches de borrachera y tus días de chulo —le grito por encima de la música.

La gente de nuestro alrededor se gira en nuestra dirección; él, avergonzado, se aparta, pero se enfrenta a mí de nuevo.

—En algún momento te arrepentirás de hacer esto, de dejarme escapar y sobre todo de juntarte con hombres mayores que no sabrán apreciar nunca todo tu potencial. —Desaparece, y siento que lo odio más que nunca.

Miro hacia la cabina del *dj*, desde donde están pidiendo que levanten las manos en ese momento, veo que el público está entregado.

—¿Algún problema con él? —preguntan a mi lado.

Sonríe de medio lado.

—Nada que una leona como yo no pueda solucionar sola. —Lo miro de frente—. Estás especialmente guapo hoy.

—Tú estás simplemente maravillosa —suelta y acerca su mano para acariciarme la mejilla.

Tiene los ojos brillantes y algo rojos, sonrisa desinhibida y nada preocupado por mostrar su atracción por mí, porque eso es lo que está haciendo. Me pongo nerviosa, sin saber por qué jugar con la ventaja de no estar borracha me altera, porque aquí está él, guapo a rabiar y con cero preocupaciones de lo que pueda pensar la gente, y en cambio yo estoy frenética, por él, por mis

hermanos, por todos. Porque no quiero que nadie se entere de lo nuestro, de las citas, de los momentos.

—¿Qué haces aquí? —pregunto al fin.

—Venir a ver a mi acompañante navideña —contesta sonriendo y acorta un poco más el espacio entre nosotros. Trago saliva con dificultad, cómo puede oler tan bien, cómo su cuerpo puede pedirme de una manera tan vibrante que me acerque a él y cómo mi corazón puede latir tan deprisa, pidiéndome que lo haga, que acorte el poco espacio que nos separa—. ¿Sabes que estás irresistible, pero irresistible de verdad? —susurra acercándose a mi oído con una voz ronca, de una manera pornográficamente perfecta.

Siento un pinchazo en el estómago y otro en la entrepierna. ¿Qué coño acaba de hacer?

—Borja, no juegues con fuego —le recuerdo, porque me toca ser por una vez la responsable, no quiero ser la causa de su dolor de cabeza mañana cuando vaya sereno.

—Bueno, quizás no sepas que quiero quemarme —responde con picardía—. ¿Recuerdas que soy chico de calor, chica de invierno? —sigue susurrando de esa manera—. Y lo que hacemos nosotros es derretir el hielo que rodea a las chicas de invierno como tú.

Y en esa frase, justo con esas palabras, soy yo la que se olvida de quién soy, dónde estoy y quién hay a mi alrededor, porque enciende a la Tessa que tanto lo asusta siempre, la que no tiene miedo de jugar, de sentir y sobre todo de vivir al límite.

—Recuerda que el que tiene miedo de jugar siempre eres tú —le contesto, se aparta lo justo para quedar a centímetros de mi cara—. Yo llevo días intentado cruzar la línea que nos separa, porque a mí me gusta sentir tu calor, así. —Todavía me acerco más, dejando sus labios a pocos centímetros de los míos—. Cerca, pegado a mí.

Su mirada está fija en la mía, escuchando atentamente palabra por palabra, y parece que doy el pistolazo de salida, no contesta, solo me observa de una manera muy intensa, como cuando el león tiene a su presa a un paso; pero, antes de que pueda decir nada, noto sus labios en los míos. Todo pasa en microsegundos, percibo su intensidad, los aprieta contra los míos de una manera brusca, dura, pero me gusta, haciéndome gemir mientras pega su cuerpo al mío. Sus manos se mueven rápidamente hasta mi nuca, donde se instalan, agarrando mi pelo, tirando con fuerza, pero sin hacerme daño, cosa que me hace volver a gemir. J-O-D-E-R, cómo puede estar haciéndome sentir así, nuestras bocas se mueven al compás, abriéndose y comiéndose con deseo, nuestras lenguas juegan en un ritual de fuerza, de fuego, compitiendo por ver cuál es más profunda, más rápida y sobre todo a ver cuál gana regalando placer extremo al otro.

Lo rodeo con mis manos y lo aprieto fuerte contra mí, clavándole los dedos en la espalda, grabando cada instante de deseo en nuestras pieles. Esta vez es él quien gime en mi boca, noto cómo su pantalón le aprieta cada vez más y su erección crece a ritmos vertiginosos. Mil sensaciones se apoderan de mi cuerpo, sintiéndome más viva que nunca, con esa vibración tan nuestra que nos recorre por todos lados, pasando de uno al otro. Desliza su mano de mi nuca, acariciando mi costado, rozando detenidamente mi pecho y bajando para colarse por mi camiseta.

Pero es entonces cuando me obligo a recordarme dónde estamos, antes de que esto pueda ir a más intento recuperar la compostura, me aparto de él, obligando a poner espacio entre nosotros.

Sus ojos, desorientados, me miran interrogándome en silencio. «¿Por qué?», es todo lo que leo en ellos una y otra vez.

—Lo siento, quiero esto tanto como tú, pero estamos en medio de una discoteca, mis hermanos están cerca, y necesito... —Sus manos vuelven a estar juntas, quietas, alrededor de mi cuello y con los dedos pulgares acariciando peligrosamente mi piel—. Oh, Dios, si no paras no voy a

poder frenarnos nunca —susurro.

—No quiero parar —dice mirándome intensamente a los ojos.

—Ni yo, joder, ni yo, pero debemos hacerlo —lo medio regaño suavemente.

—Tess —susurra de nuevo casi pegado a mis labios.

Y esa voz, ronca, sensual, vuelve a llamarme, acoplo mis labios a los suyos, solo unos segundos, para quitarme un poco la necesidad que acaba de crearme.

—Basta, ya está. —Intento sonar firme.

Coloco mis manos en su pecho y lo separo un poco de mí, de repente noto el aire a nuestro alrededor y tengo la sensación de que la música vuelve a resonar por todos lados. Me observa, intensamente, para luego desviar sus ojos por la sala, parece recuperar un poco la noción de dónde esta.

—Joder, Tessa —suelta sin más, se separa de mis manos y, apartando a la gente, desaparece.

Lo observo y me quedo allí parada sin saber qué hacer o qué pensar. ¿La he cagado? ¿Se ha enfadado por algo que he hecho o he dicho?

—¡¡Vaya pedazo de morreo!! —exclaman a mi espalda y voy hacia mi amiga.

—Ya te digo —es lo único que consigo balbucear, porque ha sido totalmente uno de esos de las películas románticas.

—¿Y por qué dejas que se vaya? —pregunta.

—Se ha ido porque yo lo he frenado, joder. Ash, que mañana seguramente se arrepentirá y volveremos al mismo bucle que ayer cuando nos besamos —le recuerdo a mi amiga.

—O quizás no y empieza a cambiar de idea, recuerda que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad —y, dicho esto, me guiña el ojo y se va.

Observo en la lejanía a ver si soy capaz de ver a alguno de los gemelos, pero ninguno está cerca por lo que seguramente no han sido testigos de este arranque de pasión. Niego con la cabeza y pienso en qué hacer; ¿voy detrás de Borja o lo dejo tomar el aire para que se centre?

CAPÍTULO 21

Borja.

Todo da vueltas a mi alrededor, el alcohol es un mal acompañante en momentos como este, estoy saliendo a la terraza privada de la discoteca a ver si me da un poco el aire, necesito intentar centrarme y pensar en lo que acabo de hacer. Todavía sigo notando la presión en mi pantalón, por lo que busco el rincón más oscuro y me apoyo allí, notando el aire en mi cara.

Retengo mis ganas de volver y llevármela a cualquier rincón donde nadie nos vea, donde nadie pueda opinar si lo que acaba de pasar está bien o no, que ni siquiera yo pueda hacerlo. Aunque inevitablemente es algo que no dejo de pensar, en todo lo que nos rodea, pero lo peor es que ahora sé lo que se siente en sus labios cuando dejo de ponerme freno.

Decido entrar a por agua y volver de nuevo fuera en cuanto tenga la bebida, para sentarme en el mismo sitio. La observo desde lejos, está sentada con una amiga suya, están hablando mientras la otra le enseña cosas en el móvil. Levanta la cabeza, para clavar sus ojos en los míos, mi garganta se seca de golpe y las ganas de juntar mi cuerpo con el suyo de nuevo resurgen con más ímpetu, así que aparto la vista y me concentro en ir a por el agua e intentar recuperarme a mí mismo, haciendo desaparecer un poco los efectos del alcohol.

Una vez en la terraza, me coloco en la esquina de nuevo y bebo agua, observo a la gente, hacía años que no me sentía tan libre en un sitio tan concurrido, en España siempre hay alguien que sabe quién soy y, aunque intente pasar desapercibido, siempre acabo llamando la atención. Estar tranquilo en la terraza de una discoteca es algo que no me pasaba desde hacía muchos años.

Adoro a mis fans con todas mis fuerzas, esas personas que han estado apoyándome en lo bueno y lo malo. Las que me han hecho llorar de felicidad encima de un escenario. Pero hay momentos donde la línea entre lo permitido y lo que no lo está desaparece, hay veces que la gente se olvida de que somos personas humanas, sentimos, sufrimos, lloramos.

Dani aparece de repente, con los ojos rojos, cosa que se nota mucho más por el color azul intenso, me mira y se sienta a mi lado. Le tiendo el agua sin decir nada, y la acepta, nos quedamos en silencio, cuando de repente suelta estas palabras:

—Soy gay —anuncia sin mirarme.

Lo observó unos segundos de reojo, pero enseguida vuelvo a fijar mi vista al frente.

—Ahora que sé que no te mueres o que has dejado preñada a alguien, me siento mejor —contesto, me giro para mirarlo, y él hace lo mismo—. Sabía que algo iba mal estos días, que sucedía algo que te estaba ahogando, me alegra saber que simplemente es que estás decidido a ser libre y amar como quieres.

Se calla ante mis palabras, asiente y vuelve la cabeza al frente.

—Es la primera vez que lo digo en voz alta —sentencia.

Alargo mi mano y la pongo en su hombro, lo aprieto un poco para darle ánimos, no voy a decir que no me sorprende su confesión, pero tampoco puedo asegurar que lo haya visto con muchas chicas en todos estos años de relación, siempre ha sido muy reservado con su vida privada. Pero, me sorprenda o no, me siento orgulloso de que mi amigo pueda decir todo esto en voz alta, ser libre, como le acabo de decir.

—Estoy orgulloso de ti —verbalizo mis pensamientos, y asiente—. Eres un valiente por afrontar tus sentimientos y decirlos en voz alta, por seguirlos.

—De hecho, fue la charla contigo la que me ha hecho darme cuenta de que no puedo dar consejos y no seguirlos —me confirma.

Pasamos un buen rato, el uno al lado del otro, callados, respirando tranquilos y dejando que el alcohol baje hasta nuestros pies, que se pase la cogorza para empezar a razonar como dos personas normales.

—¿Quién es el afortunado? —pregunto al fin.

—Travis. —Y esto sí que me pillará por sorpresa: uno de los hermanos de Tessa está liado con mi amigo.

—Pero si hace poco lo vi con la chica esta del bar —susurro confundido.

—Sí, lo sé y yo estaba con una chica hace tres fines de semana, las cosas funcionan como funcionan, hay sentimientos que se llevan dentro hasta que se quedan sin espacio y necesitan ser libres —suelta, asiento para darle la razón porque la tiene.

Miro el cielo y advierto que apenas se ven las estrellas y que además se distinguen las luces de los relámpagos.

—¿Te parece si nos vamos para a dormir la mona? —le propongo.

—Sí, creo que necesito descansar.

—Vamos a por las chaquetas.

—Coge la mía, voy al baño mientras —me pide.

Justo antes de separarnos en el interior, lo agarro por el hombro y me mira.

—Dani, no es que ser heterosexual sea lo normal, es lo común, y siempre he sabido que tú eras algo fuera de lo corriente, especial —le comento.

Me mira con los ojos llenos de lágrimas, asiente con la cabeza y desaparece entre la gente. En cuanto llego al VIP, recojo nuestros abrigos y me doy cuenta de que Tessa está buscando a alguien. Cuando me ve, se acerca.

—¿Has visto a alguno de mis hermanos? —pregunta de repente. Niego con la cabeza, tenerla de nuevo cerca me vuelve a hacer sentir esa corriente por todo mi cuerpo—. Joder, quiero irme a casa y no encuentro ni a Ashley ni a los gemelos —se queja.

—Venga, que te ayudo a buscarlos. —Y, sin avisarla, la agarro de la mano, entrelazando nuestros dedos. Tiro de ella, hasta llegar a la entrada donde ya está Dani, que me mira sin entender qué hago allí con ella—. Tessa no encuentra a sus hermanos, ¿los has visto? —le pregunto esta vez a mi amigo.

Asiente y nos pide que lo sigamos, pero, cuando llegamos donde se supone que deberían de estar, allí no hay nadie. Así que entre los tres empezamos a peinar la discoteca hasta que damos con la rubia y Ethan saliendo del baño, giro hacia Tessa para ver su cara, pero me sorprende advertir cómo de sus labios asoma una pequeña sonrisa. Dani, que se ha separado, vuelve a aparecer con un Travis bastante borracho recostado parcialmente en su cuerpo.

Su gemelo se mueve para ayudarlo y entre los dos lo cargan fuera, rescatamos las pertenencias de todos y salimos a la puerta principal, pero cuando llegamos vemos que está empezando a chispear. Nos movemos para ir hasta la calle lateral, mi casa está cerca y decido esperarme a que ellos cojan un medio de transporte antes de irme caminando, cuando de repente la lluvia empieza a apretar, caen unas gotas gordas, apenas tenemos tiempo de escaparnos. Les propongo que vayamos todos a mi casa que está relativamente cerca, asienten, y corremos juntos, incluso Travis parece espabilarse en este momento.

Cuando llegamos, bajo toallas para todos, está cayendo un chaparrón de cuidado y parece que no tiene ganas de parar.

—Podéis quedaros a dormir aquí si queréis, hay sitio para todos —les sugiero.

Dudan, pero Ethan estudia a su hermano que se ha quedado medio dormido en el sofá.

—Si no te importa, creo que aceptaremos tu invitación, está lloviendo a cántaros, y Travis apenas puede moverse —acepta.

Asiento, miro a los demás.

—Yo también prefiero no moverme debajo de la lluvia —contesta Dani.

—Nosotras íbamos a dormir en mi casa, así que no creo que importe que lo hagamos aquí —añade Ashley.

Tessa me contempla en silencio unos segundos y al final asiente con la cabeza.

—Pues, venga, voy a por las sábanas para el sofá-cama del estudio y os bajo ropa seca a todos.

—Te acompaño —dice Dani.

Subimos hacia la habitación.

—¿Es mi imaginación o en esa sala se cortaba tensión sexual por todos lados? —pregunta de repente.

No puedo más que darle la razón, moviendo la cabeza de arriba abajo afirmativamente.

—Creo que tenemos muchos problemas que resolver, pero ahora es hora de dormir —digo, y entre los dos lo bajamos todo.

Mi amigo me ayuda a despejar el estudio y montamos el sofá cama, donde se instala a dormir él solo. Los gemelos se quedan en una de las habitaciones, y las chicas, la otra.

Cuando cierro la puerta de la mía, respiro hondo, tenerla cerca me mata y ahora solo siento la necesidad continuada de besarla, maldito sea el momento en que decidí que era buena idea probar esos labios carnosos que me llamaban a gritos.

Después de ponerme el pijama, me estiro en la cama, con la luz de la lamparita alumbrándome, con las manos en la nuca y observando el techo. Pensando en todo y en nada, en ella y en la confusión de mi cabeza. Escucho la puerta abrirse lentamente y, cuando me incorporo un poco para ver qué pasa, Tessa está observarme desde allí.

—¿Qué haces aquí? —pregunto flojito.

—Quería saber si ya dormías y si no era así, como claramente es el caso, si podía hablar contigo un momento —murmura.

Me vuelvo a estirar en la cama derrotado, porque esto solo tiene una salida y me da a mí que será por la puerta mala. Como no se mueve, doy un par de golpes a mi lado en la cama. La escucho moverse por la habitación y luego noto el peso de su cuerpo a mi lado, nos quedamos unos segundos sin decir nada.

—No me arrepiento —empiezo a decirle sin que ella abra la boca—. Sí que el alcohol me ha ayudado a tomar la iniciativa, pero era algo que yo deseaba y que no me arrepiento de haber hecho, Tess.

La escucho respirar a mi lado, me giro para enfrentarme a sus ojos, ella hace lo mismo. La observo por un momento, parece que la he visto más veces con mi ropa que con la suya propia.

—¿Seguro que estás bien, que no te arrepientes, de verdad? —susurra ella.

—No, no lo hago, estoy cansado de huir de lo que sucede, del miedo a lo que pueda pasar o incluso a lo que no, el pánico de sentir que mi vida sigue adelante sin Zaira y a la vez el de saber que me estanco si no empiezo a liberarme de la carga, del sentimiento de culpa —confieso.

—Borja... —susurra ella y alarga su mano para acariciar mi mejilla.

—Me estás ayudando de nuevo a vivir, a sentir, a creer —añado.

—Eres especial —sentencia ella—. Cada momento a tu lado vale la pena.

Sin pedirle permiso, sin que ella diga nada, me acerco y vuelvo a besarla; suave, lento, sintiéndonos. Acepta mis labios, dejándome que tome el control, que marque el ritmo, que la descubra como yo quiera. Nuestras bocas juegan, mordiéndose en los labios, suave, dejando que nuestras lenguas se vuelvan a encontrar, pero esta vez de una manera más lenta. Mueve su mano para hundirla en mi pelo, acariciándolo mientras seguimos con nuestro descubrimiento personal, con movimientos vívidos, sintiendo, extasiándonos.

Nos separamos unos segundos, para mirarnos a los ojos, y sonrío de una manera preciosa, de esa pura que te hace sonreír de vuelta.

—¿Estás seguro de que estás bien? —se preocupa.

—Tessa, deja de pensar en mí, estoy bien, hago esto porque quiero —le aclaro y me acerco para darle un suave beso—. Estoy descubriendo por primera vez en mucho tiempo lo que se siente en la boca de otra persona y me gusta, me gusta que sea la tuya.

Asiente mientras sus mejillas se sonrojan.

—Seguro que no haces esto para librarte de las citas navideñas, ¿no? Porque te aviso desde ya que no pienso dejar que te escapes —bromea.

—Ni de coña, ahora esas citas son la excusa perfecta para seguir conociéndote más —contesto y estas palabras hacen que vuelva a sonreír.

—Vale, no quería verme en la situación de que me denunciaras por acoso.

—No creo que fuera capaz, tu compañía nunca molesta, es más, creo que deberíamos seguir con ello, seguir conociéndonos, sin prisa, pero sin pausa, poco a poco y con buena letra, ¿qué te parece? —murmuro.

—Creo que algunas veces tienes ideas maravillosas, aunque me cueste el alma hacer que las digas en voz alta —sentencia.

—Simplemente seamos tú y yo descubriéndonos —le pido.

Me besa, aceptando el trato.

CAPÍTULO 22

Tessa.

Cuando abro los ojos, percibo su presencia a mi lado, recuerdo la noche anterior, los besos y las ganas de comernos el uno al otro, y eso hicimos, pero con nuestras bocas, como dos adolescentes conociéndose. No sé cuántas horas pasaríamos así, perdidos entre nuestros labios y hablando de todo y de nada. Porque eso fue lo que pasó: abrazos, arrumacos, caricias y sobre todo muchos besos.

Me volteo para mirarlo, está completamente dormido, con todo el pelo revuelto y mi corazón da un pequeño vuelco, como si esa imagen fuera familiar. Mi mano se mueve sola para acariciarle, suave y lentamente, la cara. Parece que mis movimientos lo despiertan, veo cómo sonrío antes de abrir los ojos.

—Buenos días —susurra.

Y, sin pensarlo, me acerco a sus labios, algo hinchados y más rositas de lo normal, para darle un suave beso.

—Buenos días —contesto en el mismo tono que él.

Abre los ojos de nuevo para observarme.

—Se levanta usted muy bella, señorita Tess —dice alagándome. Le doy un pequeño pellizco en la mejilla—. Y agresiva —añade. Nos pasamos un rato más así, yo acariciándolo, y él disfrutando con los ojos cerrados—. Creo que deberíamos ir a comprobar si alguien más está vivo en esta casa —sugiere.

—Sí, creo que sería lo correcto —acepto.

Pero ninguno de los dos se mueve, seguimos en la misma postura.

—Deberías parar, conseguirás que vuelva a dormirme —dice.

—Es tu casa, eres el único que tiene derecho a seguir durmiendo sin importar nada —le recuerdo, asiente sin moverse apenas.

Pero al final nos decidimos a levantarnos, nos estiramos y salimos de la cama. Vamos hasta la puerta y cuando justo estoy a punto de abrir el pomo noto una mano que rodea mi muñeca. Cuando levanto la cabeza en su dirección, su mano libre viaja hasta mi cara acariciándola suavemente, se acerca para besarme, lento, pero con ganas y deseo.

—Ahora ya puedes seguir —susurra en mis labios, dándome un pequeño pico.

Asiento sin decir nada y abro. Le susurro que voy a la habitación con Ashley, pero cuando entro allí no hay nadie, la cama esta deshecha, pero lo justo de entrar y salir una vez. Me quedo de piedra, será que de verdad mi amiga y mi hermano..., y justo en ese momento aparece ella y me observa sonriendo.

—¿Qué? —pregunto.

—Ya está, nos hemos soltado, a lo loco y sin frenos —dice feliz y se acerca para abrazarme.

De repente esta locura se hace real, tantos años, tantos momentos, tantas conversaciones y aquí está mi mejor amiga con mi hermano, a otra persona podría parecerle una idea horrible, pero a mí, que sé que está enamorada de él desde que es una enana, además de haber visto nacer un interés por parte de Ethan, me parece una gran noticia.

—¿Y tú qué? —pregunta dándome un golpe suave hombro con hombro.

—Pues nada, hemos decidido lanzarnos y hemos pasado la noche como dos adolescentes, enrollándonos como si fuera lo único que supiéramos hacer —confieso.

—Toma, toma, toma. —Salta feliz.

Y de repente caigo en algo, si Ashley estaba con Ethan, ¿dónde estaba Travis?

—Oye, pero si tú has pasado la noche con mi hermano, ¿dónde estaba el otro gemelo? —pregunto sin acabar de entender.

—Bueno, yo lo escuché ir a por agua, por eso me adentré en la habitación, pero nunca volvió de la visita a la cocina, yo personalmente creo que se quedaría durmiendo en el sofá. Teniendo en cuenta cómo iba ya estaría sin fuerzas —dice ella, y yo afirmo con la cabeza.

Pero mi sexto sentido de hermana me dice que algo falla, que allí pasó algo más que ir a por un vaso de agua.

Al final decidimos poner rumbo escaleras abajo para ver cómo está el asunto. Las caras de los chicos son de foto, cuando Borja me ve aparecer, me guiña un ojo, pero sigue su faena de servir café para todos. Yo me acerco a Travis, que está medio acurrucado en el sofá.

—¿Cómo estás? —me intereso.

—No preguntes —susurra.

Y así pasamos parte de la mañana, ayudamos al español a recoger todo y cuando llega la hora nos despedimos. Se acerca hasta la puerta y, por muchas ganas que tenga de volver a besarlo, me aguanto, retengo el impulso, y nos vamos. En la calle nos dividimos, los tres nos dirigimos en silencio a casa, los observo, pensativos, callados, y las preguntas se amontonan en mi cabeza. Yo, que debería estar rememorando una y otra vez la gran noche que he pasado.

Cuando estamos llegando al portal de casa, paro en seco, y ambos me miran.

—Ya no aguanto más —suelto—. Tú, ¿qué ha pasado con Dani? —Travis se pone nervioso y niega diciendo que nada—. Ni de coña te pienses que me lo voy a creer y te lo pregunto porque sé que él —indico señalando al otro gemelo— sabe algo, no soy ciega, cuando hablamos la primera vez dijiste que te había pasado con alguien que hacía poco habías conocido, que tampoco había salido del armario y que os estabais viendo mucho, ayer de repente te coges la cogorza del siglo y resulta que duermes en la parte baja de la casa —suelto.

—Tessa, es complicado —dice.

—Lo respeto y lo acepto, pero no me digas que nada y me trates como a una niña que no entiende lo que está pasando —añado y miro a Ethan—. Y tú, ¿cuándo empezarás a entender que Ashley es mi mejor amiga y que nos lo contamos todo siempre?, que sé que está enamorada de ti desde que tenemos uso de razón y que ayer pasó algo —les digo a ambos—. Porque si no cómo iba a saber que Travis no estaba en la habitación, pues porque ella no volvió —sentencio. Ambos me miran fijamente y sin añadir nada se acercan y me abrazan, los rodeo con mis brazos—. Ahora, cuando estéis preparados para hablarlo todo, ya me buscáis y estaré esperando para escucharos —y sin decir nada más me voy hasta la puerta y abro.

Mamá me recibe enseguida, la abrazo y me voy directa a la ducha, una parte de mí se siente mal por echarles esto en cara cuando soy la primera que les está ocultando algo, algo que me gustaría explicarles, pero que sé que no es el momento, necesito explorar y descubrir por mí misma lo que está ocurriendo.

El día avanza, comemos en familia y, cuando son las cinco de la tarde, le envío un mensaje a Borja para avisarlo de que quedamos en una hora en la dirección que adjunto. Me cambio y salgo dispuesta a vivir una nueva cita navideña.

Cuando llego aún quedan quince minutos para la hora, pero los nervios me han hecho correr como si fuera a llegar tarde.

—Llegas muy pronto. —Escucho y me giro sonriendo para enfrentarme a él.

Me pongo muy nerviosa al verlo, un revoloteo conocido empieza a viajar por todo mi cuerpo.

—Y tú también —contesto, me acerco para darle un beso en la mejilla.

Sonríe ante el contacto, pero, antes de que me aleje más, me agarra suavemente de la cara y se acerca a mis labios, rozándolos sutilmente con los suyos, sonrío ante ese gesto.

—Venga, ¿qué tenemos preparado para hoy? —pregunta.

—Te voy a proponer un juego —le explico, y él asiente—. Vamos a ir a pasear por los mercados navideños, disfrutaremos de sus luces, los puestos de comida, las pequeñas tiendecitas y tenemos que comprarnos un regalo al otro, no tiene que ser muy caro, para ponerlo en el árbol y abrirlo el día de Navidad.

Asiente mirándome, empezamos a avanzar entre las calles, uno al lado del otro, cuando de repente noto un suave roce en mis manos, lo miro de reojo sonriendo, y él, que tiene la cabeza al frente sin decir nada, acaba de entrelazar nuestras manos.

Ese gesto, tan simple, acelera mi corazón, pasear con Borja de la mano por las calles de mi ciudad es algo que hace unos días atrás no me veía capaz de hacer, por él y su pasado. Y, ante mi miedo de qué hará la gente, veo que nadie se fija en nosotros porque el mayor miedo siempre está en la propia mente, nosotros somos nuestro mayor enemigo cortando nuestras propias alas, porque mi miedo es eso: mío, porque lo que realmente ven las personas a nuestro alrededor es una simple pareja de camino a un mercado navideño.

—¿Todo bien, Tess?

—Sí, estaba pensando en mis hermanos y sus aventuras varias —respondo. Cuando llegamos al mercado, lo miramos alucinados; la gente, las luces, el olor a chocolate, todo nos rodea enseguida—. ¿Preparado para que el espíritu navideño vuelva a inundarte?

—Creo que sí —responde sin más asintiendo.

Y es él quien avanza primero entrando hacia el interior, estamos en el Christmas Market Harleem, uno que solo se produce un fin de semana al año y no he visto mejor opción que vivir esta magia.

CAPÍTULO 23

Borja.

Miro a nuestro alrededor maravillado entretanto avanzamos entre la gente. Por primera vez en mucho tiempo puedo decir que ilusionado, viviendo una Navidades que para nada son lo que hubiera imaginado hace meses, lo observo todo con detenimiento. Y, mientras, allí la noto, a mi lado, agarrando mi mano.

Apenas hace unas horas que decidí dejarme llevar y no voy a mentir, mi mente sigue trayéndome a Zaira a la cabeza, ya no es como antes, no duele de esa manera infernal, ahora lo hago de una manera diferente, recordándola con una sonrisa, con esa fuerza que me ayudaba a seguir día a día. Por el contrario, ahora está ella, Tessa, con su eterna sonrisa y su manera de enseñarme el mundo, la vida. Porque desde que era un adolescente que no me había pasado una noche entera al lado de una chica que me gustara simplemente disfrutando de sus besos, abrazos y esas pequeñas charlas que me demuestran una manera diferente de ver las cosas.

—Ahora eres tú el que se ha perdido, ¿todo bien? —dice apretándome la mano.

—Todo perfecto.

Tiro de ella suavemente para acercarla a mí, y perdidos entre la gente, con villancicos sonando de fondo, la beso suavemente, disfrutando de sus labios carnosos y su sabor a chocolate. Paseamos, apreciando todo tipo de cosas navideñas: decoraciones, joyas hechas a mano, productos de alimentación, puestos de comida, vino caliente, bebidas para calentar el cuerpo.

Parados en una tiendecita de complementos, me giro para buscar a Tessa y en cuanto la veo me da la risa floja, la encuentro con unas gafas de pasta de las que cuelga una barba de plástico y por la parte de arriba sale un gorro rojo de Santa Claus. Rebusca a su lado hasta dar con una donde hay una nariz de reno y salen los cuernos que me tiende y me coloco.

—Mi querido amo, ¿qué necesita usted? —digo en voz más grave.

—Pues necesitaría que me ayudara con un dolor que tengo —responde con voz dramática.

—Por supuesto, ¿dónde le duele? —pregunto haciéndome el inocente.

—Aquí. —Se levanta la barba y se señala la boca.

Sonríó ante su respuesta y me acerco, abrazándola por la cintura, pegándola a mi cuerpo y uno nuestros labios, dándole un beso de tornillo. Cuando nos separamos le da la risa mientras suelta la barba de las gafas.

—Y así es como se rompe la inocencia de cualquier persona, ver al señor Santa Claus besándose con Trueno, su más fiel reno —añade.

Cuando miro hacia el lado, me encuentro a la señora de la paradita con una sonrisa en los labios, mirándonos de reojo. Me pongo rojo como un tomate, me quito las gafas y las dejo en su sitio, cuando Tessa hace lo mismo seguimos nuestro camino. Nos perdemos entre las paraditas, acabando en una de chocolate casero para quitarnos el frío que nos rodea, nos sentamos en un pequeño banco al lado de una pareja más mayor, para estar tranquilos un rato.

—Me encanta este sitio —confieso maravillado.

—Lo sabía —asiente satisfecha—. El señor de los hielos empieza a apoderarse de ti: adiós, playas; hola, nieve. *Winter is coming* —suelta imitando la famosa frase de *Juego de Tronos*. —

Me da la risa, le enseño la lengua. Parece mentira que esté aquí, que mi retiro espiritual iba a acabar de la mano de una chica holandesa con sonrisa eterna—. Venga, no nos distraigamos, que ahora nos toca dividirnos —comenta levantándose en cuanto acabamos de bebernos el chocolate—. Tenemos que buscar un regalo para el otro, no tiene que ser caro o súper espectacular, algo sencillo y bonito que sepamos que vaya a gustarle al otro —sentencia—. Tenemos quince minutos, quedamos en el árbol entonces.

Asiento y esta vez es ella la que se arrima a mí, me besa para despedirse y se escapa entre la gente, la observo marcharse y luego me voy directo a la tienda donde he visto un detalle que sé que adorará. Cuando lo tengo comprado me voy al árbol, aún quedan casi diez minutos por lo que me pongo a mirar el móvil.

Escucho unas risas a mi lado y levanto la cabeza, me encuentro a tres chicas y a un chico escrutándome.

—Buenas noches, Borja —dice una de ellas en español—. ¿Podemos hacernos una foto contigo? —pregunta tímida.

Sonrío.

—Por supuesto —asiento.

Y así empieza una ronda de fotos, en grupo, *selfies*... Les pregunto qué hacen por Ámsterdam y de dónde son, así empezamos una conversación bastante entretenida, encontrarme a fans por aquí aún me sigue pareciendo alucinante.

—Nosotros dos —dice el chico señalando a una de ellas— estábamos en el concierto de Granada, en el que cantaste con India.

—¿Os gustó? —pregunto sonriendo, me encanta escuchar sus historias—. Hoy en día sigue preguntando si somos familia, aunque ya puedo decir que prácticamente sí. —Nos reímos.

Algo me hace levantar la cabeza y la encuentro allí, acercándose con una bolsa y observándome desde lejos, me pongo nervioso de repente.

—Bueno, chicos, ha sido un placer, pero me tengo que ir —les digo.

—Esperamos con ganas este nuevo CD, seguro que será genial —añade una de ellas.

Me abrazan y se despiden, respiro hondo antes de girarme y ver a una desconcertada Tessa. Pienso en algo rápido, en si le explico la verdad de quién soy de una vez y me chuto la única piedra en el camino o, por el contrario, alargo un poco más la mentira para que siga tratándome como hasta ahora.

—¿Y esos? —pregunta desconfiada en cuanto llega.

Pero mi boca trabaja más rápido que mi cabeza, tomando la decisión.

—Unos vecinos de Barcelona, él es el hijo de una señora muy simpática —contesto.

Me mira unos segundos en los que siento que me sudan las manos, al final veo que una sonrisa se asoma a sus labios.

—Algún día me gustaría verte por tus tierras —añade mirándome.

—Soy el rey de mis tierras, algún día me tocará hacerte de guía personalizado —respondo.

Y, olvidando a esos chicos, ponemos rumbo a mi piso. Intento robarle la bolsa un par de veces, pero me lo impide.

El frío es horrible y cuando cruzamos la puerta agradezco mucho haber dejado la calefacción puesta, dejo que se encargue de colocar los regalos debajo del árbol y me voy directo a la cocina, para prepararnos algo caliente para beber.

Vuelvo junto a ella con una taza de Cola Cao y un café con leche para mí, le entrego la suya, y nos sentamos uno al lado del otro.

—Estás bien, ¿verdad? —pregunta de repente.

—Claro que estoy bien, cuando no lo he estado o lo que hacía me ha parecido demasiado lo has sabido —contesto.

—Vale —susurra dando un trago a su bebida.

—Si realmente no estuviera preparado para lo que estamos viviendo lo sabrías, soy una persona que siempre he tenido las cosas claras, que he sabido hacia dónde dirigir mi siguiente movimiento y si algo me estás enseñando es que la vida hay que disfrutarla con sus sorpresas, sus momentos malos y los buenos —añado.

—Eres especial y no me cansaré de demostrártelo mientras me permitas seguir a tu lado —dice mirándome fijamente.

Alargo mi mano y la coloco encima de la suya, entrelazándolas.

—Gracias, por creer en mí y ayudarme poco a poco a salir del pozo donde me caí hace varios meses.

Se acerca dejando la taza en la mesa por el camino, copio su gesto. Se queda a pocos centímetros de mí.

—No sé cómo eras antes, pero sí puedo decirte que yo tengo el placer de compartir cada día con un Borja de carácter luchador, con fuerzas suficientes como para resurgir de sus cenizas —susurra mirándome directamente a los ojos.

Sus palabras me llegan a lo más profundo, me acerco para besarla, acunando su cara entre mis manos. Saboreándonos de nuevo, recuperando todos estos días atrás perdidos.

El timbre suena de repente.

—Maldito Dani —mascullo, separándome de ella.

—Creo que tu amigo debería de aprender a buscar mejores horas. —Ríe ella.

Me levanto resignado y voy hasta la puerta, en cuanto abro entra él como un huracán.

—¿¿¿Te puedes creer que después de ayer por la noche sigue dudando de si he tomado la decisión de verdad o fue una locura de borracho??? —grita en español.

Muevo la cabeza indicándole que Tessa está allí, se gira para mirarla, que sigue sentada en el sofá con la taza en la mano y lo saluda con la otra.

—¿Os he vuelto a interrumpir? Soy el puto peor amigo del planeta —protesta girándose y dirigiéndose de nuevo a la puerta principal que ya está cerrada.

La abre sin decir nada más y cierra de un portazo.

—Ve a por él, algo me dice que necesita de un buen amigo en este momento —la escucho que dice desde el sofá.

Pero lo cierto es que ya tenía pensado frenarlo, le guiño un ojo mientras abro la puerta, lo encuentro sentado en las escaleras. Me acerco colocándome a su lado.

—Lo siento, tío, soy un puto desastre y mi vida es un caos, un huracán que no sé cómo frenar —susurra con la voz rota.

—Venga, entra, que te preparo algo calentito para beber, Tessa se iba igualmente ahora —le explico, aunque sea mentira.

Me mira desconfiado, y asiento con la cabeza. Entramos de nuevo, y ella ya se está poniendo la chaqueta, Dani nos da intimidad y se va directo a la cocina. Salgo con ella al rellano.

—Lo siento, de nuevo —digo.

—No pasa nada, hay que ser buenos amigos y a nosotros nos quedan muchas citas. —Se acerca sonriendo.

Asiento con la cabeza y tiro de su mano para dejarla a pocos centímetros de mí.

—Mañana nos vemos —susurro.

—Sí, mañana apareceré de nuevo cuando menos te lo esperes. —Y roza nuestros labios.

Llevo mi mano a su nuca y la beso, sintiéndola más cerca y cuando nos separamos se marcha escaleras abajo. Entro y cierro la puerta tras de mí.

Me acerco hasta la cocina, donde está mi amigo con una cerveza en la mano.

—Veámos, explícate desde el principio, que me parece que me he perdido algo en esta historia —le pido, decido apoyarlo con otra cerveza y dejo apartado el café con leche que estaba por empezar en la mesita.

—Ayer, cuando todos estábamos en nuestras respectivas habitaciones, él bajo, nos dormimos juntos en el sofá-cama —me informa.

—¿Os... —pero me interrumpe.

—¡¡No!! Además, él estaba demasiado borracho como para ni siquiera tocarnos —añade—. Pero lo he llamado esta tarde, necesitaba hablar con él y aclararme, para mí es difícil, joder, que mi familia es de creyentes y no sé cómo tragarían con la noticia.

—Pero son tus padres y lo aceptarán, tienes a tu hermana, que te apoyará siempre —le recuerdo.

—Lo sé, pero es que, ¿soy gay o bisexual? ¿O solo me gusta Travis? Hasta ahora no me he fijado nunca en ningún chico, y de repente apareció él, y no sé... —murmura confuso.

—La vida es así, quizás no eres gay o bisexual, eres una persona que se interesa por otra, piénsalo así mientras descubres lo que te ocurre —intento animarlo.

—Tienes razón, pero qué difícil es, me tiene desconcertado, es cierto que siempre he sentido que necesitaba más, pero no imaginaba que lo encontraría en los ojos de un humorista holandés con ganas de hacerme sentir bien a cada momento —sentencia.

—Vaya, veo que comparte cosas con su hermana —susurro.

—¿Qué dices? —No me ha escuchado.

—Digo que veo que quizás él está igual que tú, que tenéis que descubrirlos sin más. Dani, no te frenes, si no estás preparado no tienes por qué explicárselo a nadie —le digo.

—Lo sé, gracias por escucharme. —Brindamos.

Al final cenamos pizza, y cuando se va me voy directo a la cama, me duermo pensando en que mañana creo que ha llegado el momento de girar las tornas con Tessa.

CAPÍTULO 24

Tessa.

La vibración insistente de mi móvil llama mi atención, pauso la música y veo en la pantalla el nombre del español.

—¿Nervioso por verme? —pregunto en cuanto descuelgo.

—Tanto que he decidido venir yo a por ti —dice al otro lado.

—¿Qué dices?

—Que te asomes por la ventana —responde imitando la frase que tantas otras veces le he dicho yo. —Me acerco corriendo a los cristales y allí lo veo, abrigado y saludándome—. ¿Me vas a hacer esperar mucho rato o puedes bajar ya? —pregunta—. Tenemos una cita pendiente.

—Lo sé, te recuerdo que yo las organizo. —Lo miro desde arriba.

—Hoy no, como sé que es algo que estará en tu lista, lo cambias por lo que tenías pensado. ¿Vas a bajar? —insiste.

—¡¡Estás loco!! Y, si mi familia hubiera estado aquí, ¿¿qué??

—Tengo mis contactos —contesta observándome desde abajo—. Me estoy congelando.

—Estaba bailando, tengo que ducharme antes —le informo—. Espera un momento.

Cuelgo la llamada y bajo corriendo las escaleras, abro la puerta enseguida y lo encuentro delante de mí, cerca.

—Buenas tardes, señorita Theresa —saluda y me da un suave beso en los labios.

Sonrío como una boba y lo dejo pasar.

—Ven. —Y tiro de él hasta mi zona de la casa.

Lo obligo a sentarse en mi habitación mientras le pido que no toque nada, cojo la ropa que voy a ponerme y entro en la ducha. Salgo un rato después, y lo encuentro estirado en mi cama revisando el móvil, levanta la cabeza en cuanto aparezco.

—¡¡Ya era hora!! —suelta.

—Pues lo más rápido que he podido, no quiero quedarme helada con el pelo mojado en la calle —me disculpo.

Se levanta de la cama y se acerca a mí, me estrecha entre sus brazos.

—Hueles a chocolate —susurra, y sonrío en su pecho. Claro, mis jabones son con olor a chocolate, lo adoro en todas sus formas. Levanto la cabeza para encontrarme con sus ojos, y vuelve a juntar nuestros labios—. Vamos, antes de que vuelvan mis padres —le apremio. Salimos de casa abrigados, y lo miro expectante—. ¿Y bien? —pregunto.

—Por aquí, señorita. —Tira de mí hacia un lado de la calle.

Caminamos por los laterales de los canales hasta que veo que vamos directos al Rijksmuseum. Cruzamos por la parte baja del museo y llegamos a la zona trasera, donde antiguamente se situaban las letras «IAMSTERDAM», y sonrío al encontrarme con una pista gigante de hielo, donde hay gente patinando, rodeada de paraditas navideñas e iluminada por las típicas luces que dan un aspecto más que festivo a la foto.

—¿¿Vamos a patinar??

—Por supuesto, tengo que admitir que soy malísimo, pero sabía que sería una de las cosas de

tu lista, por lo que es fácil cambiarlo por lo que sea que tienes planeado para hoy. —Sin más, nos adentramos entre la gente.

Llegamos hasta la casetita donde alquilan los patines y le pedimos nuestros números, Borja paga por el alquiler, y entramos en la pista. Él se los ata enseguida, pero yo con mi abrigo no puedo apenas doblar mi cuerpo y, entre risas, coge mis pies y lo hace él, al final me levanto y lo ayudo a ponerse en pie.

Entramos a la pista y, en cuanto la pisa, resbala y se agarra rápido a la valla, cuando ha dicho que no era bueno no mentía, no puedo parar de reír mientras lo cargo de un lado a otro, le enseño cómo moverse, lo agarro como si fuera un niño pequeño.

—Venga, ahora sin mis manos —digo soltándolo poco a poco.

—¡No, no, no, no! —grita, nervioso. Lo suelto, y de nuevo se tambalea, lo sujeto entre risas—. Tessa, que ya me he caído cinco veces —se queja—. Me duele el culo, no me sueltes a lo loco.

Asiento y me acerco para darle un suave beso.

—Tan valiente que parece siempre y mírate —suelto para picarlo.

—Porque tú tienes más entreno que yo en estas cosas —protesta.

Pero poco a poco va ganando confianza, y al final patinamos de la mano, jugando a pillarnos y disfrutando como dos críos.

Cuando nos cansamos salimos de la pista, nos quitamos los patines y, mientras él se va a llevarlos al puesto, yo acabo de abrigarme y devuelvo la llamada que Ashley me ha hecho mientras estaba patinando.

Contesta enseguida y me explica enfadada que mi hermano ni siquiera la ha llamado, que no han hablado desde que se despidió de nosotros al salir de casa del español, le digo que se tranquilice y que tiene que darle tiempo. Ethan nunca ha sido hombre de una sola mujer, siempre le ha encantado ir de flor en flor, pero le explico que con ella lo veo diferente.

—¿Y tú qué? Por donde estáis hoy con vuestras citas navideñas —pregunta.

—Pues hemos venido a patinar y ahora estoy esperando a que vuelva, ha ido a devolver los patines —le explico, pero lo cierto es que hace un buen rato.

Lo busco preocupada y lo encuentro con dos chicas, lo están abrazando y hablando con él de una manera muy cercana, me tenso.

—¿Qué coño tienen las mujeres con él? —susurro.

—¿Qué dices, Tessa? —pregunta mi amiga.

—¡Pues que está rodeado de mujeres otra vez!! Luego te llamo. —Cuelgo antes de que pueda decirme nada.

Y cabreada cojo todas mis cosas, ¿por qué coño me lleva a mí de cita si luego acaba hablando con cualquiera? Estará roto por dentro, pero como dicen siempre en su país: dos tetas tiran más que dos carretas. Le saco el dedo corazón cuando me mira de lejos y me doy media vuelta, muy enfadada.

Empiezo a apartar a la gente para irme de allí, seré más joven que él, pero no soy imbécil. Malhumorada, paso entre esas personas, cuando ya llego a la calle, cruzo el museo.

—¡¡Y al muy hipócrita ni le importa!! —me digo a mí misma cuando me giro para ver si viene detrás de mí.

Mi enojo sube a niveles muy altos, sigo calle abajo mientras noto que el móvil vibra en mi bolsillo, lo saco para ver su nombre, cuelgo. Sigo avanzando, salgo del museo y voy a la izquierda para dirigirme hacia Voldenpark y desde allí subir hacia mi casa cuando percibo una mano en mi muñeca.

—¡¡Frena, Tessa!! —me pide, y mi corazón da un vuelco. Me vuelvo para enfrentarlo y de un tirón me suelto de su amarre, sigo caminando—. Por favor, para —me pide de nuevo colocándose a mi lado he intentado frenarme.

—¡¡Vete con tus amiguitas!! —contesto, cabreada. Intenta esconder una sonrisa, y ese gesto me enfada todavía más—. ¡¡¡Que te jodan, Borja!!! —grito, lo empujo para apartarlo de mi lado y sigo caminando.

Lo noto otra vez a junto a mí enseguida.

—Por favor, para, y te lo explicaré. —Se planta delante de mí haciendo que frene de golpe para no chocarme con su cuerpo.

—No quiero escucharte. —Lo empujo de nuevo.

—¡¡No seas cría, detente ya!! —se queja.

Esa frase me enciende todavía más. ¿Cría yo? ¿Quién está jugando a esto como si no hubiera sentimientos de por medio?

—¡¡Vete a la mierda!! —grito fuera de mí—. ¡¡Yo no soy la que está tonteando con otros delante de tu cara!! Y, sí, puedes hacer lo que te dé la gana, pero córtate un poco —escupo esas palabras de un tirón.

—No es lo que parece, Tessa, te lo juro. —Coloca sus manos en mis hombros.

Me detiene por completo, y entonces lo miro a los ojos fijamente, lo estudio unos segundos y algo que veo en ellos me pide que lo crea.

—Explícate —digo, cruzándome de brazos y apartándome un poco de él para que no me toque.

—Son amigas de mi hermana, han venido a pasar unos días antes de Navidad, me las he encontrado de casualidad —explica—. Sabes cómo soy, y no iba a dejarlas allí sin saludarlas, tienes que entender que tengo una vida fuera de estas calles —me recuerda. Y esas palabras son como una bofetada de realidad, Borja no pertenece a esta ciudad, tiene un billete de vuelta, aunque aún no tenga fecha. Parece que nota el cambio en mi gesto—. Eh, nada de pensar en eso ahora —murmura, acariciando mis mejillas.

—Lo siento, de verdad que lo siento —contesto avergonzada—. Siempre me olvido de que no eres de aquí, que tienes tu vida lejos de esta ciudad y que no formaré parte de ella eternamente —susurro.

—No, Tessa, por ese camino no. —Pone su mano en mi barbilla y levanta mi cabeza para mirarme directamente a los ojos—. Me has enseñado que hay que vivir el aquí y ahora, que tengo que creer y disfrutar de esta nueva vida que tengo por delante, por favor, no digas esas cosas.

Y su voz se rompe un poco, porque en el fondo él también sabe que es cierto.

—Lo sé, pero ¿qué pasará después? —pregunto sin pensar, pero enseguida me arrepiento y siento un miedo gigante por escuchar esa respuesta—. Olvídalo, Borja, no quiero saberlo, me voy a casa, mañana nos vemos.

Me aparto de él y empiezo a caminar de nuevo. Pero noto unos brazos que me rodean por la espalda.

—No sé qué pasará después, ni siquiera qué ocurrirá mañana, pero en mi ahora te necesito a mi lado, necesito tu risa y la manera tan bonita que tienes de ver la vida, verte caminar por mi piso como si fuera tu casa y que dejes ese aroma delicioso a chocolate por todos lados —susurra en mi oído—. Me has devuelto las ganas de seguir viviendo, además de ayudarme a crear nuevas melodías, no sé qué sucederá en un mes y no puedo prometerte que me quedaré para siempre, porque no puedo, pero ahora mismo... —Se calla, con la vista clavada en mis pupilas, mientras yo contengo las lágrimas para no echarme a llorar en cualquier momento—. Ahora mismo te

necesito conmigo —sentencia y se acerca para besarme.

Siento su roce enseguida y algunas lágrimas deciden escaparse, mezclándose con nuestros labios. Le devuelvo el beso sin pensarlo, colocando mi mano en su mejilla y disfrutando de su sabor, mientras nuestras respiraciones se aceleran, minutos después nos apartamos.

—Lo siento —me disculpo—. Me ha podido verte con otras chicas, siempre te acaban rodeando y me pongo algo nerviosa —susurro.

—No pasa nada, Tessa, pero tienes que entender que da igual cuántas me rodeen o se acerquen porque luego vuelvo a tu lado, sé lo que necesito en mi vida y es algo que acabo de dejarte bastante claro —añade.

Me acerco para darle otro beso rápido.

—¿Nos vamos donde sea? No quiero quedarme como el Currucaca —le digo, y se ríe ante mi frase.

Y así es como acabamos teniendo por primera vez una cena en plan cita, sentados en un restaurante los dos solos, con una vela en la mesa y vino en nuestras copas. Omitimos mi episodio de celos y nos quedamos con la parte divertida de la tarde.

La noche cae sobre nosotros y el muy caballero decide acompañarme hasta casa, donde se despide de mí con un tierno beso, escondidos en un lateral de la calle, como dos adolescentes.

—Eres una gran sorpresa, Borja —susurro mirándolo a los ojos.

—¿Yo?

—Sí, llegaste a esta ciudad siendo un misterio, callado, borde y poco sonriente y cada día me demuestras más que tienes un corazón de oro —contesto y lo beso.

Me alejo enseguida antes de que pueda añadir nada, deseando con todas mis ganas que sea mañana para volver a verlo.

CAPÍTULO 25

Borja.

—Voy al baño, y nos vemos abajo —nos dice Ethan antes de salir de la sala.

En cuanto desaparece por la puerta, Dani se dirige a mí:

—Me siento el peor compañero del mundo, no le hemos dicho que estamos liados con sus hermanos.

—Joder, tío, pero, si se lo decimos, ¿quién nos va a ayudar? Que lo tenemos contratado con la tontería.

—Esa es otra, ¿cuánto tiempo crees que va a tardar en decirle a Tessa que eres famoso en medio mundo?

—Pues prometió que no se lo contaría a nadie, está acostumbrado a trabajar bajo esa presión —respondo.

—Mejor vamos tirando, que seguro que aún tienes cosas que hacer hoy —dice, y le lanzo un bolígrafo.

Son las cinco de la tarde, bajamos juntos por las escaleras principales, alguien me llama y me giro para ver llegar a Matt.

—Buenas tardes, tío —lo saludo chocando manos.

—¿Ya estáis por hoy? —Asiento—. Taylor dice que ya ha hablado con Carlos y tu equipo, pasadas las Navidades trabajaremos como locos para hacer un tema de la leche —me informa.

Sonrío de oreja a oreja, es algo que no sabía, no he hablado con Carlos en los últimos dos días ni una vez.

—¡¡Me encanta!! Qué ganas de trabajar contigo —confieso sonriendo.

—Dímelo a mí, ya verás qué combinación tan brutal de estilos. —Afirma feliz.

Nos despedimos y me dirijo hacia Dani y Ethan que están esperándome. Salimos juntos y, cuando miramos de frente, vemos a sus hermanos allí, mi corazón da un vuelco al encontrarme a Tessa, sonriendo.

Nos acercamos, noto la tensión en los hombros de Dani, el pobre no sabe ni dónde meterse.

—Venimos a ver si tenemos suerte, y os apetece merendar con nosotros —sugiere ella sonriendo.

—Yo encantado —contesta Ethan.

Nosotros dos asentimos, juntos ponemos rumbo a la cafetería de siempre, en cuanto llegamos nos atienden y nos sirven lo habitual. De verdad que si Ethan no se da cuenta de que algo pasa es porque está demasiado ocupado comprobando el móvil.

—Buenas tardes —susurra Tessa colocando su mano en mi muslo por debajo de la mesa.

Llevo mi mano hasta la suya y miro a sus ojos.

—Buenas tardes —contesto.

Me sonrío de esa manera tan bonita.

—¿Hoy no tenemos un plan de Navidad? —le pregunto curioso.

—Sí, el juego consiste en veinticuatro citas, ¿recuerdas? —responde—. Pero Travis ha llegado antes de lo que esperaba a casa y me ha pedido que lo acompañara, así que he pensado en

matar dos pájaros de un tiro.

—Pues a ver dónde me llevas hoy, porque lo cierto es que... —susurro acercándome para que solo ella me escuche— tengo muchas ganas de besarte.

Sonríe poniéndose un poco roja.

—Bueno, ya somos dos —contesta subiendo su mano peligrosamente por mi muslo.

—Tess —susurro.

—¿Qué? —contesta inocente.

—Aún no has provocado a la bestia, por lo que no sabes qué te puede aguardar en estos terrenos desconocidos —le contesto observándola fijamente.

Se queda callada unos segundos, traga saliva y se muerde el labio inferior.

—Bueno, no me da miedo adentrarme, soy una chica muy aventurera —añade ella con los ojos brillantes.

Cierro los párpados un segundo para recuperar el aliento y la normalidad, porque esa chica con sus susurros y esa mano que sigue subiendo me está dejando algo descolocado.

—Tess —susurro de nuevo.

—¿No quieres jugar un poco?

La miro con los ojos abiertos cuando escuchamos que nos llaman.

—¿Qué estáis hablando por ahí? —pregunta Travis de golpe.

Ella frena su mano y se vuelve para mirar a su hermano.

—Pues le estaba comentado a Borja que por aquí tenemos grupos de coros buenísimos —dice, pillándome por sorpresa.

—Sí, lo cierto es que en Navidad solemos ir a verlos una vez o dos, en plan recorrido para escucharlos —contesta Ethan—. Deberíamos ir todos, ¿qué os parece?

—Pues... —Voy a contestar, pero Tessa me interrumpe.

—No creo que tengan nada que hacer, podemos ir juntos —sentencia ella, eligiendo por los dos.

La miro de reojo y noto un pequeño apretón en el muslo.

—Claro, nos apuntamos, sin duda —contesto.

Dani me observa de reojo, le pido auxilio con la mirada, y él también acepta.

—Voy a enviarle un mensaje a Ashley —dice ella y como si nada aparta su mano de mí haciéndome sentir un vacío momentáneo, pero disculpándome me voy al lavabo, mojo suavemente mi cara y salgo de nuevo.

—Venga, Borja, abrígate, que ya está todo pagado y pongámonos en marcha —dice uno de los gemelos, asiento.

Salimos todos juntos y caminamos hasta el centro de la ciudad. Ashley se une a nosotros en cuanto llegamos, Ethan se tensa y se mantiene un poco alejado de ella, cosa que me extraña porque hasta donde sé entre ellos hay algo por resolver, pero eso desaparece de mi mente en cuanto noto a Tessa mi lado.

Rozando su brazo con el mío, la miro de reojo, y sonrío. Así nos mantenemos durante un rato, nuestra cita particular navideña se ha convertido en un recorrido por las calles del centro de Ámsterdam entre amigos, disfrutando de la música y sus maravillas.

Voces unidas cantando esas fantásticas canciones que emocionan a todo el mundo, hasta a mí, que me quedo embelesado admirando una de las actuaciones.

—Uff —digo con la voz ronca por la emoción—. Yo que pensaba que me faltaba espíritu navideño —susurro.

Tessa se gira a mirarme sonriendo.

—¿Faltarte? A ti lo que te pasa es que te sobra, pero lo tienes bien guardado en tu interior — dice dándome un cariñoso golpe con el hombro.

La miro sonriendo y tengo que retener las ganas de acercarme a ella y besarla, porque cuando tiene este tipo de contestaciones me ablanda el corazón.

Cuando ya acabamos la ruta que Ethan ha preparado para nosotros, nos propone ir a cenar juntos. Cuando llegamos al restaurante nos sientan en una mesa con vistas a un patio donde tienen un árbol navideño precioso.

—En verano, este patio es una terraza preciosa —me explica Tessa.

—Pues la verdad es que así me parece una pasada —digo sin dejar de mirar el árbol.

—Madre mía, que estoy cumpliendo mi misión a pasos agigantados —susurra a mi lado fingiendo emocionarse.

Y, cuando me vuelvo hacia ella, me enseña la lengua cómicamente. Travis es quien decide todo lo que vamos a comer, pide varios platos para compartir y es la primera vez que hago algo tan típico español porque desde que he llegado me he dado cuenta de que aquí el tapeo, el compartir ensalada de un mismo plato o comer todos de la misma bandeja no se lleva, si esto lo viera mi madre los pondría rectos.

Cenamos como reyes y antes del postre me disculpo para ir al baño, cuando acabo salgo del cubículo y la veo allí, apoyada y sonriendo.

—Tessa, ¿qué haces aquí?

—Venir a verte —susurra sonriendo de medio lado.

Y empieza a acercarse peligrosamente hacia mí, que retrocedo ante cada paso.

—Están tus hermanos allí afuera, y no tengo ganas de...

Pero no me da tiempo de decir nada más porque se lanza a mi boca, devorándola con pasión, desatando esas ganas que llevamos alimentando desde el contacto en la cafetería.

Cuando quiero darme cuenta, estamos dentro del pequeño lavabo, y la tengo cogida a peso, con sus piernas enredadas en mi cadera y con su espalda apoyada en la puerta, mientras nos devoramos con ganas, nuestras lenguas batallan, nuestros labios se aprietan con deseo y su mano se enreda en mi pelo, tirándolo lo suficientemente fuerte como para hacerme sentir un placer que me hace querer desvestirla aquí mismo.

—Tessa, están todos fuera —mascullo en sus labios apartándome unos segundos de su boca.

—Me da igual —contesta volviendo a por ellos.

Y no me resisto porque tengo tantas ganas de ella que no me importa nada lo que esté pasando fuera de esta puerta. Entre besos muerdo su labio inferior, me mira con los ojos inyectados en deseo, y solo me faltaba eso para apagar por completo el botón de mi cabeza.

Me muevo hacia atrás, hasta acabar sentado en el váter, ella no me deja separarme de su cuerpo, mientras sus manos bajan desesperadas hasta meterse por debajo de mi camiseta y arañándome toda la espalda me hace gemir en su boca.

—Esto no está bien —susurro.

Pero ni siquiera me contesta, sus labios vuelven a chocar con los míos, moviéndose, provocando una erección entre mis piernas que no sé ni cómo no rompo el pantalón estrecho que he decidido ponerme justamente hoy. Bajo la mano hasta su camiseta y las meto dentro, rozando su piel con mis dedos hasta llegar a sus pechos, donde aparto el sujetador para apretarlos y, jugueteando con sus pezones, ahora es ella la que gime en mi boca.

Sus manos salen de mi camiseta para viajar hasta la cremallera de mis vaqueros,

desabrochando peligrosamente el botón. Se aparta unos segundos de mi cara, para clavar sus ojos en los míos, pero en cuanto conectamos nuestras miradas parece no necesitar más señales que esa para seguir su camino.

—Borja, ¿estás bien? —escucho que dice Ethan desde fuera.

—Joder —susurro frenándome en seco.

Llevo mi mano a la boca de Tessa y con la otra la pego a mi cuerpo, ella me observa de reojo, y juraría que noto su sonrisa debajo de mi mano.

—Sí, Ethan, he tenido un problemilla —le digo.

—Vale, es que llevas ya un rato en el baño, y vamos a pedir el postre —comenta.

—Mejor pídemme una manzanilla, creo que necesito relajar mi cuerpo —contesto.

A Tessa se le achinan los ojos, señal de que se está riendo de lo lindo internamente.

—Vale, no tardes —añade y escucho que se va.

—Joder, Tess, te dije que no era una buena idea —le recrimino quitando la mano de su boca.

—Eso dices tú, pero tu cuerpo piensa otra cosa.

—Ya, claro, pero ahora soy yo quien tiene que fingir que esta malo y además esperar a que esto se baje —le recuerdo.

—Lo siento —dice besándome otra vez—. Te lo compensaré, lo prometo. —Vuelve a acercar sus labios a los míos y sin decir nada más sale del baño.

—Jodida niña —susurro mirándome la entrepierna.

En cuanto soluciono mi problema vuelvo con la gente, ella me mira de reojo y me guiña un ojo. Nos separamos poco después y ahora sí que me quedo con las ganas de volver a tenerla al lado.

CAPÍTULO 26

Tessa.

En cuanto Borja me abre la puerta me lanzo a sus brazos para besarlo, me caza al vuelo y me corresponde el beso. No me puedo creer que estemos en el ecuador de este juego, nuestra cita número trece está preparada en las bolsas que reposan en el rellano.

Desde el incidente del lavabo parece que estamos esperando el momento ideal para saltar en los brazos del otro, pero las cosas siempre se tuercen de alguna forma y se ponen en nuestra contra. La cita número diez, justo al día siguiente de la salida en común a ver los coros navideños, era una intención en toda regla; acurrucados en el sofá mirando las típicas películas navideñas, pero Borja parecía no estar por la labor, cenamos con la primera película y, antes de ver la segunda, ya estaba dormido.

La cita número once, por el contrario, no tuvo ninguna oportunidad, fuimos a una obra de teatro navideña y acabamos rendidos y ayer, la cita número doce, hicimos una competición de chocolates calientes donde acabé con un dolor de barriga descomunal.

Pero se acabó, hoy lo tengo todo preparado para que la noche acabe con un viaje de ida y vuelta a las estrellas.

—¿Qué tienes dispuesto para hoy que no me has dejado salir de casa? —pregunta cuando me suelta.

—Hoy vamos a pasar la noche juntos, aquí —anuncio y le pido que me ayude con las bolsas.

Entramos y, en cuanto las dejamos en la barra americana, me giro sonriendo.

—Vete a cambiarte, porque tenemos una fiesta de pijama navideña —le explico. Me mira sin entender nada—. Venga, que tenemos mucho que organizar aquí abajo, yo voy a ponerme mi pijama en el estudio —digo sin más empujándolo escaleras arriba, pero entregándole una bolsa antes—. El pijama es este.

Después de tantos días ha aprendido que quejarse o preguntar no sirve de nada. Así que mientras él se va a poner el pijama yo hago lo mismo en el estudio.

Cuando baja las escaleras y me encuentra en el comedor sacando paquetes de velas le da la risa.

—¿Nos has comprado pijamas a juego? —pregunta, burlón.

—Pues claro, ¿qué clase de fiesta sería si no? —Llevamos el mismo pijama de color rojo con decoración navideña—. Vamos, a trabajar —digo haciéndole una señal con la cabeza para que se acerque. Y siguiendo mis indicaciones recolocamos el comedor entero, dejando el sofá y las sillas a un lado. Movemos la mesa al lado del árbol, estiramos mantas por el suelo, por encima de los cojines del sofá que están allí amontonados y colocamos más en las mantas, por la parte exterior de este fuerte que estamos creando. Ponemos velas por toda la estancia, pero sobre todo alrededor de la construcción, en lugares seguros para que no se queme nada—. Ahora ha llegado el momento de pedir la cena —le comento, tras lo cual llamo por teléfono a una pizzería.

Ponemos música y nos escondemos juntos allí dentro, entre risas y arrumacos. La entrega llega enseguida, le pago al chico y, cuando accedo de nuevo a nuestra pequeña tienda, me encuentro a Borja esperando con tijeras y servilletas.

—¿Qué quieres beber?

—Esta todo aquí. —Le enseño la bolsa que me han entregado con la cena.

Nos sentamos uno al lado del otro, empezamos a comer entre risas, besos y ganas de disfrutarlos.

—¿Quieres un poco de cava? —pregunta.

Dudo unos segundos.

—Ya sabes que no suelo beber —le recuerdo.

—Lo sé, pero un poco no te va a hacer daño, ¿no?

—Un poco no. —Asiento, y desaparece en la oscuridad. Llega poco después con dos copas y una botella fría de cava—. Supongo que son indicaciones del médico, ¿no? —pregunta en cuanto las sirve.

—Lo cierto es que sí y no. Es decir, tengo el corazón de otra persona dentro, Borja, y tengo que cuidarlo, esa persona no murió para que yo lo descuide. —Me mira sorprendido, creo que es la primera vez que le confirmo que tengo un trasplante de corazón—. Gracias a esto puedo volver a bailar y disfrutar de la vida —sigo contándole—. Lo cierto es que el médico siempre me ha dicho que haga vida normal, pero con cuidado, yo me imagino que eso incluye que pudiera emborracharme como cualquier persona de mi edad una o dos veces al año.

—Vaya, Tess —susurra y coloca su mano encima de la mía.

—Y también está el motivo-persona de por qué intento cuidarme y no beber de esto —digo levantando la copa—. Se lo prometí a una persona especial en el momento más bajo de mi vida. Pero puedo tomar alguna copa sin problema. —Y me acerco a él para besarlo.

Acepta mis labios sin apartarse, colocando su mano libre en mi cuello para aproximarme más a él.

—¿Sabes qué me apetece mucho? —pregunta él de repente cuando se aparta de mí. Niego con la cabeza mirándolo con curiosidad—. Verte bailar, pero de verdad —contesta.

Su frase me hace sonreír.

—Pues eso tiene fácil solución. —Me levanto ante su atenta mirada.

Busco una canción que adoro en la *tablet* y la pongo, *Thinking out loud*, de Ed Sheeran, resuena en los altavoces, dejo que mi cuerpo sienta la melodía, esas ganas de enseñarle a Borja mi manera de ver la vida y empiezo a moverme al compás de la música. Todo desaparece de mi lado cuando cierro los ojos, sintiendo cada nota, me vuelvo feliz, libre.

Y cuando acaba la canción noto cómo una mano me estira y al abrir los ojos me veo envuelta por los brazos de Borja, mientras la melodía de la siguiente empieza a sonar, *How would you feel*, de Ed Sheeran, en una versión acústica preciosa.

Me abraza por la cintura y empezamos a bailar pegados, mientras dejamos que la música nos rodee. Borja empieza a cantar junto a Ed y su voz me transporta a otro lugar, bonito, puro.

—«*You are the one girl, you know that it's true. I'm feeling younger everytime that i'm alone with you.* —Apoyo mi cabeza en su hombro, y acuna mi mano en su pecho, mientras lo abrazo con la otra—. *We were sitting in a parked car, stealing kisses in a front yard, we got question we shouldn't had ask but...* —sigue coreando—. *How would you feel, If I told you I loved you*»^[5].

Y así, con esa letra cantada por él, me doy cuenta de que soy feliz, escuchándolo, moviéndonos, sintiéndonos. Cuando la canción acaba, otra empieza a sonar, pero ya no le presto atención, me acerco para besarlo y sus labios me llevan de nuevo a ese lugar en calma, uno que he

descubierto hace poco y que adoro visitar.

—Eres toda una bailarina —susurra.

—Y tú tienes una voz fuera de lo común, especial como pocas —le contesto. Sonríe—. Quiero que me cantes algo —le pido mientras me bebo de un tirón la copa y la vuelvo a rellenar.

Él asiente y se va al estudio a por la guitarra, vuelve enseguida para sentarse a mi lado, mientras cojo alguna patata de la bolsa que aún nos queda.

—¿Qué deseas escuchar? —pregunta.

—Sorpréndeme —respondo sonriendo y sentándome como un indio, bebiendo otro sorbo de mi copa.

Toca algunas notas en la guitarra, y yo lo miro emocionada, cierra los ojos cogiendo aire profundamente y los primeros acordes de *In the name of love*, de Martin Garrix y Bebe Rexha, me sorprenden.

—«*If i told you this was only gonna hurt, if I warned you that the fire's gonna burn, Would you walk in? Would you let me do it first? Do it all in the name of love* —canta lentamente mirándome a los ojos—. *Would you let me lead you even when you're blind? In the darkness, in the middle of the night, in the silence, when there's no one by your side, would you call in the name of love?* —Toca algunas notas y añade—. *In the name of love, in the name of love, in the name of...*»^[6]. —Y con la guitarra imita el sonido de manera acústica de las notas del estribillo. Se para para mirarme, y sonrío feliz, aplaudiendo. Me siento achispadilla y eso me hace querer más, me bebo de nuevo la copa de cava, mientras él busca qué puede cantar ahora—. Esta seguro que te gusta. —Asiento feliz y me siento de nuevo delante de él—. «*We go together, better the birds of the feather, you and me* —empieza a cantar *Sucker*, de los Jonas Brothers—. *Let's change the weather, yeah. I'm feeling heat in de vemenr when you're around me* —canta mirándome fijamente a los ojos, cosa que me hipnotiza por completo—. *I've been dancing on top of cars and stumbling out of bars. I follow you through the dark, can't get enough. You're the medicine and the pain, the tattoo inside my brain, and baby you know it's obvious...* —susurra las palabras de una manera tan perfecta que mi corazón se acelera—. *I'm a sucker for you, say the word and I'll go anywhere blindly*»^[7]. —Sonríe mientras acaba de tocar alguna nota—. ¿Qué te parece? —pregunta.

—Que tú sí que eres magia en la que hay que creer, «Un Borja Para Creer» debería haber llamado a mi misión navideña —respondo y lo hago reír.

—Lo cierto es que lo que yo compongo es diferente, puedo tocar algo si te apetece —sugiere algo indeciso.

—¿En español? ¡¡Por supuesto que quiero!! —Me acerco más a él, colocando mi mano en su rodilla.

—Vale, veamos. —Se pone a pensar—. Esta canción es de un cantante español llamado Cepeda. —Asiento, me bebo la copa de un tirón. Las notas de la guitarra empiezan a sonar—. «Como el agua del rocío de esa brizna que se muere por verte, como espuma de las olas que golpean cada parte de esta realidad —empieza a cantar y esa voz ronca, pero a la vez suave, me envuelve, creando un trance que no sabría explicar—. Como arena del desierto de tu cara cuando dices que no quieres verme, como trece gatos negros que se cruzan deseándome tenerte —continúa con los ojos cerrados y disfrutando de la letra—. Como un barco a la deriva naufragando con el aire de tu boca. —Ese tono me acelera el corazón—. Dando parte de que en parte puede que yo sea parte de esa roca. —Abre los ojos para mirarme fijamente mientras sigue entonando,

haciéndolo tan lento entiendo casi cada palabra de lo que dice—. Que me quema tu mirada fría y dulce cuando menos me lo espero, esperando que se hunda de una puta vez el miedo a decir te quiero. —Aprieto su pierna para animarlo a seguir, porque esta canción, tan él en su esencia más pura, está haciendo que mi corazón se sienta tan especial como si fuera una afortunada entre millones de personas que esperan escucharlo cantar así—. Son mis ganas de vivirte las que hablan por mí, son las puertas de este corazón abierto, que no cabe en mi maleta si me tengo que ir, pídeme —vocaliza alargando la palabra un poco y aguanto la respiración— la vida, pídeme la vida que la tengo para ti.

Y toca unos acordes más antes de parar. Se queda en silencio, esperando a que diga algo, pero solo puedo acercarme a él para besarlo, sentirlo, rozarlo, saber que es real y que lo tengo aquí conmigo.

Aparta la guitarra a un lado para abrazarme por la cintura y atraerme hasta él.

—Eres magia hecha música —susurro en sus labios.

Sonríe pegado a mi boca.

—Tampoco es para tanto —contesta.

—¿No? Me han dado ganas de aprender español solo escuchándote —le rebato con la risa floja.

Lo cierto es que me siento algo rara, como mareada y a la vez feliz y con ganas de pegarme sin más a su piel desnuda.

—Necesito ir al baño, ahora vuelvo —susurra besándome—. Espérame.

—¿Dónde me voy a ir sin ti? —Le devuelvo el beso.

Y desaparece pasillo abajo, me estiro entre las mantas, cierro los ojos un momento, solo un momento...

CAPÍTULO 27

Borja.

Salgo con dos cafés en la mano cuando la escucho despertarse en el comedor.

—Buenos días, bella durmiente.

—Oh, Dios, ayer me quedé dormida de verdad, te juro que quería esperarte —susurra en cuanto me siento a su lado. Se acerca para darme un corto beso y ese gesto me hace sonreír como un bobo, la observo, tan bonita con esa belleza natural que tiene, sus ojos azules se clavan en los míos—. ¿Qué tengo? —pregunta con miedo llevándose las manos a la cara.

—¿Una cara preciosa? —contesto.

Me da un golpe cariñoso, y le tiendo la taza para que se la beba.

—Noto un dolor en la cabeza.

—A eso lo llamamos resaca —espeto, me lanza una mirada de odio—. ¿Qué? —Me río.

—Pues que no me gustan las resacas —replica con un puchero.

La beso porque me apetece, verla tan preciosa y que me parezca lo más natural del mundo me ablanda el corazón.

Poco rato después nos ponemos en marcha, y me explica que la cita de hoy la haremos ahora, durante la mañana. Y, cuando lo tenemos todo recogido, los muebles en su sitio y cada uno se ducha en sitios diferentes; salimos del piso.

Pasamos la mañana en una juguetería gigante y lo más bonito llega cuando vamos a una casa de acogida para niños donde sus padres tienen problemas o ya no están entre nosotros y no tienen más familia, se emocionan en cuanto nos ven llegar, y la mujer saluda a Tessa, lo cual me hace saber que se conocen. Nos sentamos con ellos disfrutando de los nuevos juguetes y les leemos algún cuento.

Cuando volvemos al piso, con las manos entrelazadas, la contemplo.

—Eres una bonita caja de sorpresas —le digo mirándola.

—Tú también. —Se frena y me besa.

Nos despedimos poco rato después, dando por finalizado nuestro encuentro de hoy. Después de tantas horas con ella me parece raro estar solo y, por primera vez en mucho tiempo, me doy cuenta de que no pienso en Zaira, aunque la tenga presente, pero no viaja a mi mente a cada poco rato. Tessa está haciendo lo imposible, está creándome esperanzas de nuevo.

Por la noche estoy en el sofá, dispuesto a recuperarme de este día y medio, cuando el timbre de la puerta suena.

—Maldito Dani —susurro y voy hacia la entrada.

Lo encuentro al otro lado elegantemente vestido, me mira desaprobando mi *look* de chándal.

—Venga, arréglate que hoy salimos.

—Ni de coña, estoy mayor y necesito descansar. —Vuelvo a estirarme en el sofá.

—Por favor, Borja, tienes que acompañarme.

Al final cedo, pero lo amenazo con volverme pronto en cuanto mi presencia allí no sea requerida para hacerle compañía. Asiente mirándome, voy directo al vestidor y me cambio de ropa; elegante, pero informal, y juntos ponemos rumbo a la discoteca de siempre.

Entramos y vamos directos a la zona VIP, me siento en uno de los sofás con el móvil en la mano y una copa en la otra. La noche se va animando y acabo bailando con el grupo de amigos de Matt, junto a Dani. Los gemelos llegan poco después, y los incluimos rápido en el grupo, los gestos cómplices que se lanzan mi amigo y Travis cada vez son menos disimulados.

Me voy a la barra a por otra copa cuando alguien se coloca a mi lado.

—Pensaba que hoy te ibas a quedar reposando —dice su dulce voz a mi lado.

Me giro para mirarla, tan impresionante como siempre.

—Pensaba que tu resaca no te iba a dejar moverte demasiado —contrataco burlón.

—Vale, tú ganas. —Y me pellizca el culo mientras me guiña un ojo.

—Dani me ha liado, yo ya estaba prácticamente dormido cuando ha llegado a por mí —le explico.

—Bueno, entonces creo que somos los amigos del año.

Y mirando a Ashley entiendo que ella ha venido por el mismo motivo que yo.

—Me siento mejor, gracias —susurro en su oído.

—Estás demasiado guapo —contesta.

Me quedo de piedra y un revoloteo se instala en mi cuerpo.

—¿Yo? Si soy la persona más simple del planeta. —Me vuelvo enfrentándome a esos preciosos ojos.

—¿Perdona? —se ofende ella.

—Joder, Tess, mírame; pelos locos, ojos castaños y pecas por toda la cara —explico—. Puede que no se vea si no te fijas, pero más común que yo pocos.

—Tienes una mirada profunda que habla por sí sola, con una cara preciosa que acompañan unos labios muy deseables —me contradice.

Me hace sonreír de medio lado mientras se acerca a mí y me besa suavemente.

—¿Aún tienes los efectos del cava en tus venas?

—No, pero lo cierto es que ayer aún tenía más ganas de comerte enterito —vuelve a soltar como si nada.

Trago con dificultad mirándola y esta vez me aproximo yo para besarla. Y, sin más, nos olvidamos de nuestro alrededor, volviendo a disfrutarlos el uno al otro.

Entre charlas y besos robados, bailes y ganas de sentirnos. Me muero por pegarla a mi cuerpo, no dejarla escapar nunca y ese sentimiento me asusta, porque sé que en algún momento todo explotará.

—¿En qué piensas? —pregunta tocando mi entrecejo fruncido.

—En ti, en mí, en la vida y en el mundo.

—Curioso —añade arrimándose de nuevo a mi boca—. Espero que eso sea bueno —repite besándome de nuevo.

Me río asintiendo mientras la tengo pegada a mi cuerpo, bailando y saboreándonos, por eso cuando siento el primer golpe me pilla completamente por sorpresa.

Tessa ya no está entre mis brazos y, por el contrario, veo los ojos furiosos de Ethan asesinándome, y a Travis agarrando a su hermana, que grita cabreada intentando soltarse de sus brazos.

—¿¿¿Con mi hermana, grandísimo cabrón???

—Ethan, puedo explicarme —me excuso mientras me limpio la sangre que sale de mi labio con la palma de la mano.

—¡¡¡Que eres casi veinte años mayor que ella, degenerado!!! —Se lanza de nuevo a por mí, y

no me defiende. —Dejo que vuelva a golpearme, mientras escucho que Tessa vuelve a gritar, peleando con el otro gemelo—. ¡¡Confíaba en ti!! —dice antes de darme otro golpe.

—¡¡Yo tampoco buscaba esto, Ethan, joder!! —le grito—. Pero pasó. ¿Qué quieres que haga?

—¡¡Que te alejes de ella!! —Y cuando va a darme otro golpe veo que alguien lo frena.

Dani se interpone entre él y mi cuerpo. En ese momento, Tessa se suelta de los brazos de su hermano y corre hacia mí, abrazándome por la cintura y tocándome preocupada el labio.

—¿Estás bien? —susurra llorando mientras me observa.

—Tranquila, Tess —contesto—. Todo irá bien, te lo prometo —le digo.

—¡¡Aléjate de ella!! —grita de repente Travis volviendo junto a mí.

Pero tanto Tessa como Dani son más rápidos y vuelven a hacer barrera, los gemelos los miran a ambos.

—¡¡Quitaos de en medio!!—grita Ethan.

—¡¡No!! —chilla de repente ella—. No voy a dejar que le hagáis nada, me hace feliz, y no tengo por qué esconderme de lo que siento —les suelta.

Una confesión que me pilló por sorpresa hasta a mí, le agarro la mano para ponerla detrás de mí.

Pero de repente los porteros de la discoteca se acercan a nosotros y, aunque en ese momento no nos estamos haciendo nada, nos piden que abandonemos la sala.

En cuanto estamos en la calle, ambos se lanzan de nuevo a por mí, pero Dani vuelve a ser más rápido y se interpone entre nosotros.

—¡¡Ni penséis que vais a hacerle daño a mi amigo!! —grita cabreado.

Travis lo mira confundido, y Ethan tiene los ojos teñidos de rabia.

CAPÍTULO 28

Tessa.

El corazón me va tan rápido que siento que se va a escapar corriendo de mi pecho. Vuelvo a correr al lado de Borja, aunque Ashley intenta impedírmelo.

—¡¡No volváis a ponerle la mano encima o vamos a tener un problema muy grande!! —grito cabreada mirándolos a ambos.

—¡¡No te acerques a él, Tessa!! —vocifera Ethan.

—¡Ya basta! —grita Dani disgustado. No suele ser una persona que se altere con facilidad. Así que lo dejamos hablar, observándolo.

—¿¿Qué coño os pasa?? —les grita a los gemelos—. Primero de todo, si ellos se gustan y quieren disfrutar el uno del otro, ¿quiénes sois para frenarlos? ¿Os creéis dioses del amor? —Los encara. Abrazo a Borja por la cintura—. Sois unos hipócritas, ¡¡los dos!! —Los señala con el dedo—. ¿De verdad sois tan sumamente tontos de meteros con la persona que hace feliz a vuestra hermana? Estén o no saliendo juntos, vuestra hermana es libre de elegir quien le interesa y quien no. ¡¡Es mayor de edad!! —les recuerda. Ambos me miran de reojo—. Y, además, sois los menos indicados para hablar y criticar cualquier tipo de amor. —Observa a Ethan y luego se detiene en Travis—. El amor es libre, sin freno, lo bueno existe en la variedad, ¿no crees? En diferentes maneras de demostrar lo que se siente, siempre y cuando sea de consentimiento mutuo.

—Pero... —empieza a decir Ethan.

—No me jodas con las palabritas y los peros, te lo digo desde ya —le amonesta—. Eres el menos indicado para hablar de la diferencia de edad o de los amores que pueden darse entre diferentes personas porque, sí, ellos tienen muchos años en medio, pero ¿te has parado a preguntarle a Tessa si ella es feliz? ¿¿Lo has hecho??

Niega con la cabeza mirándome fijamente.

—Lo soy —contesto y noto cómo Borja me aprieta más a él.

—¿Veis? Lo que de verdad debería de preocuparos es si ella es feliz o no, porque yo puedo decirlos que se hacen más bien que mal unidos, porque cada uno ha vivido con sus tormentos, sus fantasmas y aquí están, contra todo pronóstico —sigue.

—Dani... —susurra Travis acercándose a él.

—Ni se te ocurra tocarme, estoy muy decepcionado contigo, con el que más. ¿Que eres el valiente? ¿Que no te da miedo sentir el amor? Mentiras y más mentiras, porque a la primera de cambio que se te ha presentado, viendo a tu hermana feliz, se lo has torcido pegándole a él —le escupe con rabia—. Borja es esa persona que está contigo durante horas en el estudio y trae café cada mañana, el que te presta ayuda cada día, esa persona que se entrega por los que le importan con los ojos cerrados. Veo que algo se rompe en la mirada de los gemelos, dándose cuenta de que acaban de cometer un error muy grande, uno que tardaré mucho en perdonarles—. Y, ahora, largaos de aquí, no merecéis ni estar cerca de ella —sentencia dándoles la espalda.

Se acerca hasta nosotros para revisar que su amigo está bien.

—Gracias, Dani —susurra él abrazándolo.

Yo me uno a ese abrazo y le susurro «gracias» al oído, a lo que simplemente asiente.

—Creo que deberías llevártelos de aquí, si no quieres que al final les dé una paliza yo mismo —me pide, y asiento.

—Por favor, llámame en cuanto llegues a casa —le ruego a Borja. Y, sin pensarlo, me acerco para darle un suave, pero corto, beso en los labios, importándome una mierda si mis hermanos se enfadan más o no. Me dirijo hasta ellos—. Nos vamos, ¡ahora! —les exijo.

Sin abrir la boca, se vienen conmigo hasta casa. Travis es el primero en intentar hablar conmigo, pero finjo no escucharlos y, en cuanto entramos, me encierro en mi habitación.

Cuando ya estoy sola, marco el número de Borja, que contesta enseguida.

—Estoy bien, Tess, esto tenía que pasarnos tarde o temprano, ¿vale? —me tranquiliza.

No puedo evitar soltar las lágrimas cuando lo escucho al otro lado. Hablamos durante un rato y al colgar me quedo completamente dormida, me siento más cansada que nunca.

Por la mañana no tengo ganas de ver a los gemelos, por lo que salgo pronto para dar un paseo con mi madre, cuando vuelvo ellos están desayunando en la cocina. Ambos me miran, están cabizbajos, y mi armadura se rompe un poco. Pero me hago la fuerte, subo a la salita donde bailo y pongo la música cerrando la puerta y olvidando el mundo exterior.

No sé cuánto rato pasa hasta que ambos entran por la puerta.

—Tessa, necesitamos hablar contigo —me pide Travis.

Afirmo en un leve movimiento de cabeza y, mientras ambos entran en la estancia, yo apago la música con el mando a distancia del aparato.

—Vosotros diréis.

—Lo sentimos, lo sentimos de corazón —empieza a decir Ethan—. Dani tiene razón, somos las personas menos indicadas para hablar de cualquier tipo de amor, pero entiende que por un momento me vi traicionado, mi compañero de trabajo con mi hermana, la cual tiene apenas dieciocho años.

—Nos dolió mucho ver la situación en general, que no nos lo contaras cuando nos obligaste a nosotros a ser sinceros contigo. Que además te besaras con él delante de todo el mundo, y no tuviéramos ni idea de lo que estaba pasando —sigue el otro gemelo—. Se nos fue de las manos la situación.

—Se os fue de muchas casillas —contesto.

—Lo sentimos —repiten a la vez.

—Chicos, entiendo que os molestara enteraros así, pero por otro lado teníais que entender que era algo mío, que yo he construido con Borja día a día, además no estamos saliendo oficialmente simplemente estamos siendo libres, disfrutando —les explico—. Y, lo siento, no quería que os sintierais apartados de mi vida por eso, pero no justifica los golpes —añado enfadada.

—Lo sabemos —susurra uno de ellos.

—Chicos, no soy una niña, he tenido novio, he mantenido relaciones y he sufrido mucho, vosotros lo sabéis de primera mano, así que lo que merezco más en la vida es ser feliz, disfrutar sin que nadie se interponga en ella.

—Tienes razón, Tessa. —Se acerca Ethan.

—Y, a diferencia de vosotros, yo he sido lo suficientemente valiente como para luchar de frente, lanzarme al vacío y allí encontrarme la piscina llena y con Borja flotando en ella. —Los señalo con el dedo—. Deberíais hacer lo mismo, porque tú juegas con Ash, fingiendo que no pasa nada, y tú no eres capaz de lanzarte al cien por cien a por Dani por miedo a lo que pueda pasar. —Ambos me observan asombrados—. Si me disculpáis, ahora mismo me tengo que ir a duchar, tengo cosas que hacer —digo desapareciendo por la puerta.

Entro en mi habitación y entonces me permito soltar alguna lágrima por la tensión, odio sentirme así con los gemelos. Pero me repongo rápido y empiezo a arreglarme para mi cita navideña de hoy.

Cuando llego a casa de Borja, me abre y me espera apoyado en el marco de la puerta. Sin pensarlo corro hacia él, saltando mientras me caza al vuelo.

—Lo siento, lo siento de verdad —susurro en su cuello.

—No es tu culpa, Tess, es algo que los dos hemos provocado —dice él mientras me suelta suavemente en el suelo.

—Están arrepentidos, pero he tenido que hacerlos sufrir un poco para que sepan que de verdad está mal lo que ha pasado —le explico. Asiente, y me acerco para besarlo, con ternura, para no hacerle daño en la herida que tiene en el labio inferior—. Son unos brutos —digo acariciándolo.

—Esto se pasará, lo importante es que entiendan que no quiero hacerte daño.

—Lo entienden, y nunca más tendrás que enfrentarte a ellos, a no ser que me rompas en pedazos —lo amenazo.

Nos da la risa a ambos mientras nos dirigimos a la cocina, donde me prepara un Cola Cao de esos que tanto me gustan.

—Pasemos página —dice—. ¿Qué plan tenemos hoy? —pregunta.

—Pues uno donde vas a tener que abrigarte. —Le doy una pista.

—Como siempre —sentencia.

—Cierto, pero hoy vamos a pasear por los canales, te voy a enseñar algo típico de aquí —anuncio feliz.

Asiente mientras le da un pequeño sorbo a su taza, nos acabamos el contenido y poco después estamos en marcha hacia la parada principal del canal.

—¿Ya me vas a decir qué? —pide impaciente.

—En Ámsterdam se celebra un festival de luces, precioso, colocado tanto en un recorrido a pie como en barco por los canales, así que vamos a dividir esta cita en dos partes —le explico.

—¿Vamos a ver la exposición de luces que está anunciada por todos lados?

—Sí, a eso vamos. —Tiro de él emocionada.

En cuanto nos subimos al barco y empezamos a navegar, nos quedamos sorprendidos ante las maravillas que han construido. Pasamos una hora y media dando vueltas, y la cara de satisfacción de Borja me lo dice todo.

—¿Te ha gustado? —le pregunto abrazándolo.

—¿Bromeas? Sois unos genios —sentencia él dándome un pequeño beso en la nariz.

—Es que tenía que llevarte a ver algo típico de aquí, mañana haremos el recorrido a pie, así que ponte algo cómodo —le pido, y afirma sonriendo.

Y mientras avanzamos entre las calles no puedo creer que ya hayan pasado quince citas, quince días y experiencias maravillosas que me hacen creer hasta a mí misma un poco más en la Navidad.

CAPÍTULO 29

Borja.

Salgo a recibirla en la puerta de la escalera, sonriendo mientras se acerca a mí con una mochila gigante y bolsas de supermercado reciclables.

—Tú no me ayudes, que puedo con todo sola —se queja al llegar a los últimos escalones.

Me acerco y le quito las bolsas de la mano en cuanto está en el rellano, me mira de reojo y, para que se le baje un poco el enfado, me acerco y le doy un suave beso.

—Buenas tardes a ti también —le digo y entro en el piso.

Llevo todas las cosas a la cocina, por lo visto hoy nos espera de nuevo una cita hogareña. Después de nuestros dos días paseando por la ciudad para admirar las luces, ayer me sorprendió con un juego, como poco, divertido; escondió objetos navideños por toda la casa, pero mi parte favorita fue encontrar muérdago colgado en cada rincón, por lo que hubo besos y arrumacos durante toda la tarde.

Y aquí llega de nuevo, después de un miércoles intenso de trabajo y nuevas creaciones, aparece con su sonrisa eterna y las ganas que tiene de enseñarme algo nuevo.

—¿Se puede saber qué traes hoy? —le pregunto.

—Pues algo que tengo muchas ganas de hacer desde hace años —contesta sonriendo de oreja a oreja.

—Qué miedo me das cuando estás en este plan —confieso.

—Te va a encantar —sentencia.

Ponemos la cena que ha traído preparada en la cocina, y me pide que me quede en el estudio hasta que lo tenga todo listo, así que allí me veo de nuevo, encerrado, con el móvil en la mano para hacer tiempo y deseando salir para ver qué está pasando.

La escucho moverse por el salón, algún golpe con insulto, algo muy típico de Tessa y su torpeza, sonrío al oírla al otro lado y pienso en el mensaje que me enviaron sus hermanos. Ethan apareció el lunes arrepentido por lo ocurrido y me pidió que comprendiera su situación, hicimos las paces enseguida, porque yo tengo una hermana pequeña y entiendo ese sentimiento.

—¡¡Borja!! —grita de repente.

—¿¿Seguro?? —pregunto acercándome a la puerta.

—Sí, sal de una vez —dice ella abriendo la puerta y aparece sonriendo al otro lado.

—¿¿Llevas otra vez el pijama navideño? —la observo.

Asiente feliz dando una vuelta sobre sí misma.

—Hoy no te libras de mí ni para dormir —puntualiza ella. Salimos del estudio y, cuando miro de frente, sonrío como un bobo, ha llenado la mesa de cosas, ha puesto una vela con un leve olor a canela y chocolate, cosa que me encanta—. Antes de ir hacia allí, sube a ponerte tu pijama navideño. —Me empuja escaleras arriba.

Al bajar, la veo en el sofá, esperando con dos paquetes envueltos en papel marrón a su lado. Sonríe en cuanto aparezco y me invita a sentarme a su lado.

Me acerco a la mesita y no acabo de entender la utilidad de las cosas que veo allí colocadas: agujas grandes, lana de diferentes colores, tiza, reglas.

—No intentes buscar el significado de todo porque hasta que no te lo explique no lo entenderás —me advierte.

—No me leas la mente, bruja —contesto dándole un coscorrón suave antes de sentarme a su lado.

—Venga, toma —dice entregándome uno de los paquetes.

—Sigo sin entender nada. —Lo examino sin averiguar qué es.

—Vamos, ábrelo —responde ella ignorándome.

Le hago caso y me encuentro un jersey de lana de color amarillo mostaza, de esos calentitos. La miro para ver que ella tiene uno de color granate.

—¿Y esto? —pregunto.

—Esto son dos jerséis de lana perfectos para Navidad. —Sonríe moviendo las cejas cómicamente.

—¿Y eso es que vamos a...?

—Para lo listo que eres para algunas cosas... Vamos a ver si esto te ayuda. —Y cogiendo el mando de la televisión lo enciende.

Aparece en la pantalla la aplicación de Netflix abierta y en ella la película de *Harry Potter y la piedra filosofal* esperando para empezar. Pienso rápido, jerséis, películas del joven Potter, agujas, tizas.

—¿Vamos a convertirnos en mamá Weasley por un día? —pregunto con una sonrisa divertida.

—¡¡Sí!! —Aplaude feliz—. Creo que todo fan de *Harry Potter* debería tener su propio jersey navideño con su inicial en el pecho, como Molly Weasley les da a sus hijos cada año.

La miro y la sonrisa se esparce por todo mi rostro.

—¡¡No me lo puedo creer!! Piensas en todos los detalles del mundo —le digo y me acerco para darle un largo beso en los labios.

—Por supuesto, una Navidad no es completa sin un jersey Weasley en el armario —finaliza a pocos centímetros de mi cara y vuelve a besarme.

Se aparta, y pienso en un pequeño detalle.

—¿Por eso me preguntaste el otro día qué casa de Hogwarts era y si me gustaba *Harry Potter*? —recuerdo.

—Sí, porque tenía que comprar uno con el color de tu casa.

—Eres la mejor —sentencio mirándola y me muerdo el labio inferior.

—Pero eso no es todo. —Coge el jersey con la mano y me lo tiende—. Tú vas a coser mi inicial, y yo la tuya.

La contemplo durante unos segundos, fingiendo dudar y al final le tiendo mi jersey de la Casa Hufflepuff, mi casa de Hogwarts.

—Por lo que he visto en videotutoriales de Youtube, tenemos que marcar la letra con tiza, luego podemos hacerlo con la lana blanca y luego ir rellenando —me explica el proceso.

—Pues vas a llevar un jersey precioso, así que espero que mi B sea por lo menos la mitad de bonita —digo picándola.

—¡¡Ya veremos, ya!! —contesta—. Y, mientras hacemos los jerséis, iremos mirando las películas de Harry, para que nos acompañe en esta locura.

Le damos al *play* mientras nos ponemos a ello, lo que me parece sencillo al principio se vuelve toda una locura, risas y despuntes que arreglar.

—Voy a por chocolate a ver si así te endulzas un poco que te pones muy nerviosita si no sale como tú quieres —le reprocho picándola mientras me levanto.

—No me pongo nerviosita, eres tú, que no tiene ni idea de cómo coser —se queja mientras me alejo. —Pero poco después aparece en la cocina, ha pausado la película—. Venga, que no quiero jugar con ventaja, luego te quejarás —dice y se sienta en su taburete.

Le da al *play* a la música desde la *tablet* que reposa en la barra. Mientras acabo de preparar el chocolate, las primeras notas de *It's beginning to look a lot like Christmas*, del gran Michael Bublé, empiezan a sonar por toda la casa, sonrío cuando noto un golpe en mi hombro.

Me giro para verla con la mano tendida a mi lado, la acepto y empezamos a bailar al compás mientras la música suena a nuestro alrededor.

—«*It's beginning to look a lot like Christmas, everywhere you go, There's a tree in the Grand Hotel. One in the park as well*»^[8] —cantamos los dos a la vez cuando la canción avanza.

Bailamos pegados el uno al otro, con el olor a chocolate envolviendo el momento. Cuando la canción acaba nos besamos, rompiendo el instante pareja de jubilados bailando en la cena de Navidad familiar, y decide servir ella las tazas.

Volvemos a nuestra guerra cosiendo los jerséis, que poco a poco van cobrando una forma normal.

—Estás torciendo la parte de arriba. —Señala la T que estoy bordando concentrado.

La miro entrecerrando los ojos y luego a lo que ella está trabajando.

—Y tú estás embarazando uno de los círculos de la B —me quejo señalándolo.

—¡¡No es cierto!! —se defiende escondiéndolo en un lateral para que no lo vea.

—Pues no te metas con mi T, porque está quedando preciosa.

—Pero es que ese jersey lo tendré que llevar yo, ¿sabes?

—Y yo, tu B embarazada.

Me lanza una mirada de odio y sin esperármelo, porque lo hace muy rápido, suelta el jersey y me da con un cojín en la cara. La miro con la boca abierta y hago exactamente lo mismo que ella, empezando una batalla de cojines, persiguiéndonos por toda a la casa, esquivándonos hasta que, haciendo alarde de un golpe que acaba de darme, tropieza con su propia bamba, y acabo cogiéndola entre mis brazos para que no se dé contra el suelo.

—Tessa y sus finales estelares —digo cuando la tengo cerca de la cara.

—Pensaba que me dejaba la cabeza en el piso —susurra mirándome fijamente.

—Y yo —añado. Me da un suave golpe en el hombro mientras la pongo recta y a pocos centímetros de mi cara—. Pero siempre estaré para rescatarte, señorita. —Y me acerco a sus labios para rozarlos.

Noto su sonrisa en mi boca, pasamos un rato como adolescentes, besándonos en medio del salón. Escuchamos el sonido de sus tripas y nos separamos, la observo divertido unos segundos y nos da un ataque de risa.

—Joder, lo siento, empiezo a tener hambre —se disculpa.

—Pues a cenar se ha dicho. —La empujo hacia la cocina.

Servimos la comida en la mesa mientras acabamos de ver *La cámara de los secretos*, que está puesta ahora. En cuanto comemos, acabamos con nuestros jerséis.

—Primero póntelo tú, y luego yo —me pide.

Asiento cogiendo el mío, me alejo y entro en el pequeño baño, me quito la parte superior del pijama y cuando tengo la prenda puesta me miro en el espejo, sonrío al ver lo bien que está en realidad, Tessa es una artista.

—¿Preparada? —grito desde el baño.

—¡¡Sal ya, que me estoy poniendo nerviosa!! —vocifera desde el sofá.

Salgo dando un salto en cuanto abro la puerta, y aplaude emocionada.

—¡¡Es perfecto!! —Se acerca para darme un beso, de esos fugaces, pero que te llegan al alma.

—Venga, que te toca a ti —le digo apartándome.

Me acerco al sofá y le lanzo su jersey, lo caza al vuelo. Entra al baño y poco después veo que saca la pierna, moviéndola como si fuera a salir para hacer un estriptis.

—¿Preparado? —pregunta.

—¡Vengaaaaaa! —grito emocionado.

Y sale poco a poco hasta que la veo aparecer, la T ha quedado algo torcida, pero solo se nota si te fijas bien, por lo demás está preciosa.

—¡¡Me encantaaaa!! —chilla feliz acercándose a mí.

Entre risas nos quedamos juntos en el sofá, acabando de ver *El cáliz de fuego*, está estirada y con la cabeza en mi pecho, que estoy en el lado largo de la L que hace. Su respiración profunda me llega y poco a poco voy cayendo yo con ella.

CAPÍTULO 30

Tessa.

Salimos de casa los tres juntos, hoy por fin es día veintiuno de diciembre, la noche más larga del año y una de mis últimas citas navideñas con Borja. Sé que esta vez será múltiple, como el día de los coros, pero es algo que él aún no sabe. Sin embargo, seguro que disfrutará como el resto de los días.

—Por favor, sed buenos —les recuerdo cuando me dejan en casa del español.

—Tranquila, yo ya me he encargado de pedirle perdón, y él también —contesta Ethan.

Asiento mientras los abrazo, y siguen su camino hacia el restaurante donde Ashley y Dani deberían de estar esperando. Respiro hondo antes de tocar al interfono, abre sin preguntar quién es porque ya lo sabe. En cuanto llego arriba del todo, lo veo observarme desde el marco de la puerta, con el pijama puesto y una cara de enfado descomunal, porque he sido tan cruel de no contestar a sus mensajes ni a sus llamadas en todo el día. Su cara cambia en cuanto me observa, y sonrío al saber que el vestido granate ha sido todo un acierto. Largo de mangas, con los hombros al descubierto y haciendo un juego de trozos sin tela por la extensión de mi tórax hasta el otro hombro, estrecho hasta poco más arriba de mis caderas, dando lugar a la caída de una falda de pliegues, corta. Me he planchado el pelo, maquillaje suave, pero con labios granates, color permanente, por supuesto, y zapatos, bolso y abrigo negro.

—Vaya —susurra mirándome fijamente—. Yo, que estaba enfadado porque no sabía nada de ti en todo el día, y te presentas así en mi casa. ¿Quieres matarme de un infarto? —dice acercándose a mí en cuanto llego a él y, sin esperar a que conteste, me besa con deseo.

—¿Qué esperabas? Hoy nos vamos de cita, la numero veintiuno —le recuerdo.

Después de la noche de los jerséis estoy segura de que esta subirá el listón de lo lindo, porque rellenamos postales navideñas para toda clase de personas al día siguiente y ayer fuimos a un centro social donde suelo ir con mis padres para ayudarlos a servir alimentos. Pero hoy, hoy nos toca vivir una noche mágica.

—¿Tú vas así, y yo tengo que ir con estas pintas? —pregunta de repente señalándose.

—No, tienes media hora para arreglarte, mientras yo te espero abajo —le contesto cuando entramos en el piso—. Esto es para ti —digo entregándole una bolsa. La mira curioso—. No tenemos tiempo para que te pongas a decidir qué te vas a poner o no, por lo que me he encargado de elegir un traje para ti.

Asiente sin decir nada más y se va escaleras arriba. Lo espero sentada en el sofá, quitándome los tacones y jugueteando con el móvil. Cuando lo escucho bajar, me giro para verlo llegar, la garganta se me seca ante lo guapo que está.

Lleva puesto todo lo que le he comprado hoy, un pantalón de vestir negro, camisa blanca con una pajarita negra y una chaqueta de color granate con el borde y los botones negros. Se ha peinado de una manera desordenada, pero elegante, y su olor llega hasta mí.

—¿Ahora quién está más guapo de los dos? —Sonrío caminando hacia él descalza.

Agarra mi mano y me acerca a él para besarme.

—¿Nos has comprado ropa a juego? —susurra en mis labios, y asiento—. Ya veo —contesta

besándome de nuevo.

Pasamos un rato así, hasta que miro la hora en el reloj de mi muñeca y tengo que decirle que tenemos prisa, que nos están esperando.

—¿Pero no vamos a tener una cita solos? —pregunta algo decepcionado, su reacción me hace reír.

—Lo siento, pero es una noche importante y tenemos que disfrutar entre amigos —sentencio.

Nos abrigamos y escaleras abajo pido un Uber, en cuanto llega confirma la dirección y nos ponemos en marcha. La fachada de un hotel queda ante nosotros, pero en lo que me fijo es en la entrada al restaurante Vinkles, uno de los más pijos del centro de Ámsterdam.

—Vamos —digo entrelazando mi mano con la suya, y empezamos a caminar hacia el interior del edificio.

El camarero nos pregunta si tenemos reserva, y le explico que somos parte de un grupo con área privada, el camarero asiente y nos indica cómo llegar hasta el salón JOSEPHINE'S, todos están dentro esperando y, cuando cruzamos la puerta, Borja sonrío al ver allí a su amigo y al resto de las personas.

—¿Así que esta es nuestra cita navideña de hoy? —susurra en mi oído.

—Sí, hoy vamos a celebrar la noche más larga del año con nuestros amigos.

Me da un suave apretón de manos, luego la suelta y se dirige a saludar a la gente, dos besos para Ashley, un apretón de mano con abrazo para Dani y cuando llega a los gemelos veo que ambos le dicen algo, y él niega con la cabeza sonriendo, lo abrazan acto seguido.

La noche se anima rápido, nos sirven un buen vino y empiezan a traernos los mejores platos de la casa, intento beber poco, pero la tontería sube pronto a mi cabeza.

—Chicos —llama nuestra atención Dani, todos nos giramos a mirarlo. —De reojo veo que Travis se tensa un poco—. Creo que hay algo que todos deberíais saber —empieza a decir—. Después del broncón de estos tres el otro día, creo que ha llegado el momento de ser justo y sincero con vosotros, aplicándome mis propias palabras. —Madre mía, que va a declararse a Travis aquí delante de todos, miro a Borja para comprobar su reacción, pero me sorprende al verlo sonreír y guiñándole un ojo a su amigo. Lo sabe, el tío lo sabe, y no me había dicho nada, niego con la cabeza sonriendo—. Travis —dice cogiendo aire profundamente y girándose para mirarlo—. No sé dónde nos va a llevar esto, ni si estamos preparados para todo lo que pueda venir, pero lo que tengo claro es que has cambiado mi vida y no pienso ocultarlo ni un minuto más. —Se acerca a él, cogiéndole la mano, el gemelo le responde con un apretón.

—Dani, estás loco —susurra.

—Loco por ti y por lo que me haces sentir, después de la bronca que os pegué me di cuenta de que era un hipócrita por esconder mis propios sentimientos, y estos dos —dice mientras nos señala con la cabeza—, muy bien conjuntados, por cierto —añade riendo, Borja le saca la lengua —, me han demostrado que el sentir no tiene límites, por lo que he decidido dejar de esconderme en el armario, debajo de la mesa o donde sea, porque quiero intentarlo de verdad, averiguar qué puede nacer entre nosotros.

Travis se acerca a él y lo besa, todos saltamos en un gran aplauso y silbidos. Dani vuelve a su sitio, y continuamos con la cena, pero miro de reojo a Ethan, esperando que él haga algún gesto de amor por Ashley, que en ese momento está abrazando a Dani. Mi hermano niega con la cabeza, y yo me siento un poco decepcionada y dolida por mi amiga.

—Tienes que dejarle su propio tiempo —susurra Borja mirándome—. No todos aceptamos lo que sentimos de la misma manera, Tess —explica.

—Ya, pero pobre Ash —contesto observándola de reojo y luego clavando mis ojos en los de él.

—Lo sé, pero es lo que les toca vivir, a mí nadie me obligó a acercarme a ti y aun así una fuerza superior me hizo hacerlo, aquí estamos ahora, así que deja que ellos hagan lo mismo —susurra.

Asiento con la cabeza, pocas horas después ponemos rumbo a la discoteca de siempre y al llegar vemos que están las mismas personas que ya son habituales, riendo y bailando. Dejamos las pertenencias de cada uno en nuestro reservado y nos separamos un rato, dejo a Borja con Dani, mientras hablan y se abrazan y luego se alejan para saludar a alguien.

Yo me voy directa al grupo de mis amigos, que nos reciben con los brazos abiertos y bailamos y reímos durante un rato. Observo de lejos a Borja, bailando de esa manera tan suya, mientras habla con el *dj* Matt Geen, cosa que aún me flipa, y los amigos de él. Cuando veo que se aleja para mirar la pantalla del móvil me acerco a él, agarrándolo por la cintura, lo abrazo por la espalda.

—¿Qué hace un chico tan guapo como tú en un lugar como este? —pregunto.

Se gira sonriendo y me abraza también.

—Esperando a que lo rescate una guerrera como tú, soy un pobre príncipe en apuros —contesta haciéndose el dramático.

Niego con la cabeza mientras me acerco a sus labios y lo beso, pasamos bastante rato juntos, se disculpa una vez para ir a por bebida, lo pierdo de vista, pero aparece poco después con una Coca-Cola para mí y un vaso en la otra mano para él, sonrío ante ese gesto. Bailamos y reímos, cuando la melodía de *Lonely*, de Diplo, empieza a sonar por los altavoces.

—Mi amigo me ha pedido que le ponga una canción especial, hace tiempo que no hacía este tipo de cosas para alguien cercano, pero hoy sí. Tessa, ¡esto va para ti! —grita Matt Geen desde la cabina.

Miro a Borja con cara de tonta, con la sonrisa de oreja a oreja y susurro señalándome a mí misma:

—¿Yo soy esa Tessa? —Él asiente, y lo abrazo besándolo.

La letra se mete en mi cabeza en cada estrofa, habla del amor y las cosas que puede aportarte, que tenemos que luchar por lo que queremos y no tenemos que hacerlo solos, cómo dos personas pueden ir por el mismo camino y entenderse, avanzar juntos. Cantamos los dos juntos mientras bailamos y nos besamos.

Pasado un rato, decido volver con mis amigos, que me reciben súper emocionados porque Matt Geen me ha dedicado una canción, pero a mí realmente me emociona más que esa petición venga de Borja. Necesito ir al baño para refrescarme un poco. Estoy lavándome las manos, cuando una chica rubia de pelo largo y profundos ojos azules sale de uno de los cubículos, me mira curiosa y sonrío. Su cara me suena muchísimo, pero ahora mismo no logro relacionarla con nada.

—Eres Tessa, ¿verdad? —pregunta ella a mi lado mientras se lava las manos.

—Sí —contesto observándola curiosa.

—Soy Emmie —se presenta alargando la mano hacia mí—. Me ha encantado ver que te han dedicado la canción y saber que aún quedan gestos tan bonitos como esos.

—Sí, lo cierto es que no me lo esperaba —contesto sonriendo de nuevo como una tonta.

—Tuve el gusto de vivirlo hace mucho tiempo. —Veo que sonrío con un poco de tristeza, me transmite ternura ese gesto—. Por eso te digo que lo disfrutes mientras lo tengas cerca —contesta

con una sonrisa en sus labios.

—Gracias. —respondo—. ¿Te conozco de algo? Tu cara me suena muchísimo —pregunto al final intentando quitarme esa curiosidad.

—No, lo cierto es que no nos hemos visto nunca. —La noto algo nerviosa—. Soy de Londres, pero un buen amigo me ha arrastrado hasta aquí con alguna especie de plan maligno, sin embargo, la cosa no acaba de ir bien.

—Vaya, lo siento —contesto—. ¿Sabes? La vida me regaló una segunda oportunidad hace unos meses y cuando estaba muy mal, queriendo tirarlo todo por la borda, alguien me convenció de que debía seguir luchando por lo que realmente quiero y deseo, por eso te digo que no te rindas, sea cual sea el motivo por el que estás aquí, si ha conseguido que te muevas tantos kilómetros es porque es especial, no te des por vencida —la animo.

Me observa fijamente y asiente con la cabeza susurrando un «gracias», juntas salimos del baño de nuevo hacia la discoteca. Cuando llegamos a la zona VIP, noto que se para frente a la cabina, estudio el rostro de la chica unos segundos más, la manera en que mira hacia allí.

—Ha sido un placer, Tessa, espero volver a verte pronto —se despide dándome un pequeño abrazo, y la veo desaparecer entre la gente, hacia un chico asiático que la recibe con un abrazo.

Pienso; su cara, la mirada que le ha lanzado a Matt que sigue en cabina, las dedicatorias y a mi mente llega su imagen en otras circunstancias.

—¡¡Es la jodida fotografía de Matt Geen!! —me digo a mí misma.

Claro que era ella, su relación amorosa fue famosa donde las hubiera, y me siento tonta al pensar en mis palabras, porque ella también ha pasado por mucho. Estoy tan distraída recordando la relación de ellos que cuando alguien se coloca a mi lado me sobresalto, por un momento pienso que es Borja, pero al girarme veo a Justin.

—Justin, ¿qué coño quieres? —pregunto enfadada.

—¿En serio me cambias por un tío como ese? ¡Puto viejo que no sabe ni peinarse! —grita enfadado y notablemente borracho.

De nuevo en esa situación, siento que vivo en un *déjà vu*. Se acerca peligrosamente a mí, acorralándome contra la pared que tengo detrás.

—Apártate, Justin —le pido empujándolo.

—No, estamos destinados a estar juntos, tú y yo, nena —susurra en mi oído, y siento una arcada.

Lo intento apartar de nuevo, pero hace fuerza contra mi cuerpo, empiezo a agobiarme mientras noto que me falta el aire.

—Justin, que me dejes, apártate —insisto.

—Eres mía —contesta intentando besarme, pero me quito a tiempo para que no lo haga. Su mano empieza a subir por mi muslo, de nuevo las náuseas, intento por todos los medios alejarme, luchar contra él, pero no tengo fuerzas—. Ni se te ocurra intentarlo —susurra besándome el cuello.

Me tiene retenida y nadie nos ve, estamos justo en una esquina al salir de las escaleras del baño, por la que apenas pasa gente y no sé si pueden verme desde la pista del reservado. Las lágrimas empiezan a amontonarse en mis ojos por el miedo, el aire me falta y sigo intentando luchar contra él.

—Apártate —insisto con la voz rota.

—Venga, princesa, solo serán unos minutos, recordando esos buenos momentos —dice de nuevo.

Miro hacia todos lados, agobiada, me muevo sin parar, pero más me presiona. Vuelve a besarme, y le muerdo el labio como acto reflejo.

—¡Hija de puta! —grita por el dolor, lleva su mano libre a mi cuello apretándolo—. Estamos destinados, ¿lo entiendes? Deja de resistirte.

Niego con la cabeza e intento moverme de nuevo para escaparme, vuelve acercarse a mi cuerpo cuando noto que alguien tira de él alejándolo de mí y lo lanza al suelo, donde le propina un fuerte golpe.

Borja está de espaldas a mí y antes de que pueda hacer nada se lanza sobre él, todo pasa muy rápido y las lágrimas no me dejan ver la situación con claridad. Grito mientras atisbo el movimiento de sus brazos, y cómo Justin le devuelve los golpes, pero el español empieza a jugar con más ventaja, es más alto y fuerte, y acaba arrastrándolo de nuevo al suelo. De repente, aparecen los gemelos corriendo, además de algunos de nuestros amigos.

—¡¡Paradlos!! —grito aterrada sin moverme de la pared.

Percibo las manos de Ashley en mi brazo y me giro para mirarla, desesperada, las lágrimas siguen cayendo sin control por mis mejillas. La seguridad de la discoteca tarda poco en llegar y tienen que encargarse de separar a Justin y a algún amigo suyo, de Borja y los gemelos, que al verme en esa tesitura no han dudado en ir contra él. Dani ha intentado frenarlo todo, pero sin tener éxito. Los chicos del control de seguridad los cogen a todos y los empujan hacia la calle.

—Ash, ¡tengo que ir con Borja! —le pido con la voz rota y desesperada.

Salimos juntas con todas nuestras cosas, para encontrarlos separados en la calle. Justin está a la derecha, con sus amigos y varios chicos de seguridad, busco a Borja y a los gemelos con desesperación hasta que doy con ellos al otro lado de la calle, con solo un chico de seguridad. Pero antes de que pueda llegar a él, el imbécil de Justin se separa y vuelve a por ellos, liándose de nuevo una buena pelea.

Cuando consiguen llevarse al adolescente y a sus amigos, me acerco corriendo, Borja parece verme porque en cuanto llego me recibe con los brazos abiertos y me acuna entre ellos.

CAPÍTULO 31

Borja.

Al tenerla entre mis brazos toda la desesperación que he sentido hasta ahora, la tensión y la rabia empiezan a disminuir. Aun con la imagen del imbécil ese manoseándola, mientras ella luchaba por soltarse, dando vueltas por mi cabeza, intento respirar tranquilo, la aparto de mí para mirarla a los ojos.

—Tessa, ¿estás bien? —pregunto preocupado con la voz ronca.

Asiente con la cabeza, mientras las lágrimas siguen cayendo por sus mejillas.

—¿Seguro? ¿Te ha tocado o hecho algo? —Niega con la cabeza.

—Has llegado justo a tiempo —susurra.

Asiento con la cabeza y vuelvo a abrazarla, aferrándola a mi cuerpo como si así pudiera hacer desaparecer la imagen de ese gilipollas de su cabeza.

Los gemelos llegan en ese momento, y me aparto para que puedan abrazarla ellos también, que al sentirse entre los dos hermanos llora aún más fuerte. Le susurran cosas en holandés, mientras ella da respuestas cortas, la abrazan.

—¿Estás bien? —escucho que pregunta Dani a mi lado, cuando lo miro me encuentro con que tiene el labio partido.

—Al final has tenido que pegarte tú también, ¿eh? —le digo dándole un suave golpe.

—Joder, lo he intentado, te lo juro, pero los putos niñatos esos se lo han buscado al final — responde. Le doy las gracias mientras lo abrazo—. ¿Está bien?

—Lo estará, ahora tiene el susto metido en el cuerpo —contesto.

Tessa vuelve a mis brazos enseguida, y Dani se va con los gemelos.

—¿Tú estás bien? —pregunta mirándome con esa cara angelical.

—Por mí no te preocupes, guerrera —susurro acariciándole la cara.

—Estás sangrando, Borja —masculla tocándome el labio.

Y estoy seguro de que mi cara estará hecha un cuadro, pero es algo que me da igual. Hablo con ella un poco más, mientras la tengo estrechada entre mis brazos para tranquilizarla.

—Tessa, ¿nos vamos a casa? —pregunta Ethan acercándose a nosotros.

Ella lo mira y luego me mira a mí.

—Prefiero irme con Borja, si no os importa.

—¿Seguro, Tess? —murmuro, y ella afirma.

—¿Seguro? —interviene su hermano, que claramente no ha escuchado mi pregunta.

—Sí, quiero irme con él, alguien tiene que limpiarle y curarle las heridas.

Él asiente, y Travis se acerca a nosotros.

—Gracias por haberla defendido, Borja —dice estirando la mano hacia mí, cosa que acepto.

—Cuida de ella —susurra Ethan, y asiento con la cabeza.

Nos despedimos y pedimos un coche que nos deja en mi casa a los pocos minutos. Subimos juntos y, en cuanto llegamos, Tessa me obliga a sentarme en el sofá mientras va a por el botiquín, dejando los tacones a un lado. Cuando vuelve se dedica a limpiarme las heridas lentamente, con un cuidado que me hace sentir un hormigueo en el estómago.

Tengo unas ganas locas de besarla, pero sé que no es el momento. Ella me va curando despacio, cada vez más cerca de mi cara, hasta que en uno de los movimientos se queda mirándome fijamente a los ojos, veo que sus pupilas se dilatan.

—Gracias —susurra acercándose poco a poco a mí.

—Tess. —La freno, no quiero que haga nada extraño que no desee para agradecerme lo de hoy, parece leer mi mente.

—Quiero besarte, Borja, necesito sentirte, sentir que estoy a salvo —susurra junto a mi boca.

Noto sus labios pegándose a los míos, devorándolos lentamente, saboreando cada rincón como si fuera la primera vez. Aparta el botiquín del sofá y se sienta encima de mí, mientras apenas se separa de mi cuerpo, deslizo mis manos por su espalda, haciéndola gemir suavemente.

—Tessa, ¿seguro que...? —Quiero preguntarle de nuevo, pero vuelve a besarme sin dejarme acabar la frase.

Nuestras bocas vuelven a ser el centro de mi atención, ella quita la pajarita de un tirón y la lanza lejos, mientras sus manos siguen bajando, desabrochando uno a uno los botones de mi camisa, ayudándome a quitármela del todo mientras sigue pegada a mi boca, separándonos lo justo para facilitar los movimientos.

Me observa unos instantes y esa sonrisa que tanto adoro aparece en sus labios, se levanta apartándose de mí y contemplándome con intensidad se gira. Despeja el pelo del camino para que le baje la cremallera, lo hago sin dudar. Cuando se vuelve a girar, percibo sus ojos brillantes y se muerde el labio, lentamente empieza a quitarse las mangas del vestido y bajándolo poco a poco se queda tan solo con un conjunto de ropa interior de lencería negra. La garganta se me seca al verla allí, tan perfecta y deseable. Vuelve a sentarse encima de mí, uniendo nuestros labios.

—Borja, quiero que me quites el sujetador —susurra con la voz ronca por el deseo en mi oído.

No contesto, pero subo mis manos suavemente por su espalda, notando cómo tiembla entre mis brazos. Cuando lo hago, lo tiro, no sé muy bien dónde.

Sus manos viajan hasta mi pantalón, desabrochándolo, se retira mirándome fijamente, y la observo, con su piel clara y perfecta, sus pechos llaman mi atención y me chupo los labios con ganas de comérmela entera, sin dejar ni un trozo de su piel estremeciéndose entre mis brazos.

Me tiende la mano y la acepto, juntos subimos hacia mi habitación, donde me tira en la cama, mientras me ayuda a quitarme los pantalones, dejándome en calzoncillos y una erección más que llamativa dentro. Sonríe mordiendo el labio mientras me los quito, observando su gesto de deseo, esas ganas de comerme igual que yo tengo por ella.

Cuando estoy desnudo por completo, se quita las braguitas y las tira hacia un lado.

—Tienes un condón, ¿verdad? —susurra en mi boca mientras me obliga a estirarme en la cama, asiento y le indico la mesilla.

Mete la mano y busca uno, lo rasga con la boca y me lo coloca suavemente con la mano, haciéndome gemir ante su contacto.

Sonríe de una manera pícaro, mientras se sienta encima de mí, sin apenas preliminares ya me tiene a su disposición, con unas ganas locas de hundirme en ella. Parece que siente lo mismo, porque se desliza en mi erección, haciendo que perciba un placer escalofriante, de esos que te recorren el cuerpo entero cuando la noto a mi alrededor, palpitante, caliente, mojada.

Empieza a moverse, sabe muy bien cómo hacerlo, pero aun así llevo mis manos a sus caderas y la ayudo, apretando mis dedos en su piel, arriba, abajo y repitiendo el movimiento mientras toda la sangre caliente de mi cuerpo va al mismo lugar.

—Borja —grita a punto de correrse, y decido hacer un cambio para ayudarla.

La agarro fuerte mientras giro las tornas y me coloco arriba, la dejo completamente estirada en la cama mientras controlo las embestidas, llevo una de mis manos a su clítoris y empiezo a masajearlo, haciendo que sus ojos se abran por el placer y se muerda el labio inferior, veo cómo agarra las sábanas con sus manos.

—Vamos, guerrera, dame lo que necesito —susurro mientras me acerco para besarla.

Y, sin más, se corre entre mis brazos y con mi boca pegada a la suya, donde muere el grito. Verla así, tan excitada y preciosa, me pone a mil revoluciones y moviéndome más rápido siento cómo el placer empieza a apoderarse de mi cuerpo, llenándome de una energía descomunal y acabo soltando un grito mientras me corro dentro de ella, sin apartarnos.

Tessa continúa entre mis brazos, y yo sigo en su interior, me besa, sonriendo, mientras nos rendimos el uno al otro.

Los siguientes asaltos son toda una locura, como si descubrirla entre mis brazos hubiera sido un milagro y no quisiera desperdiciar ni un segundo.

*

El sol ilumina parte de la habitación y me muevo perezoso, notando a Tessa a mi lado, la observo, desnuda y perfecta entre mis brazos. Me parece una locura porque hace unas semanas ni siquiera me veía en los brazos de otra mujer que no fuera Zaira y ahora estar con Tessa me parece lo más natural del mundo, aunque un pinchazo al recordar a mi mujer se instala en mi pecho. Sin embargo, decido quitarme cualquier pensamiento malo y empiezo a acariciar suavemente la espalda de Tessa, que descansa boca abajo, escucho su respiración profunda y sonrío.

De repente, el sonido del móvil interrumpe mis pensamientos. Lo busco en la mesita, donde lo dejé hace unas horas, cuando bajamos a por algo de comer y los subimos.

Cuando lo cojo, compruebo que la llamada es de mi madre, la cual se corta en ese momento. Entonces veo la bandeja de entrada y me asusto. Tengo muchísimos mensajes pendientes y más de cincuenta llamadas perdidas, me aterrorizo.

Me levanto de la cama sin despertar a Tessa, me pongo unos calzoncillos y, sacando un par de camisetas del cajón, me coloco una. Bajo las escaleras mientras marco el número de mamá.

—Cariño, ¡¡ya era hora!! —grita al otro lado.

—Mamá, ¿va todo bien? —pregunto asustado.

—¡¡Eso dímelo tú!! —protesta ella.

—¿Qué quieres decir? Si tengo cincuenta llamadas y no sé cuántos mensajes esperando por ser leídos. ¿Ha pasado algo? —cuestiono inquieto.

—Cariño, estás por todos lados —me informa muy alterada.

—No entiendo nada. ¿A qué te refieres?

—¿Tienes una *tablet* u ordenador cerca?

—Sí —respondo y me dirijo a la *tablet* que está reposando en la barra americana.

Mi madre no cuelga el teléfono mientras la desbloqueo y tecleo mi nombre en Google, lo que aparece al otro lado me deja petrificado. Abro una noticia tras otras y tras otra, sin creerme que esto me esté pasando a mí.

—Joder, joder, joder —grito enfadado.

—Lo sé, cariño, por favor, dime que estás bien —vuelve a preguntar con la voz rota.

—Sí, mamá —contesto.

Miro las fotos que hay en los artículos, yo con fans por Ámsterdam, Tessa y yo patinando

juntos, cenando en el restaurante, mirando los coros con todos, besándonos en la discoteca la primera vez y lo peor es lo que encabeza la noticia, fotos de la pelea de ayer noche.

—Mamá, ¿cómo lo han...? —intento preguntar, pero contesta antes de que acabe.

—Algún *paparazzi* te localizaría en Ámsterdam, y han decidido seguirte, sacando a flote la historia con esta jovencita —contesta ella.

—Lo siento, quería explicároslo, pero...

—Tranquilo, hijo, tendremos tiempo para hablar de ello, pero tenemos que solucionar esto. ¿Empezaste tú la pelea?

—Sí, pero porque él estaba intentando aprovecharse de Tessa —respondo.

—Joder, cariño, que es un niño —responde ella.

—Un niño mayor de edad y con intenciones muy malas —le recuerdo.

—Llama a Carlos y encontrad una solución, luego ya hablaremos sobre esta chica, ¿sí? — ruega al otro lado.

—De acuerdo —contesto, y añado algo antes de colgar:

—Cariño, me alegro de que empieces a ser feliz de nuevo, no sufras, porque lo solucionaremos. —Y no puedo contestar nada porque cuelga la llamada.

Miro de nuevo todas las fotos y siento unas ganas horribles de estampar la *tablet* contra la pared, pienso en ella y en lo bien que nos iba, pero este choque de realidad me devuelve de una manera muy rápida los pies a la tierra. Me paseo por la habitación y, justo cuando voy a marcar el número de Carlos, levanto la cabeza y la encuentro allí, con los ojos llenos de lágrimas y el móvil en la mano.

Lo sabe.

CAPÍTULO 32

Tessa

Veó las imágenes en mi cabeza una y otra vez, pero la verdad se confirma cuando sus ojos y los míos se encuentran y noto que está derrotado. Las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas, me siento engañada y muy dolida.

—Tess —susurra cuando llego al final de las escaleras. Se acerca para tocarme, pero me aparto y le enseño la pantalla del móvil donde aún tengo abierta la noticia que Ashley me ha enviado hace unas horas, de un blog de influencia holandés. Mira el móvil fijamente y su cara se desencaja por completo—. Lo siento, por favor, Tessa, tienes que escucharme —dice de nuevo acercándose a mí.

Lo esquivo con el corazón encogido por el dolor de que me haya estado engañando durante semanas.

—¿Cómo has podido? ¡He sido sincera contigo todo el tiempo, me he abierto a ti, te he ayudado y he intentado comprenderte en todo momento! —grito enfadada.

—Todo tiene una explicación. —Intenta acercarse de nuevo, pero lo amenazo con la mirada. Frena, quedándose a un metro de distancia.

—Borja, eres un puto artista de talla internacional, llenas estadios, la gente paga por verte y, no solo eso, me has estado engañando mientras sabías que mis sentimientos por ti iban en aumento. ¿Cuándo me lo ibas a contar? —vocifero.

—Lo iba a hacer, pero nunca encontraba el momento, no quería que me miraras diferente —se defiende.

—¿El momento? —Me acerco a él empujándolo—. Ese puto momento que se presentó todas y cada una de las veces que los fans te paraban por la calle mientras estábamos juntos, ¿no eran una buena señal de que tenías que revelármelo? —Vuelvo a empujarlo, no se resiste—. ¡¡Tú has preferido mentirme, inventándote historias absurdas sobre vecinas y amigas de tu hermana!!

—Me mudé a esta ciudad para desconectar, para olvidar la tragedia de mi vida y que la gente me tratara con normalidad, y tú me diste todo eso, Tessa, me enseñaste a creer y a vivir de nuevo, sintiendo sin límites, luchando por lo que de verdad quiero en la vida.

—¡¡Vaya, pues de nada!! —grito de nuevo—. De nada por utilizarme, mientras yo iba enamorándome de ti día a día —le escupo con rabia. Me mira con los ojos muy abiertos, porque es la primera vez que confieso en voz alta que me estoy enamorando irremediabilmente de él y eso todavía duele más, porque él sabía que lo nuestro tenía un final asegurado—. ¡¡Eres un mentiroso!! —Lo empujo de nuevo, y esta vez me agarra los brazos, para detenerme—. ¡¡Sabías que lo nuestro tenía fecha de caducidad, que volverías a tu maravillosa vida de oro en unas semanas, dejándome a mí aquí sola y destrozada!! —grito a centímetros de su cara, tan cerca que puedo ver cómo él intenta retener las lágrimas, está rompiéndose a cada reproche, y me da igual, porque quiero que se sienta como yo, engañado.

—Lo siento, lo siento de verdad —empieza a decir—. Yo llegué aquí con un plan establecido, con las ideas claras de lo que quería conseguir, y tú fuiste un daño colateral que me ha cambiado la vida.

—¿¿Así que soy un puto daño colateral en tu vida?! —chillo, disgustada—. Lo estás mejorando muchísimo —le recrimino.

—¿¿No, Tess!!

—No me llames así —espeto con rabia.

—No lo entiendes, no eres un daño colateral, no quería decir eso —intenta explicarse—. Eres lo mejor que me ha pasado en meses, eres la chispa que me hacía falta para volver a sentirme vivo, pero no quería romper la magia, no quería que esto pasara, necesitaba mantenerte para mí, disfrutarte yo.

—¿¿Me estás vacilando?? —contesto de nuevo enfadada—. ¿¿Nada hubiera cambiado!! —recrimino—. ¿¿Ahora mi cara está en todas las putas revistas españolas, saben quién soy, y no porque yo lo haya decidido!!

—Lo siento de verdad, no quería que esto pasara así.

—¿No, no lo sientes!

—Tessa, tienes que entender que mi vida no es fácil, no quería romper lo único bonito que he tenido en mucho tiempo —susurra mirándome, dejando que las lágrimas salgan por fin de sus ojos.

Lo estudio unos momentos, pero sigo sintiéndome engañada y su pena no va a cambiar ese pensamiento, inició una relación, oficial o no, sabiendo que se acabaría, sabiendo que me mentía acerca de quién era y qué hacía aquí, aunque no toda la historia sea falsa, sí la parte más importante.

—Arréglalo, haz que la gente de tu país deje de hablar de mí como si fuera una cualquiera —lo amenazo con el dedo—. Y esto, sea lo que sea —digo mientras nos señalo a nosotros—, ¿¿se ha acabado!!!

Y, antes de que pueda decirme nada o de acercarse, cojo mis cosas, colocándome el abrigo encima de su camiseta y calzándome los tacones salgo pegando un portazo.

En cuanto estoy al otro lado de la puerta, apoyo mi espalda en ella y dejo que las lágrimas salgan sin freno mientras mi corazón se encoje. Llamo a mis hermanos, que llegan pocos minutos después. Entro en el coche y a pesar de mi aspecto horrible no preguntan nada, porque estoy segura de que algo ya saben.

Al llegar a casa, me ayudan a colarme hasta mi habitación sin ser vista por mis padres, que están tranquilamente hablando en la salita. Cierro de un portazo y vuelvo a derrumbarme de rodillas al suelo, llorando. Ashley me llama, pero no contesto, cuando siento que he soltado suficientes lágrimas intento recomponerme, agarro ropa cómoda, limpia y me ducho.

Quiero quitarme el olor a él, el recuerdo de sus besos por todo mi cuerpo vuelve a mi mente, esa manera de hacerme sentir el tesoro más preciado del planeta, tocándome y provocándome temblores debajo él. Me limpio con rabia, frotando demasiado fuerte con la esponja, para borrar la sensación de sus caricias, algo que no consigo por más que aprieto.

Mi piel resentida y roja se esconde debajo de un chándal de color negro. Voy hasta mi cama y me siento, con el móvil entre las manos, como una masoca vuelvo al blog que me ha enviado esta mañana mi amiga, repaso todas esas fotos donde salimos juntos, donde también están las de sus supuestos vecinos y donde sale él peleándose con Justin. Lanzo el móvil al otro lado de la cama y me estiro mirando al techo, unos golpes rompen el silencio.

—Adelante —les digo, sé que son ellos.

Entran y se acercan hasta mí, sentándose uno a cada lado y arropándome entre sus brazos.

—Lo siento, Tessa —susurra Ethan.

Porque, por supuesto, él sí sabía quién era, sabía para quién trabajaba desde el principio,

niego con la cabeza para que entienda que no tiene la culpa. Porque a él, si le obligan a firmar un contrato de confidencialidad, el que yo no supiera quién era Borja es solo culpa del español.

Los gemelos me consuelan, bajamos a comer y fingimos que simplemente he tenido un mal día para que mamá no empiece a sentir esa paranoia tan habitual en ella.

Cuando acabo, recojo mi plato y vuelvo a mi agujero, escondiéndome debajo del nórdico y dejando que el sueño gane la batalla.

*

Noto un cuerpo encima del mío y me despierto de golpe, fuera está oscuro y mi habitación está inundada por la luz de la lamparita. Cuando me volteo, me encuentro a Ashley mirándome.

—Te quiero, Tessa —dice abrazándome. —Asiento mientras acepto ese achuchón que me da, haciéndome sentir un poco mejor. Miro hacia el escritorio para ver que hay una bolsa—. He traído chocolate, chucherías y todo tipo de esas guarradas varias que necesitamos para que empieces a sentirte mejor —me informa.

—Gracias, amiga —susurro abrazándola.

—¿Cómo estás?

—¿Sirve decir que como una fregona vieja? —pregunto.

—No, porque eres la jodida Theresa Herman, más conocida como Tessa, la chica que bailó durante años con un problema cardíaco convirtiéndose en bailarina profesional, que sufrió un puñetero trasplante de corazón y aquí sigue, dando guerra y moviendo sus caderas como si no hubiera un mañana —suelta de un tirón.

La observo sonriendo levemente.

—¿Lo has traído preparado? —Me saca la lengua.

—Un poco —susurra.

—Te quiero, capulla —digo tirando de ella y abrazándola.

Y así empieza una tarde/noche de terapia donde mi amiga no se separa de mi lado, miramos películas de terror, que son las que más nos animan ahora, y nos comemos todas esas guarradas que ha traído.

Pero mi mente se escapa algunas veces, porque por primera vez en veintidós días no voy a pasar rato con Borja, no voy a verlo sonreír cuando le digo alguna chorrada, ni tampoco ponerse nervioso al no saber qué estoy organizando para él, tampoco me abrazará o besaré, porque por primera vez en veintidós días vamos a estar separados porque yo lo he elegido así.

CAPÍTULO 33

Borja.

Sigo leyendo el comunicado, porque desde ayer no puedo hacer otra cosa, después de que Tessa se fuera destrocé un par de figuritas, pegué varias patadas al sofá y al final llamé a Carlos.

Entre el equipo y él crearon un comunicado para la prensa, explicando la situación, pidiendo discreción y privacidad para ella, resumiendo lo ocurrido en la discoteca de una manera más suave. Luego me pide que intente desconectar, disfrutando de las Navidades con mi familia, que por cierto llegan ahora.

Miro a mi alrededor, el aeropuerto está lleno de gente que viene y va, y recuerdo mis primeros minutos en esta ciudad, con las ganas de empezar una nueva vida, el dolor por dejar mi existencia atrás, pero sintiendo que debía encontrar una nueva meta, una nueva manera de ver la vida y no solo he conseguido eso, sino que he conocido a unas personas increíbles, entre las que se encuentra ella, la preciosa joven de tremendos ojos azules.

Pero después de la discusión de ayer, he decidido dejarla ir, porque ella no merece vivir en un entorno como el mío, donde cada paso que doy está siendo observado por alguien, ella merece bailar libre, sin presiones ni nadie que la frene.

—¡¡Tete!! —grita de repente una voz familiar saliendo de la puerta de llegadas.

Y allí me encuentro a mi pequeña sobrina, Octavia, que llega corriendo para tirarse a mis brazos, la agarro y la abrazo fuerte.

—Mi pequeña ángel, ¿cómo ha ido el viaje? —pregunto dándole besos por toda la cara.

Ella se ríe mientras me contesta que bien, que la abuela se ha portado muy bien porque sabe que siempre es la que da más guerra. El pequeño Ben llega enseguida, lo abrazo también, los mantengo a los dos en alto. Cuando los bajo, los brazos de mi hermano me rodean.

—¡¡Qué alegría verte, cabroncete!! —susurra apretándome fuerte.

—Os necesitaba aquí —contesto correspondiéndole al abrazo.

Cuando Mario, mi hermano, se separa de mí; Luisa, mi cuñada, se acerca para darme un pequeño achuchón.

—Siempre es bonito verte de nuevo, cuñado. —Asiento mientras la estrecho entre mis brazos.

Pero, cuando me separo, allí las veo, peleándose con las maletas y gritando de esa manera tan escandalosa que solo mi hermana y mi madre tienen.

—¡¡Cariño!! —grita mi madre corriendo hacia mis brazos.

La achucho fuerte, inspirando su aroma y sintiéndome por fin en casa, después de tantas semanas fuera. Ella me aprieta fuerte contra su cuerpo, mientras me repite una vez y otra lo mucho que me quiere.

—Lo sé, mamá, pero suéltame que me estás ahogando —le pido suavemente.

—Eso, deja que abraze al huevón de mi hermano —dice África metiéndose en medio.

Mamá me suelta a regañadientes, y mi hermana toma su sitio, estrechándome con ganas.

—Todo irá bien —murmura al oído para que solo yo pueda escucharla.

Asiento sin soltarla.

Pasado el tiempo de saludos, nos dirigimos juntos al taxi-furgoneta privado que he contratado

para que nos lleve al piso. Cuando llegamos, mi familia observa maravillada los canales con las casas flotantes, las bicicletas, y sonrío al recordarme a mí mismo en esa situación.

Cuando les explico que tienen que subir todas esas escaleras empinadas, se ríen y preguntan dónde está el ascensor, niego con la cabeza. Cuando conseguimos que todo el mundo esté ubicado en el piso, mi hermano y Luisa en una habitación, los peques en la otra, África en la cama del estudio y mamá conmigo, los invito a comer en un restaurante cercano.

Por la tarde paseamos por las calles del centro y acabamos en la pista de patinaje, todos entran, y yo me niego, fingiendo que no acabo de encontrarme bien, África se queda conmigo.

—Hermano, esa chica te ha tocado el corazón, ¿verdad? —pregunta sacándome de mis pensamientos.

—Bueno, algo así.

—Llevas todo el día pendiente del móvil, imagino que esperando a que te diga algo, ¿tan mal acabó ayer?

Afirmo, agachando la cabeza.

—Me da miedo acercarme a ella, no quiero que se vea envuelta de nuevo en esta marea de vida que tengo, ya he hecho suficiente daño —contesto.

—Lo que pasó aquel día no es tu culpa, Borja —me recuerda ella—. Pero ella es libre de decidir si quiere formar parte de tu vida o no.

La miro fijamente, la agarro de la mano, y me da un suave apretón.

—Ella me ayudó a creer, a sentir, a vivir de nuevo —confieso—. Gracias a Tessa estáis aquí hoy.

—Lo sé. —Asiente con la cabeza—. Y sé que encontrareis el camino para que todo funcione, daos tiempo, y la magia de la Navidad lo pondrá todo en su lugar. ¿No es eso lo que habéis estado diciendo todo el mes?

La abrazo y de repente aparece mi hermano con la cara roja.

—Esos niños son unos asesinos, no pienso volver allí dentro —se queja.

—Son tus hijos —le recuerdo.

—Me da igual —responde.

Se sienta a nuestro lado y se cambia los patines por las bambas. Me mira y me abraza por los hombros, hablamos de nuevo sobre Tessa, porque parece ser el tema central de mi vida por el momento.

Cuando volvemos al piso, mamá prepara un poco de pan con tomate y embutido, además de cocinar un caldo rápido improvisado, cosa que me hace muy feliz porque necesitaba comida casera hecha con ganas.

*

Al despertarme compruebo el reloj, noto que mi madre se mueve a mi lado y me giro para observarla.

—Buenos días, príncipe —susurra acariciándome la cara.

—Buenos días, reina —contesto dándole un suave beso en las mejillas.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Pues pensando en si estoy tomando la decisión correcta o de nuevo estoy siendo un cobarde —contesto suspirando.

Asiente mirándome fijamente.

—Mi niño, tú no eres un cobarde, todo lo contrario. —Me acaricia la cara para darme ánimos.

—Gracias por venir. —Ella afirma.

—¿Es especial?

—Sí, es de esas personas que brillan con luz propia —explico—. Ella encendió las luces que me sacaron del laberinto donde me encontraba, ayudándome a hallar la salida correcta.

—Pues entonces volverá, siempre hay un motivo para esas personas destinadas a encontrarse de esta manera tan bonita —susurra.

La alarma de mi móvil suena y nos ponemos en marcha, el día de Nochebuena ha llegado, los peques entran corriendo para despertarnos. Desayunamos todos juntos mientras pensamos en el plan para hoy, menú y cosas por ultimar.

Así pasa el día, entre compras, preparaciones e ilusión de los más peques, yo me encuentro revisando mi móvil cada poco tiempo, esperando el mensaje o la llamada que nunca llega y mi corazón se encoje un poco dudando sobre si hago lo correcto o no al mantenerla lejos de mí.

Por la noche nos arreglamos, nos ponemos guapos para recibir los regalos por parte del Caga Tió, unos que mi madre se encargó de enviar en cajas gigantes además de otros tantos que me ha tocado comprar durante estas semanas.

Ver la ilusión de mis sobrinos me llena, pienso sin quererlo en Zaira, en las Navidades del año pasado donde nos prometimos muchas cosas que nunca pudimos cumplir, en los futuros niños que nunca llegaron. Respiro hondo mientras intento recomponerme, pensaba que gracias a Tessa todo esto sería más fácil, pero sin ella, animándome y recordándome lo bonito que es creer en la magia, siento un peso en la boca del estómago.

Cenamos juntos, intento parecer lo más alegre que puedo, a ratos me olvido, otros me hundo de nuevo en mi oscuridad, pero a la hora de cagar al Tió nos lo pasamos genial.

—Besos de buenas noches para todos —les pide Luisa a los peques.

—Pero queremos ver a Santa —se queja Octavia.

—Venga, haced caso a mamá, los dos a la cama porque como Papá Noel os vea por aquí no se parará a dejar nada —los regaña mi hermano.

Ambos asienten y nos dan un beso de buenas noches.

Aprovecho cuando desaparecen escaleras arriba para escaparme a la terraza con una manta a mi alrededor, me siento en una de las sillas y dejo que el aire frío me devuelva a la realidad cuando de repente escucho que la puerta se abre.

Mi madre se acerca a mí.

—Cariño, hace un poco de frío aquí, ¿no crees? —me dice preocupada, tan ella, tan madre.

—Sí, pero necesitaba sentirme un poco fuera del ajetreo, de respirar y fingir por unos segundos que todo sigue igual que siempre, aunque ya no sepa qué es eso en realidad —contesto.

Se acerca para sentarse en la silla de al lado y comparte un poco de manta conmigo.

—Tengo un regalo de Navidad para ti —me informa.

—Gracias, mamá, luego lo abrimos —digo dándole un beso en la mejilla.

—Es un regalo un poco especial, cariño.

Entonces toda mi atención se centra en ella.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Es algo que Zaira dejó para ti, me hizo prometerle que te lo entregaría el día de Navidad, pero algo me dice que ahora mismo te irá mejor —responde.

Mi corazón se para por unos segundos para empezar a latir con fuerza. Los nervios se apoderan de mí, mientras siento que se me seca la garganta y me tiembla la voz cuando le pregunto qué.

—Ella quería que estuvieras preparado para leerla —dice y me entrega una carta—. Pero creo

que ya es hora de que la tengas en tus manos, no pasará nada si lo haces unas horas antes.

Ni siquiera le contesto, simplemente cojo la carta que me tiende y veo mi nombre escrito por ella, las lágrimas empiezan a deslizarse por mis mejillas, mamá me da un beso en el pelo y desaparece hacia el interior, dándome la privacidad que necesito.

CAPÍTULO 34

Tessa.

—Ashley, no entiendo dónde me llevas ahora —le digo sentada como copiloto—. Tan importante es que no puedes dejarme tranquila lamiendo mis heridas sola durante un rato más.

—No, te he dicho que te necesito, y por eso te vienes conmigo —contesta.

Resoplo recostándome en el asiento, hace apenas un rato que se ha presentado en mi casa, después de la comida familiar de Navidad con mis abuelos, mis tíos y mis primos, para pedirme que la acompañase urgentemente a un sitio, por supuesto me he negado, sintiendo que solo quiero quedarme en mi cama, mirando una y otra vez nuestras fotos robadas, pero que me recuerdan a esos días especiales donde me creía la enviada especial del mismo Papá Noel para ayudar a un hombre a recordar lo que es creer en la magia del invierno y en sus mil maravillas.

Pero eso pasó y de nuevo me siento en un vacío, creyendo que no ha sido más que una pérdida de tiempo, ni siquiera ha intentado llamarme o ni el más corto de los mensajes para saber si estoy bien. Desde la aparición de las fotos mis seguidores de Instagram parecen haber crecido de una manera brutal. ¿El morbo de ver alguna foto privada de los dos? Pues seguro, pero se quedarán con las ganas porque esas imágenes no llegarán nunca.

Lo cierto es que pasar la Nochebuena en familia y en casa de mis abuelos me ayudó a no pensar demasiado en Borja, en cómo estaría cagando el Tió con sus sobrinos o cómo su madre estaría admirando toda esa decoración que colocamos juntos hace veinticinco días atrás.

—Ya hemos llegado —sentencia mi amiga, frenando, pero sin apagar el coche.

—¿Y ahora? —La miro.

—Pues tienes que entrar, y te darán un paquete para mí, te espero aquí aparcada en doble fila —dice quitando el seguro del coche y empujándome hacia fuera.

Niego con la cabeza mientras avanzo hacia la puerta que me indica con la mano, es un pequeño local, pero no veo luces por ningún lado, hago una nota mental para recordarme que tengo que devolverle estas cosas multiplicadas por diez.

Cuando voy a golpear la puerta, se abre, y yo, indecisa, entro.

—¿Buenas tardes? Vengo de parte de Ashley Smith, tiene un paquete que recoger —grito. Pero todo está oscuro y no escucho nada, me da miedo seguir hacia delante, cuando voy a girarme para salir por la puerta, esta se cierra—. Mierda —susurro—. Buenas tardes, ¿hay alguien por aquí? —vuelvo a preguntar, poniéndome en guardia. Nada, ni un ruido—. Joder, qué nerviosita me estoy poniendo —susurro.

Saco el móvil y justo cuando voy a encender la linterna unas luces se encienden.

Las observo asombrada, son luces navideñas de colores y marcan un camino, no puedo ver mucho más allá, pero distingo algo de decoración colgada que reflejan las luces y dan un aspecto especial a la estancia, me pongo nerviosa mientras un pensamiento loco recorre mi mente, sin embargo, decido quitármelo de la cabeza, empiezo a avanzar por el camino que hay marcado mientras las luces se siguen encendiendo a mi paso.

Maravillada, toco algunas de ellas, pero sigo el recorrido hasta que veo que se iluminan en forma de círculo, dejando en el centro una mesa decorada con bolsas y tiras navideñas de colores

verdes y dorados y un farol portavelas de color negro y en el interior una vela con olor a chocolate envuelve la estancia. Mientras me adentro me doy cuenta de que el suelo está lleno de nieve artificial, además de tener pequeños detalles como confetis brillantes que combinan a la perfección con toda la decoración.

Me fijo en las dos sillas que hay, en ellas reposan dos paquetes, los cuales reconozco al segundo y una sonrisa se extiende por mi rostro; Borja. Lo busco a mi alrededor, pero el resto de la sala sigue oscura. De repente, una melodía empieza a sonar y un pequeño escenario a mi derecha se ilumina, donde hay una salida que me permite acercarme, y allí está él.

Sonriendo encima de un escenario, todo siguiendo la misma línea del decorado y la música me envuelve mientras él mueve el pie al compás.

—«*The snow on the ground, the love in the air, the sleigh bells are ringing, this is what it's all about, the fire is warm, the angels are singing, and I don't wanna miss* —empieza a cantar, me quedo embobada escuchado de nuevo su voz ronca mientras sigue con una declaración de amor más que evidente—. *A single thing, don't wanna put an end to all this cheer, but as long as you're with me. It's always that time of the year.* —Alarga el «year» de esa manera tan suya. Me acerco más a él, que sonrío sin dejar de mirarme mientras continúa entonando—. *You make every day feel like it's Christmas, never wanna stop, feeling like the first thing on your wish list, right up at the top. I can't deny what I'm feeling inside.* —Me tiende la mano para que suba al pequeño escenario y me canta muy cerca—. *Nothing fake about the way you bring me to life, you make every day feel like it's Christmas, every day that I'm with you*»^[9]. —Y nos ponemos a bailar mientras sigo cantando, sin poder parar de sonreír, me dejo mover por él y la perfecta melodía de esta canción original de Jonas Brothers. Cuando acaba me mira fijamente, estamos pegados y mi corazón se acelera al tenerlo tan cerca—. Lo siento, Tessa, lo siento de verdad —susurra—. Nunca pretendí hacerte daño, ni siquiera había buscado que algo así pasara, pero llegaste y desmontaste toda mi vida y lo hiciste todo para mejorarla. —Asiento observándolo, y sigue hablando—. No quería ocultarte quién soy, pero una parte de mí sentía miedo por si decidías apartarte y dejar de pasar tiempo conmigo, si metiéndote en mi vida de ajetreo y agobios decidías marcharte, egoístamente tomé una decisión que no me tocaba a mí —explica.

—Lo sé, siento haberme enfadado tanto y después de pensarlo comprendo por qué lo hiciste, pero tienes que entender que me sentí la persona más engañada del planeta.

—Lo siento, porque es lo último que quería que sintieras, eres la primera persona que consigue llegar tan profundo en mi corazón desde que perdí a Zaira y eso es la señal de que tienes algo especial en ti —me cuenta—. Pero sobre todo me di cuenta de que a tu lado soy más feliz, sonrío todo el tiempo y solo espero verte para saber que traerás contigo esos momentos mágicos.

—Borja —susurro con ternura, apoyo mi mano en su mejilla—. Ya eras especial antes de que yo llegara.

—Puede, pero tú me ayudaste a descubrir esa parte perdida de mí.

Me acerco para besarlo, porque es lo que llevo deseando hacer desde que lo he visto en ese escenario. Rozo nuestros labios, y él se encarga de estrecharme para profundizarlo más, lo percibo como si hiciera demasiado tiempo que no estamos juntos.

—Lo siento —susurra en mi boca cuando nos separamos.

—Acepto la locura que será empezar a conocer esa parte de ti —empiezo a decirle—. No me da miedo, lo que me asusta es que vuelvas a ocultarme algo tan grande como esto.

—No más secretos —responde—. De hecho, quiero explicarte cómo he llegado a esta locura.

—Y separándose tira de mi mano hacia la mesa. Cuando nos acercamos, sonrío al ver de nuevo los regalos allí—. Dijiste que había que abrirlos en Navidad —se explica, muevo ligeramente la cabeza de arriba abajo y los quitamos de las sillas. Nos sentamos uno al lado del otro, y él respira profundamente, sacando un papel del bolsillo de sus vaqueros—. Esto es una carta que me entregó ayer mi madre, la que me ayudó a decidir que luchar por ti era lo mejor que podía hacer en mi vida... —La abre y me mira cogiendo aire—. Es una carta de despedida escrita por Zaira, una que ha llegado en el momento indicado para poder tomar la decisión de intentar recuperarte. —A continuación, comienza a leer—: Hola, mi amor, tengo una mala y una buen... —Pero no puede continuar porque su voz se entrecorta, por lo que decido ahorrarme ese mal trago.

—¿Quieres que la lea yo, Borja? —pregunto.

Él asiente mientras me entrega la carta, la cojo con una mano y con la otra la entrelazo con la suya para que sepa que estoy con él.

Hola, mi amor,

Tengo una mala y una buena noticia. La mala es que según parece estoy muerta por lo que por esa razón tienes esta carta en tus manos, la buena es que si te han entregado esta carta es porque tú sigues vivo y empiezas a vivir la vida por los dos.

Sé que esto es una mierda, no puedo explicarte lo complicado y asqueroso que está siendo escribir esta carta, pero tengo que agradecerte y agradecerle a nuestras familias y amigos la suerte que he tenido de vivir una vida llena de amor, alegría y momentos felices. Porque gracias a todos vosotros puedo decir que he vivido una vida plena y feliz, disfrutando hasta el último día.

No quiero que pienses que me he ido y te he abandonado, porque no es así, por favor recuérdalo siempre, sigo viviendo en ti, pero tampoco quiero que sientas que eres tú el que me ha abandonado a mí, porque si yo no estoy contigo es porque mi momento se ha acabado. Quizás yo no estaré aquí nunca más en cuerpo, pero siempre tendrás mi amor, las risas y todos esos recuerdos maravillosos que albergas en tu mente, no quiero que te quedes con el dolor de no haberme podido decir lo mucho que me querías, porque créeme, mi amor, si te digo que ya lo sé. Por eso te pido algo; sonrío por todo lo que hemos vivido y por todo lo que tú vivirás por los dos.

Sabes que hacer sonreír a la gente siempre ha sido mi fuerte, por eso no quiero verte con esa cara triste ni el ceño fruncido, así que por favor intenta recomponerte y seguir adelante; ríe, baila, canta y sigue haciendo esa magia que sale de manera tan natural por cada poro de tu cuerpo.

Sé que pensarás que he perdido la batalla, las ganas de luchar, pero mi cuerpo me advierte de que ha llegado mi hora, sé que mi luz se apaga poco a poco. Por eso quiero recordarte que no es una batalla perdida, es simplemente la vida enseñándote que sigues mereciendo ser feliz, conmigo en tu corazón, ayudándote a elegir a esa persona que ocupará mi lugar a tu lado.

No nos engañemos, lo cierto es que he sido jodidamente afortunada por pasar una década entera al lado de mi mejor amigo y el amor de mi vida, Borja, siempre has sido y serás mi amor, mi otra mitad. Siempre he creído en el amor verdadero, en las almas gemelas, y nosotros hemos sido de los pocos afortunados en sentirnos así. Cada día que hemos pasado juntos, lleno de amor y felicidad, incluso en las peleas y las ganas de tirarnos de los pelos hemos sido felices. Has sido siempre mi mayor apoyo, cuando me volví loca y decidí convertirme en escritora estuviste apoyándome, acompañándome como siempre. Incluso aquellos días malos en los que no tenía ganas de nada siempre encontrabas la manera de robarme una sonrisa, por eso quiero recordarte que eres el amor de mi vida, te quiero con toda mi alma, que es lo que queda ahora de mí, por eso creo que nuestro amor vivirá más allá de lo que nunca podamos llegar a imaginar. Decirte adiós me rompe por completo el corazón, es tan triste para ti como para mí, porque me duele dejarte

roto y solo, pero sé que con el paso del tiempo verás las cosas de diferente manera, recordando los mejores momentos que nos regalamos el uno al otro. Eres mi mundo, y he amado todos los segundos que hemos pasado juntos.

Pero ahora llega el momento de la despedida, de rogarte que sigas viviendo, disfruta, ríe, baila y también llora, porque sabes que eso hace que seamos más fuertes. Por favor, quiero pedirte que sigas adelante, que te enamores, mi amor, eres libre de hacerlo y sé que llegado el momento adecuado encontrarás a esa persona que te hará creer de nuevo, lo sentirás crecer en ese corazón tan gigante que tienes, porque te hará vivir y sentir al límite, pero ¿sabes lo mejor? Sé que ella estará completamente enamorada de ti, porque conozco tu manera de tratar a las mujeres, sé lo encantador que puedes llegar a ser, cómo cuidarás de ella incluso cuando ella no te mira, porque juntos creareis esa magia que sentías cuando estabas conmigo, ambos sabemos que no será igual, pero esa es una de las maravillas de la vida: el amor puede mostrarse de diferentes maneras. Por favor, no la pierdas, vive y disfruta, ábrete a ello y recuérdame con esa sonrisa que tanto adoras, te quise, te quiero y te querré siempre, Borja, eres el amor de mi vida.

Antes de irme voy a pedirte que cumplas uno de mis últimos deseos, hace unos días apareció en mi habitación una chica muy joven, estaba destrozada porque su vida se había visto quebrada por un fallo en su corazón. Es una persona maravillosa, ella aún no lo sabe, pero tiene una larga vida por delante, he intentado hacer lo que mejor se me da: convencerla y hacer que vuelva a creer en ella misma. ¿Sabes qué ha hecho esta mañana para demostrarme que disfrutaría de la vida? Ha puesto la música muy fuerte, escuchándose hasta el pasillo y, aun sabiendo que no podía moverse para no acelerar su corazón, se ha estirado conmigo en mi cama y me ha enseñado a bailar con el alma, igual que la magia, la música es algo que mueve mundos, pero ¿qué te voy a contar a ti? Por eso necesito por favor que la busques y te asegures de que sigue viva, de que cumple la promesa que me ha hecho, que vivirá cada día como si fuera el último, por las dos. Pregunta a las enfermeras que me atendieron, sé que ellas te ayudarán a encontrarla, me lo han prometido.

Y aquí me despido, celebra la vida como si fuera una gran fiesta, encontraré la manera de estar siempre contigo. A tu lado, al de todas las personas que quiero, así que esto no es un adiós, es un hasta pronto.

Pero antes, por favor, prométeme que cada día dedicarás unos minutos para valorar la vida. No lo olvides nunca: cada día cuenta.

Siempre tuya,

Zaira

P.D: Te quiero para toda la eternidad, mi príncipe.

No me lo puedo creer, las lágrimas brotan por mis mejillas mientras le devuelvo la carta a Borja, lo observo bien, estudiándolo, como si fuera una persona diferente en ese momento.

—Tessa, respira —dice olvidándose de su propio dolor y acariciándose las mejillas.

Pero no puedo, siento que me falta el aire y me levanto de golpe para intentar calmarme, los recuerdos de mis días en el hospital vuelven. Las lágrimas siguen saliendo por mis ojos.

—Enséñame una foto de Zaira —le pido entre hipidos.

Él me obedece sin entender qué está pasando, cuando encuentra una en el móvil la gira y allí la veo, rubia y con esa sonrisa eterna. Le prometí que viviría por las dos, le prometí que volvería a renacer de mis cenizas, ella salvó mi vida. Mis piernas ceden, y Borja me coge justo antes de que

toque el suelo, nos sentamos juntos allí.

—Yo... — empiezo a decirle sin poder parar de llorar—. Yo soy esa chica —acabo de decirle mientras las lágrimas caen por mis mejillas y los recuerdos llegan de nuevo a mi mente.

CAPÍTULO 35

Tessa.

Febrero de 2019

Mi madre entra conmigo en urgencias, aunque yo apenas soy consciente de lo que ha pasado, en un momento estaba bailando y al siguiente me he visto rodeada de médicos, escuchando los sollozos de mi madre.

—Mamá —susurro con la voz ronca.

—Guarda fuerzas, mi amor, toda irá bien —la escucho decirme entre lágrimas.

Y de nuevo pierdo la consciencia. No sé cuánto tiempo pasa hasta que me despierto en la habitación del Hospital de Barcelona, Vall d'Hebron. Mi hermano está apoyado en la pared mientras abro los ojos.

—Travis —susurro, y me mira.

Se acerca corriendo para acariciarme la cara.

—Pequeña, tranquila —dice suavemente para serenarme.

Noto que me duele mucho el cuerpo y que estoy más cansada de lo normal.

—¿Dónde estoy? —pregunto con la voz ronca.

—En el hospital, pero no te alteres, todo irá bien —agrega con un tono dulce.

Suelta mi mano para apretar el botón rojo para llamar a la enfermera. A partir de ese momento, mi alrededor se convierte en un caos, unos momentos que vivo como si no fuera dueña de mi cuerpo; pruebas, visitas, preguntas, y mi madre llorando a cada momento, mientras mi padre la arropa sin soltarme la mano.

—Por favor, necesito estar sola un rato —les pido cuando los doctores se van.

—Pero, mi amor —susurra mi madre.

—Creo que la niña tiene todo el derecho del mundo a descansar —le dice mi padre, ella me mira dudando, pero al final acepta asintiendo con la cabeza.

En cuanto desaparecen de mi vista dejo que las lágrimas se deslicen por mis mejillas, mi vida acaba de romperse por completo, adiós al baile y lo peor es que si no encuentran un donante pronto mis días en esta vida también llegarán a su fin antes de lo que nadie se espera. Llora y llora, hundiéndome cada vez más en mis recuerdos, en cómo me he presionado de más para dar el trescientos por cien en los ensayos para la gira europea.

—Eh, pequeña —escucho que me dice alguien en un inglés con acento español. —Decido no contestar—. Sé que estás despierta, escucho tu llanto desde el otro lado de la cortina —insiste.

—Déjame llorar en paz —contesto muy borde.

—Tranquila, fiero, solo quiero ayudarte —se defiende y veo que una cabellera rubia se asoma por el final de la cortina.

La miro sin entender por qué insiste tanto en hablar conmigo.

—No sé qué parte de que quiero estar sola no has entendido —suelto sin más.

—No sé qué parte no has entendido tú de que somos compañeras de habitación y que no puedo quedarme viendo cómo te ahogas en tus propias lágrimas, llevas llorando más de cuarenta minutos —sentencia.

¿Tanto? Ni siquiera me he dado cuenta de ello.

—Pues lloro porque mi vida es una completa basura, voy a morirme en cualquier momento y si consiguen estabilizarme no podré volver a bailar nunca más —susurro entre lágrimas.

—Lo sé, he escuchado cada diagnóstico que te han dado los médicos y por eso sé que deberías guardar esperanzas, un donante aparecerá pronto para que tú puedas seguir viviendo y sobre todo bailando, que por lo que tengo entendido no se te da nada mal. —Se acerca a mi cama, sentándose en el borde.

—¿Por qué haces esto? —le pregunto mirándola fijamente.

—Porque no me gusta que la gente pierda la esperanza, llevo en este hospital cuatro días, siento unos dolores abdominales que no entiendo, pero los doctores se empeñan en que son debido al golpe del accidente y se centran más en conseguir que mis huesos vuelvan a su sitio y que el traumatismo en la cabeza no se vuelva en mi contra —me explica—. Yo sé que mi marido está en algún lugar de este hospital y volver a verlo es lo que hace que tenga ganas de seguir viviendo, el salir de aquí cogida de su mano y que sigamos nuestra vida, esa donde me he convertido en una de esas locas personas que dan rienda suelta a su imaginación escribiendo magníficas historias.

—Vaya —susurro, sus palabras me calan un poco—. ¿Sabes si él está bien? —pregunto.

—Sí, las enfermeras se saltan algún protocolo y me pasan información confidencial, tiene los huesos de las piernas bastante jodidos y una mano escayolada, por lo que no puede moverse de la cama —explica. — Por cierto, soy Z.

—¿Z? —pregunto curiosa.

—Sí, me gusta jugar a guardar mi identidad. —Sonríe de medio lado.

—T —contesto mirándola, y ella afirma sonriendo.

Y, así, hablándome de su vida, de su marido y de lo especial que es, de las ganas y los planes que tiene de futuro, empieza a hacerme recuperar la esperanza. Me pregunta cosas sobre el baile, mis sentimientos hacia mi pasión, se interesa de verdad por mí. Sus palabras se clavan a fuego en mi mente, por la noche obligo a mi madre a irse a dormir al hotel, necesito descansar sola. Pero la cosa se complica cuando a media noche escucho cómo mi vecina empieza a toser de una manera descontrolada.

—¿Z? ¿¿Estás bien?? —pregunto, pero no contesta mientras sigue tosiendo sin parar.

Me levanto y abro la cortina, la encuentro recostada y tosiendo sangre. Asustada, llamo a las enfermeras, que llegan a los pocos segundos, me obligan a quedarme en mi cama mientras se la llevan, vuelve varias horas después, dormida.

A la mañana siguiente, estando con mis hermanos, veo que empieza a recuperar un poco las fuerzas y decido enseñarle las maravillas de la música, así que consciente de la bronca que voy a recibir por ello, activo el altavoz que tengo guardado en mi mochila y juntas la disfrutamos, las enfermeras no nos dicen nada, pero cierran la puerta.

Durante el día la veo más apagada de lo normal y, aunque me hace reír y comparte experiencias de la vida conmigo, la noto cada vez más pálida, como perdiendo vida y eso me parte el alma, porque una persona como ella merecería vivir eternamente.

—T —susurra un rato que estamos las dos solas, mientras mi familia desaparece para irse a comer—. ¿Tienes papel y boli? —pregunta.

Asiento mirándola de reojo, me levanto y lo busco entre las cosas que tengo en mi mochila, me acerco para dárselo, agarro su mano para intentar transmitirle la poca fuerza que me queda.

—No sé qué pasará conmigo, T, pero necesito, por favor, que me prometas que vivirás tu vida por las dos si algo me ocurre, que volverás a bailar y a hacer que la gente se emocione contigo,

eres especial —susurra acariciándome la cara, está más pálida que esta mañana y apenas tiene fuerzas para aguantar el boli.

—¡¡Te recuperarás!! Recuerda que tienes muchas cosas que hacer con tu marido, ese que cruzará la puerta en cualquier momento para darte esos besos de película que dices que siempre te da. —Sonrío tristemente agarrando su mano.

—Lo sé, pero por si acaso, pequeña, necesito saber que no te rendirás —me pide.

Asiento con la cabeza, me acerco para abrazarla. Pero justo en ese momento entra el doctor en mi búsqueda.

—Tenemos un corazón —grita emocionado, Z aprieta mi mano y sonrío feliz.

—Te vas a recuperar —me dice.

Pero a partir de ese momento empieza una carrera a contra reloj, me preparan para la llegada del corazón, mientras el pánico se apodera de mí. Cuando estoy a punto de irme, me levanto de la cama y me acerco para abrazar a la rubia.

—Disfruta de la vida por las dos —dice soltando el boli en la pequeña mesita portátil—. Prométeme que nunca te rendirás y que siempre seguirás hacia delante, ahora empieza tu nueva vida, disfruta de todas esas primeras veces de nuevo —añade.

—No hables como si nunca más fuera a verte, nos veremos cuando me empiece a recuperar de mi operación —susurro en su oído cuando la abrazo, fuerte—. Pero te prometo que, si ese fuera el caso, lo haré lo mejor que pueda.

Ella asiente, ambas con lágrimas en los ojos. Vuelvo a la camilla portátil, mientras mi familia me acompaña, me giro para mirarla por última vez, con el boli en la mano y escribiendo una carta. Me guiña un ojo mientras salgo por la puerta, pero cuando regreso, varias horas después, ella ya no está allí.

CAPÍTULO 36

Borja.

Escuchar esa historia me parte el alma, la última cosa que esperaba en este preciso momento es saber que una de las últimas personas que pasó tiempo con Zaira, la que animó sus horas y la ayudó cuando más lo necesitaba fuera Tessa. ¿Qué probabilidades había de que acabara yo enamorándome de ella?

Tessa es de Ámsterdam y que viviera toda su operación en Barcelona sin duda fue una casualidad tremenda, pero que encima ella fuera la compañera de habitación de Zaira es para cortarse y que no salga sangre. Porque de repente siento que el destino nos lo ha estado intentando explicar durante todas estas semanas, en cada frase que ella me ha dicho, en el discurso de las primeras veces, que mi mujer usó con ella antes de verse por última vez.

Me aparto de ella unos segundos, me alejo para recuperar el aire. Siento que algo en mi cuerpo se mueve, mi alma se agita al entender que parte de lo que Tessa cree, de la vida que está llevando ahora, es gracias a Zaira. No sé expresar lo que siento, porque por más que intento darle sentido a todo en mi cabeza solo noto que me va a explotar.

—Lo siento —susurra mirándome fijamente desde el suelo—. Lo siento muchísimo, Borja. — Está rota.

Remover todos esos recuerdos, escuchando su historia, hace que la carta tome más sentido que nunca y concibo que la propia Zaira la puso en mi camino, ella fue la que nos unió en la distancia cuando ni siquiera nos conocíamos, porque le habló de mí, le explicó cosas que nadie sabía, solo para hacerla sentir que la vida valía la pena. Vuelvo junto a ella, porque así me lo pide el cuerpo, porque por primera vez en semanas no pienso reprimir uno de mis impulsos ni mis sentimientos, voy a liberarme al cien por cien para vivir una nueva vida junto a Tessa.

Porque la carta de despedida de Zaira me ha abierto los ojos, siempre me había quedado con un dolor interno por no haberle podido decir lo mucho que la quería, por no haber podido estar con ella sus últimas horas, pero la vida me puso delante a la persona que sí lo hizo, la que la ayudó a disfrutar con la música una última vez. Por eso saco las fuerzas de donde apenas me quedan y me acerco a ella, sentándome en el suelo de nuevo.

—No, no —digo limpiando sus lágrimas—. Ella quería que viviéramos, que disfrutáramos de la vida y ¿sabes qué? —Ella niega con la cabeza—. Pues que los dos hemos hecho muy bien nuestro trabajo, nos hemos encontrado y hemos decidido ser felices juntos, hemos cumplido sus últimos deseos, yo te he encontrado para agradecerte que vivieras por las dos, y tú, tú simplemente vives por ella y por ti.

Asiente mientras se abraza a mi pecho, así pasamos un rato, unidos y sin creer en los giros tan curiosos que tiene la vida, cómo es capaz de ponerte en el camino adecuado en el momento justo.

Nos permitimos llorar y recordarla, sentir que todo lo vivido merece la pena luchando por estar juntos, sabiendo que a partir de ahora nadie más nos separará.

—Es curioso que esa carta esté escrita con mi bolígrafo y en uno de mis papeles —me explica ahora que está más calmada—. Por lo visto llegué a tu vida antes de que pudiera encontrar escapatoria. —Su frase me hace sonreír, porque sí, parece mentira que las cosas que ella guarda

como tesoro de sus días en el hospital acaben siendo de alguna manera parte de mí—. ¿Qué le pasó, Borja? Solo recuerdo llegar a la habitación, y ella ya no estaba, las enfermeras nunca quisieron confirmarme qué había sucedido, solo que ya no estaba entre nosotros —pregunta en un susurro.

Dudo unos segundos antes de contestar, pero creo que ha llegado el momento de hablar de lo acontecido en voz alta, con alguien que la vio y vivió con ella sus últimas horas.

—Bueno, los médicos no fueron capaces de detectar una hemorragia interna —empiezo a explicarle algo descompuesto—. Tenía un fuerte golpe en la cabeza y el brazo algo mal, por lo que se centraron en eso, pero poco a poco fue empeorando por dentro hasta que... —Apoyo mi cabeza en su hombro, sin poder retener las lágrimas, porque esos recuerdos me parten el alma—. Ella se fue apagando poco a poco hasta que no aguantó más y bueno....

Noto cómo sus brazos me rodean y acepto el abrazo.

—Lo vi, aunque intente negarlo, la vi apagarse poco a poco, se despidió de mí, y yo intenté convencerla de que nos volveríamos a ver a mi vuelta, cuando tuviera un nuevo corazón —explica ella sin moverse.

Me aparto un poco, también está llorando.

—Fui a verla en cuanto me dieron el alta, pero no llegué a tiempo. Cuando estaba acabando de vestirme y mi madre estaba esperándome con la silla de ruedas, el doctor vino a vernos y... —La voz se me apaga.

—Lo siento, lo siento de verdad, era una mujer especial, Borja —susurra apoyando su frente en la mía y mirándome a los ojos.

—Lo sé, no fue culpa tuya, Tessa, las cosas tenían que pasar de esta manera.

—Sé que te quería, me lo repitió tantas veces, explicándome vuestros planes de futuro.

—De alguna manera nos unió, Tess, ella me ha guiado hasta a ti —sentencio abrazándola.

Me acerco para besarla suavemente, con el sabor de nuestras lágrimas en ese tierno roce de descubrimientos, de sentimientos, de una vida que empezó a unirnos mucho antes de lo que ninguno hubiera imaginado jamás.

Cuando nos recuperamos, aún con el corazón en un puño, decido seguir con el plan navideño de abrir nuestros propios regalos, la observo, todavía con la cara roja de tanto llorar, mientras descubre mi regalo; un colgante artesano hecho con una piedra preciosa del mismo azul que sus ojos. Susurra un «gracias» emocionada y se acerca para besarme, un contacto que disfruto mucho más que nunca. Al abrir mi paquete encuentro un bonito atrapasueños.

—Para que todas esas pesadillas, los malos recuerdos, se queden atrapados en él —murmura sonriendo y el detalle, ese pequeño gesto, me hace sonreír—. Por cierto, ¿cómo has conseguido convencer a Ashley de que me trajera aquí? —pregunta.

—Pues lo cierto es que ha sido un gran trabajo en equipo: tus hermanos me ayudaron a encontrar el local, Ashley a crear una coartada para traerte, y entre todos, incluyendo a Dani, me ayudaron a decorar todo esto. —Señalo a nuestro alrededor.

—Pero ¿qué les dijiste? —insiste.

—Bueno, después de recibir una gran charla por parte de tus hermanos, y una amenaza a muerte por parte de tu amiga, fue fácil convencerlos de que lo que siento es real —explico—. Dani me ayudó un poco a hacer que confiaran en mí, no hay nada como tener contactos.

Asiente conforme.

—Así que me has ocultado al tipo romántico en tu interior durante todo este tiempo —masculla acercándose peligrosamente a mí.

—Por supuesto, solo lo saco a pasear cuando la ocasión lo requiere, pero cuando lo hago siempre es a lo grande —añado moviendo las cejas de una manera muy cómica.

Pongo la música de nuevo, una preciosa balada navideña cantada por Michael Bublé y Idina Menzel, *Baby it's cold outside*, resuena por toda la sala.

—No me puedo creer que esto esté pasando el día de Navidad, ni en las mejores películas de Netflix —piensa en voz alta, su frase me hace sonreír.

—Siento decirte que ni yo soy un príncipe ni tú una princesa perdida, somos dos desconocidos que han resultado estar unidos por el destino. —Le tiendo mi mano.

Nos movemos al son de la música.

—Pues tengo que reconocer que eres mi casualidad más bonita —señala ella.

Me acerco a su boca para besarla, saboreándola bien.

Nos dedicamos tiempo para ambos, bailando, disfrutando, llorando, riendo y sintiendo que a partir de hoy algo más grande está por llegar.

Epílogo

Nochevieja de 2019, Ámsterdam

Borja:

Para mi amor, Zaira,

Yo, simplemente, te echo de menos. No tengo mucho más que decir.

Si quieres dejar de leer ahora, por favor, quédate solo con lo mucho que te quiero.

Empezaré por explicarte algo que es una realidad, quiero que seas consciente de cuánto te necesito en mi vida, porque cada vez que disfruto de un nuevo grupo, viajo a un nuevo país o escucho una nueva broma, quiero que estés allí para experimentarlo juntos. No, ya no importa el que yo esté destrozado porque te fuiste, porque eso puedo soportarlo, pero daría lo que fuera para que pudieras sentir y experimentar más cosas en la vida, te merecías más de lo que tuviste.

Han pasado once meses desde que cruzaste la línea, sé que tuviste unos últimos días difíciles, que no pudimos abrazarnos y decírnos por última vez todo lo que sentíamos, por el contrario, sé que luchaste hasta el final, y eso, eso hace que esté muy orgulloso de ti.

Solo mucho más tarde me di cuenta de que mi dolor comenzó antes del día en que falleciste. Te perdí como mi mejor amiga, mi compañera de vida y mi alma gemela. Porque desde que me sonreíste por última vez en ese coche hasta que me dieron la noticia yo podía notar que algo no iba bien. Sé, además, que una parte de mí se fue contigo, que nos llevó a los dos, porque el Borja que era cuando estábamos juntos nunca volverá a existir.

Me dejaste, decidiste que era el momento de marcharte, y yo nunca pude despedirme de ti, no había sido capaz de aceptarlo y te pido perdón, por todos esos pensamientos que cruzaron por mi mente, por los llantos gritando lo mucho que odiaba que hubieras dejado de luchar aun sabiendo que ya no podías hacer nada. Pero gracias a ti descubrí mil maneras de amar, de sentir y, sobre todo, gracias a ti fui feliz, plenamente. Siempre me decías: «Eres la única persona a la que podría haber dejado amarme», yo siempre decía que eras un alma especial, cosa que es cierto, y tuve el honor de llevarte conmigo, de amarte y vivir durante diez años a tu lado.

A veces hasta me pregunto si no sabías ya desde antes que ibas a morir joven. ¿Quizás inconscientemente? Siempre hablabas de tu propia muerte, de cómo Titanic y la espera de Jack serías tú en el cielo, esperando por mí, siempre culpé a tu amor por Leonardo Di Caprio, pero hoy, hoy pienso si no lo decías porque realmente sentías que ibas a abandonarme antes de lo que ninguno hubiera querido jamás.

A finales del verano, mientras estaba con tu madre, una de tantas tardes que iba a hacerle compañía mientras ella insistía en que debía seguir mi vida, que estaba orgullosa de mí y que sabía que tú lo estarías. Bueno, a lo que iba, durante las tardes soleadas sentados en la terraza solíamos hablar de lo importante que eras para nosotros, para nuestra familia. Ella se sentía un poco perdida, y yo me odiaba porque muchas veces olvidaba el dolor que debía de sentir ella al perder a una hija. Pero siempre me lo perdonó todo, me aceptó y juntos lloramos tu pérdida, ella te quiere con locura y es algo que creo que merece ser recordado en esta carta.

Cuando volví a casa por primera vez después de tu pérdida, todo olía a ti, casi podía verte

salir por la puerta de tu despacho y acercarte para saludarme con tu sonrisa eterna. Fue tan difícil seguir hacia delante, pero al final lo decidí, empaqueté tus cosas y me mudé de nuevo con mi madre, vendiendo esa casa que tú tanto adorabas, y que a mí solo me gustaba por ti.

Mi vida entró en un círculo en el que no encontraba salida, apenas podía respirar y despertarme cada mañana era una nueva pelea por sobrevivir; ni la música era capaz de tapar la herida que se abrió por ti, por eso decidí que todo debía cambiar. Pero quiero confesarte algo que nadie sabe, por qué tomé la decisión de intentar encontrarme de nuevo a mí mismo.

Lo recuerdo como si fuera ayer, un jueves volví de mi paseo rutinario, y mi madre estaba hablando por teléfono con una de mis tías y entonces, solo entonces, fui consciente de que la gente de mi alrededor estaba sufriendo por mí. La escuché llorar, contándole que estaba desesperada y que no sabía cómo hacerme reaccionar, que ya habían pasado ocho meses y que cada vez me veía peor, sentirla tan rota cuando normalmente estaba sonriendo siempre es lo que me hizo darme cuenta de que debía tomar una nueva dirección y así acabé en Ámsterdam.

Aquí, no te voy a engañar, al principio fue duro, un nuevo comienzo y sin ti, pero poco a poco esta ciudad fue ganando, y entonces apareció ella, iluminando mi camino de una manera que no podría explicarte.

Tessa, esa chica de dieciocho años que ha conseguido hacerme sonreír de nuevo, es magia, de verdad que lo es. Con ella cada día es una sorpresa, una sensación nueva y, cómo decirlo, ella es tan guay... Sí, aquí estoy usando palabras de jóvenes, ja, ja, ja. Pero es cierto, la gente solo quiere estar cerca de ella, es luz, vida, amor, alma, felicidad y, gracias a ella, empecé a sentir de nuevo, pero qué te voy a contar a ti sobre ella si ya lo sabes mejor que nadie.

Sí, la encontré o, mejor dicho, ella me encontró a mí, esa joven bailarina que compartió contigo tus últimas horas, esa es Tessa, la que salvaste con tus acertadas palabras y a la que convenciste de vivir por las dos, porque ahora parece que en ella lleve el amor de ambas, así lo siento desde que nos enteramos de que nuestras vidas se unieron mucho antes de lo que ninguno imaginaba.

Y, en efecto, estoy locamente enamorado, pero es algo que todavía no he podido decir en voz alta, sin embargo, contigo nunca hay secretos. Todo empezó con su locura navideña, haciéndome creer en la magia del invierno, y yo simplemente me dejé llevar y empecé a sentir de nuevo. Si ya te caía bien antes, estoy segura de que ahora la adorarías con todo tu corazón, porque ella ha aceptado el reto de vivir con un fantasma, de saber que una parte mí siempre te pertenecerá y lo acepta, porque ella, a su manera, también tiene muchas cosas que agradecerte. Sé que te hubieran encantado todas las citas que creó especialmente para mí, pero sobre todo sé que estarás orgullosa.

Cada noche, cuando me acuesto, me acuerdo de ti, es algo que hago en silencio y que no puedo evitar, a veces es insoportable, pero soy consciente de que fuiste una luchadora. Los dos lo fuimos. Hoy mismo, mientras iba de camino al estudio donde, por cierto, estoy componiendo de nuevo, he recordado aquel viaje a Francia, nuestro primer viaje juntos, esos paseos eternos. Tú, con el diccionario en la mano, y yo, quejándome de todo; tú, enseñándome lo bonito de la ciudad, y yo, observándote a ti, lo más bonito de mi vida.

Me siento afortunado de haberte conocido y de haberte amado. Elegiría soportar de nuevo el dolor, a pesar de saber lo que acabaría pasando. Pero intentaría ser un poco menos crítico y mucho más paciente, como tú eras conmigo, intentaría abrazarte, besarte y robarte un beso cada mañana por mucho que me costara un gruñido de los tuyos.

La vida es demasiado corta. Tuve que perderte para entenderlo realmente.

*No te hemos olvidado. Seguimos adelante porque tenemos que hacerlo, no porque queramos.
Te quise, te quiero y te querré,*

Borja

Cierro el sobre y me vuelvo de nuevo para mirar el fuego, noto su mano en mi rodilla y me acerco a ella para verla a mi lado, con esa sonrisa infinita.

—¿Preparado? —pregunta Tessa.

—¿Y tú? —La miro, ella tiene su carta en la mano, no sé qué habrá escrito en ella, pero sé que sea lo que sea serán unas palabras tan únicas como ella.

Asiente, y entrelazo su mano con la mía, hoy es la última noche del año y aquí estamos, con una carta de despedida al dos mil diecinueve, aunque la mía tiene una remitente especial. Miro a la preciosa chica de mi lado, con sus ojos brillantes me recuerda que a partir de ahora ella estará siempre para ayudarme y guiarme.

—A la de tres. —Asiento en cuanto lo dice—. Uno, dos y tres. —Hace las pausas pertinentes, y juntos lanzamos nuestras cartas al fuego.

Veo cómo allí arde mi despedida, las palabras que llevo tantos meses queriendo decirle, pero que nunca pude. Sonríe observando fijamente las llamas, hasta que advierto que ella me rodea con sus brazos, arropándome.

—Gracias —es lo único que soy capaz de decir.

Me giro para perderme de nuevo en esos ojos azules que tanto me han enseñado en tan poco tiempo, sonrío y se acerca lentamente a mis labios, rozándolos de una manera suave, haciéndome sentir de nuevo ese torbellino de sentimientos, recordándome que quiero pasar el resto de mi vida saboreándola, sintiéndola porque ella siempre será el salvavidas que me ayudó a salir del mar para empezar a vivir de nuevo. Sé que será un camino complicado, pero a la vez se convertirá en una de mis mejores aventuras.

Mayo 2020, Barcelona

Tessa:

Cuando llegamos al estadio me quedo alucinada por lo grande que es y la de gente que va de camino a él. El chófer entra el coche hasta el mismo corazón del Palau Sant Jordi, dejándonos en la zona de los camerinos.

Al bajar veo de lejos a los gemelos, a Dani y Ashley, que nos saludan con la mano, nos acercamos a ellos. Hablan durante un rato, el moreno será el acompañante en el escenario de Borja, no se quedará simplemente como el productor que lo ayudó a crear nuevas canciones, estará a su derecha tocando con él cada tema, empezando por un concierto en memoria de Zaira.

Su familia llega poco después, su madre me abraza fuerte. Siento un nudo en la garganta a medida que se acerca la hora.

—Borja, deberíamos ir a prepararnos —dice Carlos, su mánager.

Asiente y, mientras los demás ponen rumbo hacia la zona VIP, me frena.

—Tessa, ¿estás bien? —pregunta.

—Nerviosa, por verte actuar delante de tanta gente, pero feliz. —Se acerca para abrazarme, esta tan nervioso como yo, porque es la primera vez desde verano que ha decidido volver a tocar, a regalar su voz de nuevo a todas esas personas que tanto lo admiran—. Lo vas a hacer increíble, lo sé, y yo estaré al otro lado disfrutando de cada momento —le digo para animarlo.

Me besa, suave, lento, de esa manera tan nuestra.

—Nos vemos en unas horas —se despide y se va con Carlos, que lo espera a unos metros junto a Dani.

Cuando empiezo a avanzar veo que los gemelos se han quedado para esperarme, y cogiéndome de la mano ponemos rumbo hacia nuestros sitios. Estoy tan nerviosa como cuando soy yo la que va a salir a bailar con el grupo, siento el revuelo de la gente, las ganas de que salga y cante, los gritos de los fans me rodean.

Las luces se apagan de repente y un hormigueo sube por mi cuerpo cuando su voz ronca empieza a cantar, apareciendo por una trampilla, sale directo al centro del escenario. La gente se vuelve loca, observo a mi alrededor, el estadio está a reventar. Lo que percibo al verlo allí es algo que no puedo describir con palabras, mi corazón palpita fuerte y las ganas de gritar como una fan más de apoderan de mí, un cosquilleo se instala en la boca de mi estómago y cada nota, cada palabra, se graba en mí como a fuego, porque de repente al verlo allí, feliz y haciendo lo que de verdad le apasiona, me deja tan hipnotizada que siento que desaparezco, porque sé lo que le ha costado llegar hasta donde está, sé lo que ha sufrido durante este año y la pérdida que, aún, a día de hoy, siente. Pero, entre tanta gente, su sonrisa ilumina el escenario y podría verlo aquí, en New York o en Nueva Zelanda porque ahora él es otra persona, no mejor, si no diferente, ahora él cree en la magia.

Hace apenas una semana, cuando aterrizamos en Barcelona, donde me enseñó su vida aquí, me confirmó algo:

—Tessa, has conseguido que vuelva a creer, aquí me veo de nuevo, en mi ciudad y con la gente de siempre, y solo soy capaz de sentir que gracias a ti, a tu magia, a todo lo que has luchado por nosotros, me has hecho creer en que el invierno puede ser mágico, porque tu operación Un Invierno Para Creer ha sido el éxito más rotundo de todas tus hazañas, y yo solo puedo darte las gracias, una, otra y otra vez.

Y esa frase me acompañará siempre, porque él siempre será ese alguien especial que apareció para hacer de mí una versión mejorada, porque lo nuestro fue recíproco.

Pero, mientras lo observo cantar y moverse por el escenario como si ese fuera su lugar en el mundo, a mi mente vuelve una imagen que guardaré para siempre en el cajón de mis recuerdos favoritos, esos en los que él era simplemente Borja, un amante de la música cantándome con una guitarra en un fuerte navideño improvisado.

El amor es así, inesperado, fuerte, no es orgulloso y ni mucho menos egoísta, es ese afecto que llega de la mano de la confianza y la admiración, del saber que pase lo que pase la otra persona estará siempre allí, no importa la distancia. El sentimiento fuerte que dos personas se regalan sin límites, sin miedo, conociendo sus virtudes y sus defectos, pero aun así juntos hasta el final. Y eso, eso es lo que siento cada vez que pienso en Borja.

AGRADECIMIENTOS

No puedo empezar estas palabras sin agradecerte a ti, lector, por darle una oportunidad a esta historia tan especial, que habla de cómo el destino nos enseña que la vida no es tan dura, que siempre hay que creer en lo inesperado, por eso te digo: ¡gracias, gracias por haber leído el libro hasta el final!

Esta novela surgió gracias a mi madre, sin ella saberlo, porque esto es un regalo por todos estos años que hemos vivido juntas mirando películas de Navidad, esas que ahora son más populares que nunca. Porque hoy en día seguimos teniendo este espíritu navideño, tardes infinitas de películas. Para mi mamá, gracias por ser la superheroína de mi vida, por el apoyo incondicional, el amor que me brindas siempre, el cariño y sobre todo por ser la persona con el corazón más grande que conozco, porque eres pura magia, te mire por donde te mire.

A mi padre y a mi hermano, por supuesto, también, porque, aunque ellos son más de quejarse durante nuestras tardes navideñas, siempre están apoyándome en cada paso que doy en este mundo loco. Con mención especial a mi hermano, por aguantar villancicos y pensamientos hibernales a tantas semanas de las fechas. También a mi amor de cuatro patas, mi pequeña terremoto y mi acompañante diaria; Clary.

También a mi familia, los que viven a pocos minutos en coche o los que viven a una hora en avión, porque ellos me ayudaron a ser siempre mejor persona, aunque un poco más en especial a mi prima Aurora, mi tía Carmen y mi prima Noemi

Y todas estas personas que me ayudaron a dar forma a esta locura, para empezar, Raquel, gracias por ser mi ancla cuando pensaba que esta historia se iba a pique, por la paciencia infinita que tienes siempre, encontrado las palabras que más necesito. Por ser y estar sin importar lo pueda pasar.

Toñi, esto por ti, esa persona que me dio el empujón necesario para lanzarme al mundo de la escritura, sabes que cada historia siempre tiene una pequeña parte que es tuya, porque me ayudaste cuando ni yo misma creía en mí.

Por supuesto, a mi hermana, Núria, porque a pesar de no entender muchas veces lo que digo me escuchas y apoyas hasta el infinito y más allá, porque nunca ha nacido una historia sin un: «Sis, ¿qué te parece esta pareja? Son...» y desde aquí todo lo que llega detrás, mi primera lectora desde hace tantos años que ni puedo recordarlos, gracias por tanto.

A Saray, por aparecer de la nada y convertirte en una parte indispensable de mi vida, por ser esa voz que siempre llega cuando más la necesito, gracias por ser el yin de mi yang, pero sobre todo gracias por este título tan maravilloso que me ayudaste a encontrar.

Por el apoyo incondicional y constante de Helena y familia. De mi amigo Victoriano perdido en algún lugar del mundo, pero que nunca falla. Para Binta, esa amiga que me enseñó que la distancia no importa, que todo toque de realidad en la vida siempre es bueno. Los de toda la vida; Paola y Javier. Adri, esto también es para ti por ser mi otro hermano, esa familia que la vida me regaló junto a la mamá Rosa. También para Elisa, mi compañera de lecturas desde que tengo uso de razón empezando por el mundo Potter. Para Laura, la chica que encontré en un aeropuerto y se convirtió en alguien especial, y Ari, la loca que conocí entre coches y me ayudó a entender a Tessa y a su corazón como nadie. Los ángeles de Adrià, por aparecer en una oficina y volar conmigo sin dudar. A Julia, esa persona mágica que me empujó de nuevo entre líneas cuando más lo

necesitaba. Raquel, mi correctora, gracias por ayudarme en una misión imposible. A Roma García por plasmar en una portada el mensaje tan especial que quería darle a esta historia. For Zeyana, Zaria and Lucia, thank you for supporting me always, no matter what, I love you my english family. And my special friends Ieva and Patrikas.

Y a ti, querido lector, por apoyarme hasta el final. Como escritora mi mayor deseo es hacer que tú disfrutes y sientas esta historia como si fuera tuya, porque ahora una parte de ella lo es.

Solo me queda decirlos a todos una vez más: ¡¡GRACIAS!!

Irene Axelia.

Contenido

[CAPÍTULO 1](#)

[Borja](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[Tessa](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[Borja](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[Tessa](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[Borja.](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[Tessa](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[Borja.](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[Tessa](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[Borja](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[Tessa](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[Borja](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[Tessa](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[Borja.](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[Tessa](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[Borja.](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[Tessa.](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[Borja.](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[Tessa.](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[Borja.](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[Tessa.](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[Borja.](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[Tessa.](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[Borja.](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[Tessa.](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[Borja.](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[Tessa.](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[Borja.](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[Tessa.](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[Borja.](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[Tessa.](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[Borja.](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[Tessa](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[Borja.](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[Tessa.](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[Tessa.](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[Borja.](#)

[Epílogo](#)

[Borja:](#)

[Tessa:](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Contenido](#)

[1] *Je ne sais quoi*: no sé qué (francés).

[2] No me pares, no me pares.

[3] Ellos lo saben todo, ellos no hablan nuestro idioma, Ellos dicen que somos demasiado salvaje, No, No los necesitamos más.

[4] Vamos a elevarnos hasta que caigamos, vamos a elevarnos hasta que caigamos, Ellos no hablan nuestro idioma, ellos dicen que somos demasiado salvajes, no, no los necesitamos más.

[5] Chica, tú eres la única. Me siento joven cada vez que estoy a solas contigo. Estamos sentados en un coche aparcado, robándonos besos en el jardín delantero, tenemos preguntas que no deberíamos preguntar, pero... Cómo te sentirías, cómo te sentirías si te digo que te quiero.

[6] Si te dijera que esto solo va a doler, si te advirtiese de que el fuego va a quemar. ¿Entrarías caminando? ¿Me dejarías hacerlo a mí primero? Hazlo todo en el nombre del amor. ¿Me dejarías guiarte incluso cuando estés ciego? En la oscuridad, en mitad de la noche, en el silencio, cuando no hay nadie a tu lado, ¿me llamarías en nombre del amor?

[7] Vamos juntos, tal para cual, tú y yo. Vamos a cambiar el clima, sí. Siento calor en diciembre, cuando tú estás cerca de mí. He estado bailando sobre techos de coches y saliendo a tropezones de los bares. Te sigo a través de la oscuridad, no me puedo saciar. Tú eres la medicina y el dolor, el tatuaje dentro de mi cerebro y, cariño, sabes que es obvio. Soy un tonto por ti, tú dices la palabra e iré a ciegas a cualquier lado.

[8] Está empezando a verse la Navidad por todos lados donde vas, hay un árbol en el Grand Hotel, uno en el parque también...

[9] La nieve en el suelo, el amor en el aire, las campanas del trineo están sonando. De esto se trata todo. El fuego está cálido, los ángeles están cantando. Yo no quiero perderme ni una cosa. No quiero ponerle fin a toda esta celebración. Pero mientras estés

conmigo siempre es ese momento del año. Haces que todos los días se sientan como si fuera Navidad. Nunca quiero parar, sintiéndome como la primera cosa en tu lista de deseos, justo en la cima. No puedo negar lo que estoy sintiendo dentro. No hay nada falso en cómo me das vida. Haces que cada día se sienta como si fuera Navidad, todos los días que estoy contigo.